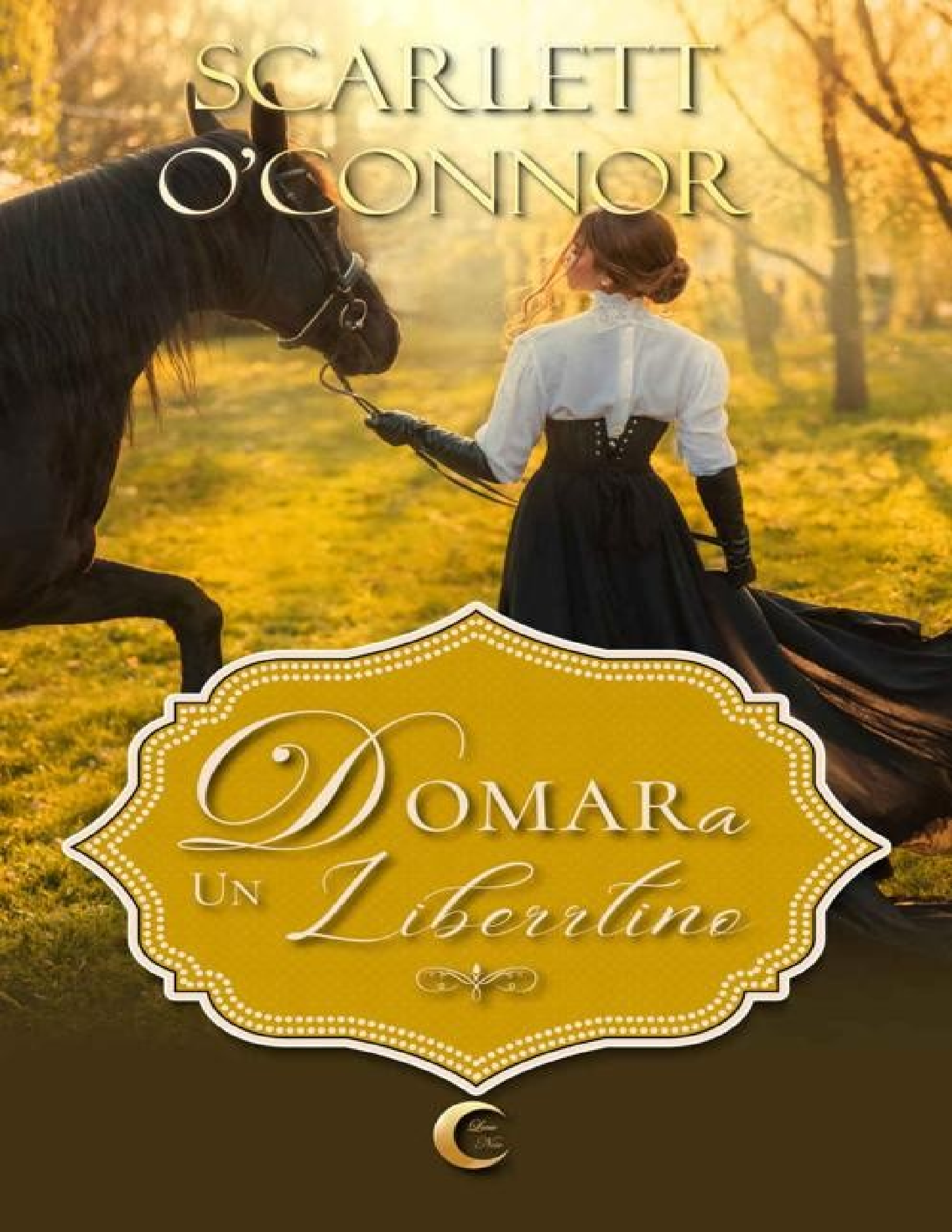

SCARLETT
O'CONNOR
DOMARa
UN Libertino



SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2025

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

la libertad no es digna de tener si no incluye la libertad de cometer errores.
Mahatma Gandhi.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Serie Prometheus
Síguenos en las redes sociales
Cuenta oficial de Scarlett O’Connor
Cuentas de Lune Noir
Otras obras de Scarlett O’Connor
Serie Señoritas de Shakespeare
Tú, mi deuda pendiente
Serie Señoritas Americanas
Serie Señoritas británicas
Serie Familia Evans
Serie Floreros y Canallas
Serie Caballeros desdeñados
Serie Corazones de Escocia
Contemporáneo
Serie Shell Island
Contemporáneo
Otras obras de La editorial Lune Noir

Capítulo 1



Inglaterra, 1854.

—Milord... Despierte, milord. —La voz femenina lo sacó de un profundo sueño. El perfume a placer femenino inundó sus fosas nasales y viajó por su organismo hasta centrarse en su miembro. El cual despertó con mejor humor que él.

—Lord Leopold... —Otra voz femenina se sumó al coro—, nos ha pedido que lo despertemos, ¿recuerda?

No, no lo recordaba. Como tampoco qué había bebido ni quiénes eran esas dos damas. Abrió los ojos, una cabellera rubia y ondulada le hacía cosquillas sobre el pecho, mientras otra, negra y lacia caía sobre la almohada a su lado.

Los recuerdos empezaron a llegar de a poco. O eso creía, las noches se mezclaban unas con las otras. No había mucha diferencia en su rutina. Los matices eran pocos, por ejemplo, podía empezar en un salón de juego o en un evento de la alta sociedad, lo mismo daba, porque él se tomaba ambas situaciones con la misma seriedad: ninguna.

Beber era beber, ya fuera fina champaña con una lady coqueteando a su lado, o ginebra, con una prostituta buscando ser elegida. Luego seguía en un salón privado, con naipes, apuestas —por supuesto— y más alcohol. Terminaba en su apartamento de soltero con la compañía correspondiente. Y seguía, si era el día indicado, con las carreras en el hipódromo.

Una buena vida.

Pero ¿por qué demonios les había dicho a esas dos que lo despertaran temprano? Si es que era temprano. Entornó los ojos, el sol se coló por entre las

cortinas. Definitivamente era temprano en horarios de lord Leopold Ferdinand Audley VII, heredero del condado de Suffolk.

—Despierta, cariño, o creeremos que eres un perezoso. Y no lo parecías anoche... —ronroneó la de cabello moreno. La rubia rio.

—Peor aún, tendremos que empezar sin ti y sin dudas, nos faltará algo. —La mano de la mujer bajó por entre las sábanas a darle los buenos días a la única parte noble de Leopold que sí estaba dispuesta a ponerse en acción con el sol en lo alto.

O con el sol en cualquier posición. El muy maldito tenía vida propia.

Como prioridades son prioridades, el famoso libertino hizo honor a su reputación cogiendo a la rubia desde la cintura para guiarla su pelvis. Una vez en posición, cogió a la morena y, en lugar de conducirla a su miembro, hizo que le montara el rostro. La naturaleza era muy sabia, pensó mientras se deleitaba de ambas mujeres, que, a la vez, se estimulaban entre ellas para más placer en Leopold. Si hubieran querido que el acto sexual se limitara a dos, no debería tener tantas posibilidades, ¿verdad?

Boca... mano... miembro... Todo en él estaba diseñado para dar placer a las mujeres y, en el proceso, recibirlo también. Su meta en la vida era llevar el concepto de hedonismo a otro nivel.

Mientras entre tres construían el orgasmo con experiencia, para alcanzarlo juntos, lo cual, huelga decir, era un maldito arte en el que lord Leopold podía coronarse como el nuevo Leonardo DaVinci, recordó bien quiénes eran esas damas.

A quien saboreaba era lady Ruperta Shwan, la esposa de lord Shwan, un anciano que hacía la vista gorda a los deslices de su esposa, sabedor que ni en sus mejores épocas hubiera podido satisfacerla. Ruperta amaba el sexo tanto como Leopold, con la salvedad que en el caso de ella no hacía distinciones, tanto hombres como mujeres la complacían por igual. En especial si era en plural.

Quien lo cabalgaba era la respetada viuda de Carlson. Una mujer que se merecía los deleites de la vida después de su horrible matrimonio. Y esos deleites los hallaba en la amistad con Ruperta, en las fiestas privadas que su amiga montaba y en el buen ojo que tenía Shwan en detectar a los *respetables* libertinos.

Porque sí, en el mundo de Londres la reputación lo era todo, incluso la mala. No era lo mismo hacerse con el mote de libertino por toquetear criadas o seducir jovencitas que por ser un eximio amante. Él dio todo de sí para estar a la altura de las circunstancias y condujo a la viuda a la cima diez segundos antes de apartarla para derramar su simiente fuera de ella. Ruperta se valió del espectáculo del placer masculino y se sumó con el suyo, corriéndose en la boca ágil y generosa de Leopold.

Una vez saciada, se dejó caer a su lado, abrazando tanto al hombre como a la dama y expresó:

—Ahora sí, milord, llegará a tiempo al cumpleaños del conde.

Y la realidad lo golpeó como un yunque.

—¡Mierda! —Se puso de pie de un salto—. Mierda, mierda, mierda. —Se calzó el pantalón, olvidó ponerse su ropa interior y no le importó. La camisa, el chaleco, las botas y la chaqueta. Se detuvo para besar a ambas damas, que tiraron de él pidiendo un asalto más—. Lo siento, mis hermosas damas, pero este Casanova debe marcharse.

—Oh... ¿no podemos hacer nada para retenerte? —preguntaron juguetonas.

—¿Saben montar a caballo? Porque si mi jockey vuelve a perder, seré el hazmerreír de toda Inglaterra. —Y estaba seguro de que eso pasaría, tanto así que, en secreto, había apostado a otro jinete y otro caballo: el semental negro de lord Luke Capell.

Las mujeres rieron.

—No te preocupes, cariño, nadie espera que sepas de caballos lo que sabes de mujeres. Todos entienden que los caballos son solo un pasatiempo para ti. Nosotras, en cambio...

—Son mi vocación —bromeó, les lanzó un beso al aire, cogió el sombrero al salir y se marchó. Sin embargo, la sonrisa se le desdibujó una vez a solas en el corredor. Los caballos sí eran una vocación para él, lo único que no hacía por puro placer. ¿Por qué demonios se le daba mal lo único que amaba?

Como no estaba para preguntas existenciales, sacudió la cabeza y se puso en marcha. Tenía dos horas para ver perder a su caballo, conseguir un obsequio para el conde y presentarse en la casa familiar sin olor a sexo.

El hipódromo no estaba a rebasar. Algunas carreras eran importantes y la alta sociedad se presentaba, con sus hermosas damas vestidas de colores claros, a ver a los caballos y sus jinetes. El resto del año, ese lugar era un centro de perdidos, perdedores y empresarios de la perdición. En las gradas se encontraban los ludópatas de siempre, que buscaban, en un golpe de suerte, su salvación eterna. Claro que el azar cada tanto los beneficiaba, pero entonces esos hombres regresaban, ansiosos de una buena racha y volvían a perderlo todo.

Entre ellos estaba lord Rufus Lumley, un libertino como él y viejo amigo, asistieron juntos a Eton, la escuela más prestigiosa de Londres. Ya no llevaba la cuenta de las veces que lo había salvado de la prisión de deudores, ¿para qué son los amigos, si no? El pobre tenía tan mal ojo para las apuestas como el mismo Leopold para los jinetes. De su grupo de *amigos*, era el único que estaba de pie, no se perdía jamás una carrera. Los demás aún retozaban en brazos de sus amantes, como correspondía.

—Apuesta al caballo de Capell —le dijo, sin necesidad de mantener las formas.

—¿Y el tuyo?

—Aún no está listo.

Rufus se tambaleó en dirección a la zona de apuestas, Leopold se cubrió los ojos con su sombrero y aguardó. Algunas miradas estaban en él, sabían que corría uno de sus caballos. La hermosa Pandora. ¡Vaya animal! Era perfecta, ágil, de patas largas y cuerpo liviano, musculosa, con ojos alegres, negros e inteligentes. Él podía jurar que era la única hembra que lo amaba, había que ver cómo relinchaba feliz al verlo. No sabía por qué Pandora no ganaba, o en realidad sí, porque él no podía ser severo con ella. La yegua salía a la arena como si jugara, corría porque estaba en su naturaleza y no porque se lo pidiera el jinete. Era mansa, mas no por eso menos salvaje. Pandora amaba la libertad, por eso se llevaban tan bien con Leopold.

Rufus se desplomó a su lado justo cuando abrían las vallas y salían los animales. Ahí estaba su Pandora, junto a ella el semental de Capell. Leopold sonrió. «Te entiendo, hombre, te entiendo», le dijo al semental que empezó a distraerse ante el olor de Pandora. No estaba en celo, claro que no, pero nadie podía resistirse a la belleza de su yegua. Sin embargo, el jinete de Capell consiguió controlar al semental y el caballo se lució, sus patas levantaban el

polvo a cada toque. Pandora apenas movía el aire a su alrededor, sus pies parecían no tocar el suelo, el aire la acariciaba al correr. Pero... no estaba dando todo de sí, Merlin Bowes, el jockey que había contratado, era incapaz de dominar a Pandora. Si le daba con la fusta, cosa que le había prohibido rotundamente, Pandora se revelaría y lo lanzaría por los aires; había que explicarle las reglas al animal, transmitirle la necesidad de sobrepasar al semental. Pandora podría hacerlo, ¡él podía enseñarle! Se inclinó hacia adelante, los codos sobre sus rodillas, las manos enredadas en sus cabellos, el sombrero caído a su lado... Él podía enseñarle, pero no podía montarla, no para una carrera. Pesaba arriba de ochenta kilogramos, ¡al demonio con los Audley y su fisionomía! Altos, delgados, pero de huesos pesados y grandes. Pandora perdería toda la ventaja que le daba su anatomía si debía correr cargando con él. Merlin Bowes pesaba sesenta kilogramos... cuando comía. El hombre se alimentaba con conservas en vinagre y puros. De todos modos, de nada le servía si no lograba tener un buen vínculo con su Pandora. ¿Dónde conseguiría otro jockey? Los mejores se iban con Capell y no podía culparlos, el lord era serio, tenía un buen nombre, era responsable y respetado. Nadie creía que Leopold pudiera con el negocio de los caballos, pensaban que era su nuevo capricho de niño aburrido.

Y tendrían parte de razón. ¡Su vida era aburridísima! Nada lo sacaba de su hastío. El caballo de Capell pasó la línea final, Rufus gritó feliz a su lado, Pandora llegó en sexto lugar, feliz y rozagante como si hubiera dado un paseo por Hyde Park. Leopold se puso de pie, recogió su sombrero y fue a la zona de apuestas.

Intentó lucir compungido, aunque su verdadero estado de ánimo fuera preocupado.

—¿Cuánto hemos perdido? —le preguntó a Tom, el gestor de apuestas.

—Poco, nadie apostó por ella.

—No sé si alegrarme por perder poco o entristecerme por la falta de confianza. —Firmó el compromiso de pago por las apuestas perdidas y aguardó a que los demás se llevaran sus pagas—. Rufus, vete a casa —le dijo a su amigo.

—No, Leopold. ¡Estoy de racha!

Leopold puso los ojos en blanco.

—No estás de racha, yo te he dicho a quién apostar.

Pero Rufus no lo escuchó. Volvió a las gradas y apostó por otro caballo, esa vez perdería. ¡Había que ser ciego para creer que el semental de Hatton podía

correr velozmente! Suspiró. Miró su reloj y maldijo.

—¡Mierda! —Miró la libreta de cuero de su gestor y el puro que estaba por encenderse para festejar. Le arrebató ambas cosas—. Suma esto a la deuda...

—No tienes deuda —contestó el hombre—, apostaste a Capell.

—¡Cierto! —Arrancó la hoja con las apuestas y se las metió a Tom en el bolsillo delantero de la chaqueta—. Entonces, cóbratelas de allí. Yo necesito esto. —Y se alejó a grandes zancadas.

—¿Para qué? —preguntó el hombre, con los labios entreabiertos por la falta del puro.

Pero lord Leopold ya estaba demasiado lejos para responder, esperaba que al conde le gustara el obsequio de cumpleaños.

Lord Leopold llegó a la casa familiar del condado justo a tiempo para la celebración. Se detuvo solo un instante a contemplar el edificio que siempre le generaba un poco de claustrofobia, pese a ser inmenso. Era el peso del legado.

La mansión se alzaba con su fría elegancia, testigo de generaciones que habían transitado por sus salones de mármol y pasillos en penumbra. La piedra clara de la fachada resplandecía bajo el último sol de la tarde, como si el propio edificio se empeñara en mantener una dignidad incorruptible ante el paso de los siglos. Sus techos empinados, cubiertos de pizarra oscura, parecían desafiar el cielo, coronados por torretas puntiagudas y chimeneas ornamentadas que se alzaban como centinelas silenciosos.

Las hileras de ventanas, altas y simétricas, reflejaban la luz. Algunas estaban rematadas con frontones esculpidos, otras lucían delicadas molduras que parecían haber sido trazadas con la precisión de un orfebre. En la planta baja, una arcada elegante conducía a la entrada principal, flanqueada por dos columnas que, pese a su belleza, parecían advertencias de la solemnidad que aguardaba en el interior.

Los jardines, diseñados con una simetría casi obsesiva, rodeaban la casa como una extensión de su grandeza. Senderos de grava conducían a parterres cuidadosamente recortados, y más allá, en los límites de la propiedad, los árboles centenarios formaban una muralla natural, separando la mansión del resto del mundo.

Era un recuerdo de quién era en realidad, no un libertino, un heredero del condado de Suffolk.

—¡Leopold! Al fin estás aquí. —La voz de su madre rompió con la frialdad de la arquitectura tan ostentosa. Lady Judith era una mujer cálida, la única de la familia. Era increíble que pudiera relacionarse tan bien con los demás, en especial con su padre. Un sabueso sonreía más que lord Leopold... Ferdinand... Audley... VI. Sí, todos tenían el mismo maldito nombre.

Para diferenciarlos en casa se llamaban por los números. Lord Sexto asomó su nariz por el umbral de la puerta y no era poca cosa, además del nombre, Leopold compartía con su padre la nariz y la altura.

—¡Por Dios, esas pintas! —gruñó el hombre. Rodó los ojos y volvió a esconderse en la casa.

—Tu padre tiene razón, no pongas los ojos en blanco, Leopold. —Los dedos de su madre le acomodaron la camisa como si fuera un niño, le abrochó el último botón. El joven pensó que se ahogaría. Le sacó el sombrero y él la detuvo antes de que...

No, no consiguió detenerla.

La gran lady se escupió la mano y le peinó los cabellos.

—¡Madre! Eso es asqueroso.

—Pues lo hubieras pensado antes de olvidarte de peinar. Ven... Ven... Los invitados están dentro.

—¿Invitados? —Eso sería extraño.

Lo arrastró al interior de la casa. No, no había invitados, sino la familia de siempre: ellos. Pero lady Judith amaba organizar esos eventos y simular que tenía vida social con los Audley. Lo cierto era que los demás miembros de la familia eran bastante asociales, empezando por su esposo.

Sin embargo, lady Judith siempre conseguía salirse con la suya y los demás Audley no parecían tan molestos con eso.

—Oh, Séptimo, ¡al fin! No podíamos comenzar sin ti —dijo la voz de su abuela, lady Laline. Claro que su tono tenía un matiz de irónico reproche—. ¿Quién nos hubiese puesto al corriente de las nuevas modas londinenses? —Lo oteó de pies a cabeza. Leopold, que era un redomado libertino, quien solía hacer a las mujeres sonrojar, gemir y pedir más, se puso rojo como un tomate ante el

escrutinio de su abuela. ¡Podía jurar que esa mujer veía a través de la ropa y sabía que no llevaba prendas interiores!

—Milady... —La saludó con un beso cariñoso en la mejilla. La mujer aceptó la demostración de cariño.

—Dónde habrá estado esa boca...

—Menos pregunta Dios y perdona —respondió él. Su abuelo, lord Leopold Ferdinand Audley V, consideró que era hora de intervenir.

—Pues esperemos que Dios se quede afónico el día de tu juicio, Séptimo, porque dudo que pases cualquier cuestionario. Necesitará guardarse muchas preguntas si quiere perdonarte.

—Milord... —Le hizo una reverencia. El viejo chasqueó la lengua.

—El Señor no nos ha hecho con tantos atributos para que los desperdicies en juegos y mujerzuelas, Séptimo —insistió el hombre.

—¿Tantos atributos? —Leopold arqueó las cejas. Que supiera, los Audley solo tenían dos atributos: dinero y título nobiliario.

—¡Nuestra belleza, claro!

Soltó una carcajada. Los demás tuvieron el decoro de no reírse, excepto una integrante. Ella... la reina y señora de la casa. La condesa de Suffolk. Lady Jaqueline Audley. La mujer estaba más allá del bien y del mal, los años le habían quitado cualquier barniz social y ella disfrutaba mucho del cambio. Adoraba la impunidad de la vejez.

—Los Audley tienen la belleza inversamente proporcional a la longevidad, ¡y aquí estamos! celebrando otro cumpleaños —soltó la anciana—. Ven aquí, mi niño, y saluda a tu bisabuela.

Leopold no dudó en acatar la orden. Lady Jaqueline estaba sentada en una silla alta, llena de almohadones que la mantenían erguida. Los años la habían achicado físicamente, pero hecha inmensa en espíritu. La piel fina y arrugada parecía de un hada, tan blanca y sedosa. Sus ojos aún veían gracias a unas gruesas gafas que direccionó hacia su bisnieto.

—Milady...

—A mí llámame abuela, que, entre los milords, miladies y Leopold repetidos no sabe una a quién le hablan.

—Abuela... —Hizo una gran reverencia.

—¿Por qué no llevas ropa interior? —increpó la anciana. Lady Laline disimuló su risa con una tos, ella había notado lo mismo. *La soltura* de su nieto solo podía explicarse por un medio: le faltaban los calzones. Lady Judith se tapó la boca con la mano, horrorizada.

—¿Hijo?

—Me vestí a oscuras —mintió.

—¡Nada de damiselas ni prostitutas desesperadas! —insistió Jaqueline—. Ya sabes lo que te he enseñado.

Era el lema de la anciana. Las meretrices de buenas casas al menos llevaban una vida de lujos y cuidados, en cambio, las prostitutas comunes eran forzadas a ese horrible trabajo y no quería que la sangre de su sangre fuera perpetradora de esas desgracias. Y las muchachitas vírgenes merecían más que los juegos de un Casanova.

—¡Por Dios, abuela! —exclamó Judith—. No creo que sea una conversación adecuada...

—A los jóvenes hay que hablarles de estas cosas. Que, si no, terminan como yo, casadas con un sinvergüenza.

—Pues hasta que la muerte nos separe —dijo el aludido—, y no pareces con ganas de morirte.

—No antes que ti, cariño. Tú me condenaste, tú me soportas.

El último en sumarse a esa loca conversación fue lord Leopold Ferdinand Audley IV... ¡El conde de Suffolk! El agasajado esa tarde en su cumpleaños número noventa y nueve.

—Abuelo.

—¿Qué me has traído? —dijo el viejo, sin mediaciones—. Eres el único que hace buenos regalos.

Leopold le extendió la libreta de cuero y el puro.

—¡Un puro! —se quejó Quinto—. ¡Tiene noventa años, Séptimo!

—Noventa y nueve, y si no se ha muerto hasta ahora, no se morirá por fumar una vez al año —dijo en su defensa, y en dirección al patriarca de la familia.

—Pff, es que al conde no lo quiere ni el diablo —soltó lady Jaqueline, su esposa. Leopold contuvo la risa.

—Seguro que tú estarás feliz con el obsequio, abuela. Así se irá antes —bromeó el más joven de la prole.

—Oh, no, yo quiero hacerle la condena eterna —replicó la mujer, con un matiz de verdad. Jamás se cansaría de su esposo, ni de esas pujas pueriles.

—John —el conde llamó a su criado—, tráeme un grafito. —El criado no tardó en extenderle uno, el agasajado pasó el grafito por la primera hoja, revelando el trazo de la pluma de la hoja arrancada. Leyó las últimas apuestas.

—Sí, lo siento, no he llegado a comprar uno especialmente para ti.

El viejo le restó importancia con un gesto de la mano, tenía demasiados años para querer más obsequios que no llegaría a usar. ¿Para qué necesitaba un nuevo corbatín? La libreta le resultaba más interesante.

—¿Por qué no has apostado a tu propio caballo? —preguntó en cambio, al leer las letras blancas que el grafito había revelado. Su bisnieto había apostado al jinete de Capell.

—Porque Pandora no está lista.

—El que está listo eres tú —dijo Laline—, ¿cuándo te lanzarás a la carrera matrimonial y dejarás las de caballos?

—Permítele disfrutar más de la vida —replicó Jaqueline—, que es un Audley, ¿qué pretendes?, ¿que pase cien años con la misma mujer? ¡Mira cómo ha quedado el conde por eso! —bromeó. Había algo certero en las palabras de su abuela, algo que, pese a todo, lo carcomía a Leopold. Él era un heredero, sí, pero que probablemente se elevaría como conde a los ochenta años, como hizo su bisabuelo, para ejercer su legado los últimos y achacosos años de vida. ¿Mientras tanto, qué? Esa era la pregunta que resonaba en su mente. ¿Qué era un heredero cuando estaba lejos de la herencia? Pues un granuja, un libertino, un hedonista... Andaba errante por la vida, sin saber qué le gustaba además de estar con mujeres. Los caballos eran su pasión, pero no conseguía hacer de esa pasión algo productivo. Ni siquiera estaba seguro de si debía hacer algo productivo con ello. ¿Para qué? No le faltaba dinero, ni salud, ni reconocimiento... Lo que le faltaba era sentido y dudaba que una esposa se lo brindara.

Leopold pudo jurar que, pese a las eternas pujas, en la mirada de su bisabuelo no había arrepentimiento alguno. Tal vez él sí había hallado el sentido con lady Jaqueline a su lado.

—¡Eso! —siguió la mofa—. Por eso escucha a tu abuela, mantente lejos de las damiselas. ¡Mira cómo terminé yo por seducir a una!

—¡Oh, por Dios! —se quejó Judith del matiz de la conversación. ¿Acaso el conde había seducido a la condesa antes del matrimonio? Buscó su abanico, sentía las mejillas arder.

—La última vez que regresaste a casa sin calzones tuviste que pasar por el altar —le recordó la condesa a su esposo—. Esperemos que no sea el caso de nuestro pequeño Leopold.

Leopold se rio, le prendió el puro a su abuelo, para disgusto exagerado de su madre. ¿Fumarían antes de comer? ¡Esa familia!, ella estaba segura de ser la única que iba a morir joven.

O tal vez no, porque lord Sexto la abrazó disimuladamente y, con su cara seria de perro sabueso, le depositó un suave beso en el hombro. Luego le susurró: *podríamos organizar un picnic con los vecinos ahora que se acercan los días buenos...*

Y Judith sonrió, olvidando lo escandaloso de la conversación. Su gruñón esposo era capaz de dejar de gruñir por hacerla feliz. Hasta de romper su ansiado aislamiento social por ella. Suspiró con energías renovadas.

La sonrisa se le borró ante la respuesta del conde.

—¡Esa no fue la última vez que volví sin calzones! Solo que en las demás, la artífice de mi atuendo fue mi esposa.

La condesa rompió a carcajadas.

—Ya lo dije y lo repito, son los peligros de seducir damiselas inocentes... que luego perdemos la inocencia y somos las peores.

Lady Laline puso los ojos en blanco, aunque no desmintió a su suegra. Ella había llegado pura al altar, se había corrompido la noche de bodas. Nadie podía decir que los Audley fueran apuestos, ni siquiera demasiado simpáticos: su hechizo estaba entre las sábanas.

—Puedo traer paz a la familia —dijo Leopold—, mis calzones no están con ninguna inocente. Me mantengo bien lejos de ellas y ellas de mí. ¿Podemos comer el pastel?

—¡Esperaba que dijeras eso! —exclamó el conde. Le extendió el puro a su hijo —. Fuma, tú tampoco te vas a morir pronto. Ya lo dijo mi condesa, ni el diablo nos quiere.

Brindaron con champán y dulce pastel por otros noventa y nueve años de vida. Que el diablo siguiera esperando por el alma de un Audley.

Capítulo 2

Otra hermosa mañana, un nuevo día lleno de oportunidades, se dijo Greta. La pregunta era: ¿por dónde empezar? Porque si las oportunidades no se presentan por voluntad propia, uno tiene que ir a buscarlas. Llámese oportunidad a un charco de lodo.

¡Por los cielos, ¿qué tan difícil puede ser hallar un charco de lodo?! Maldijo el clima: más de una semana sin una gota de lluvia, ¿en serio? Tenía que ser broma. Todas las mañanas eran perfectas para paseos matutinos y los atardeceres, para picnics sociales.

Caminó en dirección a los establos, el lugar perfecto para tentar a la catástrofe. Estaba preparada para cualquier batalla que se le presentara: el señor Warren, el jefe de cuadras, se había lesionado la mano izquierda al reparar el tejado del granero y sus ayudantes nunca estaban a la altura de sus necesidades, sobre todo en lo referido a la atención de los caballos.

—¡Señor Warren! —llamó a los gritos desde la puerta del establo; el portón estaba trabado desde dentro y ella, aunque se pusiera de puntillas y extendiera el brazo, no llegaba al pestillo—. ¡Señor Warren! —Maldijo por segunda vez aquella mañana, ahora por su estatura: medir un metro cincuenta y cinco podía tener sus beneficios. Como, por ejemplo, escabullirse y pasar desapercibida en medio de las multitudes, pero... Aggg, en esa circunstancia. De todas maneras, lo intentó: se puso de puntas de pie, estiró el brazo y llegó al otro lado del portón. Sus dedos apenas rozaron el hierro del cerrojo. Miró a su alrededor y vio una cubeta de madera. Vació el contenido de agua en el césped, regresó sobre sus pasos y colocó la cubeta como taburete. ¡Perfecto! Con el vientre apoyado en la

valla, alcanzó la palanca del pestillo, lo retrajo y abrió el portón. Es más, el portón se abrió con ella a cuestas, su cuerpo parecía una V invertida colgando del tendedero—. ¡Señor Warren! —gritó con desesperación. Se enfrentaba a dos destinos posibles: caer de cabeza o caer de culo. Si no llegaba ayuda, tendría que tomar una decisión. Recordó las circunstancias que la habían llevado hasta allí y, sin mucho más análisis, se impulsó hacia atrás. Sacrificó su trasero, al fin y al cabo, las nalgas actuaban como cojín, ¿no?—. Auuuchhh... —chilló al caer. Se incorporó y se masajeó las nalgas. A falta de un interlocutor, se habló a sí misma: «Nota mental: Greta Lanford, come más pasteles para amortiguar futuras caídas». El caballo de la primera pesebrera resopló por sus ollares; cualquiera pasaría por alto la reacción del animal. Greta no era una cualquiera—. Sí, ríete todo lo que quieras, Veil, veremos quién ríe después... —Fue hasta el potro. Le agitó las crines y le acarició la frente—, cuando te toque el cambio de herraduras. A todo esto, ¿has visto al señor Warren? —Veil sacudió la cabeza. Sissy, la yegua de la pesebrera contigua relinchó—. Ah, tú sí que sabes algo, ¿verdad? —Fue hasta ella, la acarició. Rocket, el caballo de la pesebrera de enfrente, se inquietó y dio una violenta coz—. Ey, muchacho, tranquilo... —Y fue entonces cuando se dio cuenta de que la pesebrera contigua a la de Rocket estaba vacía. Beth faltaba—. ¡No, ¿ya ha nacido?! —exclamó estallando en felicidad, por supuesto, se lo preguntaba a Rocket, el padre. El caballo volvió a golpear la pared trasera de su box con la pata. No, por lo visto, no lo sabía y estaba fastidiado—. Espérame aquí, tranquilo... En breve regresaré con información —le indicó.

Con razón el señor Warren no respondía: estaba en pleno trabajo de parto en el establo anexo. Hacia allí se dirigió, bendita sea la buena fortuna, que le servía en bandeja la «oportunidad» que necesitaba y, a la vez, le permitiría disfrutar del nacimiento de un nuevo miembro de la familia.

Sin duda, fue una hermosa mañana... Hmmmm, ¿qué nombre le pondrían?

La señora Calloway estuvo a punto de desmayarse, pero Millie, la ayudante de cocina, la cogió en brazos antes de que se rindiera a la desesperación y se mareara. ¡Cómo no desesperarse! La señorita de la casa llevaba pantalones,

camisa y botas de caña alta. Y, como si esto no fuera suficiente, llevaba las botas llenas de barro y la camisa manchada de...

—¿Qué rayos significa eso? —No eran manchas de acuarelas, de eso estaba segura la señora Calloway.

Greta evaluó el estado de su camisa. Sonrió, la tela exponía una nueva e innovadora corriente artística: la naturaleza en acción. Con el agregado de manchas de placenta difusa de equino.

—Ha nacido el potrillo de Beth, ¿puedes creerlo? ¡Hoy mismo!

—Hoy, justo hoy. —La señora Calloway se vio en la obligación de tomar asiento; las piernas le temblaban. ¡Ay, cielo santo, esa muchachita tenía la capacidad de alterar a cualquiera! Era adorable, comparable a una muñeca de porcelana, pero... ¡Joder! Parecía dispuesta a comportarse como un soldadito de juguete—. Veo que te has vestido para la ocasión —dijo entre dientes apretados.

—Mi plan era cabalgar... —Se sentó junto a la mujer, cogió una manzana de la cesta de frutas que estaba sobre la mesa. La lustró sobre la manga de Calloway, porque su manga estaba sucia. Cuando el tono rojizo de la cáscara brilló como un rubí ante sus ojos, la mordió—. Pero la naturaleza tuvo otros planes para mí. —Mentía, su único plan había sido procurarse un boicot: Salí a cabalgar, caí... y uupps, el lodo. Regresó con una obra de arte por todo el cuerpo, ¡hasta tenía heno en el pelo! Ni que lo hubiese planeado.

—Es increíble, uno podría pensar que la naturaleza siempre... —Le quitó la manzana de las manos—, siempre conspira a tu favor. —La estaba reprendiendo. Y con justa razón. Desde que había prescindido de las institutrices, Ruth Calloway se había convertido en su todo. Chaperona, aya, supervisora, consejera, custodia personal... En resumen, el único referente femenino para ella. Era su guía y la primera instancia de justicia bajo ese techo, pero también se enfrentaba a la corte suprema conformada por su tío Oliver—. Pero no conspira lo suficiente como para que te escabullas. —La estuvo esperando en la cocina durante más de una hora. La conocía demasiado bien como para saber que no utilizaría la puerta principal ni la de acceso a los jardines. Siempre utilizaba la puerta de la despensa que daba a la cocina.

—¿Por qué piensas que mi intención es esa? —Volvió a coger la manzana. Fingió ignorancia. Mordió la manzana. Pestañeó risueña.

—Maddox —se limitó a decir la señora Calloway.

—Mmmm... Maddox, no, estaba pensando otro nombre para el potrillo, quizás Magnus. —Se incorporó decidida a abandonar la conversación; de hecho, había dado un cambio radical a la misma con total sutileza. Magnus, ¡ja! El potrillo ya había sido bautizado con el nombre de Crispin. Cogió de nuevo la manzana—, pero vas bien encaminada, yo también creo que el nombre debe empezar por «M»... —Dio un paso y quedó imposibilitada para dar otro más. Calloway la había sujetado firmemente por la parte posterior de la camisa.

—Maddox... —repitió, tiró de ella y la hizo regresar a la silla—. —Emory Maddox, ¿recuerdas? Nuestro invitado —carraspeó. Alzó la ceja derecha.

—¿Era hoy? —Su capacidad para fingir ignorancia alcanzaba niveles nunca antes explorados—. ¡Vaya cabeza la mía! —Mordió la manzana y resopló—, creí que era pasado mañana —exclamó, mientras se observaba con desgana. Continuó con la actuación, evaluándose a sí misma como si no supiera ya que estaba hecha un desastre. Impresentable. Y eso era justo lo contrario de lo que pretendían ese día, ya que la intención era presentarla formalmente ante Lord Maddox. Un posible pretendiente, en opinión de su tío.

—Tú y tu mala memoria —masculló Calloway entre dientes, consciente de que Greta le estaba mintiendo—. Para tu suerte, como te conozco lo suficiente, tomo precauciones... —Fue ella la que se levantó decidida a acompañarla a su habitación. Podía jurar que veía trazada en sus pupilas una nueva ruta de escape —. En tu habitación te espera la ropa limpia y una tina lista para un lavado rápido. Quítate ese olor a estiércol, por favor... En veinte minutos te quiero en la sala oliendo a rosas.

—¿Hace cuánto llegó el señor Maddox? —Se incorporó de nuevo y caminó hacia atrás sin apartar su mirada de la de la mujer.

—Más de una hora... —gruñó Calloway—. Tu tío no sabe qué más hacer para entretenerlo.

—No crees que sería de muy mala educación hacer esperar más al señor Maddox...

—Unos minutos más no harían ninguna diferencia. —Sí, podía verlo en los ojos de Greta. Desde pequeña lo hacía, se largaba a la carrera, sabedora de que él no la podría alcanzar.

—Sabes que tío Oliver siempre dice que cada minuto cuenta y veinte son muchos. Sería una descortesía. —De un paso a la vez, así se alejaba.

—Lo único descortés aquí sería que te presentaras ante él luciendo... —No pudo finalizar la oración.

De esa manera...

Greta desapareció. ¡Dios santo, cómo podían unas piernas tan cortas correr tan rápido!

—Tenga, señora Calloway —le dijo Millie, entregándole una taza de té de camomila—, respire hondo y beba.

Los empleados estaban tan acostumbrados a los comportamientos de la señorita Greta que el té de camomila era un requisito de supervivencia. Siempre había una tetera lista y un caldero para mantener el té caliente.

—Dudo que la camomila sea suficiente hoy...

—¿Voy a por el bourbon, señora Calloway?

—Sí, por favor, inmediatamente. —Hizo lo mejor que pudo. Ya era problema del señor Oliver.

***

Decir que Lord Maddox huyó al verla era poco. Con su partida, Greta confirmó su teoría: las personas de baja estatura son más ágiles. Quizás no ganaran en amplitud de zancadas, una verdad incuestionable, pero, en lo referido a correr, volaban. Casi parecía que sus pies no tocaran el suelo. Si uno era bondadoso, podría decir que Maddox alcanzaba el metro sesenta y seis. Si no eras bondadoso, reconocías que el hombre apenas llegaba al metro sesenta y cuatro gracias al tacón de su bota.

—Tío, estoy llegando a pensar que me detestas. O quizá yo te malinterpreté y, cuando dijiste que deseabas hallar alguien a mi altura, te referías... —carraspeó. Lo miró de soslayo—, bueno, realmente a eso. No te hacía un hombre tan literal. —Cogió la taza de té dispuesta frente a ella y sorbió. Estaban en el salón comedor, intentaban disfrutar de un desayuno en paz y armonía. Olvidar el suceso del día anterior. Mejor dicho, el forzado fracaso.

—Tú, mejor, cállate. Te lo he dicho ayer, has perdido el beneficio de la libre opinión. —Oliver Lanford desplegó el periódico delante de su rostro para evitar el contacto visual con su sobrina.

Lo lógico hubiese sido encerrarla en su habitación a modo de castigo. ¡Por los mil demonios! Se mordió la lengua para que su pensamiento no se convirtiera

en exclamación. Vestida como hombre, con la ropa sucia y con restos de sustancias sospechosas. Ah, y el mejor de los detalles, botas con lodo que apoyó sobre la mesa del salón. Toda una puesta en escena que avergonzaría a cualquiera. Para suerte de Greta, él no era cualquiera y, pese a ocultar las ganas de reír al ver la expresión de Emory Maddox la tarde anterior, esa mañana había optado por intentar lucir enfadado.

—No entiendo la razón de tu enfado, al fin de cuentas, hice lo que me enseñaste desde pequeña...

Que hiciera mención a esa lección le retorcía las tripas a Oliver, porque su memoria viajaba al pasado, a la noche en la que su hermano y su cuñada, los padres de Greta, murieron en un incendio. La única que sobrevivió fue ella; su padre logró sacarla a tiempo de entre las llamas, pero al regresar por su mujer, ambos quedaron prisioneros del derrumbe. Oliver, desde aquel entonces, inculcó a su sobrina una premisa: huye del peligro lo más rápido posible. Paradójicamente, esta se esmeraba en lo contrario: se lanzaba a todas las experiencias, mientras más barbáricas fuesen, mejor, sin medir las consecuencias.

—Ah, ¿sí? —Cerró el periódico con un movimiento brusco—, dime, ¿de qué peligro huiste?

—Del peligro de morir por aburrimiento... ¡De todos los hombres posibles, elegiste a Maddox!

—¡No! No acomodes los acontecimientos a tu antojo para salir beneficiada. —Lanzó el periódico al otro extremo de la mesa, su sobrina era la única que lograba que perdiera los buenos modales—. Déjame recordarte... El primero fue Lord Galbort, a él le vomitaste en el pantalón.

—No fue mi culpa, fue culpa de la indigestión matutina... —Había mascado una hoja de ricino adrede. Vómito y diarrea por dos días, pero ... ¡Joder! Valió la pena. No tuvieron más noticias de Lord Galbort.

—Después fue Lord Abelstone, con él, lo reconozco —Cogió su taza de café, sorbió con resignación—, fuiste más delicada... simplemente le estornudaste en el rostro.

—¡Qué iba a saber yo que el hombre era un obsesivo de la limpieza y que le teme a los gérmenes! —Por supuesto lo sabía, hacía sus propios perfiles de pretendientes para conocer los puntos débiles.

—Luego de Abelstone —Regresó la taza al plato y se dispuso a cascar el huevo. Si no consumía un mínimo bocado de algo, la acidez estomacal lo consumiría a él—, tuvimos a... —Intentó hacer memoria mientras se llevaba a la boca una cucharada de cremosa y tibia yema de huevo en su perfecto tiempo de cocción—, ya lo recuerdo, al barón Penbroke...

—¿Te refieres al hombre veinte años mayor que yo? —Lo interrumpió, se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

Oliver rio a carcajadas. ¡Por supuesto que no la casaría con un hombre que la doblaba en edad! Pero viendo y considerando que Greta boicoteaba sus encuentros con todos los pretendientes acordes a la suya, optó por estimularla y provocarla con esa otra estrategia: cuando te decidas, solo esta alternativa quedará en el mercado.

—¡Y, así y todo, no recibiste el mensaje! Después del barón hubo tres más que prefiero ni mencionar ni recordar —Con uno fingió dormirse al punto de roncar. Al otro le arrojó una taza de té en los pantalones. Con Alfred Brigde, el anterior pretendiente, un prestigioso abogado, simplemente se limitó a decirle en el rostro: No, gracias. Giró sobre sus talones y se marchó—, y ahora... esto, ¡Maddox! Reconozco que te has superado en creatividad.

—¡Que Beth entrara en trabajo de parto fue una simple casualidad! —argumentó en su defensa.

—Te doy la razón en esta ocasión, dudo mucho que seas capaz de inducir un parto... —La miró de soslayo. Carraspeó—, por lo menos de momento. —Era muy habilidosa, no había que sembrar nuevas ideas en su cabeza—. Como sea, dime... ¿cuál ha sido el problema con Maddox? Explícame, por favor, porque no comprendo cuáles son tus estándares masculinos y eso me está crispando los nervios.

—¡Emory! Llamarse de esa manera es el problema. —Se sacudió como si hubiese tenido un escalofrío.

—¿Cuál es el problema con llamarse Emory?

—Me hace pensar en un ratón de biblioteca —dijo haciendo alusión a los grandes catedráticos y estudiosos. Cogió un scone y lo cortó a la mitad. Untó ambas partes con mantequilla y mermelada de higo.

—¡Yo soy un ratón de biblioteca! —exclamó con orgullo Oliver.

—¡Exacto! Ya te tengo a ti, tío... —Le entregó una mitad de scone a él—, no necesito a nadie más. —Le sonrió, y mordió su mitad de scone. De todos sus gestos y palabras, su sonrisa y lo dicho fue lo más genuino de esa mañana.

Y allí se hallaba el problema: en la vida vivida junto al único miembro de su familia. No había nadie más, solo primos lejanos a quienes poco les importaba el bienestar de una desconocida. Allí se hallaba también el epicentro de la desesperación de Sir Oliver Lanford. Tenía dos amores en su vida: su profesión como educador y su sobrina. Sin pensárselo dos veces, los últimos veinte años de su vida los había dedicado a esos dos pilares. Su carrera catedrática le otorgó un reconocimiento social tan importante que le valió el título honorífico. Su vida al cuidado de su sobrina le había brindado todo lo demás: la maravillosa sensación de tener un hogar. Risas y travesuras por doquier, plagadas del afecto más puro y auténtico. Cuando lo tienes todo, no necesitas nada más. Así fue para Oliver... La realidad, sin embargo, tomaba otra perspectiva y le recordaba que él no era inmortal.

—Pero no siempre estaré para ti, ¿lo comprendes, verdad? —La interrogó con la mirada.

—¿Qué... que no eres eterno? —Greta evadió su mirada. Conocía muy bien sobre la finitud de la vida, vio morir a sus padres. Su tío había cumplido cincuenta y cinco años, ya era un logro llegar a esa edad sin grandes inconvenientes de salud—. Lo sé, por eso mismo, pretendo compartir mi tiempo contigo antes que perderlo con esos malditos esnobs.

—Con eso me quieres decir que no es cuestión de estándares incomprendidos por mí, sino que tu plan es quedarte conmigo hasta que muera. —Tragó saliva a la fuerza, se había emocionado con las palabras de su sobrina.

—¡Exacto! —Greta aplaudió—. Así que puedes dar por finalizada esa búsqueda exhaustiva de maridos...

—¿Sabes que podría vivir unos veinte o treinta años más, no?

—Eso es lo que espero...

—Y que, de ser así, para cuando parta de esta vida, tú serás una solterona de cuarenta y tantos años. Sin nadie más que...

—¿Caballos?, ¿perros?, ¿quizás algún gato? —Estaba muy a gusto con su estilo de vida campestre. Llevaban ocho años viviendo en las afueras de Londres, se reubicaron allí luego de que su tío abandonara el cargo titular en la

universidad. En el presente se dedicaba a brindar seminarios una o dos veces al año. Cuando eso sucedía, se instalaban por unas semanas en el apartamento de la ciudad—. Puedo vivir placenteramente aquí por el resto de mi vida... con tu compañía o sola.

—Si ese es tu pensamiento, me siento responsable de ello... no es la vida que deseo para ti. Y si así lo interpretaste, fue mi error. No debí permitir que te acostumbraras a vivir de la misma manera que yo... —Retirarse al campo en el momento de más relevancia social para su sobrina fue algo que había pasado por alto. A sus dieciocho años, en vez de recorrer los salones de Londres, cabalgaba en pantalones y cosechaba calabacines—. Te equivocas si crees que una vida en soledad es más gratificante que una vida en compañía.

—¡Tú no has tenido ninguna compañía y se te ve muy feliz!

—No, ahí está tu error. Quizás no tuve esposa, pero tuve todo lo demás... contigo. Tú eres mi familia.

—Y tú eres la mía —rebatió Greta, sentía que le estaban dando demasiadas vueltas al asunto, y eso significaba una cosa: su tío no cedería.

—¡No, Greta, no lo soy! —Golpeó la mesa con la palma de la mano. Las tazas repiquetearon sobre sus platos de porcelana—. Por eso quiero que conformes tu propia familia... sé que lo quieres, aunque lo niegues.

—Ni lo quiero ni lo niego. —Alzó el mentón. Como era habitual, fingía ignorancia. La realidad era que le temía al peor de los errores, el de casarse con el hombre equivocado y estar atada a él por el resto de su vida. Infeliz vida. No era sencillo hallar al compañero correcto. Bastaba dar un vistazo en derredor para comprobar que los matrimonios infelices superaban en creces a los felices. Sí, ella prefería evitar la decepción.

—Dile eso a los dos baúles repletos con novelas de folletín que están ocultos en el ático. —Era una romántica innegable. Añoraba una historia de amor como las que leía, más no se atrevía a vivirlas.

—¡Señora Calloway!, ¡señora Calloway! —Greta llamó a la mujer a los gritos. Ruth estuvo ante ellos en segundos.

—¿Qué?

—¡Es una traidora! —Solo Ruth conocía sobre sus novelas.

—Ah, eso, sí... —Afirmó sin remordimientos—, pero si esta traidora puede verte luciendo un vestido de novia, me sentiré orgullosa de mi pecado. —Se

dirigió a Oliver—. ¿Más café?

—Oh, sí, por favor... gracias, señora Calloway.

La mujer se acercó a la mesa y cogió la tetera para rellenarla con la infusión oscura en su temperatura justa. Cuando estuvo al lado de Greta, esta le sacó la nariz. La mujer resopló, sí, esa pequeña traviesa estaba en problemas, podía oír las campanadas de la iglesia a lo lejos. ¡Oh, una boda se acercaba!

—De acuerdo, de acuerdo... —Greta reconocía que estaba entre la espada y la pared—, reconozco que he contemplado la posibilidad de hallar un caballero... Mmmm, cómo decirlo, acorde a mis necesidades y requerimientos...

—¿Cuáles son tus necesidades y requerimientos? Dímelo, soy todo oído... —exhaló con resignación Oliver.

—Mmmm... que sea respetuoso, afectuoso, honrado y fiel. Alguien con el que pueda tener conversaciones profundas y, también, banales. Que no sea ni muy alto ni muy bajo, para estatura baja ya estoy yo —Hizo una pausa, por lo visto, tenía una lista mental muy extensa, ni ella la recordaba con exactitud—. En cuanto a lo estético, no soy superficial, pero por lo menos espero que sea de mi agrado visual... Ah, que no sea un esnob consentido por su madre, suelen ser detestables. Que no fume puros, es desagradable, el olor siempre queda en la ropa, en el cabello, en todo. Que no tenga tendencia a los malos vicios... ¡No vaya a ser que después pierda la casa en una apuesta clandestina!

—¿Algo más? —la interrumpió su tío. No sabía si le estaba tomando el pelo o era verdad. De ser lo último, estaban en problemas. Definitivamente se quedaría soltera.

—Sí... ¡que no sea pelirrojo! Mmm, no sé, como que me generan una sensación rara los hombres pelirrojos, una sensación inexplicable. Tampoco que sean oriundos de Escocia —La culpa la tenían las novelas con personajes masculinos escoceses. No eran su estilo de protagonistas de ficción, menos que menos, de vida real. Por las dudas, se mantenía al margen de ellos.

—No te preocupes, si la sensación que mencionas tiene una explicación, preferiría no saberla...

Para desgracia de su tío, la lista continuó:

—Acepto ingleses, franceses, y algún que otro danés. —Greta se masajeó la barbilla—. También podría ser un americano...

¡Basta! Suficiente para Sir Oliver Lanford.

—Hagamos lo siguiente, de ahora en adelante, no elegiré más pretendientes para ti... —le dijo convencido de que se evitaba más acidez estomacal en el futuro inmediato. Greta sonrió satisfecha—. Confiaré en tu criterio, por lo visto, tienes muy en claro lo que buscas... ¡Elige a tu propio marido!

—Lo dices de verdad, ¿no te arrepentirás después, tío?

—No, procura no arrepentirte tú después, ¿quieres? —Se incorporó, depositó un beso en su coronilla y la dejó sola.

Al cabo de unos minutos, la señora Calloway regresó con más café.

—¿Y el señor Oliver?

—Se ha marchado a su recámara, dijo que le dolía la cabeza... —Greta se encogió de hombros—. Hasta hace un momento estaba de maravillas. En fin, más café para nosotras. —Le guiñó un ojo a la mujer—. Siéntese, señora Calloway... los scones están deliciosos.

—Lo sé, yo los preparé. —El trasero de la señora Calloway halló refugio en la silla contigua a la de Greta. Al ver la taza de esta vacía, la rellenó con café. Se sirvió una taza para ella.

—Dígame, señora Calloway, ¿qué opina de los hombres pelirrojos? —Sorbió de su taza.

—No opino, no he tenido el gusto, prefiero los castaños. —Sorbió de su taza—. ¿Tú?, ¿qué prefieres?

Mmmm, ¿qué prefería? Vaya debate mental.

—Creo que prefiero los...

Capítulo 3

Lo había estudiado en Eton. Sí, señor. El profesor de astronomía le había explicado muy bien por qué el sol salía por el este y se ponía por el oeste, pero desde que había terminado sus estudios que no contemplaba tan maravilloso espectáculo.

¡Y su habitación en la casa familiar daba al este! ¡Y John había sido asignado a las tareas de ayudante de cámara! ¡Y John era demasiado leal al conde como para no hacerle la vida imposible!

—Demonios, hombre... —se quejó Leopold, cubriéndose la vista con el antebrazo. John había abierto las cortinas y las ventanas. Una brisa fresca, que cualquier otro hallaría reconfortante, hizo al heredero cubrirse con las mantas—. Cierra, que hace frío.

—Es una mañana fantástica, milord. ¿Escuche cómo cantan los pajaritos?

—Prefiero a las cantantes de ópera —masculló.

—Tendría menos frío si durmiese con prendas de dormir, milord.

—O si mi ayudante de cámara no abriese las ventanas de par en par.

—Temporal... —respondió el hombre. El ruido del agua pasando del aguamanil a la jofaina estimuló sus ganas de orinar. ¡Al demonio el buen sueño!

—¿Cómo dice? —Hizo a un lado las mantas, exponiendo su cuerpo completamente desnudo. El ayudante de cámara había dejado una bata cerca de la cama, sabedor de que su *nuevo* señor no tenía problemas con el decoro.

—Que soy su ayudante de cámara temporal, milord. No se haga ilusiones.

Leopold se puso de pie, se cubrió con la bata sin cerrarla a la cintura. John lo oteó y contuvo a fuerza de entrenamiento el arqueamiento de cejas. ¿De verdad

creía que lo incomodaría su desnudez? Los criados limpiaban hasta los calzones de sus amos, tendría que encontrar otro medio para irritarlo. El joven se perdió detrás del biombo y vació su vejiga. Al regresar, ya había comprobado que no bastaría un comportamiento escandaloso para deshacerse del control familiar. John sería el informante asignado hasta que pudiera regresar a su piso de soltero.

Que esperaba que fuera pronto.

De todos modos, no dormía desnudo por molestar a un simple criado. No era tan vil ni pueril, lo hacía porque se había acostumbrado a ello. Dormir vestido era incompatible con dormir acompañado. Y mientras no solucionara su situación, al igual que la de John, temporal, seguiría solo por muy desnudo que durmiera.

Se lavó la cara con el agua fresca y miró el reloj que había dejado sobre el tocador.

—¡Las ocho de la mañana! ¿Quién demonios está despierto a esta hora?

—Diría que todo el mundo, milord, pero supongo que en California aún duermen.

—Pues prefiero el horario californiano.

—Dudo que le siente igual el sol de esas tierras. ¿Hace cuánto que no asoma la nariz por fuera de la casa?

—¿La nariz?, ¿en serio? —siseó. ¡Su criado le hacía bromas sobre la anatomía! A lo que se había llegado en términos de respeto, pensó airado y divertido. Su nariz era su rasgo predominante, algo grande, con el tabique marcado. ¡Le daba personalidad! ¿o no?

John hizo oídos sordos a su queja y completó:

—¡Su tez está algo gris! Le recuerdo que la noche es para las lechuzas, milord.

—Gris y narizotas... ¿Algo más?

—Tendría que comer mejor, también está delgado.

—¡Oye!

—Usted preguntó, milord. Y de hecho, levantarse a estas horas tiene el beneficio de un nutritivo desayuno. Se lo recomiendo.

—Voy a matar a Rufus Lumley y recuperar mi apartamento de soltero —murmuró, al tiempo que se sentaba en la silla junto al tocador y permitía que

John lo rasurarse. No tenía mucha barba, lo cual tampoco lo favorecía. Debía ser cuidadoso con el rasurado si no quería ir por la vida con dos o tres pelos ralos asomando de su mentón y un bigote gracioso, de esos que hacen punta en los extremos.

Nariz y bigote, mala combinación.

Al igual que amigo ludópata y apartamento disponible, muy mala combinación. Rufus había apostado hasta la renta en un juego de cartas y él, en un arrebato de generosa amistad, le había ofrecido que se quedara en su apartamento hasta que *reacomodara sus finanzas*.

Dejarse el bigote sería una decisión menos desastrosa que la ya tomada. ¡No recuperaría más su lugar! Ahora dormía en la casa familiar, donde las visitas de damas con fines *recreativos* estaban prohibidas y, en especial, donde los criados criticaban su aspecto.

¡No había nada malo en su aspecto! A las mujeres les gustaba, ¿verdad?

Vale. No. A las mujeres no les gustaba su apariencia, no lo encontraban guapo, lo que les gustaba era su arte de seducción y sus dotes entre las sábanas. Una reputación que se vería dañada si volvía a vivir con sus padres como un niñato.

¡Tenía que solucionar su situación con urgencia! Su paga le alcanzaba para rentar dos apartamentos, lo que le sobraba era dinero. Pero ¿y los caballos? Allí iba cada penique que se ahorraba.

Debía elegir, reputación con las damas o su gusto por los caballos...

Sería lo segundo, porque su padre llamó a la puerta decidido a arruinar lo primero. Su presencia pulcra de traje de campo en tres piezas, el cabello peinado con prolijidad y sus modales de gran señor rompieron con la ya no armoniosa mañana.

—Leopold, ¡hasta que al fin despiertas!

—¡Son las ocho!, ¿qué demonios le sucede a la gente en esta casa?, ¿desde qué hora está despierto, padre?

—Desde las seis y media, lo cierto es que he retozado esta mañana. —El leve sonrojo en las mejillas masculinas hizo a Leopold séptimo contener la expresión de asco infantil.

—Diosssss —gruñó. Podía completar en qué había empleado su padre el tiempo extra en la cama y de solo pensarlo...—. Dioooooossss....

—Y hablando de tu madre… —siguió Leopold sexto.

—¡No hablábamos de ella! —se quejó el menor, ante la confirmación de que sus suposiciones eran ciertas—. Tengo que recuperar mi apartamento…— lloriqueó.

—Ahora sí hablamos de ella, y dado que no tienes tu apartamento y estás abusando de la hospitalidad del condado…

—Soy tan heredero como tú.

—Por eso —insistió su padre— estás invitado a un evento en Londres esta noche. John ya está sobre aviso —El criado asintió— y tu frac está preparado. Tienes que estar listo a las seis, luego del té con tus abuelas.

—¿Té?

—Se sirve a las cuatro y media, así lo prefiere lady Jaqueline, ya lo sabes.

—¿Yo, tomando el té?

Su padre se dispuso a abandonar la alcoba. Ya había comunicado las obligaciones del día, él podía dedicarse a las propias.

—Aguarde, padre… —lo detuvo Leopold—, acepto el té, pero… ¿de qué evento en Londres estamos hablando?

—¿Aceptas el té? —Sexto arqueó las cejas. Bien, reconoció Séptimo, no tenía poder de decisión alguna bajo ese techo. Adiós, libertad, fue bello mientras duró.

—El evento…

—¿Y cómo voy yo a saberlo? —carcajeó el hombre. Mala señal. Muy mala señal. ¡Pésima señal!

—Oh, no… No, no, no…

—Oh, sí. Sí, sí, sí —respondió su padre—. Frac en el cuerpo y ninguna pregunta en los labios, esa es la etiqueta de esta noche.

Leopold cerró los ojos con fuerza. Al abrirlos, se dio cuenta de que John ya lo había rasurado, sin inmutarse por la charla. Y peinado hacia atrás, recortado sus patillas y ahora se dedicaba a sacarle las pelusas imaginarias a su atuendo de día.

—Yo no estoy casado con ella —dijo en su defensa el menor de los Audley. Que su madre manipulara a su padre si quería, pero… ¿a él?, ¿Leopold Séptimo, el alma libre del condado…? Bueno, sí, se estaba poniendo dramático, pero ¿podría alguien pensar en un pobre libertino en mala racha?

—Peor —Sonrió el mayor—, es tu madre. Tiene más poder sobre ti que sobre mí.

El cuadro estaba completo. Retozar por la mañana, fiesta por la noche. ¡Su madre se había salido con la suya! Su padre era incapaz de negarle nada a su esposa, ella le sonreía y él le obsequiaba el mundo. Ella le hacía el amor y él... él le vendía el alma al diablo.

—Dime que no es una de esas fiestas con debutantes y señoritas casaderas... —rogó en vano.

—Si lo fuera, nada podrías hacer. A veces, se es más feliz en la ignorancia —sentenció su padre y abandonó, cobardemente, la habitación antes de recibir más preguntas.

Leopold tuvo una cosa por seguro: ¡Jamás se casaría! Y menos con una de esas arpías disfrazadas de damitas casaderas. ¡Eran las peores! Sus amantes expertas pedían joyas, las que eran como su madre... ellas pedían el corazón.

Él mantendría el suyo bajo mil llaves. Los Casanovas no se enamoraban. Y hasta que no hiciera bien las cosas con los caballos, la única reputación que tenía por mantener era la de libertino.

No se convertiría en uno de esos libertinos domados, como los demás Leopold. No, señor. Su legado terminaba en el séptimo, de ahora en adelante, ¡regirían los hombres!

—Milord —llamaron a la puerta. La doncella de su bisabuela asomó su rostro gentil—, su abuela solicita su presencia en el desayuno.

—¿Puedo negarme?

—No.

Vale. Quien dice de *ahora en adelante* puede referirse a *desde mañana en adelante*, porque nadie le dice que no a lady Jaqueline Audley. Se terminó de vestir y fue al encuentro de la condesa.

***

—Esto es una prisión —expresó Greta cuando los dedos de la señora Calloway ajustaron las cintas que sostenían el armazón de metal del miriñaque. El corsé ya contraía sus costillas, achicando su cintura unos tres centímetros. El vestido que aguardaba por ella colgado junto al armario se burlaba de la muchacha.

—No, esto es un miriñaque.

—Pues parece una prisión.

—Una en la que te has metido solita, ¿recuerdas?

Greta rodó los ojos. Sí, lo recordaba. Tras espantar al último pretendiente, tío Oliver le había propuesto hallar uno por sus propios medios. Lo que ella había interpretado como «libertad» era en realidad una nueva celda: la vida social.

Tío Oliver había movido los hilos de sus amistades, ya no para conseguir caballeros respetables que se pudieran presentar a tomar el té, sino para conseguir invitaciones a los bailes. De lo contrario, ¿dónde hallaría Greta al indicado?

—No era esto lo que esperaba —se lamentó.

—Pues si la montaña no va a Mahoma...

—¡Las montañas no se mueven, Ruth! —se quejó, dispuesta a lamentarse de cada detalle de su nueva suerte.

—Es un dicho. —La señora Calloway puso los ojos en blanco.

—También era un *dicho* comparar esto con una cárcel y me lo has echado en cara.

La mujer volvió a poner los ojos en blanco. Adoraba a la muchacha, pero sin dudas necesitaba un poco de pátina social. Haberse criado con un tío soltero y algunos empleados no había resultado la mejor de las educaciones. Era algo mimada y rebelde, tema que desvelaba a Oliver Lanford cada noche. Ella lo sabía muy bien, porque, con brandy de por medio, el hombre le compartía sus pesares.

Que ya era viejo y Greta se quedaría sola, con una herencia diezmada por ser mujer y pocas posibilidades de conseguir una renta en su condición.

Que la muchacha empezaba a caminar el peligroso sendero que la conduciría a convertirse en una solterona, algo que en él era aceptable, pero en una mujer era un estigma.

Que no estaba tan seguro de que la muchacha no quisiera casarse...

En fin, un millar de pensamientos le quitaban el sueño a Sir Lanford y era Ruth quien le prestaba el oído. Ella coincidía con Oliver, Greta sí quería casarse, solo que hallar un marido era dar un paso para el que se negaba. Era aceptar que su tío tenía razón y era la única familia que le quedaba viva, era ser consciente del inevitable paso del tiempo y era admitir que la soledad no era agradable, pese a venir con un concepto manido de libertad.

Ruth estaba segura de que entre los hombres londinenses existía uno a la altura de su Greta. A la altura figurada, porque en la literal, todos la rebasarían por más de una cabeza.

—Los rizos te han quedado perfectos —la animó Ruth. Greta hizo una mueca. Su cabeza parecía la de medusa, con los tirabuzones serpenteando a los lados de un moño alto.

—¿No podemos cambiar el baile por un paseo en Hyde Park? —propuso. Allí se podía lucir, montaba de maravillas, incluso a mujeriegas. Y el traje de montar verde le sentaba también de maravillas. En cambio, ese...

—Eso vendrá después, cuando elijas con quién dar ese paseo. No te apresures —le recomendó Ruth—, solo estudia el terreno, observa a los hombres y luego ven y me cuentas si prefieres a los morenos o si has cambiado de parecer sobre los pelirrojos.

—No sucederá tal cosa —Se estremeció—, ni cambiaré mi idea sobre los escoceses.

—¿Por qué no? Se dice que son salvajes —soñó Ruth—, libres...

—¡Altos! No quiero un hombre alto. Sería incómodo y, además, suelen ser torpes al montar. ¡Y no vuelvas a poner los ojos en blanco! —la reprendió ante el gesto inminente.

—Pues bien, elige un panzón si quieres, pero elige uno, niña. No es tan grave, ¿sabes?, otras mujeres no cuentan con tu libertad. Son obligadas a casarse y dependen de la suerte para tener un buen matrimonio. ¡Tú cuentas con un privilegio! —le recordó la mujer, cogiendo el dulce rostro de la muchacha entre sus manos. Los ojos azules de Greta se clavaron en los marrones de la señora Calloway, leyó en ellos la historia que sabía por rumores. La hermana de Ruth se había casado con un vicario para salvar a la familia de la ruina, pero el vicario le hizo la vida imposible con sus normas morales estrictas y sus palizas adoctrinadoras. Al final, dejó de pasarle dinero a la familia de su esposa y Ruth debió buscar un empleo por debajo de sus condiciones para salvarse ella y a los suyos del hambre. Mientras, su hermana, que se había sacrificado, seguía atrapada con el vicario—. Debes obrar con responsabilidad, mi niña, hacer honor a esa libertad que te da tu tío. Y sé que lo harás, porque además de bella eres muy lista.

Lo de bella lo pondría en duda. Más cuando Ruth cogió el vestido rosa pastel y se lo pasó por la cabeza. El cuello caía hasta calzarse bajo los hombros, dibujando una línea recta entre ambos que pasaba por el esternón. El problema era el volado blanco que hacía ver su espalda más ancha, claro que eso cumplía la función visual de hacer parecer su cintura aún más estrecha. Tanto que cualquiera pensaría que se quebraría por allí. Un centímetro más abajo, las enaguas y el miriñaque hacían su cadera inmensa, dibujando el famoso reloj de arena tan de moda en los cuerpos femeninos.

Ella podía aceptar que esa moda sentaba bien... en otras mujeres. Con su escasa estatura, tanto bulto resultaba exagerado y apenas podía caminar con el peso del vestido. Los rizos, para colmo, le hacían cosquillas en las orejas. ¡Por eso odiaba los bailes!

—Lista...

Debió apretar con sus manos el miriñaque para pasar por la puerta y alzarlo con poca galantería para bajar las escaleras. Esperaba que sus pies recordaran el camino, porque sus ojos no veían nada por debajo de la falda.

En el vestíbulo, tío Oliver esperaba por ella de punta en blanco. Él sí podía lucirse con un frac, y lo único incómodo era el sombrero de copa que podría sacarse una vez estuviera en la intimidad de la casa de lady Constance Bruce, la viuda de su gran amigo Charles, que en paz descansaba.

—Hoy serás la sensación —la animó Oliver. Fue turno de Greta de poner los ojos en blanco.

—No se haga ilusiones, tío. Hoy solo voy a estudiar el territorio, como una buena estratega. Espero no ser ninguna sensación y, sobre todo, pasar desapercibida. Una depredadora debe conocer el fino arte del camuflaje.

Su tío se echó a reír. Su sobrina siempre lo divertía, más si tenía en cuenta su atuendo. Dudaba que pudiera camuflarse, salvo que fueran a una sedería.

—Esa es mi niña, toda una catedrática.

Se despidieron de Ruth con un alzamiento de manos y el tormento dio comienzo. Oliver tuvo que ayudarla con un criado a subir al carruaje, casi debieron empujarla del trasero, y luego no se pudo mover en todo el trayecto. Ya vería cómo se bajaba de allí sin que todos se voltearan a ver a la loca de los rizos rodando por la alfombra de ingreso.

Capítulo 4

Greta apartó su estado de ánimo contencioso en cuanto sus ojos se posaron sobre la línea de farolas que indicaban el camino hacia la casa de lady Constance Bruce. Por muchas ideas que tuviese sobre el matrimonio y los maridos, y en especial sobre las ventajas de la vida simple de campo frente a la ostentación de las casas londinenses, el espectáculo de un lujoso baile podía doblegar el carácter de cualquier dama. Incluida ella.

Los carruajes, casi todos negros, aunque también había algunos caoba, se abrían paso por el camino de gravilla que conducía a la entrada principal. Los lacayos con librea se afanaban en atender deprisa a los grandes señores y damas que llegaban al evento. Lady Constance Bruce estaba espléndida con su vestido burdeos en el vestíbulo. Recibía a los recién llegados con una sonrisa cordial y un gesto amable.

Tío Oliver la observó de soslayo y sonrió al notar que su sobrina estaba de mejor humor. Sabía que era él el causante de que la joven no tuviera la vida social que le correspondía por su estatus. Si bien no contaban con un título, los Lanford eran una familia bien relacionada y no escaseaban los apellidos que habían conseguido agregar un lord, lady u honorable a su nombre.

Greta se merecía esa vida; era su decisión si quería renunciar a ella por considerarla frívola, pero no dependía de él. Su hermetismo y soledad no debían alcanzar a la joven; era la decisión que había tomado tras tantos intentos fallidos de encontrarle un marido.

Tal vez, si Greta veía con sus propios ojos lo que significaba casarse —eventos sociales, amistades, té, familia—, ya no tendría que luchar preocupado

porque quedara sola, sino que sería ella misma quien buscaría esa vida que le pertenecía por nacimiento.

Esos pensamientos no se asemejaban en nada a los de Greta. Ella solo pensaba en la cantidad de farolas, en lo colorido de los vestidos de las damas y en lo elegantes que estaban los caballeros. Le agradaba la puesta en escena y el escenario era perfecto. La casa de lady Constance Bruce era enorme, de estilo neoclásico, con columnas a los costados y molduras en cada ventana.

Por fin, les tocó descender del carruaje. Greta había olvidado los incordios de su vestido hasta entonces, pero el lacayo de la anfitriona era tan eficiente que apenas se notó la torpeza de la dama al bajar. ¡Y nadie vio cómo sir Lanford empujaba del miriñaque desde detrás! En un salto que se perdió por debajo de la amplia falda, la joven se puso de pie en la entrada. Su tío se apresuró a ofrecerle su brazo y entraron triunfales en una fila coordinada con los demás invitados.

Al verlos, la mirada de lady Constance Bruce se iluminó y Greta le devolvió la cortesía. Esa mujer le caía de maravilla. Era amable, gentil... digna amiga de su tío y esposa del difunto Charles. Una dama capaz de tender siempre una mano a un necesitado, y esa noche era ella quien la necesitaba. Por eso, no dudó en invitarles en cuanto su tío le planteó el problema: mi sobrina necesita conocer hombres para hallar al indicado. ¡Y vaya si había variedad! Había de todo: altos, bajos, delgados, rechonchos, rubios, morenos, jóvenes, viejos... Era un mercado en su más amplia acepción de la palabra.

—Sir Lanford... —Constance le extendió ambas manos, él hizo lo mismo, y se cogieron en un gesto amigable. Tras lo cual, porque lo dictaba la norma, el recién llegado besó el revés enguantado de la dama—. Señorita Greta... Qué placer tenerlos esta noche.

—El placer es todo nuestro.

Tras ese escueto saludo, debieron hacerse a un lado para que recibiera a los demás. Pero antes de que se pudieran alejar demasiado, la mujer los detuvo.

—Aguarden cerca, que necesito hablar con nuestra niña —dijo la dama, y se volvió hacia un nuevo invitado. Greta miró sin entender a su tío, este la calmó:

—Cotilleos —le susurró al oído.

—¿Cotilleos?, ¿lady Constance? —No era de esas damas aburridas que se prestaban a hablar de más. Sir Lanford sonrió.

—Existen los cotilleos bienintencionados, por ejemplo, los que ponen en sobre aviso a las damas inocentes. Confía en ella.

Él lo hacía. En cuanto entendió que debía soltar a su pequeña sobrina a las fauces de Londres, supo que su amiga Constance era la indicada. La guiaría como una capitana experta en una navegación en altamar.

—Bien —dijo la lady—, ya he terminado con los recibimientos. Ahora tenemos unos minutos para conversar.

Un lacayo se acercó con una bandeja repleta de copas de champán. Los tres cogieron una y avanzaron por entre el gentío. Tío Oliver no tardó en ser capturado por otros catedráticos, pese a su vida de retiro, era un hombre muy popular entre los suyos. Greta se sintió aterradoramente sola en cuanto lo vio alejarse. Comprendió cuánta razón tenía el hombre, ella estaba demasiado sola sin él. No dejaría que la pensa la golpeara tan pronto, el futuro no había llegado, no había motivos para agobiarse aún.

Era mejor sonreír al presente, vivirlo y coger en él cada oportunidad que tuviese.

—Greta, así que al fin te has decidido, pues aquí está el mar, dime qué pez quieres y te ayudaré a lanzar el anzuelo —bromeó la mujer.

—Hasta ahora, solo he determinado que no quiero ni un pelirrojo ni un escocés.

Lady Constance Bruce se echó a reír.

—Eso descarta a tres hombres esta noche. Sir MacAlister... —El hombre que señaló discretamente con la mirada lucía un kilt de gala, y Greta debió admitir que tal vez se había apresurado al descartar a los escoceses—, lord Chance... —Los cabellos rojizos del vizconde brillaron bajo las lámparas de aceite y las velas — y el señor Villanueve. ¿Alguna otra condición?

—No de momento. —Sonrió.

Lady Constance Bruce saludó a otros invitados al pasar, hizo preguntas de cortesía y le presentó dos matronas a Greta. Siguieron camino, un brazo enredado en el otro y una copa en la mano libre.

—Pues permíteme aconsejarte sobre otras cosas más que deberás tener en cuenta, además de la nacionalidad y el cabello.

—Lo sé —se adelantó Greta—, el carácter.

—Exacto. Tu tío ha intentado dar lo mejor de sí, pero tampoco es un gran juez de carácter. O, cómo decirlo... mmm... tiene ideas muy masculinas sobre lo que las mujeres queremos de los hombres.

—¿Muy masculinas?

—Ya sabes... No ven las cosas desde nuestra perspectiva. Se centran en el pasar económico, que claro, es muy importante, pero no lo es todo. En la reputación. Pero dejan de lado la simpatía, la verdadera amabilidad que no es caridad y, por supuesto, el atractivo. Una mujer debe hallar atractivo a su marido. Las mujeres somos más fuertes de lo que ellos creen, podemos afrontar crisis, carencias, malos momentos, siempre y cuando tengamos a nuestro lado al compañero correcto. En cambio, hasta la más vasta de las fortunas sabe a hiel junto al equivocado... —Suspiró.

—Lord Charles fue un gran compañero... —dijo Greta, temerosa de estar oyendo una confesión tardía de Lady Constance Bruce. La mujer sonrió con nostalgia.

—El mejor. Pero no todas tienen nuestra suerte, Greta. No todas pueden elegir. —Volvió a suspirar.

—No todos los cotilleos son malintencionados —repitió Greta las palabras de su tío. Ahora entendía, Constance no le contaba aquello porque quisiera hablar mal de los demás, sino porque la agobiaba algo... o alguien. Los ojos de la dama fueron en dirección a una pareja. Los de la joven siguieron el camino.

—Mi gran amiga Marjorie. Ven, te la presentaré...

A medida que se acercaban a la mujer, la mirada de ella se iluminaba de dicha y la de su esposo se apagaba por el malhumor. Marjorie lucía un recatado vestido gris, con algunos detalles en seda del mismo tono que marcaban la sutil diferencia entre un traje de día y uno de noche. La tela era de excelente calidad, al igual que la confección, mas el diseño era tan austero que parecía una monja. Su peinado, completamente recogido, le despejaba el rostro redondo, de mejillas llenas. Greta podía adivinar la belleza en esos rasgos. Tenía unos hermosos ojos negros, almendrados, que serían despampanantes si brillaran con felicidad y no estuvieran apagados como dos carbones. Y los labios llenos formaban una boca de corazón, con el arco de cupido pronunciado y rojizo en contraste con su piel blanca... demasiado pálida.

—Marjorie, cariño, apenas hemos podido hablar cuando has llegado. ¿Cómo te encuentras?

Antes de que pudiera responder, su esposo lo hizo por ella.

—Gracias por la invitación, milady. Mi esposa se encuentra muy bien, gracias a Dios y a la ciencia.

—¿La ciencia? —preguntó Greta. El hombre la fulminó con la mirada, había cometido un error imperdonable: ¡hablarle a un hombre antes de ser presentada!

—Señor Carnegie... —intervino Lady Constance—, permítame presentarle a la señorita Greta Lanford. Greta, ellos son el señor y la señora Carnegie.

—Un gus...

—¿La sobrina de Sir Lanford? —interrumpió el hombre. ¡Qué mal le caía!

—Sí, mi tío Oliv...

—Un gran hombre, sin dudas. ¿Dónde se encuentra? No he podido saludarlo aún. Su tío es muy respetado, una persona culta, racional. La clase de compañía que enaltece el espíritu del hombre moderno.

Recién cuando sintió el codo de Lady Constance Bruce incrustarse en sus costillas, Greta se dio cuenta de que había compuesto un gesto de desagrado. O de vergüenza ajena.

Constance se apresuró a hablar, impidiendo que la jovencita metiera la pata con un comentario atinado, aunque tal vez demasiado mordaz.

—¿A qué se refería su señor esposo con gracias a Dios y a la ciencia, has estado enferma, Marjorie?

—Sí, yo...

—Ha sufrido de males femeninos —interrumpió una vez más su esposo. Greta dejó atrás el gesto de asco y pasó a ser pura furia. Ya podía sumar una característica más a su lista de pretensiones, ¡que dejara hablar a los demás!

—¿Males femeninos? —¿Qué demonios eran los *males femeninos?*

—Depresión e histeria, se ha comprobado científicamente que las mujeres tienen una inclinación natural a estas enfermedades, porque sus cerebros menos desarrollados no cuentan con las defensas morales elevadas.

Greta abrió la boca como pez fuera del agua. Buscó en su cabeza una réplica y le vinieron tantas que se le formó en la garganta un cuello de botella. No podía soltar respuesta alguna. Que era un imbécil, que, por supuesto la pobre señora

Carnegie estaría deprimida y no era justamente por la tendencia natural, que la cura para sus *males femeninos* era el homicidio...

—¿Más champán? —Lady Constance le puso una nueva copa en la mano y prácticamente le empujó el codo para que bebiera.

—Pues me alegro de que la ciencia te ayudara, Marjorie. Me haría muy feliz que me visitaras, tal vez podríamos hablar de estos médicos tan capaces para los males femeninos —le sugirió la lady.

Greta admiró su capacidad de surcar esas aguas embravecidas, de brindarle su amistad a Marjorie y un espacio para desahogarse, en vez de armar un escándalo, que es lo que ella haría en su lugar.

Marjorie sonrió, abrió una vez más la boca para agradecer, tal vez para aceptar tan amistosa invitación y su marido se adelantó:

—No sé si será bueno para su salud, pero si le interesan esos médicos, milady, no dudaré en enviarle una misiva con la información.

Era hora de aprender, y qué mejor aprendizaje que la práctica, pensó Greta. Carraspeó y sonrió como una boba.

—De todos modos, un té con lady Constance le hará bien, ¿verdad? Mi tío la encuentra entre sus más apreciadas amigas —dijo en dirección a la anfitriona— y siempre admite estar de mejor ánimo tras una conversación amena con usted, milady. Y ya sabe, mi tío es muy agudo al elegir sus amistades.

Supo que había hecho bien al ver la aprobación en la mirada de Constance. El señor Carnegie podía menospreciar a tres damas, incluso a una con título, pero nunca a un hombre de la reputación de Sir Lanford. Negarse ahora a la invitación de la dama sería como desairar el buen criterio del Sir.

—Tiene usted razón, una conversación con una dama del intelecto de lady Constance le sentará de maravilla a mi esposa. En tal caso, aguardaremos su invitación.

—Mi tío se encuentra junto a lord Barmham... —señaló Greta, esperando que el hombre dejara a su esposa con ellas y se sumara a aquella conversación.

—Ya lo saludaré más tarde.

Lady Constance supo que era momento de la retirada, insistir más sería perjudicial para su gran amiga Marjorie. Hicieron una reverencia y se alejaron. A cada paso que daban, los ojos de la pobre mujer se apagaban más y más.

—Ya puedo sumar un requisito más —gruñó Greta—, que no se parezca en nada a Carnegie. ¿Cómo terminó esa buena mujer junto a ese hombre? —El gesto de desagrado volvió a sus facciones.

—Su familia tenía problemas económicos acuciantes, él aceptó casarse con ella pese a no tener dote y a pasarle una mensualidad a la familia. La pobre Marjorie no tuvo muchas alternativas, podía salvarse sola, ¿sabes?, el señor Hopetoun estaba dispuesto a casarse con ella, pero no tenía las arcas para ayudar a toda la familia.

—Dudo que fuera culpa de Marjorie el estado de las finanzas familiares —gruñó Greta—. Los hombres se gastan el dinero y las mujeres deben pagar el precio con abnegación.

—Aprendes rápido cómo funciona este mundo. Por eso tu tío prefería buscarte un esposo por fuera de este mar tan amplio, limitar tu coto a los peces buenos, pero eso no funciona para ti, ¿verdad? Quieres ser la artífice de tu vida.

—¿Está mal? —preguntó con verdadera duda.

—¡En absoluto! Es admirable, pero es necesario el conocimiento. Como en todo, para tomar una decisión certera, es importante saber cuáles son las alternativas.

—Ya vi una y sé que no la quiero.

—Ahora veremos las demás —propuso lady Constance.

Pero antes de que pudiera conducirla con más amistades, un murmullo se elevó entre los invitados. Los abanicos femeninos empezaron a blandirse hasta generar un huracán en el salón. Los gestos masculinos se endurecieron hasta hacerse de piedra. Y lady Constance Bruce solo pudo exclamar:

—Oh, no... lo había invitado solo por cortesía.

—¿A quién?

Greta no alcanzaba a ver, su escasa estatura no le permitía vislumbrar por encima de los hombros de las damas y caballeros. Como la tensión crecía y ella era la única sin entender lo que sucedía, comenzó a dar brincos para asomar su cabeza por encima de los invitados.

Un salto, dos saltos... La multitud se abrió... tres saltos.

Parecía una rana vestida de rosa. Ese fue el único pensamiento que le dedicó lord Leopold Ferdinand Audley VII a la extraña muchacha que acompañaba a la anfitriona.

Lady Constance Bruce palideció, pero consiguió mantener la compostura. El murmullo no se apagaba y estaba a un paso de convertir su velada en un escándalo. ¡Rayos!, ella solo había querido ser amable con el conde de Suffolk. Claro que no esperaba que su bisnieto hiciera acto de presencia, era sabido que Leopold VII se mantenía tan lejos de las debutantes como era capaz. ¡Y en su evento había una veintena! Empezó a sentir que las miradas de las matronas le quemaban la nuca, que el espanto se abría paso por el salón al igual que el renombrado libertino.

—¿Qué sucede?, ¿quién es? —preguntó Greta.

—Lord Leopold.

¿Y quién demonios era Lord Leopold?, quiso preguntar. Jamás había escuchado de él, acaso un pariente de la reina por el alboroto a su alrededor. La masa de cuerpos seguía conformando un corredor que unía a los Audley con la anfitriona... y la rana vestida de rosa que había dejado de brincar.

—Señora Waldeck —pidió lady Constance y una de esas estiradas matronas no dudó en dar un paso al frente—, le encargo a mi muy preciada invitada, Greta, la sobrina de Sir Lanford. Yo debo... ella es... me refiero...

No pudo completar ninguna oración. Greta no salía de su estupor.

—Milady, permítame acompañarla a recibir a los recién llegados. Es evidente que se siente descompuesta —propuso ella.

—¡No! —Tanto la matrona como la anfitriona fueron rotundas. Pasaron de la palidez al sonrojo y del sonrojo al idioma de señas. Algo como:

Inclinación de cabeza, asentimiento, gesto con la cabeza en dirección a la entrada, asentimiento, arqueo de cejas, frunce de labios, chasquido de lengua, asentimiento final. La traducción de ese idioma que solo hablaban esas mujeres era: Greta es inocente, el recién llegado es el libertino más famoso de Londres, la arruinará con solo mirarla, Sir Lanford me matará si le pasa algo a su sobrina. Yo me encargo de cuidarla. Gracias.

Greta quedó petrificada junto a la señora Waldeck y vio a la querida Constance caminar con elegancia hacia los recién llegados.

—¿Puede alguien explicarme qué sucede? —preguntó algo molesta. La señora Waldeck no tenía la culpa, pero era la única a quien podía recriminarle algo.

—Lord Leopold es... su reputación con las damas es...

—¿Mala? —completó Greta.

—Msínosímmm —fue la respuesta de la matrona que dejó a la joven Lanford más confundida que antes—. Lo importante es que usted se mantenga lejos de él durante toda la velada y estará a salvo. ¡Joven! Pss pss —llamó a uno de los criados—, ¿algo más fuerte? —Señaló su copa. El criado miró a ambos lados, como todos los ojos estaban en los Audley, no dudó en volcar unas gotas de whisky en el champán de la dama. Eso sabría horrible, pero surtiría el efecto esperado.

—¿Y por qué me acercaría a ese hombre? —continuó indagando Greta. Necesitaba aprender a componer el gesto, se le arrugaba la zona del bigote de tanto torcer los labios por el desagrado. ¡Empezaba a pensar que las citas concertadas por su tío no eran tan mala idea!

—Exacto... ¿por qué? —La matrona se comenzó a abanicar con ahínco.

—Es feo y tiene un porte algo engreído, ¿no cree?

—Muy feo, ¡espantoso! —La señora Waldeck se sacaría la muñeca de lugar de tanto blandir el abanico—. Y engreído. Sí, señor. No tiene con qué mantener ese ego tan firme... —Carraspeó—. Me refiero, por las nubes de alto... —intentó corregirse—. ¡Eso! Que usted es muy criteriosa y se alejará de él y aquí no ha pasado nada. Nadie ofenderá el buen nombre de su tío, Sir Lanford.

Como la mujer estaba al límite de perder los nervios, Greta le arrebató la copa y el abanico. Bebió ella esa mezcla horrible de champán y whisky y dejó la copa en la primera bandeja vacía que encontró. Tras lo cual, se dedicó a abanicar a la mujer con ambas manos.

La situación sería ridícula, si no fuese porque parecía que se había desatado una epidemia de sofocos. La única que no estaba sonrojada era Greta, empezaba a pensar que alguien con muy mal sentido del humor había montado una broma a su costa. Una completa puesta en escena para probar la ignorancia de la muchacha en temas sociales.

Pero no, no era ninguna broma, porque lady Constance regresó a su lado y se puso en dirección al viento del abanico.

—¿Alguien puede explicarme qué ha sucedido?

Constance soltó el aire.

—Lady Judith obligó a su hijo a asistir. —Bajó la voz hasta volverla un susurro —. Aún no se rinde a encontrarle esposa al libertino...

—¿Libertino? —preguntó Greta. Las dos mujeres casi se desmayan.

—¡Milady! —la reprendió Waldeck—, no diga esa palabra delante de la joven.

—Se me ha escapado. Pero es mejor que lo sepa, así se mantiene lejos de él.

—Eso mismo le aconsejé yo —dijo la matrona. Greta rodó los ojos.

—¡Por favor! ¡Claro que me mantendré lejos de él! —Las damas soltaron el aire con alivio, un criado se acercó con una bandeja para reponer las copas—. ¿Lo han visto? ¿Dónde le encuentran el encanto?

En un acto de sincronía perfecta, Constance y Waldeck vaciaron en sus bocas dos copas de champán como si fueran medidas de ginebra y cogieron otras. Antes de que pudieran beberlas y embriagarse por completo, Greta cerró el abanico.

—Suficiente. No puedo creer semejante alboroto. ¿Esto es lo que tiene Londres para ofrecer? Me hubiera quedado en el campo con mis caballos.

—Tienes razón. —Constance intentó serenarse. Buscó a los Audley con la mirada, de momento Leopold cumplía un papel ejemplar, se mantenía a más de dos metros de distancia de cualquier debutante. Aunque no así de las damas casadas. Las mujeres experimentadas en artes amatorias o aquellas que ansiaban adquirir esa experiencia empezaban a orbitar al Casanova como los planetas alrededor del sol. Buscaban su calor, su luz... su toque de vida. No se dio cuenta de que estaba por beber otra copa entera de un solo sorbo hasta que sintió el tirón en su codo. Greta le sostenía la mano, impidiendo el movimiento —. Decía... Tienes razón. Tú vienes a buscar esposo, y esta es tu noche de suerte. Con este *cambio* inesperado en la dinámica del evento, señala un hombre y, sin protocolos de por medio, te lo presentaré para que conversen casi a solas.

—De todos modos, nada será más escandaloso —completó Waldeck. Ella sí se bebió otra copa. No estaba segura de si ya había empezado el baile o el piso se movía solo.

Greta suspiró. Ya estaba allí, no le haría mal realizar una detallada investigación del mercado matrimonial. Si luego decidía que la soledad valía la pena, lo haría con fundamentos.

—Pues... el honorable señor Primrose es muy apuesto. No entiendo por qué no es él quien genera el revuelo.

—Mejor así, mejor no entender —carraspeó Waldeck.

—Bien, buena elección —agregó lady Constance, aunque sonaba poco convencida. No importaba, mientras Greta estuviera con Primrose, no estaría con Audley y eso era lo importante. Además, se convenció la anfitriona, la joven dama aprendería la lección primordial: las apariencias no lo son todo. Mataría dos pájaros de un tiro y sería en un segundo evento en el que le encontrarían un candidato adecuado.

—No suenas segura —comentó Greta.

—¡Claro! Primrose es perfecto. ¿No es así, señora Waldeck?

—Perfectísimo. ¡Qué buen ojo, muchacha! ¡No podías elegir uno mejor!

—Demasiado énfasis.

—¡Noooo! —soltaron las dos mujeres a coro.

—No importa, lo mismo será. Si insisto en que me expliquen de verdad a qué se debe el alboroto con ese lord, terminarán ebrias y desmayadas.

Las matronas resoplaron resignadas. Al menos Greta no se las haría difícil, no podían decir lo mismo de lord Leopold. No cuando la mujer del embajador francés estaba tan cerca de él, menos cuando dicho embajador empezaba a enfurecer, mucho menos cuando cabía la posibilidad de terminar la velada con un duelo al amanecer...

De modo que no dudaron, giraron al compás, con sus faldas levantando vuelo en torno a ellas y enredaron sus brazos en cada uno de los de la muchacha. Caminaron tan rápida y enérgicamente que los pies de Greta apenas tocaron el piso. De hecho, estuvo segura de que aterrizó sobre el mismo en el instante en que, sin protocolos, la entregaron al honorable señor Primrose como si fuera un cerdo para el banquete de navidad.

—Yo permaneceré, milady, unos pasos más allá supervisando a esta bella pareja. Usted...—estableció la señora Waldeck para quitarle el peso de esa responsabilidad a lady Bruce.

—Yo voy a impedir un derramamiento de sangre. —En dos zancadas se alejó de allí y por poco pierde la compostura al soltar en francés—: *Ambassadeur, s'il vous plaît...*

Lady Judith era la única en no darse cuenta de la incomodidad de los demás. O tal vez, había aprendido el fino arte de hacerse la tonta. Porque tonta, sin dudas, no era. Así como manipulaba a su esposo para salirse con la suya, y eso

implicaba el descabellado pedido de ¡tener vida social!, hacía lo mismo con la sociedad. Soy una futura condesa, el condado de Suffolk es importante, tendrán que aceptar a mi hijo con todos sus defectos.

Así que allí iba ella, orgullosa, prendida de los brazos de ambos hombres por todo el salón. Saludaba a matronas, mujeres casadas y damitas casaderas por igual. Y todas, sin excepción, se guardaban la hiel entre los labios y sonreían a Leopold VII como si el simple acto de mirarlo no les corrompiera el alma para siempre.

A Leopold la situación le divertía. Lady Jaqueline era la verdadera *mala influencia*, pensó, mientras efectuaba una perfecta reverencia ante la señora Loan, que tenía más de setenta años, y mantenía los labios sobre su enguantada mano unos segundos más de lo correcto. La mujer se sonrojó, lo miró hasta con picardía y murmuró:

—Si tuviera diez años menos...

—No se preocupe, señora, no soy tan mayor —bromeó él, redoblando la apuesta.

La señora contuvo la risa, pero sus ojos brillaron por el coqueteo.

—Claro que me refería a mi edad.

—Pero si usted está en la flor de la vida. Espero que mantenga un espacio en blanco en ese carné de baile, o me condenará a una noche sin brillo, sin luna, sin estrellas...

La señora Loan, aún entre risas, tomó el carné que llevaba solo por rememorar los viejos tiempos y anotó el nombre de lord Leopold. Lady Judith apremió a su hijo a seguir con los saludos, no sin recriminarle de buena manera:

—Tú deberías dejar un baile libre para una de estas señoritas.

Y ahí estaba la mala influencia de lady Jaqueline, era ella quien, en su gran sabiduría, lo había hecho a él un libertino sin saberlo. Con tantos años encima, había instado a su nieto a vivir plenamente, a no llegar a la vejez con cuentas pendientes. Le había enseñado que la sociedad en la que vivían era hipócrita, que sin importar lo que hiciera, con su dinero y su título, en cuanto se lanzara al mercado matrimonial esas mismas matronas que hoy lo juzgaban y apartaban a sus niñas de su camino lo recibirían de brazos abiertos.

Tanto así que el desprecio que le profesaban, comprendió Leopold, no era por su libertinaje, sino por ser evasivo. Por no estar dispuesto a tomar a una de

esas jovencitas como esposa y mantener a sus amantes, como hacían los demás, lejos de los buenos ojos sociales.

Le perdonarían cualquier pecado por una alianza. Claro que lady Jaqueline no se refería a ser un libertino con eso de vivir la vida, sino a viajar, explorar, buscar sus propias pasiones. De momento, había fracasado.

—Para bailar con esas señoritas, madre, primero debo sortear dragones. Y se me da bien danzar con los dragones. —Le sonrió a otra de las chaperonas, la mujer intentó mantener el temple, sin embargo, el leve sonrojo en sus mejillas la delató.

—Tú solo... observa —pidió Judith. Los ojos de su padre se clavaron en él en una silenciosa orden que era la misma que venía oyendo toda su existencia: haz caso a tu madre. Lady Judith era la de los deseos, su padre era el genio de la lámpara. Así que, con esa mirada bastó para que él oteara a las jovencitas. Su madre sonrió satisfecha.

—Ya encontrará a la indicada —se esperanzó en dirección a Leopold VI. Séptimo puso los ojos en blanco. Era una pena que la condesa no fuera más joven, esos bailes serían mucho más divertidos con lady Jaqueline presente.

Un par de saludos más y llegó el turno de lord Capell. Cualquier diversión se desmoronó ante la presencia de quien él había elevado al lugar de *enemigo público*.

Claro que el hombre no tenía idea de serlo, es más, no había hecho nada para granjearse ese lugar. Saludó a Leopold con un apretón de manos firme, amistoso, y hasta le sonrió.

—Creo que es la primera vez que me lo encuentro en un evento así, milord —comentó Capell—. Ya verá que los bailes son tan buenos sitios para los negocios como los salones de caballeros. Permítame presentarle a mi esposa, lady Lorean.

Una dama joven y despampanante le extendió la mano para que la besara. Leopold lo hizo con respeto. Capell era el único hombre en ese mar de caballeros que no se sentía amenazado por Audley en ningún aspecto.

—Pensé que los bailes eran un sitio para divertirse.

Capell soltó una carcajada.

—¿Se está divirtiendo, milord?

—Pues no, la verdad que no.

—Ya lo ve, son negocios. Negocios y alardear de nuestra buena suerte. —La mirada de lord Capell fue dirigida a su esposa con adoración.

Leopold se sintió incómodo. La razón de su desprecio unidireccional hacia Capell tenía un único motivo: la admiración. ¡Admiraba a un hombre que era su opuesto diametral! Capell poseía una reputación intachable, una caballeriza envidiable y ¿una esposa hermosa que lo adoraba?

No, eso lo podía quitar de la lista. O sea, sí, la tenía, pensó Leopold mientras observa la sonrisa radiante que lady Lorean le dirigía a su marido, la mirada cargada de promesas, los roces sutiles como si sus cuerpos no pudieran esperar a estar de nuevo entre las sábanas...

Eran tan románticos y dulces que llenarían el piso de almíbar.

Vale, no le caía mal Capell. Pero admirarlo no le serviría para vencerlo en las carreras, ¿o sí? Mucho menos cuando el lord, con un esfuerzo descomunal, apartó la mirada de su esposa y parpadeó, como si necesitara un tiempo para ubicarse en el planeta tierra luego de un viaje sideral en los ojos de su amada.

¡Qué horror!

—Dicen que afortunado en el juego, desafortunado en el amor, milord —intentó bromear Leopold, pero sonó a un gruñido—. Usted parece romper esa ley universal.

—¿Y por eso se ha lanzado al mundo de las carreras?, ¿quiere poner orden al universo?

—Hasta ahora fallo estrepitosamente.

Capell rio, una risa desenfadada, nada burlona.

—De eso nada, su yegua, Pandora, es una maravilla. Cuando esté lista, el universo estará en orden. Yo tendré el amor y usted tendrá la gloria —dijo, siguiendo la conversación. No tenía ninguna intención de ser hiriente, sino todo un caballero que reconocía su inferioridad en una competencia. Sin embargo, las palabras del hombre parecieron clavarse en Leopold como puñales.

—Tal vez quiera vencerlo en ambos terrenos —lo desafió, mas no se atrevió a mirar a lady Lorean. Le parecía una profanación de lo sagrado inmiscuirse en ese matrimonio perfecto. Capell no tomó a mal las palabras, al contrario. Era tan caballeroso que resultaba imposible enfadarse con él.

—No espero menos. ¿Sabe? —le dijo el hombre, cogió dos copas de champán y le extendió una a su esposa. Aguardó a que Leopold tuviera una en sus manos

y propuso un brindis de a tres—. Estaba por retirarme de las carreras, y tal vez lo haga. Es más, si al hacerlo debo vender mi semental, Thor, sé que al primero al que se lo ofreceré es a usted. Sabe de caballos como nadie...

—Eso lo dudo. —Al fin de cuentas, no había ganado ni una carrera. Sin embargo, el halago de Capell le había dado de lleno. Viniendo de otro lo consideraría adulación barata, un intento fútil de hacer migas con el condado de Suffolk, pero en boca de Capell tenía otro valor.

—Claro que sí, ya he notado que su problema no son los caballos, son las personas. —Por no decir, tu jockey es un imbécil—. Por eso, el brindis que quiero proponer es por la competencia que nos hace mejores. Yo llevaba años sin que nadie desafiara mis caballerizas, hasta que llegó usted...

Leopold aceptó el brindis, chocó el cristal, y casi se atraganta con el champán cuando el hombre terminó su pequeño discurso con:

—Y nadie lo había desafiado a usted a hallar la indicada hasta que llegué yo. Ya verá cómo en esta competencia, ganamos todos. —Y bebió su copa de un sorbo.

Leopold sintió que Capell le había hecho firmar un pacto con el peor de los adversarios: un pacto con el destino.

Capítulo 5

La conversación con Capell le dejó un sabor amargo en la boca. Leopold era consciente de que *algo le faltaba* en su vida, que llenaba con mujeres el vacío. Pero jamás se le pasó por la cabeza que fuera justamente una mujer y no muchas lo que haría la diferencia.

Quizá porque no estaba listo para asumir tal verdad, o, tal vez, porque pensaba que el desafío lanzado en ese juego de caballeros le quedaba demasiado grande (no quería perder en dos terrenos a la vez, caballos y mujeres), fue que buscó entre los presentes, como un depredador a su presa, los matrimonios más infelices de Londres. Una confirmación a su sesgo, un ancla del que aferrarse: era más probable encontrar la desdicha en el matrimonio que la felicidad.

Su familia era una excepción. Capell lo era también. La realidad le decía otra cosa. Mujeres insatisfechas, hombres infieles, amargura... eso había tras el altar.

Como un náufrago a un madero, así se aferraron sus ojos oscuros a los de la señora Maryorie Carnegie. La mujer estaba bastante cerca del terreno de las damiselas solteras, puesto que su esposo la había dejado bajo la supervisión de las mismas chaperonas para poder dedicarse a los negocios sin que esta le *estorbara*.

—Pues bien, a matar dos pájaros de un tiro —se dijo, acercándose. Su madre estaría contenta de que oteaba el terreno de las solteras y él... él se probaría que Capell no le había hecho caer en una competencia de caballeros en la que también iba a perder.

¡Por Dios!, la ignorancia hace a la felicidad, pensó Greta Lanford tras otros diez minutos de silencio junto a Primrose. El hombre era hermoso, sin dudas. Narciso se hubiera enamorado de él y no de sí mismo de haberlo visto. Rubio, ojos azul cielo, mentón cuadrado con un hoyuelo en la barbilla. Alto sin excesos. Una espalda en uve que remarcaba el buen corte de la chaqueta de su frac. ¡Hasta el perfume a sándalo era una tentación!

Pero su charla... o, mejor dicho, su no charla desmoronaba por completo el efecto. El hombre se consideraba un regalo de Dios a las féminas, estaba convencido de que su simple presencia de adonis bastaba, ¿para qué desarrollar una cualidad más?

No tenía ninguna.

—¿El arte? —probó Greta—. ¿Le gusta el arte?

No le gustaban los animales, ni las ciencias duras, ni la historia, ni leer, ni bailar, ni siquiera cazar... Eso era un punto a favor, solo que, a esas alturas, Greta hubiera preferido que el hombre tuviera un pasatiempo horrible antes que ese temperamento de papel mojado.

—No particularmente, no...

Esa era su respuesta a todo. Ni siquiera tenía la pasión suficiente para despreciar algo. Todo en la vida le era ajeno.

La señora Waldeck leyó su aburrimiento y no dudó en presentarle a otro hombre, lord Dalmeny.

Lord Dalmeny era el opuesto de Primrose. Feo y apasionado. Amaba el romanticismo exacerbado de Goethe, pero no parecía entenderlo en realidad, pues hallaba en cualquier nimiedad la exaltación suficiente para morir por ello.

—¡Yo amo el arte! —dijo Dalmeny.

—¿Ah, sí?, ¿le gusta la pintura, la escultura...? —indagó Greta.

—¡El arte en su completitud! —La ceja de Greta se alzó, también la comisura de su boca.

—Ah... en su *completitud*.

—¡Por supuesto! El arte es vida, ¿qué sería del hombre sin el arte? ¡Vacío, ausencia, sin sentido!

¿Por qué hablaba como si cada expresión usara signos de admiración?, pensó Greta, pero lo dejó seguir con su discurso de apología al arte. Al fin de cuentas, Primrose solo respondería: no particularmente. Y si cambiaban de

tema, Dalmeny hallaría la forma de convertirlo en una pasión desmedida. Ese hombre podía amar hasta a las gachas del desayuno.

Desanimada y, sobre todo, aburrida, percibió la llegada de lord Leopold a su sector del salón como un respiro. Nada como un buen cotilleo para quitarse el hastío. Claro que no se dirigía a ella, la señora Waldeck era capaz de usar una espada para defender el honor de la sobrina de Sir Lanford. No, el redomado libertino fue directo a Marjorie.

Como Dalmeny continuaba con su exposición sobre la base ontológica del amor del hombre por el arte y la estética, ella se dedicó a observar el escenario social. Aunque no hallaría esposo allí, de eso ya estaba segura, la experiencia de intentarlo había sido enriquecedora. ¡Era mucho mejor que los libros!, es más, por el aburrimiento, ella misma se relataba en su cabeza la escena como si fuera uno de sus libros de ciencia.

Entonces el macho elige vestirse de negro y extiende ante las hembras sus fracs; ellas, en clara señal de aceptar el apareo, dejan ver sus coloridos vestidos. La temporada de reproducción de la especie humana se da desde abril hasta septiembre, a veces se extiende hasta octubre, pero jamás en invierno. Tras una observación minuciosa de los científicos, se determinó que la estación propicia para el acercamiento de los especímenes comienza con la apertura de las sesiones en la cámara de lores, tras las Pascuas, y finaliza con la primera nevada...

—¡¿No lo cree así, señorita Greta?! —inquirió Dalmeny. ¿Por qué grita?, quiso replicar ella.

—Claro —dijo en cambio, sin saber a qué le daba la razón.

Como fuera, su libro de ciencia debía continuar, y ahora se extendía ante ella una página nueva: el alfa de la especie.

—Y entonces el alfa se acerca a un grupo de hembras y estas sueltan ahogados alaridos de aprobación...

—¿Cómo dice?

Mierda, lo había dicho en voz alta.

—Decía que tiene usted una inclinación natural al arte.

—¿Eso dijo? No lo pareció.

Greta le sonrió, el hombre se dio por satisfecho y continuó con su discurso. Ella, en cambio, retomó su estudio científico.

Su descubrimiento merecería un lugar entre los catedráticos. El verdadero cortejo humano estaba sucediendo a unos pasos de ella, muy lejos de Primrose y Dalmony. Tras observar detalladamente, entendió que tanto Marjorie como Leopold sabían que jugaban un juego, que no había allí tal cosa como una posibilidad de amor a futuro. Vivían una noche, un encuentro, como una Hemerocallis, llamada flor de un día, mostraba su grandiosa belleza solo unas horas para luego morir y solo vivir en el recuerdo.

Había algo bello en eso, también algo triste. Nostálgico. Greta sabía por Constance que Marjorie solo podía soñar con aquello, con florecer una noche, exponer sus pétalos una vez y luego morir hasta la siguiente temporada.

Suspiró. Dalmeny interpretó ese suspiro como romántico y prosiguió con su apología al arte. Greta, disimuladamente, dio unos pasos en dirección a la pareja. Claro que contaban con una chaperona, pero parecían no verla. Por esos minutos, hombre y mujer tenían ojos solo el uno para el otro.

Pese a no agradarles los libertinos, entendió que los había de muchas clases. Estaban los que consideraban a las mujeres un objeto para su placer y quienes, como Leopold, las amaban. Las veneraban. Leopold amaba a las mujeres, tal vez demasiado, tal vez con la misma pasión que Dalmeny ponía a su disertación sobre el arte.

Sin embargo, Greta comprendió que, al igual que su aburrido acompañante, amar todo es igual que amar nada. Había en esa pasión por todo el mismo desapego que en Primrose, cuando respondía «no particularmente». Porque, ¿cuál sería la respuesta de lord Leopold si le preguntara «ama a Marjorie»? Esa noche sí, pero... no particularmente.

No se puede amar todo, no somos dioses, somos humanos y abarcamos con nuestro corazón hasta donde podemos.

Pero esa noche, a su lado, Leopold y Marjorie se amaban. Y ese amor fugaz hacía a la mujer brillar. Ya no tenía la mirada apagada, ni la piel pálida. El hombre la escuchaba hablar como si nada fuera más interesante sobre la faz de la tierra que las palabras que soltaba su boca. La observaba como si ninguna otra mujer existiera en el salón.

Ese era el encanto que había hecho al libertino famoso. No su belleza, que ciertamente no se comparaba con la de Primrose, ni siquiera su dinero o poder... Era la capacidad de llevar a las mujeres al paraíso por unas horas. Y cuando

habitabas el infierno, ese toque de cielo puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Tras ese coqueteo que a Greta le hubiera gustado plasmar en los libros de ciencia, la pareja se separó con una reverencia de Leopold. Ella quedó allí, en el medio de un silencioso honorable señor que posaba como una estatua de Narciso y Dalmeny que ahora se había dedicado a enumerar a las musas del arte. Iba por Terpsícore, la musa de la danza.

Unos cinco minutos después, Greta aceptó su derrota.

—Mis disculpas, caballeros, necesito ir al tocador... —Hizo una reverencia y, tan rápido como sus piernas se lo permitieron, se alejó de allí. Necesitaba aire, y, en especial, necesitaba otra estrategia. Sería la decepción de su tío, definitivamente no tenía material de esposa.

Pasó por el tocador de mujeres, se refrescó detrás de las orejas y observó su imagen en el hermoso espejo ovalado allí dispuesto. Confirmado, no estaba hecha para el mercado matrimonial, tenía que admitir que, en ese mar de peces, ella prefería comer ensalada. Es más, si era honesta, hasta reconocería que su tío le había puesto en la mesa los mejores especímenes, ¡había que ver lo que eran los demás!

Qué decepción Primrose, pensó. El problema era ella, de eso no había dudas, ya fuera por ser muy quisquillosa con los hombres o por no ser lo suficientemente superficial para conformarse con la belleza del honorable señor. Como fuera, su primera incursión en el mar era un completo fracaso.

Un par de señoritas más jóvenes y bellas que ella entraron en el tocador. La saludaron con amabilidad, pero enseguida volvieron a su tema de conversación: caballeros.

La muchacha rubia había captado la atención de un marqués y estaban eufóricas. La de cabello castaño la animaba con la idea de que serían un gran matrimonio, y que ¡no había nada de malo en llevarse veinte años cuando se trataba de un marqués!

Greta las saludó y abandonó el tocador, pero de solo pensar en regresar al salón de baile y, sobre todo, enfrentar la mirada de tío Oliver, el estómago se le revolvió. Una única cosa la serenaba cuando estaba así: los animales.

Lady Constance tenía gatos, unos hermosos ejemplares de pelo largo que hacían estornudar hasta al menos alérgico; por eso, en esos eventos, los mantenía en la última planta, lejos de cualquier interrupción inesperada entre las faldas femeninas. Una pena, le hubiera encantado pasar un tiempo con ellos. Pero por muy osada que fuera, no se inmiscuiría en el ala privada de la lady.

El único otro lugar con animales eran las caballerizas. De modo que hacia allí se dirigió. Sabía por la amistad que unía a las familias que lady Constance tenía dos caballerizas. Las de ingreso, en donde repostaban los caballos de los invitados bajo el cuidado experto de su jefe de cuadras, y las traseras, donde descansaban los caballos de tiraje y los dos de paseo de la dama.

El segundo lugar era el indicado para un poco de paz, ni siquiera los criados estarían allí, pues todas las manos eran requeridas en la caballeriza de ingreso. Un tiempo a solas con Lulu, la yegua de paseo de lady Constance, le haría recomponer las fuerzas y el ánimo para terminar la velada.

¿Mañana? Mañana aceptaría la sabiduría de su tío y permitiría que este le presentase a los hombres que considere adecuados. Mejor eso que otro Dalmeny.

La noche era hermosa, despejada, algo extraño en Londres. Las estrellas y el resplandor que llegaba de la casa le alumbraron el camino. Había que rodear el invernadero para llegar al sitio buscado, oculto y alejado lo suficiente para que el olor característico a cuero y estiércol no afectara el aroma de los jardines cercanos a la casa.

Greta hallaba el aroma a establo reconfortante, salvo que los animales no estuvieran bien cuidados, el olor a estiércol no tenía por qué ser del todo desagradable. O tal vez era que ella se había acostumbrado, pero si le preguntaban, un ser humano mal higienizado podía oler mil veces peor que una cuadra.

La gran puerta de madera estaba entreabierta, el heno seco cubría el camino central de tierra aplastada. Las caballerizas eran enormes, sobraban cuadras para los pocos caballos de lady Constance. Era un recuerdo de otras épocas, de cuando Charles vivía y gustaba de tener animales.

Pasó por la hendija sin abrir mucho más, no quería llamar la atención o le demandarían regresar a la fiesta. Su falda se trabó un poco por culpa del miriñaque, pero consiguió pasar sin hacer demasiado alboroto. Una vez dentro,

dejó que su vista se acostumbrara a la oscuridad para no valerse de ninguna lámpara.

Le llevó un par de segundos, tras los cuales, se acercó a las cuadras. Los caballos dormían, se notaba en sus relinchos largos, como suspiros. Algunos la habían oído llegar, pero no la consideraban una amenaza, pues solo le dirigieron las orejas.

Otro relincho. ¿Era eso un relincho?

Otro.

Otro.

Otro.

—Eso no es un caballo —murmuró, espantada. Lo que escuchaba en la penumbra eran respiraciones agitadas de personas, suspiros y exhalaciones humanas.

La curiosidad mató al gato y fue mala consejera de Greta. Sabía que debía alejarse de allí, que su situación, ya a sola en las caballerizas, era escandalosa por sí misma como para sumarle un encuentro furtivo entre amantes. Pero en lugar de retroceder, dio un paso al frente.

El ruido que percibió ya no era de respiraciones, sino de falta de ellas. Había algo húmedo en el sonido, seguido del ruido característico de la tela al rozar. De pronto, los amantes hablaron.

—Marjorie... —dijo la voz ronca y profunda de un hombre—, debes regresar al baile.

—No, milord, no me pida eso.

—Nos encontraremos en Londres —insistió él—, averiguaré cuándo visitas a tu modista y lo prepararé todo... tú no tienes de qué preocuparte.

La risa de la dama fue amarga, pero se mezcló con un suspiro.

—Yo siempre tengo de qué preocuparme. Pero no me pida eso, milord, no volveré a juntar valor y pasaré mi vida lamentando no haberme atrevido a una noche... Solo una noche...

Greta empezó a retroceder. Un paso, otro paso. La conversación se había interrumpido por la evidente necesidad de besos. Ella pudo adivinar quién era el otro hombre, el famoso libertino.

—El riesgo es un aliciente cuando no hay tanto en juego, cariño —susurró Leopold.

—El riesgo lo es todo cuando estás al borde del abismo.

Greta se dio la vuelta, dispuesta a alcanzar la puerta a la velocidad máxima que le dieran sus piernas. Que Marjorie tuviera su noche para el recuerdo, que sus ojos brillaran por las memorias cada vez que su presente la agobiara.

Había comprobado el encanto del libertino. Ahora podía completar su libro de ciencia sobre el cortejo de la especie humana. No es el más bello, ni el más rico, el que gana la contienda, sino el que puede, por una noche, hacer a una mujer tocar el cielo.

Pasó su cuerpo por la hendija y su miriñaque volvió a trabarse. Así, con un pie fuera y otro dentro, vio al señor Carnegie con una comitiva acercarse hacia allí.

—¡Le digo que está con mi esposa! Ese desgraciado está con mi esposa. Le pondré una bala en el pecho, algo que debieron hacer los demás hombres desairados hace muchos años —exclamó el señor Carnegie, entre zancadas decididas.

Lady Constance, la señora Waldeck, un caballero que no conocía y la señorita Peterson —quien era a quien ella había oído en el baño, prometida con el marqués— intentaban detenerlo sin mucho éxito.

Más cuando el hombre agregó: —Y a ella también, le he dado todo a su familia y así me paga.

Lo último que vio Greta antes de volver a escabullirse en el establo fue el gesto endurecido de lady Constance. No había *dado todo*, como clamaba el hombre, sino que había usado su poder económico para someter a su esposa. Por eso a las damas se les impedía leer novelas románticas, temían que encontraran en ellas el valor de vivir por fuera de lo establecido.

Claro que, si en ese momento de aprieto le preguntaban a Greta qué pensaba de la situación, diría: ¡Lord Leopold tendría que haber insistido más en el maldito encuentro en Londres! Estaba segura de que Marjorie se hubiera atrevido, ¿o no?

No, no lo hubiese hecho. Solo el fulgor de la pasión le había brindado el coraje de permitirse una noche de placer. Como fuera, ahora ella debía advertir a los amantes.

Corrió hacia la cuadra y golpeó la madera. El quejido ahogado de la dama le rompió el corazón a Greta.

—Marjorie, su marido viene hacia aquí —dijo, asomando la nariz apenas por miedo a ver algo que no debía.

—Mierda —clamó Leopold. Como Marjorie perdía los nervios, Greta no dudó y abrió la puerta de la cuadra—. ¿Qué hace? —preguntó espantado, mientras se subía los pantalones.

—¡Ayudar a Marjorie! Usted... —Lo oteó de pies a cabezas—, usted tiene asignada una bala con su nombre, pero ese es su problema.

—Oh, no. ¡Lo matará, milord! Créame, mi esposo es capaz de eso y más... él...

—Él nada —intervino Greta. Dio un paso al frente, alguien se tenía que ocupar de esa situación y el heredero del condado de momento tenía bastante tratando de calzar sus tiradores. Cogió a Marjorie, le dio la vuelta y, sin contemplaciones, le alzó el corsé cubriendo los senos. Ajustó las tiras de un solo movimiento que dejó a la mujer sin aire, pero le devolvió un poco el espíritu.

—Mi familia me matará...

—Su familia no la tendría que haber vendido como vaca al matadero —gruñó Greta. Escuchó la puerta de las caballerizas al abrirse de par en par, las voces de lady Constance demandando compostura. Empleaba un tono ofendido, sabedora de que el señor Carnegie estaba en lo cierto. ¡Tenía que impedir que encontrara a su esposa con el libertino!—. Usted se merece la bala, ella no... —dijo en dirección a Leopold.

Este vio a Greta por primera vez con atención. ¡Si era la rana vestida de rosa! Vaya espíritu tenía.

—En eso le doy la razón. Marjorie, saldrás de esta. ¿Sí? —Audley le cogió el rostro a la mujer entre sus dos grandes manos masculinas y, en lugar de un beso pasional, le brindó uno dulce en la frente—. Solo haz silencio, ni un chillido, ¿sí?

—¿Qué hará? —le preguntó Greta y la respuesta estuvo en el acto. Leopold cogió a Marjorie en brazos y... la lanzó a la cuadra de al lado. La mujer cayó con un gemido ahogado en el heno.

—Ahora usted...

—¿Qué?

—Me encontrarán aquí, con los pantalones bajos, pero sin amante. Venga... —La cogió en brazos con la misma facilidad, solo que, al ser tan pequeña, casi voló

por los aires. Lo que no contaba era con que el miriñaque se trabara en el gancho de las herraduras, ni que Greta fuera tan pequeña que, al quedar enganchada, no pudiera ni alcanzar el borde de la cuadra ni el suelo para liberarse—. ¡Mierda!

—Usted no piensa bien las cosas —dijo, a mitad de camino, con el trasero a la altura del rostro de Leopold y las manos junto a la cabeza de Marjorie, que intentaba tirar de ella sin éxito.

—¿Yo? ¡Es usted la que se metió en una cuadra con dos amantes a punto de ser pescados! —Trató de desenganchar el vestido. Las voces se acercaban. Fue a lo seguro: rasgó la tela.

—¡Espero que eso hayan sido sus calzones, milord! —gruñó ella. De pronto, sintió las manos del heredero al condado en su trasero, no había enaguas suficientes que le impidieran sentir esas dos palmas grandes sobre sus glúteos. Ella intentó ayudar, ¡claro que lo hizo!, alzó su pierna para tratar de pasarla por arriba de la madera, revelando sus medias de seda. Leopold le cogió la otra pierna para impulsarla con más fuerza, sin darse cuenta de que lo que en realidad hacía era sacarle el único punto de apoyo a Greta.

La balanza podía inclinarse hacia ambos lados. Al fin de cuentas, Greta tenía un pie en cada cuadra. Uno en el de la eterna soltería, salvada junto a Marjorie. Otro en el del escándalo y la condena, atrapada junto a Leopold.

El destino jugó su ficha, lanzó la moneda y cayó cruz. Greta rodó hacia el lado equivocado y cayó sobre Leopold.

Ya no había tiempo, no había plan B, ni C, ni Z. Las voces airadas llegaron a ellos. La puerta de la cuadra se abrió y reveló la extraña escena en el interior.

Leopold con un pedazo de tela de la falda de Greta en las manos, ella con el vestido levantado y atrapada en su propio miriñaque, y sus cuerpos... sus cuerpos pegados contra el suelo cubierto de heno que era cobijo de dos amantes.

De otros dos amantes.

Si Dalmeny quería dedicarse al arte, tendría que haber estado presente para retratar el rostro de lady Constance Bruce. ¡Era un poema! Todas las emociones de la humanidad plasmadas en una mirada.

Desconcierto. Alivio. Temor. Ira. Tristeza. Frustración.

—¡¿Qué demonios es esto?! —clamó el señor Carnegie. Las otras dos personas que los acompañaban se cubrían la boca con espanto. La señora Waldeck negó con la cabeza.

—Esto es una terrible equivocación —sentenció la matrona—. Es evidente que lord Leopold ayudaba a la señorita Greta con su vestido.

—¡A quitárselo! —dijo Carnegie.

—Al menos no es su esposa —susurró la señorita Peterson y casi hace reír a lady Constance. Casi. Porque la anfitriona no estaba para bromas. Sí, no era Marjorie, pero eso no quería decir que su amiga estuviera a salvo ni que Greta no estuviera arruinada.

—Coincido con la señora Waldeck —dijo Leopold—. Esto es una equivocación. Todos saben que yo no pierdo mi tiempo con jovencitas.

¿Esa era su defensa? Greta se puso de pie solo para volverse a él y mirarlo con la cabeza ladeada.

—¡No!, porque estabas con mi esposa —exclamó Carnegie.

—No estaba con nadie.

—¿Suele desvestirse con frecuencia en los establos? —dijo el caballero a quien Greta no conocía y jamás se preocuparía por aprender su nombre.

—Sí, tenía calor.

—¡No está para bromas, milord! —lo reprendió lady Constance—. Greta... cariño... Sé que esto es un error y te prometo que mi amistad siempre estaré contigo y con tu tío. Si nos dices lo que ha sucedido, creeré en tu palabra ciegamente.

Los ojos de la mujer se fijaron en ella. Había tristeza, pero no por Greta, a quien estaba dispuesta a salvar, sino por Marjorie. Constance era una mujer justa, no hacía pagar a santos por pecadores, y si su amiga había pecado junto al libertino, por más que la quisiera con todo su corazón, no emplearía a Greta como chivo expiatorio.

—Eso, niña, confiesa. Permíteme ponerle una bala a este desgraciado y a la Jezabel de mi esposa.

La mención de balas fue lo que la hizo decidirse. Leopold también la observaba, esperaba la confesión de la muchacha. Él no tendría problemas de encontrarse con Carnegie al amanecer, lo humillaría dos veces. Se lo merecía.

Claro que él no veía el panorama completo, ese que Constance le había expuesto a Greta sin saber que sellaría su destino. La vida de Marjorie sería un infierno.

—Lo que ha sucedido... —Los testigos y el acusado la miraron con expectación—, lo que ha sucedido es que... que... —Cogió aire—. Caí enamorada en los brazos de lord Leonard Francis Ashley V.

—¿De quién? —preguntó Leopold, confundido.

—¡De usted! —le gritó ella, llevando las manos a su cintura.

—Me llamo Leopold...

¡Cierto! Entre los nervios y que solo se referían a él como un libertino, apenas había retenido su nombre.

—Eso. De lord Leopold Francis...

—Ferdinand —corrigió él.

—Lord Leopold Ferdinand Ash...

—Audley... —El acusado puso los ojos en blanco.

—Lord Leopold Ferdinand Audley quin... —Leopold alzó siete dedos—, séptimo. Lord Leopold Ferdinand Audley VII. ¡Eso!

Todos la miraron con escepticismo, incluso el mismo Leopold. Carnegie golpeó el suelo con la suela de su zapato.

—¡De eso nada! Estas son patrañas, cubre a mi mujer. —Sin perder más tiempo, fue a la cuadra aledaña y abrió la puerta.

—¡No! —exclamaron Leopold y Greta, espantados. Pero la cuadra estaba vacía, Marjorie había escapado valiéndose de la distracción de esos dos.

—¿No? —preguntó suspicaz Carnegie, esperando la confesión real.

—No, que no son patrañas —murmuró Greta, con los ojos suplicantes en Constance—. No son patrañas, no habrá balas para libertinos ni Jezabeles... solo fui yo... ¿Sí? —rogó que le compraran la mentira—. Solo fuimos nosotros. Y lo nuestro se arregla con un anillo en horario normal y no con un arma al amanecer.

—Señorita... —Leopold ni siquiera sabía el nombre, solo sabía que esa pequeña ranita vestida de rosa lo acababa de cazar.

—Lanford —gruñó lady Constance—. Es la señorita Greta Lanford, y espero, ¡en breve!, sea lady Audley. Y también espero —agregó en voz más baja— que

estés segura de tus actos, mi niña. Que la balanza del bien y el mal compense lo que hoy has hecho.

Los presentes interpretaron que buscaba justicia moral para los amantes, pero en realidad era una súplica de que la buena acción de esa noche fuera recompensada con entereza, determinación y mucho amor. Tres cosas que necesitaría Greta si quería domar a ese libertino.

Capítulo 6

—Ten, úsalo con sabiduría —le dijo la condesa a su nuera, lady Laline, cuando le entregó su cojín favorito. Era redondo y tenía un colibrí bordado.

—Has oído, úsalo con sabiduría —repitió Laline a su nuera, lady Judith, a quien le entregó el cojín que acababa de recibir.

Lady Judith lo lanzó a la cabeza de su hijo, dio en el blanco. Las mujeres aplaudieron satisfechas.

—¡Sabiduría, sabiduría! Sin duda, carezco de ella... y por tu culpa, Leopold. —Judith ardía en furia. Tenía las mejillas rojas, los labios tensos y los puños cerrados a los lados del cuerpo. Si le acercaban un trozo de carbón, este se encendería al instante—. Debería haber considerado la sugerencia de lady Morrison cuando me dijo que, en casos como el tuyo, lo más conveniente era la castración.

Por puro acto reflejo, Leopold apretó las piernas y cubrió su masculinidad con las manos.

—Lady Morrison es una mujer muy resentida, madre, lo sabes. —Lord Morrison ocupaba el segundo puesto en la lista de los hombres más infieles de Londres. Con razón pregonaba la castración, era su deseo más profundo.

—¡Cállate! Eres un hombre condenado, sin derecho a réplica, ¿lo entiendes? —Judith exhaló con tanta fuerza que sintió que su cuerpo se aflojaba. Le temblaron las piernas. Laline la cogió por la cintura y la obligó a sentarse antes de que se desmayara.

—Come una galleta, querida —le dijo la condesa, y le extendió el plato con galletas de mazapán y uvas pasas que tenía sobre la falda. La anciana lo estaba

pasando de maravilla; hacía años que no pisaba las salas de teatro londinenses y, gracias a su bisnieto, no echaba de menos esos espectáculos, él siempre se los brindaba gratis—. En estas situaciones, el azúcar es muy bueno... —Mordió la galleta que tenía en las manos—. Séptimo, tú también luces pálido, ¿quieres una galleta?

Leopold pestañeó, la miró con cara de corderito a punto de ser degollado. Sí, era su única aliada.

—¡No! —exclamaron Laline y Judith. Tenía que dejar de consentirlo. Judith continuó—: ¡Si voy a morir prematuramente por culpa de sus metidas de pata, él también! Yo lo traje a este mundo, yo me lo llevo.

—¡Amén, querida! —susurró Laline al oído de su nuera.

—¡Por los cielos, basta ya! —Leopold jugó la carta de la víctima. Siempre ganaba la partida de esa manera—. ¿Por qué me condenan antes de oír los hechos? —Hasta ese momento se había mantenido lejos del grupo femenino, al otro lado del salón, por eso le habían lanzado cojines. No uno, sino tres. Ahora debía cambiar de estrategia, necesitaba mediar frente a frente.

—Hemos oído los hechos, Séptimo, todo Londres los ha oído... —Laline tomó la palabra, mientras Judith ahogaba penas con un sorbo de té. Llámese té a un whisky escocés, las tazas de porcelana lo ocultaban todo. ¡Gracias al cielo!—. Y todo Londres ha dado la sentencia.

—En verdad me están diciendo que los Audley... ¡Los Audley! —Elevó su índice al aire para darle más énfasis a su proclamación—, pero no le dio importancia a la opinión de los londinenses —carcajeó con ofensa. Tomó asiento en el sofá frente al que estaban sentadas las mujeres. Estiró la mano con intención de coger una taza de té, pero el olor a whisky early grey de cada día brillaba por su ausencia. Su madre le golpeó la mano con fuerza. Adiós taza, adiós bebida alcohólica de su preferencia—. Auuchhh, eso me ha dolido.

—Me alegro de saberlo, así mismo duele mi corazón —exageró Judith con dramatismo. Leopold rodó los ojos.

—Y te seguirá doliendo si sigues negándote a escuchar la verdad de la historia, madre. —Se cruzó de piernas y se reclinó en el respaldo del sofá. Judith frunció el ceño. Lo atravesó con la mirada.

—¿Cuál es esa verdad, cariño? —La condesa quería detalles, las mujeres Audley se los habían ocultado por temor a que le diera un patatús. ¡Ja!

—La señorita... —Leopold tragó saliva a la fuerza. Tan solo con pensar en ella se le revolvía el estómago y la bilis le subía por la garganta—, la muchachita en cuestión... —Lo mejor era no nombrarla, no era necesario, lograría convencer a su familia y todo quedaría en el olvido—, está mal de los sesos. —Giró su índice a la altura de su sien. Recibió otro cojín por la cabeza como respuesta. Para su sorpresa, por parte de la condesa.

—¡Te lo he dicho ciento de veces, nada de damiselas! La falta de sesos suele ser un factor común a esa edad temprana.

—¿Edad temprana? —bufó Leopold—. Créeme abuela, he sido una víctima. Mientras más lo pienso, más creo que fui emboscado. La palabra soltería le queda pequeña a la señorita Lanford. —O grande, reformuló su mente cuando recordó la estatura de la muchachita.

—¡Demonios, Leopold! —Maldijo por primera vez en años lady Judith—. De todas las muchachas posibles justo tenía que ser ella...

—¡Lo dices como si fuese la joya preciada de la corona, nadie sabía de su existencia hasta ayer! —Un par de días y el nombre de la muchacha no sería ni recordado—. Ni siquiera proviene de una familia de la nobleza —restó importancia al asunto. Los Audley establecían matrimonios dentro de su grupo de élite. Si la muchacha no provenía de una familia importante, intentarían por todos los medios evitar la unión. Suponía que la familia de ella también, si pretendían pescar a un noble para que heredara un título, lo mejor sería ir a por otro, con suerte, sería condesa a la edad de setenta años.

—Tienes razón, no proviene de familia noble; pero contrario a lo que supones, sus antecedentes familiares son peores para ti —Leopold frunció el ceño. Su madre no lo estaba alertando en vano—, es la sobrina de Sir Oliver Lanford. ¿Debo recordarte quién es la única persona capaz de adjudicar dicho título honorífico? —Elevó el tono de su voz. Estaba al borde de una crisis de nervios—. ¿Debo hacerlo, Leopold?

—La reina —masculló entre dientes él. ¡Mierda! Estaba jodido. La reina no otorgaba títulos honoríficos porque sí, cuando lo hacía era para reconocer el mérito de un ciudadano londinense. Sin duda, Sir Lanford era el epítome del honor para la monarca soberana.

—Un catedrático de reputación intachable —agregó Laline—, una que se extiende al único miembro de su familia, la señorita Greta Lanford... tu futura

esposa.

—¡No, no voy a casarme! —Se incorporó de un salto—. ¡No le he tocado ni un condenado cabello! ¡Ni lo haría! —exclamó sacudiendo su cuerpo como si un escalofrío lo recorriera.

—A otras con ese cuento, querido... —rio la condesa—. Has tocado más cabellos que un barbero.

—¿Abuela, tú estás de acuerdo con esto? —interrogó a la condesa. Se suponía que era su aliada.

—No voy a enemistarme con la reina —concluyó. Cuando el rumor llegara al palacio la monarca emitiría su veredicto sin demoras: Directo al altar. No permitiría que ningún miembro de la familia Lanford fuese manchado con desprestigio porque eso significaría una falla en su criterio.

—¿Abuela Laline? —Leopold recurrió a la siguiente en su listado de complicidad.

—Séptimo, no hay lugar para opiniones aquí. Hazte a la idea, vas a desposarla.

Para suerte de Leopold los miembros masculinos se sumaron a la reunión. Habían estado practicando tiro al plato en el jardín trasero. La ausencia no fue casual, se dispusieron a la actividad con la intención de no oír las quejas femeninas.

—¡Padre, por fin estás aquí! —Fue hasta él, lo enfrentó, le impidió caminar. Su abuelo y bisabuelo esquivaron sus cuerpos—. ¿Sabes lo que pretende hacer tu esposa conmigo? —Judith rodó los ojos, su hijo la miraba de soslayo.

—¿Casarte?

—Sí y contra mi voluntad.

—Bien, ya era hora —dijo quitándose los guantes de cuero. Dio un paso al lado y continuó caminando—. Señor Craig —llamó al mayordomo y le solicitó un refrigerio para ellos.

—¿Abuelo? —Fue tras los pasos de Leopold Quinto.

—¿Qué ha opinado tu abuela? —Tomó asiento frente a su esposa, lady Laline.

—Ha sido la primera en lanzarme a los brazos de la muerte.

Leopold Quinto cogió una galleta de mazapán del plato de la condesa.

—Entonces, que en paz descanses, Séptimo. —No se inmiscuiría en esos asuntos.

Leopold se encaminó a su último destino de salvación, su bisabuelo, el conde de Suffolk. Su palabra siempre era la última, sin discusión alguna.

—Milord, es usted mi última esperanza —dijo cogiendo su mano como un fiel súbdito.

En esa ocasión, el conde caminaba con ayuda de un bastón, le dolían un poco las articulaciones por la intensa humedad. Además, había estado parado por más de una hora practicando tiro. El conde exhaló con resignación, sentía la mirada de la condesa en su nuca. Giró sobre sí para mirarla.

—¿Cuándo es la boda? —le preguntó.

—Lo antes posible —respondió la condesa para tranquilidad de Judith.

El conde volvió a girar sobre sí. Palmeó el rostro de su bisnieto.

—¡Felicitaciones por tu boda, Leopold Ferdinand Audley VII! No pensé que fuera a vivir lo suficiente como para verlo... —dijo y rio a carcajadas. La expresión en el rostro de Leopold era tragicómica. Algo nunca visto. Era un día repleto de novedades.

***

—Habla ahora o calla para siempre, Greta. —Esa fue la última advertencia o su último acto de condescendencia. Oliver Lanford, al igual que todos, sabía que estaba entre la espada y la pared.

Iban camino al condado de Suffolk, la reunión pactada entre familias se llevaría a cabo en la residencia del futuro matrimonio.

—Pensé que eso lo oiría frente al altar.

—Creo que esa costumbre tuya de tomarte todo a broma debería ser arrancada de raíz. —Volteó su rostro a ella. Estaban sentados en la misma butaca del carruaje, los dos detestaban viajar de espaldas al camino, les provocaba malestar estomacal. Por eso siempre compartían lugar, uno al lado del otro—. Hasta hace unas semanas el concepto de casamiento parecía impronunciable para ti...

—Semanas, tío, tú lo has dicho, tiempo pasado. —No deseaba que indagara más, era preferible alegar locura casamentera repentina que hacerle comprender sus razones de lealtad femenina—. Supongo que tu insistencia logró su cometido... ¿no deseabas que me casara? —Se encogió de hombros como quien

quería un nuevo par de calcetines y lo había conseguido más rápido de la esperado—, finalmente me contagié de la gripe matrimonial.

Desde pequeña Greta se mostraba inmune a casi todas las enfermedades. Tenía una salud envidiable y preocupante a la vez, porque cuando ocasionalmente enfermaba, la dejaba en cama por semanas. Los síntomas eran más fuertes que lo habitual y su recuperación era lenta.

—De acuerdo, por tu falta de lógica creeré que fue eso... gripe matrimonial. —Haría las paces con esa absurda idea, pero no con lo demás, era un completo sin sentido—. El problema se encuentra en tu modo de selección, podrías haber optado por algo más clásico... como, no sé, bailar un vals, intercambiar sonrisas para luego seguir las normas del cortejo.

—¡No, mucho trabajo, tío! Me dijiste que hallara un esposo... ¡Lo encontré! Tú sabes que no me gusta andarme con rodeos. Además... —exclamó como si hubiese presenciado una catástrofe—, imagínate si otra jovencita me ganaba de mano, vi que le coqueteaban. —Se llevó las manos al pecho. Suspiró con exageración—. ¡Una vez que encuentro a un esposo de mi agrado no iba a perdérmelo!

Sir Oliver tosió, se había ahogado con su propia saliva. Sentía que estaba ante una versión no conocida de su sobrina. Solía ser temperamental y territorial, eso era verdad, pero nunca había trasladado esas características a los vínculos sentimentales.

—¿De tu agrado?, ¿Lord Leopold Audley de tu agrado?

—Lord Leopold Ferdinand Audley VII —lo corrigió ella. Lo había memorizado.

—El número es lo de menos, Greta... ¿Estás al tanto de la clase de hombre al que te unirás por el resto de tu vida? —Estaba espantado, no por los Audley en sí, eran una familia prestigiosa. Sin ir más lejos, él fue compañero de estudios del padre del lord. Huelga decir el título nobiliario, uno de los condados más fructíferos de Inglaterra, eran impecables en la administración de tierras y recursos. Pero «ese» Audley, ¡rayos! Decir que era la oveja negra de la familia no bastaba.

—¿Te refieres a su reputación? —Lo miró con un gesto de descreimiento absoluto, pura negación de realidad. Luego sacudió su mano al aire restando importancia al asunto—. Hombres como lord Audley solo necesitan una mujer

que los lleve por el camino correcto —carraspeó. ¡Por los cielos, ni ella creía sus palabras! Se recordó que ya era demasiado tarde para echarse atrás y que debía de interpretar el papel de una imbécil enamorada.

—¿Hombres? Lo dices en plural como si tuvieses la experiencia, dime, ¿con cuántos hombres has interactuado?

Greta hizo cuentas con sus dedos. Sir Oliver palideció al ver el movimiento de sus dedos... ¿cuántos? No, imposible, no su niña. Se aflojó el cuello de la camisa, comenzaba a sentir que le faltaba el aire. ¿Quién era el libertino?

—Mmm... ocho en total, con él incluido, por supuesto.

—¡¿Ocho?! —Se le enrojecieron las mejillas. De pálido a rojo ardiente. Sir Oliver Lanford era una extraña paleta de tonos y matices.

—Sí, el señor Warren... Joe y Peter —Mencionó a los ayudantes del señor Warren—, el señor Munford —El jardinero. Luego mencionó al médico de la familia y al veterinario—, lord Audley... y tú, tío —finalizó con una sonrisa.

—¡Cielo santo, Greta! No me refiero a eso... sino a otro tipo de intercambio con los hombres. ¡Ese fue el motivo por el cuál intenté presentarte candidatos! —Se quitó el sombrero y se abanicó con él—. Para que vislumbraras la naturaleza masculina en todas sus variantes, pero tú desechaste todas esas oportunidades... ¡Y he aquí el resultado! Elegiste al único hombre que no hubiese elegido para ti. —Lanzó el sombrero a la butaca libre frente a él, apoyó los codos en sus rodillas y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos—. Te conozco, Greta... sé que tu virtud no ha sido puesta en riesgo y puedo defender tu honor sin necesidad de que te sientas obligada a casarte con él. Cueste lo que cueste... —En esa misma posición, volteó el rostro a su sobrina. Si le daba la más mínima señal haría que el cochero cogiera el camino de regreso a casa.

—Tío, puedes quedarte tranquilo, deja mi matrimonio en mis manos... y también a Lord Audley VII. ¿Recuerdas lo que dijeron de Veil cuando ingresó a nuestras caballerizas? —Un caballo de tiro belga que había sido tan maltratado que nadie podía siquiera acercarse a él. Greta lo logró, el caballo volvió a confiar en los humanos gracias a su paciencia, cuidados y amor. La única que podía montarlo era ella—. ¡Indomable! —dijo entre risas.

—Greta, lord Audley no es un caballo que puedas domar.

—Tienes razón, es un libertino... ¿Qué tan difícil puede ser domar a uno? —Hizo una mueca con los labios. Como todo, requería de paciencia y una línea de

límite bien marcada. De un lado él, del otro lado ella. Tu territorio, mi territorio. ¡Perfecto! Sin dudas, un libertino podía ser el marido perfecto.

Capítulo 7

Si se trataba de una competición, lo pasarían mal, porque perderían. Tres mujeres contra una. Cuatro hombres contra uno. ¡Vaya! No saldrían vivos de esa mansión. Mejor dicho, no la abandonarían sin antes conseguir un contrato matrimonial.

Sir Oliver Lanford se jactaba de conocer a su sobrina y, pese a que esta mantenía la boca cerrada con respecto a lo sucedido, él podía asegurar que nada de lo que se decía era cierto. Londres era una ciudad predispuesta a los escándalos; cada mañana desayunaban un nuevo escándalo junto con los huevos escalfados, que, al igual que estos, eran cocinados por manos expertas. Gran parte de los rumores eran producto del aburrimiento, carecían de certeza y verdad. ¿Qué había ocurrido en ese establo? Solo ellos lo sabían. Y los dos parecían tener la boca cerrada a cal y canto. El lado bueno, pensó Oliver Lanford, era que ambos estaban dispuestos a mantener esa extraña complicidad. Era una excelente manera de iniciar un matrimonio, ¿verdad? Por lo menos no se odiaban, ¿no?

Definitivamente, no se odiaban. Tampoco se podía decir que fueran un par de tórtolos enamorados. Lo que sí era seguro era que no se podían quitar los ojos de encima. No se apartaron el uno del otro la mirada ni por un segundo. Es más, casi ni pestañeaban. De vez en cuando, resoplaban. Alzaban una ceja, torcían los labios y ladeaban la cabeza. Todo sin dejar de mirarse. Incluso se cruzaban de piernas y brazos al mismo tiempo, pero en dirección opuesta. Si él cruzaba su pierna izquierda por encima de la derecha, ella hacía lo contrario:

cruzaba la pierna derecha por encima de la izquierda. ¡Oh, vaya, qué bella pareja!

—Siempre es un placer cruzar caminos contigo, Lanford. —El padre de Leopold consideró prudente ser la voz líder en esa reunión inesperada y repentina entre familias—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Diría que más de quince años... —Tío Oliver intentó hacer memoria—, creo que fue en la reunión...

Leopold Audley VI también puso en acción a su memoria. Casualmente, los dos hallaron el recuerdo dentro de su mente al mismo tiempo.

—¡De despedida del profesor Ecleston! —dijeron a la par. Leopold Sexto estaba feliz, miró a su esposa y le sonrió. Su época de estudios fue su período más social—. Los dos asistimos a la clase del señor Ecleston —completó este.

—¡Oh, qué lindo reencuentro! —Festejó lady Judith. Que un viejo compañero de estudios estuviera bajo el techo del hogar era novedoso. Tenían otro motivo de celebración además de la inminente boda. ¡Porque habría boda a como diera lugar! Si Leopold Séptimo se mantenía callado en ese momento era porque había perdido la voz luego de eternas horas de discusión.

—¿El profesor Ecleston no fue tu profesor también? —Lady Laline codeó a su esposo, Leopold Quinto estaba sentado al lado de su esposa, parecía una momia de cuello quebrado, cabeceaba cuando Laline lo codeaba. El hombre casi no había dormido por culpa de su nieto, lo había mantenido despierto a fuerza de brandy para convencerlo de que actuara en su favor y lo salvara del embrollo matrimonial.

—¿Ecleston, Ecleston? —repitió el hombre enderezando la espalda contra el respaldar del sofá—. ¿Conrad Ecleston? —le preguntó a su hijo, Leopold Sexto.

—Sí, el mismo.

—¿Sigue vivo? —volvió a preguntar Quinto.

Fue su hijo el encargado de trasladar la pregunta a la persona correcta. Él no tenía ni la más mínima idea. Se dirigió a Lanford.

—¿Sigue vivo?

—No, falleció un año antes de que me retirara de mi cargo.

—Oh, qué pena... —exclamó Quinto. No estaban acostumbrados a la muerte tan temprana en su familia, el resto de los mortales estiraban la pata al alcanzar

la sexta década de vida.

—¿Te has retirado? —preguntó en cambio Leopold Sexto.

—El padre de Conrad Ecleston fue uno de mis compañeros de estudio en Eton —comentó el conde sumándose a la conversación.

—¡Y mi enamorado! —agregó la condesa entre risas, les hablaba a las mujeres de la familia—. Me cortejó en secreto, mi padre no lo aprobaba... —Rodó los ojos. Miró de soslayo al conde—. Tenía otros planes de boda para mí.

—Sí, supongo que tu padre se está retorciendo en su tumba ahora por la culpa... —El conde cogió un higo del plato de frutas que estaba dispuesto en la mesa ratona central. La idea del encuentro era formalizar la relación mientras disfrutaban de unos ricos petit fours y tentempiés. Salvó el conde, nadie más probaba bocado. Mascó el higo y concluyó su oración—: la culpa de haberme condenado a mí y no a Ecleston.

—Tienes razón, espero que se retuerza de culpa —Ella cogió un pastelillo con nata y fresa—, en este momento yo sería una feliz viuda. —Engulló el bocadillo y se manchó las manos y la comisura del labio al hacerlo.

—Sí, todos seríamos felices —protestó el hombre mientras limpiaba los labios de su esposa con su pañuelo.

—Creo que felicidad y viudez no es una buena combinación de palabras dada la circunstancia —dijo Laline al ver que su nuera, palidecía. Lady Judith temía que Sir Oliver y su sobrina salieran corriendo espantados. Laline volvió a codear a su esposo—. ¿No lo crees así, Leopold?

—¿Qué cosa? —respondieron a coro todos los «Leopold». El séptimo de los Leopold ni siquiera giró el rostro, continuaba con el desafío visual. Parecía que, en vez de desposarla, quería devorarla. Y no de buena manera, ya saben, en la alcoba, la noche de bodas. No, desgarrarla hasta la muerte, hasta el último respiro.

—Hablar de los deseos de viudez —masculló entre dientes apretados lady Judith.

—Tristemente, en esta familia, hablar de viudez temprana no tiene mucho sentido —agregó Leopold mirando a Greta. Sí, estaba siendo amable con ella, le alertaba de su destino. Vivirían décadas y décadas el uno en compañía del otro. ¡Era el momento perfecto para echarse atrás!

—¡Cielo santo! —exclamó su madre. Su hijo estaba decidido a comportarse como un capullo. No sabía que era peor, si su mutismo o sus aportes ocasionales a la charla.

A la exclamación de Judith se le sumó la orquesta familiar. El conde rio, la condesa resopló, Laline convocó a su marido para que este opinara lo contrario a su nieto, y el padre de Leopold, le murmuró palabras amorosas a su esposa para que ésta recuperara la calma.

Los Lanford no se quedaron atrás, Greta aprovechó el barullo para susurrarle algo a su tío:

—Has oído, tío —Lo hizo con el tono justo para que también la oyera Leopold —, puedes quitar de tu mente tu mayor preocupación, no me quedaré sola... ni viuda a temprana edad. —Le sonrió con falsedad a su futuro esposo.

Sir Lanford intentó restablecer el ánimo civilizado de la charla volviendo a un tema de conversación que había quedado sin conclusión:

—¡Ocho años! —dijo de la nada y con rango de voz alto para llegar a todos los oídos presentes. El bullicio generalizado se detuvo. Lo miraron—, hace un poco más de ocho años que me retiré. Desde entonces vivimos en las afueras de Londres...

—Supongo que es por eso por lo que casi no oímos hablar de ella... —La condesa cogió otro pastelito de nata—, hasta lo ocurrido en la fiesta de lady Bruce. ¿Fue tu primera presentación, muchacha? —la interrogó antes de dar el primer mordisco.

—Sí, milady. —El duelo de miradas entre ambos llegó a su fin, la condesa merecía su atención y buenos modales.

—¡Y la mía también! —gruñó entre dientes apretados Leopold. ¡Nunca debió de estar presente en esa condenada fiesta! Su padre carraspeó luego de que su mujer le murmurara algo, miró a su hijo y lo fulminó con la mirada. Leopold emitió un mudo: ¿Qué? Y se encogió de hombros. ¡Todo era culpa de ellos!

—Lady Bruce es una gran amiga y fue ella la que nos motivó a estar presentes en su fiesta. —Sir Oliver se decidió a ampliar la información, había oído por ahí otra línea de rumor, una sin mucha relevancia, pero en esa se manifestaban a favor del heredero Audley. Alegaban que este había sido atrapado por una cazafortunas. Demás está decir que estos rumores fueron desperdigados por los amigos de parranda de Leopold. Carecían de sustento real

—. Consideré prudente aceptar su invitación, sin darme cuenta de que mi retiro profesional se convirtió en un retiro social para mi sobrina. La culpa me pesa en el alma.

—Yo no lo he considerado así —habló Greta como si su tío necesitara un rescate. En cierta forma lo necesitaba, el peso de la culpa era real. Más aún después de lo acontecido, de un instante a otro, su sobrina estaba atada a un escándalo—, no expreses pena alguna, tío, he disfrutado de mi retiro social... —Elevó el mentón—. Es más, continuaría en el mismo si mi reloj biológico no avanzara tan deprisa —dijo haciendo evidente lo evidente, estaba a pasos de la cruel soltería.

La condesa se atragantó con el pastelito. Lady Judith lo hizo con limonada, había sorbido de la misma cuando la condesa tomó la batuta en mano para guiar la conversación al camino correcto. ¡Al demonio! La limonada abandonó su boca como una lluvia dorada. Lady Laline apretó los labios para no reír. Fue su esposo, Leopold Quinto, quien lo hizo por ella.

—Ahora comprendo todo, fue tu reloj biológico el que se cruzó en mi camino... —Leopold se incorporó de un salto. Era verdad entonces, era una maldita cazafortunas. O cazamaridos, como sea. Y quizás no maldita, pequeña. Muy pequeña—. ¡De todos los caminos, el mío!, ¿casualidad?

—¿Disculpa? —Ella lo imitó, también se incorporó, igual de desafiante que él —. Ahora resulta que la responsable aquí soy yo... ¡la responsable por su impertinencia masculina! —carcajeó. Pese a que nadie la vio, ella dirigió su mirada allí, al lugar dónde se ocultaba su soldado de batalla. Ni siquiera se sonrojó al hacerlo. Fue Leopold el que lo hizo—. Su sapo se equivocó de laguna, milord, la fiesta de lady Bruce no era un buen lugar para croar —resopló aireada. Se cruzó de brazos y regresó su trasero a la silla.

—Tiene un buen punto —reconoció el conde por lo bajo mirando a la condesa de soslayo, la mujer coincidió. Enviar a un libertino a una fiesta plagada de debutantes fue un error de criterio familiar.

—¡Yo elijo muy bien las lagunas a las que voy a croar! —refutó ofendido. Bueno, quizás no lo había pensado bien. Quizás tenía razón, pero no le daría ese reconocimiento como triunfo. Su maldito sapo no se contuvo, ¡joder!

—No lo parece —se jactó Greta evadiendo su mirada con el rostro hacia un lado, no miraba a nadie, contemplaba el florero con rosas que estaba en la

esquina del salón. El desgraciado era incapaz de reconocer la situación. Por supuesto que Marjorie se entregaría a sus brazos sin dudar, lo comprendía, cuando una vive en el infierno, el más mínimo fragmento de paraíso nos atrae con desesperación. Volvió su rostro a él, pero... ¿paraíso?, ¿lord Audley VII?, ¿en serio? Sus labios hicieron una mueca de asco. No era pelirrojo... ni escocés. Aunque ahora que lo pensaba, hubiese preferido al tal MacAlister que a... a...

—¿Perdona? —la increpó él cuando se sintió evaluado—. ¿Qué significa ese gesto?

—¿Cuál? —Greta ladeó la cabeza.

—El que has hecho... —Leopold imitó su gesto con los labios. Greta hizo la mueca de nuevo—. ¡Ese mismo! —exclamó con una mezcla de ofensa y felicidad juntas.

—No sé a qué se refiere, milord. —Pestañeó de manera exagerada.

Leopold se echó a reír. Fueron risas nerviosas. Es más, hasta sintió que comenzaba a sudar. ¿Esa pequeña le estaba tomando el pelo?, ¿a él?

Salvo para Oliver Lanford y lady Judith, la puja entre ese par resultó sumamente entretenida. Sin duda, eran el uno para el otro, así lo sentenció en su mente el conde. Le hizo un gesto a Sir Oliver, este abandonó el lugar junto a su sobrina y fue a ese encuentro.

—¿Le apetece un vaso de buen brandy, Sir Lanford? —le dijo al oído en cuanto el hombre se acercó.

—En este momento —Deseaba arrancarse el corbatín, la incomodidad flotaba por el aire—, lo único que necesito es eso, un buen brandy.

El conde se incorporó, también lo hizo Leopold Sexto, el padre de Séptimo. Era tiempo de una reunión entre las cabezas de la familia, era momento de establecer las normas del contrato matrimonial. Lo demás, el asunto de los preparativos de la boda quedaría a cargo de las mujeres.

—Perfecto, vamos a mi salón personal, tenemos asuntos que charlar...

Necesitaban un tiempo a solas. Las mujeres coincidieron en que tanto Leopold como la muchacha Lanford debían poner las cosas en claro y solo podrían hacerlo en un encuentro privado. Tras lo ocurrido en la casa de Lady Bruce, ya no tuvieron más oportunidades de tener encuentros íntimos. Si se tenían en

cuenta las normas sociales, no era correcto fomentar un acercamiento de ese tipo sin una carabina marcando las distancias. Las Audley estaban dispuestas a hacer la vista gorda con el propósito de que la pareja hallara un punto intermedio de equilibrio. Parecía que las aguas internas de ambos estaban muy revueltas y que un matrimonio requería una marea en quietud para navegar con calma. Además... ¿Qué podría suceder que no hubiese sucedido ya?

Hmm... No lo sé, tal vez... ¿un asesinato?

Leopold contempló la posibilidad como un recurso viable. Provocaría su viudez antes del matrimonio. ¡Ja, ja! Sí, sería un movimiento magistral. La pregunta era cómo lo haría...

Cuando la vio sentarse en el borde de la fuente de los jardines, tuvo su gran epifanía asesina... ¡Ahogarla! La profundidad de la fuente no era mucha para él, pero sí para esa condenada pequeña rana. ¡Ahí tienes, ranita, tú perecerás y este sapo continuará su camino de laguna en laguna! Carcajeó y luego rió.

—¿Qué es lo que le resulta tan gracioso, milord? —Greta agitó los dedos en el agua de la fuente, había pececitos. Se entretuvo mirándolos—. Compártalo...

—No, mi intención es no compartir nada contigo. ¡Absolutamente nada! Y dudo mucho que tú quieras hacerlo, ¿verdad? —Antes de asesinarla tenía que hacerla entrar en razón. El motivo que la había llevado a asumir el papel de protagonista del escándalo estaba vinculado a la esposa de Carnegie, quizás era una cuestión de fraternidad femenina. De ser así, barrería con todos esos pensamientos que lo hacían detestarla y los reemplazaría por admiración. Él haría lo mismo por Rufus, de hecho, lo hizo. Gracias a ello se metió en este embrollo, le brindó su apartamento de soltero a su amigo y por tal motivo tuvo que regresar al hogar. El pago que reclamó su familia fue su participación en esa maldita fiesta—. ¿Te preocupa la señora Carnegie? ¿lo que su marido pueda creer?

—El señor Carnegie tiene una intuición muy acertada... reconozcamos que no se equivocó. Y estoy segura de que todavía pretende pescar en la mentira a su esposa.

—Por eso tú te sacrificas por ella —Se acercó a Greta, sus impulsos asesinos mermaban con cada paso que daba hacia la muchacha. Sentía que estaban a punto de pactar un nuevo acuerdo—, lo entiendo. Si tu intención es mantener esta farsa hasta que el señor Carnegie de por enterrada su sospecha, puedes

contar conmigo... Podemos simular un cortejo por un par de semanas y luego echarnos atrás alegando incompatibilidad de carácter.

—Mmm, no... no me interesa el cortejo, es muy engorroso. —Le bastó con interactuar con Dalmeny para comprender que no estaba de ánimos para tolerar esa dinámica social. Las reglas del cortejo eran insoportables, al fin de cuentas, casi todos fingían, ¿no? Para agradar, complacer, conquistar. Una vez unidos en matrimonio, las máscaras caen y revelaban la verdad opuesta a lo que creímos—. Tampoco me estoy sacrificando... —dijo dedicándole su atención a él. No más molestar a los pececitos. Ahora era turno de molestar al lord—. Creo que estoy haciendo un excelente acuerdo...

—¿Acuerdo? —Por lo visto, la señorita Lanford tenía un plan premeditado. ¡Mierda! Todavía estaba a tiempo de ahogarla.

—Confieso que en primera instancia lo hice como un artilugio de escape para la señora Carnegie, pero luego del escándalo contemplé la situación desde otra perspectiva.

—¿Otra perspectiva? ¿cuál? ¿la de una maldita demente? —Lo confirmaba, la muchachita estaba mal de los sesos.

—Quizás, pero soy una demente con fundamento... con usted, milord, no tendré sorpresas, va por la vida siendo quién es sin disimularlo.

—¿Te refieres a ser un libertino? —Se lo recordó, le daba la sensación de que esta lo había olvidado—. Porque eso es lo que soy y lo que siempre seré... ¡Li-ber-ti-no! Puedo deletrearlo si lo prefieres... —Se cruzó de brazos y separó un poco las piernas, una postura amenazante era lo adecuado. Más considerando su diminuta estatura y que estaba sentada en la fuente. Hablando de perspectivas, desde la de la muchacha, sin duda, él tendría que lucir como un gigante. Tensó los labios, compuso un gesto serio. Sí, un gigante temerario sería para ella.

—No es necesario, se me da bien la gramática, gracias.

—Entonces, quizás necesitas un diccionario para comprender su significado.

—Comprendo el significado, milord, y retomando el asunto de perspectivas....

—No hay perspectivas con respecto a mi estilo de vida.

Greta resopló, se incorporó dispuesta a acercarse a él. Con un par de pasos estuvo a menos de medio metro de su cuerpo. ¡Demonios! Apretó los labios, quería mirarlo al rostro y sus ojos solo alcanzaban la altura de su esternón. De todas formas, habló. Le habló a los botones de su chaleco.

—¿Va a continuar interrumpiendo o puedo seguir hablando? —Con disimulo, retrocedió tres pasos. Bien, ahora miraba su nuez de adán. ¡Rayos!

—Ah, ¿me estabas hablando a mí? —Se agachó a modo de burla. Los rostros quedaron frente a frente—. Perdón, no me di cuenta. —Apoyó su dedo índice derecho en la frente de Greta y la empujó al tiempo que enderezaba su espalda —. No, no... un poco más —dijo cuando la distancia hizo que su dedo perdiera el contacto—. Me saca de mis casillas no poder hablar con alguien incapaz de mirarme a los ojos...—Greta retrocedió otros cuatro pasos. Leopold chasqueó la lengua, exhaló, sacudió la cabeza—. Más...más.

Greta frunció el ceño, sus iris celestes cambiaron de tono, la común luminosidad de su mirada se enfrentó a una repentina inestabilidad emocional. En su pronóstico de clima personal se emitía el siguiente comunicado: Cuidado, parcialmente nublado con probabilidad de tormentas. Retrocedió hasta que la falda de su vestido rozó el borde de la fuente. No tuvo más alternativa que detenerse y alzar el rostro. Finalmente hicieron contacto visual.

—Reconozco que en mi lista de atributos masculinos no estaba incluido el libertinaje...

—No es un atributo... —la interrumpió—, más bien diría que...

—Shhhh ... —Gretá lo mandó a callar señalándole con el dedo. Leopold acató. ¡Joder! Los dos se sorprendieron—. Retomando, en una primera interpretación puede considerarse como un hábito deplorable —Leopold casi abre la boca, iba a decir: Lo es. Pero su boca se cerró con el simple movimiento del dedo de Greta. ¡Mierda! ¿Acaso su dedo era una varita mágica? ¡qué demonios le sucedía!—, lo es... —Y coincidieron con el vaivén de asentimiento de sus mandíbulas—, para la mayoría, pero no para mí. Yo lo considero un rasgo de autenticidad...

Y así fue como el pronóstico personal de Greta comulgó con el cambio climático de Leopold. Sus ojos verdes se tornaron mohosos, como césped con hongos causado por un temporal inesperado. ¡¿Autenticidad?!

—Reitero lo de la demencia en ti... —El dedo de Greta, por suerte, dejó de tener efecto en él.

—Si le quieres llamar demencia a mi afán por la certeza, hazlo, dilo... ¡Soy una demente! —Alzó los brazos en alto—. Prefiero lo malo conocido ante lo bueno por conocer. Me gusta transitar por senderos firmes, y usted, milord... con libertinaje a cuestas, es lo más firme y constante que encontraré. —Su

elocuencia le erizó la piel a Leopold, pues acababa de darse cuenta de que no la haría cambiar de opinión—. Piénselo de esta manera, ambos tenemos que casarnos, ¿verdad?

—Sí... —dijo con su boca, pero su cabeza se movía al ritmo de un «no» rotundo.

—Los matrimonios siempre son establecidos por contratos de conveniencia para las dos o alguna de las partes... —Decidió que no era más necesario el enfrentamiento de miradas, avanzó hacia él y caminó a su alrededor, sus pies dibujaban un círculo en torno a Leopold. El propósito de dicha maniobra era marearlo hasta que perdiera el eje de sus pensamientos y accediera sin mucho análisis a su propuesta—. En líneas generales, estos contratos son establecidos por las cabezas de la familia. Eso es lo que está haciendo el conde con mi tío en este preciso momento, ¿no es así? —Él giró sobre sus talones para enfrentarla, pero para cuando llegó a esa posición ella ya había alcanzado el extremo opuesto de la circunferencia—. Qué le parece si antes de ese contrato —Leopold volvió a girar. ¡Maldición! Lo mismo. Greta ya estaba a su espalda de nuevo—, nosotros establecemos el nuestro.

—¡No! —dijo al tiempo que su cabeza se movía de arriba abajo expresando un gran «sí». Cansado de su movimiento constante, la detuvo por los hombros —. Detente de una maldita vez... Creo que te olvidas de un detalle importante con tu propuesta. —Alguien debía de ponerle los puntos sobre las íes a esa muchachita.

—¿Cuál?

—El hecho de que yo estoy en posición de elegir la esposa que me plazca. Nadie va a imponérmela. —Llegado el momento se casaría, contra su voluntad, lo haría, pero sería él quién elegiría a la muchacha que se convertiría en su carcelero.

—Yo también... —Le confesó Greta—, por eso lo he elegido a usted, milord.

Por un instante, solo por uno, Leopold sonrió complacido. Sí, él también se elegiría si pudiera.

—No te juzgo, por lo visto eres una muchacha inteligente y con buen gusto. —Cada tanto el ego tomaba control de Leopold. Se peinó el cabello con las manos. Compuso una pose sensual.

—¿No era una demente hasta hace unos minutos?

—Una cosa no quita la otra, un demente puede ser inteligente...

—Tiene razón, de todas maneras, lo confirmo... lo de la inteligencia, no así lo del buen gusto, en esta ocasión he prescindido de ello.

Y su sonrisa egocéntrica se borró de su rostro gracias a esa invisible bofetada.

—¿Qué quieres decir? —la interrogó con enojo.

—Nada, simplemente no veo lo que el resto de las mujeres ven en usted... —Se encogió de hombros. De guapo solo tenía... Mmmm... Tenía...Mmmm... Bueno, heredaría un condado.

—No es lo que ven, es lo que sienten —le dijo con un gutural susurro mientras avanzaba hacia ella. Golpeó su cuerpo con el suyo. El rostro de Greta se estampó en su tórax y rebotó. Situación que hizo que esta volviera a separarse de él—, algo que tú nunca sentirás.

—¿Lo promete? —preguntó ansiosa por la respuesta. Era lo que quería, un matrimonio contractual sin más roce que un vals en algún evento social. Solo para mantener las apariencias.

—No tengo que prometerlo, es un hecho... jamás te tocaría un pelo. —Por favor, que la boca se le hiciera a un lado si lo hacía. ¡Imposible! No despertaba ni el más mínimo interés en él. ¿Era bonita? Si la miraba con un solo ojo, sí. ¿Era sensual? El único atributo que él buscaba en una mujer era ese. ¡No, ni muriendo y volviendo a nacer sería una mujer sensual! Dios santo, quizás era por su estatura, no había lugar en su cuerpo para feminidad—. Te lo he dicho, yo tengo el privilegio de elegir esposa y tú no entras en mi categoría. Menos que menos considerando que con tu maquiavélico plan matrimonial arruinarás mi reputación...

—No sabía que los libertinos tenían reputación...

—Hay muchas cosas que no sabes, pequeña. —Volvió a apoyar su índice en la frente de Greta y la empujó—. No estás a mi altura...—La miró de cabeza a los pies con mirada de desdén—, y en tu caso lo digo en sentido figurado y literal. En especial, literal —se burló de su estatura de apenas un metro cincuenta contra su metro noventa y seis.

—Pues, si tanto le gusta lo literal... —Giró sobre sus talones, dio un par de pasos hasta la fuente, se alzó la falda. ¡Joder que pesaban las cinco capas de enaguas! Resopló, clavó la punta del botín en el borde de la fuente y se subió a

esta. Se tambaleó cuando giró sobre sus talones para enfrentarlo. Por suerte, sus piernas recuperaron la estabilidad de inmediato—. Dígame, ¿ahora estoy a su altura?

—No, todavía te faltan un par de centímetros... —Se acercó a ella y comparó cuerpos. Todavía le ganaba por una cabeza—. No estás ni a mi altura, ni a la altura de la literalidad que pretendes. —Se cruzó de brazos con actitud triunfal.

Greta no daría por perdida esa jugada. Es más, dobló la apuesta. Se elevó en puntas de pie. ¡Rayos! Aún quedaban centímetros de diferencia. Se estiró tanto como pudo... quizás demasiado. Le dolieron los gemelos al punto tal que se le acalambraron. ¡Oh, no, demonios! El dolor le ganó y su cuerpo se tambaleó al límite de la caída. Gritó.

—¡Mierda! —exclamó Leopold al darse cuenta de que la caída era inminente. Sus pensamientos homicidas se convertirían en realidad. ¡Joder! Cogió el borde de su falda a tiempo, tiró de ella con tanta fuerza que cuando el cuerpo de Greta hizo el camino opuesto, la fuerza equilibrante embistió contra el de él.

Cayeron al suelo. Leopold de espaldas al césped. Greta sobre el cuerpo de Leopold... por primera vez los rostros estuvieron a la misma altura. Las bocas quedaron a centímetros de distancia.

Luego de la breve charla en el despacho del conde, Sir Oliver, Leopold VI, lady Judith, y lady Laline fueron en busca de la pareja.

—¿Han contemplado ya la posibilidad de una fecha para la boda? —preguntó lady Judith sin pecar de ansiosa.

—Oh, no, milady, todos hemos coincidido que eso queda a su criterio y elección...

Judith y Laline se miraron. Llevaban años pensando en esa boda, tenían un sinfín de ideas en la cabeza, pero dadas las circunstancias del escándalo no podrían implementarlas a todas. No tendrían el tiempo suficiente. La boda tendría que celebrarse con la celeridad propia de los casamientos en apuros. Dicho en otras palabras, cuando las parejas adelantaban la noche de bodas y no podían ocultar lo evidente. No era el caso de ellos, pero...

—Creo que podemos establecer una fecha dentro de las próximas sem...

¿Qué podría llegar a suceder que no hubiese sucedido ya? Esa ilusa pregunta se habían hecho las mujeres Audley. ¡Y ahí tenían la respuesta!

Se miraron entre ellos, luego miraron a la pareja que retozaba en el césped.

—¡No es lo que parece! —gritó Leopold intentando librarse de Greta. La tela puntilla de la pechera de su vestido se había enganchado al botón de su chaqueta.

—Pasado mañana... la boda será pasado mañana —reformuló lady Judith tratando de ocultar su vergüenza—. ¿Qué opinan?

El tío Oliver no pudo emitir palabra alguna. Estaba paralizado viendo el espectáculo de esos dos. Fue Leopold VI quién lo instó a girarse para que dejara de verlos.

—Perfecto, cariño... pasado mañana será —le dijo a su esposa. Palmeó la espalda de Sir Lanford—. ¿Más brandy, Oliver?

Tío Oliver asintió. No dejó de mover la cabeza hasta que tuvo en sus manos esa copa de brandy prometida. Sorbió y, finalmente, habló:

—Sí, pasado mañana...

Capítulo 8

No hubo mucho tiempo para los preparativos. Lo que en un inicio había sido establecido como una boda con pocos invitados —con dos semanas hubiese bastado para su organización— se transformó en una celebración íntima, casi hermética. La única invitada fue lady Constance Bruce. Tuvieron esa consideración para con ella por el estrecho vínculo de amistad con los Lanford y, a la vez, para brindarle a esta la tranquilidad que merecía. Sí, hasta que el matrimonio no se concretara, la mujer cargaría con el peso de la culpa y de la deshonra de la señorita Greta. Se suponía que su casa era un terreno seguro, sin embargo, una inocente jovencita fue devorada por una bestia hambrienta. ¡Bajo su techo!

¡Por fortuna, no había más invitados! O, mejor dicho, testigos. Lady Judith no quería que quedara testimonio alguno de lo ocurrido ese día. Con suerte, hasta ellos mismos lo olvidarían. ¿Cómo se llamaba? Sí, a eso recurrirían: a la memoria selectiva. Todos. Y también se harían los tontos, al tiempo que se convencían de que matrimonios como los de Leopold y Greta pertenecían a otra generación. ¡Eran jóvenes que no medían las consecuencias de sus bromas! ¿Por qué tuvo que ser una broma, verdad?

Cuando el padre Joseph, que muy gentilmente se ofreció a oficiar la ceremonia en la mansión Suffolk por aprecio a la familia, proclamó los votos matrimoniales... —Leopold Ferdinad Audley VII acepta usted por esposa... Él respondió: «¡Cómo si tuviera otra alternativa!».

Por supuesto, la futura esposa no se quedó atrás y, cuando le tocó a ella responder, también puso la nota de color: «Podríamos obviar la parte de...».

Hasta que la muerte nos separe. Usted conoce los antecedentes familiares: padre, hasta que la muerte nos separe es mucho; podríamos cerrar el asunto con unos treinta años como mucho.

A lo que Leopold replicó: ¡Treinta años es mucho! Prefiero veinte...

Pero eso no fue más que la guinda de ese pastel llamado «la peor ceremonia matrimonial de la historia de Londres».

Cuando el padre los instó en el momento más emblemático de toda boda... —Puede besar a la novia...

Leopold exclamó entre carcajadas: No, definitivamente no puedo ni quiero.

A lo que Greta respondió: «¿Quién te ha dicho a ti que yo sí quiero?».

Aun así, cuando abandonaron el improvisado altar, sonrieron y caminaron con los brazos entrelazados. Como si nadie hubiese sido testigo del amoroso intercambio entre ellos.

Demás está decir que el padre Joseph se quedó sin palabras. Después de esa boda, no volvería a oficiar ninguna más. El santo hombre necesitó tres rebanadas de pastel para recuperar el humor y la fuerza física.

—Los tiempos cambian, ¿verdad? —Lady Judith buscaba opiniones que le hicieran creer en su propia mentira—. Los jóvenes de ahora expresan sus sentimientos de otra manera, ¿no?

—Despreocúpate, cariño —le dijo la condesa mientras la cogía de las manos para tranquilizarla—, míralos...

Todos estaban sentados en torno a la mesa disfrutando del gran banquete. Había manjares de todos los colores y para todos los gustos. El reciente matrimonio se hallaba en la punta opuesta de la mesa, con varios asientos vacíos de por medio, así podían hablar a sus anchas sin que la conversación llegara a los demás. Leopold cascaba nueces, su fruto seco favorito, pero Greta se lo arrebataba y se lo comía antes de que cayera en sus manos. Él resoplaba con fastidio y, con discreción, le arrojaba restos de cáscara a su vestido. Aun así, seguía cascando. Y ella seguía robándole los frutos.

—Es que esa es la cuestión, madre —Cuando estaban entre ellos, la trataba de madre a la condesa, mantenían las formas solo fuera de la casa—, los miro y... no sé, temo que se asesinen.

La condesa rio.

—Tranquila, tranquila, mi querida Judith... cuando se pone tanto énfasis al odiar el odio termina perdiendo su lugar. —No había que ser un gran sabio para reconocer la realidad de ese nuevo cuadro matrimonial. Querían mostrarse como enemigos, pero no lo eran, simplemente eran desconocidos. Solo eso. Dos desconocidos, en apariencia opuesta, ya sea en costumbres hasta en altura, que cruzaron sus caminos en el lugar y el momento equivocado. O quizás, en el momento adecuado. ¡El tiempo lo dirá!—. Confía en el destino, él sabe más cosas que nosotros...

***

Adiós, amaneceres. Bienvenidos atardeceres. En consideración a la reciente adquisición familiar, las mujeres Audley le adjudicaron al matrimonio una nueva habitación. La habitación de Leopold quedaría para el recuerdo, junto con todas sus costumbres masculinas y su mobiliario de heredero soltero libre de preocupaciones. No era justo para la muchacha, merecía algo nuevo y reformado que la hiciera sentirse dueña de su propio espacio. Uno compartido, por supuesto. Y, de entre las habitaciones disponibles, la más amplia y cómoda se hallaba en el ala oeste de la residencia Audley. Orientada al poniente, lejos de las habitaciones de los demás convivientes y regentes familiares. ¡Oh, la bella juventud! Los recién casados requerían privacidad, y en esa habitación la tendrían, ni el gemido más gutural llegaría al otro extremo de la casa.

—¿Dónde quedaron las viejas costumbres? —protestó Greta en cuánto la doncella finalizó con la labor de ayudarla a cambiar y abandonó la recámara para que el matrimonio quedara a solas.

Leopold estaba acostado en la cama, por primera vez en meses vestido con ropa de cama y bata. ¡Joder que eran incómodos los pijamas! Sentía escozor en los cojones por la fricción de la tela.

—Ilústrame, por favor —dijo sin dispensarle una mirada. Tenía un libro en sus manos, fingía leer a la luz de la vela encendida en su mesa de noche—, ¿de qué costumbres hablas?

—¡La de alcobas individuales con puerta mediante!

—Ah, te refieres a tú en tu cama y yo en la mía...

—¡Exacto! —lo interrumpió. Había oído que en la nobleza se acostumbraba ese estilo de convivencia entre los matrimonios.

—... para luego intercambiar fluidos en tus días óptimos para la procreación —continuó él. Cerró su libro, lo dejó en su mesa de noche, giró de costado con todo su cuerpo, apoyó el codo sobre el colchón y la mandíbula en la palma de su mano. Con su otra mano libre, palmeó el lugar vacío en la cama—. Los Audley somos de la vieja escuela, para nosotros el hoy siempre es un día óptimo... —le guiñó el ojo con provocación. Era demasiado tarde para espantarla, pero bien podría incomodarla. Ella solita se había metido en ese asunto, llámese matrimonio, llámese vivir por el resto de sus días a su lado. En algún momento tendrían que...ejem...que...gestar un heredero. Y ahí mismo su pensamiento se detuvo. ¡No, ni en broma! El legado Audley moriría con él. No existía posibilidad de reproducción. En fin, la intención era incomodarla. Se abrió la bata.

—De acuerdo, respetaremos las costumbres familiares. —Greta exhaló con resignación. Trepó a la cama, era alta, y gateó sobre el colchón hasta llegar a él. Leopold tragó saliva. Joder, el único incómodo allí era él. ¿En verdad ella pretendía consumar el matrimonio? Se inclinó sobre él—. Con tu permiso... —le susurró a centímetros de su rostro. Con un movimiento rápido y brusco, tiró de la almohada que Leopold tenía en su cabecera—. Gracias... ups, lo siento —le dijo cuando su barbilla se resbaló de su palma y toda su postura de seductor se desarmó. Su rostro se estampó contra el colchón. Greta colocó la almohada entre medio de los cuerpos como si fuese una barrera divisoria.

—¡Demonios! —balbuceó Leopold—. ¿Qué haces? —cuestionó cuando lo vio saltar de la cama en dirección al juego de sillones ubicados junto a la ventana.

—Respetar tus estándares, esposo mío... —dijo mientras se apropiaba de los dos cojines decorativos. Regresó a la cama y continuó con la labor arquitectónica —. ¿Acaso no has dicho que jamás me tocarías un pelo?

—Veo que tienes buena memoria...

—Y también tengo un buen trasero —le dijo una vez que estuvo de nuevo sobre la cama.

Leopold tosió. Mierda, pensó, no había caído en cuenta de ello, desde ese instante en adelante era una obligación moral de su parte comprobarlo. ¡Pero no, no debía!, ¿mirar el trasero de su esposa? ¡Blasfemia absoluta!

—¿Crees que un simple trasero puede tentarme? —bufó con ofensa—. Por favor, si de traseros se tratara, mi listado de mujeres se quintuplicaría en un instante —Entrelazó las manos detrás de su cabeza y se apoyó en la almohada de

dormir. Por lo menos esa no le había sido robada—, se trata de un carisma femenino también... tú sabes, o no, posiblemente no lo sepas considerando que careces del mismo.

—¡Oh, qué pena! —se burló ella con dramatismo. Se llevó las manos al pecho como si sus palabras le hubiesen dolido—, las carencias suelen generar sentimientos de tristeza en uno, sin embargo, nunca me sentí tan feliz de carecer de algo como ahora. —Sin más almohadas decorativas disponibles en derredor, cogió la suya—. Pero quién sabe, quizás en sueños, pierdas la noción de mi ausencia de carisma y... bueno, tus manos y tu otra cosa —carraspeó y alzó las cejas—, tomen el camino equivocado.

—¡Jamás! —Se arrodilló en la cama de manera brusca y repentina. Quedó enfrentado a ella en la misma posición—. ¡Jamás de los jamases!... ¡No, en nombre del señor, no! —Cogió su almohada de dormir y la colocó en la muralla de plumas.

—¡Vaya, eres un hombre devoto!

—Muy devoto... y, sobre todo, fiel... —Greta rio. Leopold chasqueó la lengua al caer en cuenta de la idiotez que dijo—, fiel a mis palabras... —concluyó y se dejó caer de espaldas al colchón.

—Y confío en esa fidelidad... con ella me es suficiente —La oyó decir sin poder verle el rostro. Greta también se había recostado—. Eso hará que este matrimonio sea tolerable.

—¡Tolerable! —carcajeó Leopold y repitió las palabras que ella le dijo días atrás. Lo hizo tratando de imitar su tono de voz agudo y femenino—. Prefiero lo malo conocido ante lo bueno por conocer...

—No soy la única con buena memoria, por lo visto —masculló entre dientes. Poco le importaba que tomara sus palabras como burla, no le quitaba peso a lo dicho. Él era el peor de los males para una dama. Pues perfecto, sabría a qué atenerse con Leopold. Eso le daba una gran tranquilidad, ¿no?—. Bueno, podemos decir que tenemos algo en común —agregó para ganar su propia discusión mental—. ¡Y no todos los matrimonios pueden decir lo mismo! —resopló por la nariz satisfecha.

—Depende del matrimonio, contrario a lo que crees, no siempre se trata de contratos entre partes, ¿sabes? —Él también resopló, parecían dos caballos

separados por pesebreras hablando el idioma de los bufidos—. Hay personas que deciden unirse en matrimonio por amor...

—¿Un libertino hablando de amor? —Fue el turno de Greta de burlarse. ¡A otra con ese cuento!

Leopold giró sobre su cuerpo en dirección a Greta y separó un poco las almohadas. Lo suficiente para poder hablarle mirándola al rostro.

—Chhsss... —Sí, le chistó porque ella no parecía dispuesta a igualar la posición. No le hablaría a su oreja. ¡Joder!

—¡¿Qué?! —protestó Greta, pero se giró hacia él—. ¿Te he ofendido?

Hasta que por fin sus ojos estuvieron a la misma altura. ¡Bien! Nadie se doblaría las cervicales en vano. ¡Vaya, tienes unos hermosos ojos color cielo!, pensó Leopold. A ese pensamiento repentino, se le sumó otro. Uno mucho más osado. ¡Quién necesita de amaneceres en el horizonte cuando te tiene a ti a su lado!... Joder, carraspeó. Retomó la palabra:

—No, solo pretendo acomodar las ideas en esa cabecita tuya... Tienes un error de concepto. Yo soy quien soy porque amo a las mujeres, y el mayor disfrute que obtengo es el hecho de saber que ellas se sienten amadas en mis brazos...—Lo dijo con tanto ímpetu y sentimiento que hasta su miembro reaccionó. Se cubrió con la manta. No deseaba que esa muchachita se creyera la artífice de su erección. No, no solo no le tocaría un pelo, sino que ninguno de sus pelos sería tocados por ella. ¡Ja!

—¿Qué pretendes decirme?

—Que yo jamás he quitado de la ecuación a el amor, por eso estuve en contra de este matrimonio...—Esa era la mayor ofensa contra él. Pensar que se dejaba guiar a las piernas de las mujeres solo para satisfacer sus más bajos y pueriles instintos.

—¡Oh, mira tú! —Pestañeó con exageración Greta, no le creía ni una sola palabra—. ¡Has resultado todo un romántico!

—¡Lo soy! —El nivel de ofensa escaló tan alto que rozó la punta de su honor de casanova. Se cruzó de brazos para demostrar su fastidio. Posición que desarmó al instante, estar recostado de lado con brazos cruzados era muy incómodo. ¡Más que los pijamas! Para su suerte, la ofensa actuó como desmotivador de su erección creciente. Su miembro volvió a la flácida normalidad. Apartó las mantas con sus piernas, fue un movimiento bastante

infantil, como un niño haciendo un berrinche—. Y qué no lo comprendas es lo que me hizo tomar la decisión de alejarme de jovencitas como tú. ¡Sabia decisión la mía! Ustedes no saben nada del amor... se inventan historias de caballeros al rescate y creen que eso es amor —rio a carcajadas forzadas—, se enamoran del aire alrededor de caballeros inexistentes y cuando tienen verdaderamente a uno frente a ustedes, son incapaces de verlo —continuó riendo y también continuó con su monólogo personal. Ella no apartó su mirada de él ni por un segundo, ese énfasis que Leopold ponía en su tono de proclamación era acompañado por las aseveraciones faciales de Greta—. Las mujeres, no las niñatas como tú —Hizo una mueca con sus labios que intentaba ser un gesto de sutil desmerecimiento. Greta no se lo tomó personal, continuó escuchando con plena atención—, las verdaderas mujeres pueden ver más allá, se atreven a responder al llamado de su cuerpo, al llamado del deseo —Las risas llegaron a su fin para darle lugar a la pasión, su voz vibró al ritmo de esa pasión que intentaba explicar—, y ese es el llamado al que yo respondo. ¿Lo entiendes ahora?

—Mmm, creo que sí... —Greta se mordió el labio inferior, se tomó un momento para procesar la información y brindar su análisis—. ¿Alguien te ha roto el corazón, verdad? —Sus ojos brillaron con dulzura y misericordia. Tenía ganas de acariciarle el rostro ¡Oh, pobrecillo!

—¡No!, ¿cómo demonios has arribado a esa conclusión sin sentido?

¿Era sin sentido? De pronto, Leopold, se encontró haciéndose ese cuestionamiento. Quizás no fue el elegido de las debutantes en su temprana juventud, es verdad, prefirieron llenar sus carnés de baile con otros jóvenes lores, pero de ahí a creer que...¡Por favor! Era verdad que ahora lucía sus cualidades masculinas con otra soltura y confianza en sí mismo. Su nariz se había transformado en un emblema distintivo para las mujeres, su roce provocaba maravillosas cosquillas en... Bueno, ya saben dónde.

—Es la única conclusión posible. —Fue Greta quién abandonó la relajada posición para sentarse en canastilla en la cama. Hizo a un lado una almohada para poder mirarlo.

—¡No, no lo es! —Leopold regresó la almohada a su lugar: en la muralla.

—¡Sí, lo es! —Volvió a quitar la almohada—. ¿Cuántos años tienes?

—¿No sabes mi edad? —carcajeó. ¡Dios santo! Parpadeó.

—No, solo memoricé tu nombre... ¿treinta años? —Hizo su estimación. Lo dijo con tanta liviandad que hizo a Leopold estallar en rabia.

—¡Veintisiete!, ¡veintisiete jodidos años!

—Pareces un poco más mayor, ¿te lo han dicho? —dijo con un ademán de su mano al aire.

—Y te han dicho a ti... a ti... qué... —Mierda, no sabía qué decirle. Como ella estaba a la espera de sus palabras, Leopold hizo uso de su comportamiento más maduro. Giró sobre la cama y le dio la espalda—, nada, duérmete.

Era como un cachorrito abandonado. Tenía ganas de cogerlo en brazos, darle un baño, y brindarle un cuenco con leche tibia.

—No hay que avergonzarse, sabes... —le dijo como si él estuviese esperando su consejo—, en la fiesta de lady Bruce tuve un breve intercambio con Primrose, reconozco que fui atraída a él como mosca a la miel —Rememoró las facciones del hombre, bello por dónde se lo mirase. No pudo evitar suspirar—, se podría decir que fue esculpido por los mismos dioses.

—Te recuerdo que las moscas no solo se ven atraídas por la miel, también las atrae la mier... —continuó de espaldas, pero volteó su rostro a ella tanto como pudo—, termina tú la oración —finalizó con una altanería no muy propia de él.

—No, gracias, prefiero terminar con la línea de mi pensamiento. Entiendo que jovencitas como yo te hayan hecho sentir poco agraciado en comparación a otros...

—¿Jovencitas como tú? ¡Muchachita! —Al demonio, volvió a girar en la cama, si continuaba con el cuello torcido se provocaría un tortícolis—. Tengo que recordarte que tienes veinticinco años, lo de jovencita quedó atrás... —¡Bella manera de recordarle que estuvo en la cuerda floja de la soltería! Greta frunció el ceño. Leopold sonrió. Ese gesto fue señal de haber dado en el blanco de su orgullo. Perfecto, orgullo por orgullo. Un buen empate—. Mira... estás a esto —Sus dedos pulgar e índice marcaron la referencia de un par de centímetros— de provocarme jaqueca. Tienes dos alternativas, te duermes... o... —Tragó saliva. Se recordó que su plan inicial pretendía incomodarla. Algo que no funcionó muy bien, vale aclarar. Pero bueno, debía intentarlo una vez más— o consumamos el matrimonio contra mi voluntad. —Greta lo miró con la cabeza ladeada y un gesto de descreimiento absoluto. A falta de respuesta, él concluyó—: De acuerdo,

me parece lo más adecuado... —Cogió el apagavelas de su mesa de noche y asfixió a la llama que iluminaba su lado de la cama. Fin del asunto.

—Para concluir... —continuó ella.

—No concluyas nada, duérmete.

—Tienes razón, mi idea de romance siempre ha venido de la mano de hombres como Primrose... —Se recostó de nuevo en la cama e hizo lo mismo que él, apagó su vela—. Pero me bastó una breve conversación con él para darme cuenta de que la mejor decisión que podía tomar era elegirte a ti...

—Gracias —se mofó él—, no te hubieses molestado, no era necesario. ¡En verdad no era necesario! —masculló entre dientes.

—No te preocupes, Leopold, no tienes que dejar de ser quien eres por mí...

¿Le estaba dando permiso para continuar con su labor de Casanova? ¡Ja! Cómo si ella pudiera evitarlo... Por fuera de eso, era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

Su nombre en labios de Greta sonaba... extrañamente familiar, como si se nombraran de toda la vida.

—¡No lo haré!

—Me da gusto oírlo, no quiero que las mujeres de Londres me odien por privarlas de ti —suspiró. Bostezó. Estaba agotada, habían sido días frenéticos—, solo te pido algo a cambio...

—¿Qué?

—Qué cuando sea necesario, bailes un vals conmigo, ¿de acuerdo?

Estaban en Londres, y allí, las apariencias eran lo más importante. Fingir ser un matrimonio perfecto y amoroso era la clave para la supervivencia social. ¿Cómo se lograba? Con un simple vals a la vista de todos.

—De acuerdo —coincidió Leopold.

—Ah, y más cojines... —agregó. La muralla entre cuerpos estaba a medio construir.

—De acuerdo... —Leopold también bostezó. Ella se lo contagió—, mañana buscaré más cojines, Greta.

Al oír su nombre, ella sonrió. Y así se durmió, con una sonrisa en el rostro.

Capítulo 9



Despertó destapado, como ya empezaba a ser costumbre. Tal vez *destapado* no sería la palabra adecuada, mejor sería decir cubierto de cojines. Cada vez se sumaban más a la montaña que lo separaba de su esposa y todos tenían el mismo fin: aplastarlo por la noche.

En cuanto Greta caía rendida al sueño, cosa que pasaba con una rapidez pasmosa, pues dormía con el descanso de los inocentes, empezaba el baile nocturno. La muchacha perdía el recato que mantenía en su trato diurno, se acostaba en una posición de bella durmiente para, cinco minutos después, ocupar toda la maldita cama. Y girar...

Giraba como un trompo.

En cada vuelta, la sábana se enredaba más en su cuerpo. Leopold se quitó cinco de los diez cojines que lo cubrían y rodó hasta apoyarse en el codo. Observó a Greta y frunció el ceño. ¿Cómo era posible que esa ranita diminuta hubiera conseguido su cometido? ¡Había atrapado al libertino! Lo había enredado del mismo modo que enredaba su cuerpo en cada vuelta inconsciente que daba durante el sueño. Un movimiento, otro, y cuando querías abrir los ojos estabas atado a ella por completo.

Buscó tirar de la sábana solo para incordiarla, para castigarla por atormentarlo de ese modo. Pero en cuanto tendió la mano por encima de la desmoronada montaña de cojines, se detuvo. Greta estaba bocabajo, con uno de los cojines bajo su pelvis, otro abrazado y otro le cubría el rostro a medias. En lugar de demandar más sábanas, retiró este último revelando el rostro de la muchacha.

Gruñó.

No le agradó darse cuenta de que la hallaba bonita. No después de la conversación en la noche de bodas. Ella no lo encontraba a él apuesto y eso le hería el orgullo. Claro que no era la única, pero de algún modo, viniendo de ella, esa apreciación se sentía como una pequeña piedra en el zapato. Diminuta e insignificante, pero molesta al extremo.

Se quiso convencer de que Greta no tenía nada de especial, que, como un buen amante, él era capaz de hallar la belleza en donde nadie más la veía. Que la joven tenía que agradecerle que fuera tan observador como para notar la forma en que las pestañas renegridas formaban medialunas cuando estaban cerradas, o lo rojo de sus labios llenos, o la forma adorable en que sus mejillas redondeadas dibujaban pómulos marcados cuando reía.

También estaba su cuerpo. La moda no la favorecía, pero no podía decir lo mismo del camisón. Los volados y las faldas amplias no se llevaban bien con la baja estatura de Greta, la hacían ver como una niña. Una vez retirado, una vez expuesta la verdadera naturaleza de la joven, nada quedaba de niña. Era toda una mujer. Cintura estrecha, caderas anchas y un trasero respingón que hizo despertar a su traidor amigo.

No tenía grandes senos, por eso podía dormir bocabajo con tanta libertad, pero Leopold había aprendido a apreciar todas las formas femeninas. Por eso se negaba a contemplar la idea de que su manipuladora esposa tuviera algo de especial.

Como su cuerpo era de otra idea y estaba bastante ansioso por lanzarse a la expedición que su cerebro había decidido no llevar a cabo, se quitó los últimos cojines de encima y se puso de pie.

Tenía un gran día por delante, volvería a Londres, dejaría a su esposa bajo el techo familiar y asunto resuelto. Allá ella si tenía ideas románticas sobre ese matrimonio, si pese a lo dicho, guardaba alguna esperanza de hacer esa unión algo real.

No, no y mil veces no.

No caería rendido ante una taimada muchacha. Sin embargo, en lugar de hacer ruido y arruinarle el reparador descanso, recogió sus prendas con sigilo y salió al corredor. Recién entonces llamó a John para empezar la jornada, se lavaría en la habitación de al lado y le brindaría a Greta unas merecidas horas

más de sueño. Y, sobre todo, no analizaría más ni la anatomía de ella ni por qué demonios le tenía consideración a esa ranita.

El desayuno estaba dispuesto en el salón comedor. Toda la familia excepto Greta estaba presente. En cuanto puso un pie en el interior, los ojos se posaron en él.

—¿Y tu esposa? —preguntó Jaqueline, sin más.

—Buenos días, abuela. He dormido perfectamente, gracias. ¿Y usted? —respondió airado. Se sentó en la silla libre, estaba junto a su padre.

—He dormido como he dormido —dijo la mujer—. El conde suele roncar, una hace lo que puede.

—Por eso es tan saludable dormir en habitaciones separadas —replicó. Cogió el periódico a modo de escudo contra los demás Audley. Sus ojos leyeron las noticias sobre el crecimiento de las empresas navieras y por un momento sintió el picor de hablar de negocios. Cerró los labios, no se esperaba eso de él. Leopold quinto se encargaba de los asuntos del condado ahora que el conde estaba viejo y Leopold sexto de los negocios burgueses que ampliaban las arcas nobles. ¿Y él?, a él le correspondía el hedonismo, algo que Greta había arrancado de raíz.

¿O no?, se recordó. Él podía seguir siendo un libertino, tener tantas amantes como quisiera, estar casado no cambiaba eso.

¡Claro que no!

¡Por supuesto!

Pero la idea de retomar sus andanzas de seducción le supo a hiel.

—¿Saludable para quién?

—Para los integrantes del matrimonio, claro.

—¿Y sabes mucho de matrimonio, Séptimo?, ¿ya?, ¿con tres noches de casado? —lo desafió su abuela—. Si me hubieras escuchado, no estarías en esta situación. Si sigues sin escucharme, estarás en situaciones peores. ¿O quieres que tu dulce esposa encuentre otro caballero que le brinde calor en las noches de soledad?

El rostro de Leopold se transmutó. Hasta ahora el único escenario que había pensado era el de él siendo el infiel, y le revolvía las tripas, aunque le costara admitirlo. ¿Ella?, la imaginó con Primrose y por poco rompe la taza de té que un

criado le puso enfrente. No se dio cuenta hasta que su abuela Laline sonrió de que apretaba el periódico entre sus dedos.

—Bien —sentenció la condesa—, empiezas a entender cómo funciona esto. Ahora, ¿tu esposa?

—Descansa —respondió—, dormía plácidamente y no me pareció apropiado despertarla.

—Estaría muy agotada —comentó Judith—, los primeros días de matrimonio son... —Se sonrojó por la línea que tomaron sus pensamientos—, son muy movilizadores —completó convertida en una fresa madura.

Jaqueline puso los ojos en blanco.

—Lo único movilizador que tuvo esa muchacha es a nosotras tres opinando sobre su ajuar.

—Lo cual me recuerda —intervino Sexto, el padre de Leopold—, las facturas están en el escritorio. Te corresponde de tu mensualidad pagar el ajuar de tu esposa.

—Todo sale de las mismas arcas, padre.

—Pero no todo termina en los mismos bolsillos, hijo —replicó el hombre.

Leopold no se preocupó demasiado, no tenía problemas de finanzas y, si era honesto, las amantes representaban un presupuesto que ahora se ahorraría.

¿Se lo ahorraría? ¿Había decidido no tener amantes mientras fuera un hombre casado? ¡Se volvería monje! Pues no le tocaría un pelo a esa ranita. No, señor. Había dado su palabra y era fiel a ella.

—Hay que invertir en navieras —cambió de tema, le extendió el periódico arrugado a su padre, dando así el tema por zanjado.

El futuro se le tornaba negro ante sus ojos: no follar ni con su esposa ni con otra y, además, convertirse en el hazmerreír del mundo o... o caer en la trampa del matrimonio y contemplar la idea de que un par de ronquidos no eran gran problema.

—¿Quieres involucrarte en los negocios? —le preguntó el conde, quien había observado cada gesto de su bisnieto en detalle—. Si es así, siempre tendrás un lugar.

Una esposa. Un lugar fijo en las labores del condado. Una vida de cien años. El espanto atravesó sus ojos.

—Gracias, milord, pero ya tengo negocios de los que ocuparme. Si me disculpan, mis caballos aguardan por mí.

Se alejó con tan solo un té en el estómago, el cual danzó en el espacio vacío generándole un horrible malestar. No tan grande como el que rugió al escuchar a la condesa:

—Déjalo que se resista un poco más, el amor aterra.

¿Amor? La idea hizo que el poco té en su estómago se sintiera como un yunque.

Cuando Greta llegó al salón comedor, la conversación giraba en torno a inversiones. El cambio le resultaba extraño, con tío Oliver los desayunos eran tranquilos y versaban sobre temas académicos. No tardó en poner atención a lo que decían.

—Séptimo tiene buen ojo para las inversiones —decía su padre.

—Pero le falta responsabilidad, Sexto, y lo sabes —dijo su abuelo. Las mujeres ponían atención, no sin invitarla a ella con gestos a que se sumara. Le pasaban la mantequilla en silencio, le hacían señas a los criados para que rellenaran su taza de té y le ofrecían con gestos los huevos revueltos.

—¡Patrañas! —gruñó el conde. Comía despacio, lo que hacía que los desayunos se extendieran por más de una hora. Salvo *su* Leopold, que aún no había adivinado el motivo de su premura, la familia solía mantenerse a la mesa hasta que el patriarca terminaba—. El muchacho no es irresponsable, ¡está aburrido! Ustedes parecen olvidar cómo eran sus vidas hasta que mi padre murió.

Los hombres chasquearon la lengua a coro.

—No así —dijeron al unísono. Fue el turno del conde de chasquear la lengua.

—Séptimo es responsable con lo que le gusta. Como, por ejemplo, con su esposa...

Greta se atragantó con la comida.

—¿Disculpe, milord? —murmuró cuando consiguió tragar los huevos revueltos.

—Desde que se casó, no anda detrás de cada falda que se le cruza, ¿verdad? Solo le falta el aliciente adecuado.

—Llevamos casados solo tres días, milord... yo no cantaría victoria.

—¡Ja! La victoria no sería mía, milady, sería toda suya. Lo importante, Séptimo es todo un Audley, sabe de negocios y es responsable. Lo único que le falta es... es... pues entusiasmo. Mira lo temprano que se ha levantado solo por atender a esa yegua...

—Los caballos son un vicio, no una responsabilidad —insistió Sexto—. ¿Cuánto dinero se ha dejado en las caballerizas?

La atención de Greta había sido capturada. Sintió los ojos de las mujeres en ella, evaluaban su reacción.

—Menos del que ha ganado —replicó el conde—. ¿O no lo has visto en mi cumpleaños? Apuesta con el cerebro, no con el corazón.

—Y por eso sigue errante —intervino la condesa. Su esposo hizo un gesto de desmerecimiento, pero que en realidad no buscaba callar a su esposa, sino animarla a exponer su punto—. Hay apuestas que se hacen con la razón y otras, con el corazón.

—Como sea, en los negocios es importante la cabeza. Invierte en esa naviera, Sexto, y las ganancias que gane con el cerebro que vayan a parar a las arcas de los sentimientos.

Sexto asintió con la cabeza. Su hijo no era un mal muchacho, pero era cierto que con una vida tan fácil era sencillo perderse en el camino. Tal vez por eso había buscado complicársela con su pequeña esposa, buscaba, igual que en Capell, alguien que lo desafiara, alguien que lo empujara a ir a por más.

Greta, por el contrario, sentía hormigas en el trasero. ¡Quería ver esas caballerizas! Desde que se había casado con Leopold, su vida se había convertido en un torbellino temporal. Necesitó ajustar su ajuar de sobrina de un Sir a esposa de un Lord. También hacerse ver por Londres, con su suegra, para que todos supiesen que el escándalo estaba cubierto y las buenas formas se mantenían. Salvo un par de discusiones, no había podido indagar en el verdadero Leopold. Hasta ahora.

Y lo primero que conocía de él era agradable. ¡Le gustaban los animales!

No pudo evitar pensar en Primrose, recordó los disimulados celos de Leopold y sonrió contra el borde de su taza. Su esposo podía estar tranquilo, y ella... ella confirmaba cada día que su decisión había sido certera. A Leopold no le daba todo igual, tenía una pasión, y no era justamente ser un Casanova. Le apasionaban los caballos.

—Me encantaría ver las caballerizas —comentó—, si es posible... claro...

—¡Eres una Audley! —le recordó Laline—, aquí todo es posible para ti.

Sonrió encantada. La conversación prosiguió a su alrededor, hasta que el conde llamó a uno de sus criados, dando por finalizado el desayuno. Aún podía moverse, pero se valía la mayor parte del tiempo de una silla de ruedas que era arrastrada hacia el jardín en los días buenos y hacia la biblioteca en los días de lluvia.

Esa mañana el sol estaba de su lado y asomaba entre pomposas nubes. En cuanto el conde dejó el salón comedor, el trasero de Greta se mantuvo el total de medio segundo sobre la silla antes de ponerse de pie, hacer una reverencia y casi correr hacia los establos.

—Comparten una pasión, es un buen comienzo —dijo Judith, ni bien su nuera dejó el recinto.

—Comparten muchas pasiones, pero por una se empieza —rebatió la condesa —. Si me disculpan, miladies, tengo un esposo al que molestar en los jardines. — Valiéndose de un andador de caña con ruedas y la ayuda de una criada, fue tras los pasos del conde. Nada como una mañana de sol y un buen momento con su esposo.

El destino de Greta difería un poco del de la condesa. Aunque los condimentos eran los mismos: sol, esposo y un buen momento, el resultado distaba de ser ideal.

Las cuadras de los Audley eran magníficas. Se hallaban dispuestas en un hexágono, con un patio interior vallado en donde los animales pastaban al sol. Las cuadras estaban unidas por un corredor, por donde los empleados andaban, acarreando heno, agua, sillas de montar, herramientas... Las paredes eran blancas y las aperturas, de madera oscura. Los techos eran bajos, claro que no para ella, pero la mayoría de los criados debían agacharse para pasar. La finalidad era que fuera fácil de calentar en invierno para que los animales no sufrieran el frío.

Una camada de gatos pasó por entre las piernas de Greta, haciéndola reír a carcajadas. La gata madre cuidaba de sus crías desde lo alto de un poste, mientras que los cachorros la atacaban sin piedad. Uno de ellos reptó por la tela de la falda hasta alcanzarle el hombro, y allí, como loro, permaneció.

Concentrada en los animalitos, le llegó la voz lejana de Leopold. Un semental a su lado asomó sus fauces y ella lo acarició, mientras ponía atención a lo que fuese que retenía a su esposo en una cuadra.

No hacía nada malo, Laline se lo había dicho, era ahora una Audley y todo le pertenecía. Pero igual sentía que invadía un poco la privacidad de su esposo. Tal vez por eso se acercó con sigilo y se mantuvo en la cuadra de al lado, ocupando un papel solo de espectadora en la escena.

—¿Quién es la niña más hermosa?, ¿quién? ¡Tú! Claro, que tú... —Greta posó las manos sobre la madera y el mentón sobre las manos, desde allí observó el intercambio. Su esposo lucía una camisa blanca, desabrochada hasta la mitad del pecho. Los pantalones se le ajustaban a la cadera y las botas, embarradas, le cubrían hasta la rodilla. Los tiradores caían a los lados. El cabello castaño oscuro estaba despeinado y un mechón le hacía cosquillas en la frente. Él sopló y la yegua relinchó, feliz—. No se lo digas a los demás, o se pondrán celosos, ¿vale?

La yegua le empujó la cara con el hocico. Leopold soltó una carcajada.

Un hombre bajo, de paso errante, entró a la cuadra y rompió la armonía. Greta se puso a la defensiva como la yegua, y dio un paso atrás, para no delatar su presencia.

—¡Merlin Bowes!, nuestro jinete estrella —dijo Leopold. Greta volvió a asomarse, la yegua empezó a golpear el suelo, algo molesta—. Ven, hombre, que si no te haces amigo de esta belleza no ganaremos jamás.

Bowes dio un paso al frente, Pandora por poco se encabrita. No terminó el movimiento, porque Leopold le habló con voz suave.

—Venga, hermosa, que hoy ganamos. Tú solo tienes que probarle a Thor, el semental de Capell, por qué la reina de Inglaterra es mujer.

—Tendría que correr con un semental, milord —dijo Bowes, en su voz se notaba que había bebido. Greta necesitó contenerse para no bufar y delatar que escuchaba a escondidas. ¡Tenía tantas ganas de acercarse a Pandora!, no le sorprendía la adoración de Leopold. Era un animal magnífico.

Ningún semental podría ser más ágil que esa preciosidad. Era baya, de raza árabe.

—De eso nada, Pandora es perfecta.

—Es indómita —insistió Bowes. Leopold se echó a reír.

—Es libre, que es muy distinto. Ven, ven... —Bowes se acercó, la yegua lanzó un tarascón al aire. El hombre contuvo el movimiento, pero Greta notó el deseo de golpear al animal—. Tranquila, Pandora. Él es más liviano que yo, no puedes correr conmigo sobre tu lomo. —Le acarició el pelaje antes de ponerle la silla. Cuando terminó, se dio cuenta de que la cincha estaba gastada—. Aguarda aquí, Bowes, ya vengo —dijo Leopold, llevándose consigo la cincha gastada.

Merlin Bowes quedó a solas con Pandora. O eso creía. Greta salió de la cuadra de al lado y se dirigió a la de Pandora. Leopold estaba a unos metros de allí, hablando con uno de los criados, probando la resistencia de las cinchas.

—Yegua del demonio, me dejarás sin trabajo —gruñó Bowes. Pandora comenzó a golpear el suelo con sus cascos y a bufar molesta.

—Señor Bowes, yo que usted me alejo del animal.

—¿Quién demonios es usted? —dijo el jinete. La oteó de pies a cabeza—. Oh, la cazafortunas. Ya veo que al lord le gustan las mujeres como le gustan las yeguas... indomables.

—Ambas preferimos el término «libres», ¿no es así, Pandora? —Bowes cogió la fusta de su cinto, en las cuadras no había ninguna, porque Leopold no las empleaba con sus caballos—. Guarde eso —le ordenó Greta—, puede que conozca poco a mi marido, pero hasta yo sé que se enfadará si lastima a su yegua.

—No se enfadará si gano la carrera.

Pandora sintió la tensión en el ambiente. Greta se adentró en la cuadra, preocupada por el animal y, también, debía reconocerlo, por el inútil y maleducado del jockey. Ese hombre no sabía nada sobre caballos, se había lanzado a ese empleo porque no le darían otro con su contextura pequeña. No servía para el puerto, ni para los ferrocarriles y mucho menos para altamar. Podría haber empatizado con él, ya que el problema de la estatura era compartido, pero mientras ella lo tenía asumido, Bowes se había convertido en un capullo retacón.

—Señor Bowes, ¿por qué no se aleja de la cuadra lentamente y baja la fusta?

Pandora soltó el aire por sus grandes orificios. Clavó los cascos delanteros en el suelo y elevó los cuartos traseros para lanzar una coz contra la pared. Bowes desoyó la advertencia.

—Yo les enseñaré a las dos quién manda. Lord Leopold es demasiado blando, ese es su problema. —Levantó la fusta para pegarle al animal.

Todo pasó muy rápido, Greta reaccionó por instinto. Pandora cambió de posición, sus patas traseras tocaron el suelo y las delanteras se alzaron. Bowes quiso dominarla desde las riendas y usar con la mano libre la fusta. La reciente lady vio que los cascos de la yegua iban a impactar en el rostro del hombre e iba a matarlo. Pese a que le deseaba todos los males del mundo, por imbécil e irrespetuoso, presenciar una muerte no estaba en sus planes de esa mañana, por lo que hizo lo primero que se le ocurrió.

Cogió el balde de metal con el que le daban de comer a Pandora y se lo lanzó por la cabeza con todas sus fuerzas.

El hombre se desmayó. Al hacerlo, quedó lejos de los cascos de la yegua.

—¡Le he salvado la vida! —exclamó Greta, aliviada.

—¡Si así salvas gente, no quiero imaginar cómo las matas! —gruñó Leopold a sus espaldas. Corrió junto a su jockey y comprobó los signos vitales—. ¡Joder! Joder, joder, joder... —El hombre no volvía en sí.

—Iba a golpear a Pandora —se defendió Greta.

—¡Claro que no! —contradijo Leopold—. Bowes sabe muy bien que no tolero que les peguen a mis caballos.

—Por eso lo hace cuando tú no lo ves. —Greta puso los brazos en jarra. Pandora estaba aún nerviosa, su dueño se acercó a calmarla. Estaba furioso, pero consiguió mantener el temple y pasar la mano por las fauces del animal. Luego regresó junto a Bowes—. Te lo juro, Leopold, iba a pegarle.

Ella se acercó e hizo lo mismo que él, acarició a la yegua con cariño. Leopold observó el intercambio, Pandora no se alejó de ella, ni se mostró reacia como hacía con el jockey. Tenía que creerle, tenía que aceptar que se había equivocado con su jinete.

Cargó con el hombre a sus espaldas y salió de la cuadra, silbó a uno de los criados para que lo ayudase.

—Llévenlo dentro y llamen a un doctor. Luego... luego díganle que está despedido. —Dejó el cuerpo vivo pero inerte del hombre en brazos de sus ayudantes y se volvió hacia su esposa—. Y tú... tú... —Las palabras se le atoraron en la garganta—. Cada vez que intentas ayudar a alguien, me condenas. ¡Preferiría una bala antes que estar casado contigo!

—¿Preferirías que le hubiera pegado a Pandora?, ¿o que Pandora lo hubiera matado? ¡Y si te obligaban a sacrificarla por ello! Y si...

—¡Suficiente!

—Sabes que tengo razón —le dijo ella, le obstruyó el paso. No cargaría de nuevo con toda la culpa, estaba, una vez más, en el lugar incorrecto pero en el momento indicado.

—No importa si tienes razón, Greta. Esta tarde tengo una carrera y no cuento con un jockey.

—Es solo una carre...

El rostro de él se transmutó. Su enfado no era un juego, estaba verdaderamente cabreado.

—Eres una niñata egoísta. Tú querías un esposo y tienes un esposo. No te importó si yo quería, si para mí tú eras *el menor de los males*. *La fea, pero sincera*. No, te valiste de una situación en la que yo ¡no te puse!, porque te recuerdo que no estaba allí contigo, para condenarme. Y lo único que tenía en la vida era ser un libertino y mis caballos, y ahora no tengo ni mis amantes ni mis puñeteras carreras. ¡Así que no me vengas con que era solo una carrera!

Se volvió para alejarse de allí, regresó junto a Pandora. Claro que le creía, y seguramente sí, les había salvado la vida a ambos: jockey y yegua. Tal y como les había salvado la vida a Marjorie y a él. Pero detestaba la sensación de no tener control de su vida.

—Tienes razón —le dijo Greta a sus espaldas. La voz quebrada de la muchacha se le clavó como mil agujas—. Tienes razón. Para las mujeres el matrimonio es una obligación y yo... y yo encontré en esa situación la posibilidad de conservar algo de mi libertad... Lo siento...

—Para los herederos del condado el matrimonio también es una obligación, Greta —soltó, resignado—, más cuando por un extraño motivo, en mi familia engendramos solo un *Leopold* por generación.

Un hijo cada vez. Un legado pesado y casi eterno.

—Déjame compensarte.

—¿Anularás el matrimonio? Lo siento, cariño, pero mi familia no lo permitirá.

—No, me refiero a lo de Pandora. Permíteme compensarte...

—¿Conoces un jockey que esté dispuesto a correr esta tarde? ¡Porque ni tiempo tengo para hallar otro y...! No... No, no y no —enfatizó al ver la expresión de ella.

—Yo puedo hacerlo. Soy buena jinete y mira... —Se acercó a Pandora, el animal la reconoció como amiga. Era lista, sabía que esa pequeña damita la había salvado de la fusta. La yegua le empujó el rostro con el hocico—. ¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—Correré yo...

—Pesas más de ochenta kilos —rebatió ella.

—No correrá y punto.

—Si te ausentas, pierdes el lugar para la próxima carrera... —expuso, tranquila. Realmente las palabras de él le habían dado de lleno, no le gustaba la sensación de estar en falta, de haberlo herido de verdad.

—¡Se me ocurren mil ideas mejores! Como, por ejemplo, puedo... puedo... Yo...

—Será mejor que nos apresuremos, Leopold. Una única vez, te presentas hoy conmigo y para la próxima tienes un jinete nuevo y aquí no ha pasado nada. —Tendió la mano como pacto. El miró el reloj, la yegua, su vida pasar ante sus ojos y, rendido, extendió la mano también. Cogió la de ella en un apretón.

—Solo una vez y nadie puede enterarse.

—Entonces, en marcha. Porque dudo que mis trajes a mujeriegas me valgan.

Leopold solo pudo soltar un juramento. Y otro. Y otro. Y el eco de palabrotas fue el coro del resto del día.

Capítulo 10



—¡Espera! Leopold se detuvo de manera abrupta. Greta, que iba detrás de él, chocó con su cuerpo. El rostro de Greta chocó con la espalda de su esposo.

—¿Qué? —balbuceó, con los labios pegados a la tela de la chaqueta. Luego retrocedió. Él se dio la vuelta.

—¡No puedes desaparecer así como si nada!

—¿Crees que se darán cuenta de mi ausencia? —Se encogió de hombros con aire de resignación. Se sentía más estorbo que otra cosa en esa casa. ¿La trataban bien? Por supuesto, ¿la hacían sentir a gusto cuando formaba parte de la familia? Por supuesto. Pero los Audley eran la crème de la crème de la nobleza, con modales distinguidos, lo que la hacía suponer que eran expertos en fingir. Si la odiaban, lo disimularían con la mejor de las sonrisas.

—¿Estás bromeando? ¡Eres su tema de conversación principal!

—¿Lo soy? —Greta esbozó una sonrisa. Como la de una niña que ha hecho sentir orgullosos a sus padres.

—Sí, pero no le des tanta importancia —le interrumpió Leopold, rompiendo la burbuja de su ilusión—, en cuanto... —De repente, se hizo el silencio. Iba a decir: «En cuanto los rumores de mis nuevas románticas aventuras lleguen a sus oídos, dejarás de ser el centro de atención». ¡Joder, ¿volverían a existir esas nuevas aventuras?!

—¿En cuánto...? ¿Qué?

—Nada —dijo, y volvió a girar sobre sus talones—. Les diremos que vienes conmigo.

Emprendió de nuevo la caminata. Ágil, con grandes zancadas. A diferencia de Greta. Esta se alzó la falda para permitir que sus piernas caminaran al ritmo del trote.

—¿Le dirás que voy contigo al hipódromo?

—¡Mierda! —masculló Leopold, y se detuvo abruptamente una vez más. En esa ocasión no sintió el rostro de Greta en su espalda. Giró para enfrentarla. No estaba.

—¿Qué? La oyó decir detrás de él. Volvió a girarse.

—No, no puedes ir al hipódromo conmigo —al menos no en esa carrera, y menos aún estando casado. Quizás, cuando se tratara de carreras de competición y exhibición, en las que se recibía a las damas como espectadoras.

—Lo supuse —dijo cruzándose de brazos—. ¿Qué diremos? No conozco a nadie en la ciudad, solo conozco a...

—¿A casa de Lady Bruce? —Su madre lo miró con cautela. Luego la miró a Greta, que, como un fiel soldado, estaba parada junto a su marido. Por último, como un modo de constatación, Judith interrogó con la mirada a su suegra. ¿Acaso estoy oyendo bien? Le dijo Audley con gestos disimulados y movimientos oculares. Laline respondió con un «sí», no te preocupes, yo también oí lo mismo. Por si acaso, Judith prosiguió con su indagación—. Me estás diciendo que llevarás a tu mujer a casa de lady Bruce.

—Sí, le vendrá bien distraerse, ¿no creen? —Greta asintió con una sonrisa—. No es necesario comprometer a otro chófer, cuando yo puedo llevarla de camino al hipódromo.

Lady Laline estaba bordando: un nuevo colibrí para un nuevo cojín. Los cojines de la casa parecían desaparecer como por arte de magia. Se pinchó un dedo en el preciso momento en que abrió la boca para hacer la siguiente observación:

—El hipódromo queda en dirección opuesta a la casa de lady Bruce.

—¿Sí? —Leopold miró de soslayo a su mujer. Greta hizo una mueca con los labios: ¿Qué me miras a mí, tú eres el que conoce la dirección del hipódromo, no yo?—. Oh, supongo que me olvidé de ese detalle, pero ya le hice la oferta a mi mujer —dijo entre dientes apretados—. No quiero decepcionarla, ¿verdad? Greta,

en su mejor papel de mujer enamorada, enredó sus brazos con los de Leopold y pestañeó:

—Puedo cambiar el recorrido, tiempo es lo que me sobra. —Sacudió su brazo con disimulo para que ella se soltara. Greta se abrazó con más fuerza.

—No, jamás debes decepcionar a tu esposa —concluyó la lady, y bebió té al verlos marchar—. Dirás que exagero, pero algo huele mal entre esos dos...

—Coincido contigo —dijo Laline mientras se chupaba el dedo que se había pinchado; no quería manchar el bordado con una gota de sangre. ¡Qué horror! —. Pero huele... eso es lo que importa.

Asintieron al unísono. Al menos no se ignoraban. Y compartir tiempo juntos era el primer paso para tener una buena relación... O pésima. ¡En fin! Exhalaron.

—Tú y esa costumbre tuya de no usar dedales... —le reprochó Judith al tiempo que le entregaba un pañuelo para que dejara de chuparse el dedo.

—Los dedales me resultan incómodos.

—Entonces deja de bordar...

—Lo haré cuando vayas a la habitación de los recién casados y recuperes los cojines.

Nadie se atrevía a indagar sobre sus andanzas matrimoniales nocturnas. Nadie se atrevía a profanar esa recámara. ¡Ojos que no ven, corazón que no siente! ¿Qué hacían con todos esos cojines? ¡Dios santo, era mejor no preguntar!

—Ven, dame... soy más rápida que tú —dijo en cambio.

Tiempo es lo que me sobra... ¡Ja!

Leopold rio a carcajadas. Desesperantes carcajadas.

—¡Espera! —exclamó Greta una vez que estuvieron dentro del carruaje. La intimidad compartida en ese diminuto espacio le hizo darse cuenta del detalle más relevante. Uno que brillaba por su ausencia.

—No, no espero nada...—Golpeó el techo del carruaje, el cochero emprendió la marcha—. Pandora ya debe de estar en las cuadras de competición y yo tendría que estar con ella, se inquieta si no estoy cerca. —¡Maldición! Era la

crónica de otro fracaso. Y no es que le importara perder una vez más. Sino el hecho de todos los sucesos frenéticos de los que fue testigo el animal. La yegua estaría alterada, más de lo habitual, y con justa razón. ¡Joder, él estaba alterado! —. Si la suerte está de nuestro lado llegaremos con el tiempo justo para la carrera.

—Y dime, señor suerte, en ese tiempo justo has considerado el cambio de vestuario.

Leopold la miró, allí estaba ella, de brazos cruzados, sentada en la butaca opuesta, con su vestido de tarde color lila con bordados verde musgo, y con... enaguas... con corsé, ... botines femeninos... y ... y... ¡Mierda! Leopold palideció. Tragó saliva.

—¿Acaso me crees tan poco precavido? —Lo era, incauto e imprudente. De no serlo, jamás hubiese aceptado la locura propuesta por su, igual de incauta e imprudente, esposa. ¡Al demonio todo! El que tenga miedo a morir que no nazca, se dijo mientras le pasaba el pequeño bolso de cuero masculino que había llevado consigo—. Aquí tienes, es la ropa de Bowes, puede que te quede un poco grande, pero no chica...

—¿Dónde se supone que voy a cambiarme?

—Buena pregunta. —Leopold se aflojó el pañuelo del cuello y se desabrochó el primer botón de la camisa. Carraspeó—. Creo que la única respuesta posible es... aquí y ahora. —Cerró los ojos, no quería presenciar la transfiguración del rostro de Greta. Su ofensa, su vergüenza, su total desacuerdo y bochorno. Mantuvo los ojos apretados por unos cuantos segundos. Para su sorpresa, no la oyó bufar, ni protestar... ¡Ni maldecir! Solo resoplar.

—¡Demonios! —la oyó decir. Sí, ahí comenzaría toda su perorata femenina hablando del decoro de una dama, ¿verdad? Leopold respiró profundo, intentaba infundirse coraje para no caer en el pecado de... ¡de ahorcarla ante la primera queja! Estaban metidos en esa situación por su culpa. ¡Su culpa!—. ¿Qué haces? —Greta pateó su pierna para hacerlo volver a la realidad.

Leopold abrió un ojo. Y este se encontró de lleno con el rostro de su esposa. Estaba a centímetros del suyo.

—No mirarte, eso hago. Darte privacidad —alegó abriendo su otro ojo. Le encantaba disfrutar de la anatomía femenina en todo su esplendor. ¡Pues claro!

Pero en ese disfrute no estaba contemplado el cuerpo de su esposa. ¡Ni un pelo! ¡Jamás de los jamases!

—No seas ridículo, Leopold, mira esto... —Torció su espalda y expuso ante él la delicada y larga hilera de botones perla—. Tengo que recordarte que Rosie es la que me ayuda a vestirme y desvestirme cada día.

¡Mierda y mil veces más mierda!

—¿Pretendes que sea tu doncella? —El ofendido era él. Quién quería hablar del decoro era él también. Ni mención hacer de la vergüenza, estaba a dos suspiros del sonrojo facial.

—¡Ya cállate y desabróchame el vestido! —Ella apenas pudo con los dos primeros botones, no tenía los brazos lo suficientemente largos. Se incorporó, giró y le brindó la totalidad de su espalda a él. Por suerte, como el carruaje estaba diseñado para los Audley, era de techo alto y espacioso. A diferencia de Leopold, ella casi podía mantenerse erguida. Fue el traqueteo del carruaje que iba a una velocidad inusual, el que hizo que sus piernas se entrecruzaran y ella cayera de nalgas sobre las piernas de Leopold.

—¡Disculpa, creo que te estás aprovechando de la situación! —protestó Leopold. Había empezado con su labor asignada y como era un hombre con mucha destreza en ese ámbito de moda femenina, en un abrir y cerrar de ojos, desabrochó más de la mitad de la hilera.

—¡Ya quisieras tú que así fuera! —carcajeó ella. Él hizo lo mismo. De pronto, Greta sintió la liberación total de su espalda—. ¡Wow, eres rápido! —exclamó con cierto tono de fascinación.

—Tengo experiencia —dijo deslizando las mangas tres cuartos del vestido por los hombros de Greta.

—¡Se nota! Eres más eficaz que Rosie. —Greta deslizó la pechera del vestido hasta su cintura. Las cintas del corsé de su esposa quedaron en primer plano ante los ojos de Leopold, también sus hombros. ¡Oh, vaya tiene un lunar!, pensó él mientras observaba la redonda marca de color café en el borde superior de su homóplato derecho—. ¡Ajústame el corsé! —le pidió.

—Ya está ajustado...

—Pues ajústalo más, no creo que un pecho abultado sea muy masculino, ¿no lo crees?

—¿Pecho abultado, tú? —Leopold rio a carcajadas. Greta lo miró de soslayo. Mejor dicho, lo atravesó con la penetrante llama de sus ojos ardientes. El color celeste cielo había mutado a rojo fuego. Rojo rabia.

—¿En verdad quieres jugar ese juego, Leopold? —le dijo Greta con una seriedad tal que ni ella sabía de dónde había salido. ¡Rayos!

—¿Qué... qué juego? —titubeó él. Por supuesto, sin más demoras y risas, cogió las cintas del corsé. ¡Joder, lo ajustaría, no era necesario hacer un espectáculo discursivo de todo!

—¡El de la comparación! ¿quieres que hagamos comparaciones y nos riamos juntos?

Ella alzó una ceja. Él también. Se miraron.

—No quiero ser vulgar contigo, Greta —Tiró con tanta fuerza de las cintas que el torso de la muchacha se sacudió—, hay algo en mí que es incomparable con respecto a los otros hombres de Londres, y no lo digo yo... —Chasqueó la lengua, saboreaba el dulce gusto del triunfo egocéntrico—, lo dicen...

—¡Oh... sí, tus amantes! —Completó con tono de burla Greta—. De todas maneras, mi comparación no pretendía entrar en el terreno de la vulgaridad, con hacer referencia a tu nariz me es suficiente.

Leopold ajustó las cintas con más fuerza. *Siempre mi nariz... mi nariz...* Tiró con más y más fuerza.

—Auuchh... —se quejó ella—. No creo que esté funcionando... —balbuceó entre respiraciones agitadas. La realidad era que sus pechos eran pequeños, pero mientras más ajustaba el corsé, más se elevaban. Se giró para mostrar el resultado—. Mira, es peor... —dijo apenas con un hilo de voz— y apenas puedo respirar. —En breve se le quebrarían las costillas.

Y no fue la única incapaz de respirar, Leopold también, esos dos pequeños montes sobresaliendo al límite del corsé lo invitaban a la exploración inmediata. Pestañeó cuando la aureola rosácea del pezón izquierdo brilló ante sus ojos como si fuese una piedra preciosa. ¡Maldición! Si tiraba un poco más de las cintas, ese pezón amanecería sobre el horizonte de la tela. ¿Se merecía ese amanecer, verdad? Al fin de cuentas, lo habían cambiado de recámara por Greta y le habían quitado ese maravilloso y natural espectáculo. ¡Oh, sí, se merecía ese amanecer! Leopold se mordió el labio inferior e inhaló profundo, tres veces lo hizo...Su mente decía: inhalo coraje, exhalo deseo.

Pero no, en vez de ajustar las cintas, las aflojó...

—Probemos con esto —Leopold hurgó dentro del bolso hasta hallar lo que buscaba, las cintas de vendaje. Las expuso ante Greta—, las utilizamos en las patas de Pandora para evitar desgarros. —Aflojó un poco más el corsé—. ¿Así estás mejor? —Cuando ella asintió, la cogió por los brazos y se los elevó—. Mantenlos en lo alto...—Ella giró su torso en esa posición para mirarlo, era una necesidad ya establecida para Greta, luego de oírlo, debía ver su expresión para constatar la veracidad de sus palabras. Como si quisiera atraparlo en la mentira o en la confirmación de un hecho—. Mantenlos en alto... —repitió haciéndola girar—, y quédate quieta. ¡Verdaderamente quieta!... Ten —le dijo entregándole la punta de la venda—, sostenla a mitad de tu pecho.

Así comenzó el proceso de... de ¿momificación de su pecho? No en el sentido real del procedimiento, por supuesto. Sino en el sentido artístico del asunto.

Sí, mucho mejor. Coincidieron luego de observar el resultado final.

—La próxima vez tendríamos que quitar el corsé... —sugirió Greta. Es más, si se lo pensaba, era más cómodo ir por la vida vendada que encorsetada.

—No habrá próxima vez —le recordó él. Y enfundó su torso con la camisa del Jockey. Blanca y de cuello redondo.

—Cierto... —dijo poniéndose de pie con postura encorvada. Se alzó la falda y las enaguas. Tenía cuatro en total. Sin el peso de estas en sus piernas, clavó la punta de su botín entre las piernas abiertas de Leopold. No tuvo que decirle nada. Él deshizo el nudo de los cordones y se lo quitó. Ella no bajó la pierna, su pie regresó al mismo lugar, entre las piernas de su esposo. La movió al ver que él no interpretaba el mensaje.

—¡¿Qué?!

—¡La media!... ¿Alguna vez has visto a un jockey con medias de seda?

—¿Y yo tengo que quitártela?

—Sí, porque tú eres el especialista. —¡Joder! Ella intentaba mantener el equilibrio, algo bastante complicado dado el brusco movimiento de carruaje. Sin más quejas, Leopold, recorrió el contorno de su pierna derecha hasta llegar a la mitad de su muslo, liberó a la media de la liga que la sostenía, y la enrolló con un suave movimiento de descenso.

—¡La otra! —le dijo cuando terminó con la metódica labor. Greta cambió de pierna, apoyó el otro botín. Y él realizó el mismo procedimiento anterior—.

¿Cuántos caballos corren hoy?

La seriedad se instauró dentro del carruaje, las pujas entre ellos podrían esperar. Al fin de cuentas, tenían toda la vida para contradecirse y burlarse el uno del otro. Era momento de trabajar en equipo, ser productivos, ayudarse mutuamente si querían concretar el plan pactado.

—Ocho, con Pandora incluida —dijo al tiempo que cogía el pantalón que Greta vestiría. La instó a que deslizara las piernas dentro de la prenda mientras ella continuaba alzando los kilos de tela que cargaba a cuestas entre vestido y enaguas—. Son todos sementales...—le informó.

—¡La nuestra es la única niña! ¡con razón, ahora la entiendo!

Leopold se detuvo en el instante en el que sus dedos rozaron el hueso de la cadera de Greta. Sí, la cintura del pantalón había llegado a destino. Pero no fue por eso por lo que él se paralizó, fue la forma de expresarse de su esposa lo que provocó una inmediata pausa en su cerebro: *La nuestra es la única niña ¿La nuestra?* Ella se apropiaba de todo, de la cama, de los cojines... ahora de su yegua. ¡Y de su libertad, de su bella vida siendo un casanova! ¡¿Qué más?!

Aunque, debía reconocer que sentirse acompañado, sentir que no estaba solo enfrentando la brava marea de su más grande sueño, era reconfortante. Sonrió, pero le ocultó su sonrisa a Greta.

—¿Qué entiendes? Explícate —le dijo sin levantar la cabeza—. Explícate mientras te quitas el vestido... —agregó. Con el pantalón ya puesto no la vería en pololos.

—Cosas de chicas, ya sabes...

—No, no lo sé... —Cogió el botín de Greta y comparó el tamaño de su suela con el de la bota de montar. Le quedaría grande—. Dímelo... —Utilizó las medias de seda que le había quitado, las colocó dentro de las botas, bien en la punta, eso haría que el pie de Greta no bailara de una punta a otra.

—¿A quién va a contarle su opinión sobre los sementales que la rodean? No creo que Bowes le prestara la atención suficiente en esas cosas... —Las enaguas se trabaron a la altura de sus rodillas. Bufó. Se habían transformado en un gran bollo de tela, casi una trampa mortal.

—Eso dalo por hecho... —rio. Al verla luchar sin mucho resultado, la tomó de las manos y se las apoyó en sus hombros—. Sostente... —Leopold se encomendó a la tarea del rescate. Ella se reclinó contra él para poder liberar a sus piernas de

la prisión de la tela—. Ustedes estarán en la caseta cinco, en la caseta cuatro estará Thor... en la seis, Rembrant.

—¡Qué pintoresco!

—Más que pintoresco, diría traicionero... no el animal, su jockey. —Hizo a un lado el vestido—. Ten cuidado, mantén distancia... —La instó a sentarse en la butaca frente a él. La ayudó a calzarse las botas—. No intentes ser audaz, si acepté esto es solo para estar presentes. Pandora ha llegado a la meta en todos los puestos posibles, menos en el primero... así que sin importar el lugar que obtengas, no alteraras su hándicap. —Nadie apostaba por Pandora. ¡Joder! Ni él lo hacía. Evitó compartir ese detalle con Greta—. ¿Cómo las sientes? —dijo al ver que ella golpeaba la madera con los tacos de la bota. Las estaba poniendo a prueba.

—Un poco grandes, pero firmes a la altura de los tobillos. —Señal de que no se le saldrían.

—Perfecto, eso es lo importante —Con cuidado, extrajo del bolso la última pieza de vestuario: la chaqueta de jockey—, no, perdón, me corrijo, esto es lo más importante.

—¡Vaya, hablando de cosas pintorescas! —Un atuendo un tanto extravagante para una muchachita de estilo campestre. Pechera y espalda negra, cuello cuadrillé en tonos rojo, blanco y negro. Las mangas... ¡puro arte circense! Rayas amarillas, rojas, blancas y verdes. Ah, y el detalle faltante, un trébol bordado en el pecho, a la altura del corazón—. Supongo que el malhumor de Bowes encuentra su razón de ser en el hecho de tener que lucir esto en público, ¿no?

—Son requerimientos y normativas de competición... —Los colores ayudaban a distinguir a los Jockeys a la distancia. En la vorágine de la carrera apenas se distinguían los números asignados a cada competidor. La chaqueta era el sello distintivo—. Al igual que esto, le entregó la boina de terciopelo color negro.

—Mi querido cabello corto, es tu momento de brillar —dijo evaluando la capacidad del gorro. El largo le llegaba hasta el inicio de los omóplatos. Sabía que la mayoría de las muchachas conservaban el largo hasta la mitad de la espalda. ¡Muy poco práctico para ella! Comenzó a quitarse las horquillas del pelo para deshacer el peinado recogido. Haría mucho bulto de esa manera. Debía trenzarlo y acomodarlo sobre la coronilla—. Con una trenza será suficiente —le informó a su compañero de aventuras.

—Dime, por favor, que no tengo que trenzarte el cabello... —Podía quitar corsés, faldas y medias... los demás rituales femeninos le eran ajenos.

—Respira, Leopold Séptimo... de aquí en adelante deja todo en mis manos.

Leopold rodó los ojos. ¡Ahí estaba el mayor de los problemas! Cuando ella metía sus narices, sus manos, y sus intenciones en algo... El resultado siempre era inesperado.

Pero bueno, Leopold Séptimo, con tan solo tres días de matrimonio y una vida por delante a su lado, se preparaba a afrontar una existencia sumida en esa incertidumbre llamada Greta Lanford... ¡de Audley!

Capítulo 11



Greta Lanford...

Greta Lanford de Audley...

Mmmm... Greg, sí...Lan...ley.

—¿Cómo te llamas? Repítelo...

—Greg —respondió Greta como un estudiante prodigio.

Hablaban entre susurros mientras se abrían paso entre los empleados de las caballerizas del hipódromo.

—¿Apellido?

—Lanley... de los Lanley de Wiltshire —agregó ella. Le puso más contexto, para darle un origen al recién nacido.

—¿Wiltshire, en serio? Y si alguien conoce a alguien de Wiltshire y te preguntan, ¿qué dirás? —Era peligroso que se pusiera a improvisar.

—¿Tú conoces a alguien de Wiltshire?

—No.

—¿Conoces dónde queda Wiltshire? —continuó interrogando Greta.

—No... ¿tú?

—Tampoco...

—¡Mierda, Greta... digo, Greg! Limítate a decir tu nombre... No improvises, ¿quieres? —gruñó entre dientes al ver que el señor Fox se acercaba a ellos. Era el entrenador de Pandora. Alzó la mano, lo saludó.

El hombre se acercó a ellos, la expresión en su rostro ponía en manifiesto la sensación de desconcierto en él. Estaba al tanto del parte médico de Bowes y que este no podría correr. También sabía que iba a tener un nuevo jinete. Evaluó a

Greta de pies a cabeza, supuso que sería el jockey que correría considerando su vestimenta y que acompañaba al lord. Pequeño, más que Bowes. Sin duda, más liviano. Por sus rasgos, bastante delicados, se notaba que era un crío.

—¿Es tu primera vez en la pista, muchacho? —Oscar Fox no andaba con vueltas, poco importaban las formas en aquel lugar, si pretendían modales refinados estaban en el sitio equivocado.

Greta asintió. Los dos coincidieron en que la clave para sostener su fachada era fingir timidez y no hablar.

—Sí... —respondió Leopold por ella—. Pero es un buen jinete, confío en él... —Tragó saliva. La mentira le supo extremadamente amarga.

—Si usted confía en él, me basta, milord...

—¿Cómo te llamas?

—Greg...

—Lanley —completó con premura Leopold. Se adelantó a ella por si se equivocaba.

—¿De los Lanley de Helmsley?

—No, señor... de los Lanley de Wiltshire.

—¿Wiltshire? —El hombre se acarició la barbilla. Estaba haciendo memoria. Finalmente se rindió—, no... no conozco a nadie de Wiltshire. Bienvenido... —le dijo y le palmeó el hombro—, ven, sígueme.

Ni bien Oscar se alejó, Greta codeó a Leopold. Le susurró:

—Te lo dije... —Se encogió de hombros—. Nadie conoce a alguien de Wiltshire.

—Deja de tentar a la suerte y camina... Greg. —Y él no le palmeó el hombro. Le pateó el trasero.

Después de esa patada en el trasero todo fue frenetismo. La culpa atenazó la garganta de Leopold, ni una palabra de aliento salió de su boca. Su mente se enfrentaba a una batalla campal de pensamientos.

¡Fue culpa de ella, no lo olvides! ¿Quién le lanzó la cubeta a Bowes? ¡Pues ella! No te hace un favor, compensa su error ¡Es lo justo, lo que corresponde! No le tienes que palmear la espalda como agradecimiento. ¡No!

Sin embargo, allí estaba, con la garganta cerrada, sudando a más no poder, a pasos de la sofocación viendo como Greta y Pandora se ubicaban en su caseta de largada. Era pequeña, lo sabía muy bien, con botines de tacón alto lograba llegar

a la altura de su pecho. Tenía el tamaño perfecto para pasar desapercibida en todos lados, incluso en el hipódromo, vestida de hombre, y montada a una yegua. Era una más, el resto de los jockeys tenían estaturas similares a la suya. La vio aferrarse a las riendas, estaba nerviosa, al igual que Pandora. Podía notarlo por el movimiento de las patas del animal. Greta intentó tranquilizar a la yegua, la acarició y le susurró algo al oído.

—¡Mierda! —masculló haciendo presión con sus manos en la baranda de las gradas—. No debí escucharte, tus ideas son una invitación al caos...

¡Maldita ranita caótica! No podía ni mirarla. Mientras más la miraba, más sudaba. Alzó el rostro al cielo. Era mejor contemplar las nubes. No era necesario mirar la carrera. Con que llegaran a la meta esa tarde, bastaba. Debía prepararse para las burlas ante un posible ridículo. Lo peor que podía pasar era que Pandora se diera cuenta que cargaba a cuestas a una inexperta y, cuando la carrera iniciara, Greta, fuese amedrentada por la horda de sementales ansiosos de victoria y perdiese el control. En consecuencia, Pandora quedaría librada a su suerte, quizás, reculaba o tomaba el camino opuesto. Lo único bueno era que podría valerse del repentino cambio de jockey para sustentar el ridículo y en la siguiente carrera se redimirían con Bowes al mando. Quizás no ganaría, pero no serían el hazmerreír.

—¡Vaya, nunca pensé que llegaría el día en el que te vería elevar una plegaria a los cielos! —La voz de Rufus lo tomó por sorpresa.

¿Rezar? No lo había pensado. ¡Un hereje como él!

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo... —dijo encomendándose a la secreta labor de la oración mientras el sol cubría su rostro por completo. Cerró los ojos: *Todopoderoso, si existes, si estás allí arriba, haz tu magia... No te pido una victoria, con un fracaso sin notoriedad es suficiente. Dejo en tus manos a Pandora...* De pronto, el cielo se nubló, lo notó pese a estar con los ojos cerrados. Abrió el ojo derecho y vio a una pequeña nube tapando el sol. *Bueno, de acuerdo... también dejo en tus manos a mi esposa.* Finalizó y la nube continuó avanzando.

—¿Ya has finalizado? —Rufus se ubicó a su lado. Respetaba los momentos místicos de su amigo. Le debía mucho, y si de la nada, Leopold quería convertirse en un hombre de fe, pues él lo acompañaría. Sin la fe, ni la misma devoción, pero lo acompañaría.

—No, esto ni siquiera ha empezado —dijo con el rostro hacia el cielo.

—Si lo que pretendes es no ver la carrera, con ponerte de espaldas es suficiente. Así te dará dolor de cuello.

Los buenos amigos son así, no necesitan toda la información, con solo verte saben por lo que estás pasando. Y Leopold la estaba pasando jodidamente mal. No podía no presenciar la carrera, si Pandora competía, debía ser un espectador obligado.

—Tienes razón. —Leopold se volteó, le dio la espalda a la pista. Se masajeó el cuello—. Sin ir más lejos, hace días que me duele... creo que por dormir mal. —Esa ranita se apoderaba de la cama y de los cojines.

—O por no dormir —lo codeó y le guiñó el ojo—. ¿Qué tal esa mujercita tuya? ¿cuándo me la vas a presentar? —Él sí se quedó con la vista en la pista, en breve, se emitiría el disparo de largada.

Leopold rio nervioso. Tenía ganas de decirle: ¡Pues mira la caseta cinco, ahí está!

—La conocerás en el funeral familiar... ¡No en el de ella, en el mío!

—No seas aguafiestas, tendré que esperar, mínimo, unas siete décadas —dijo bromeando, todos estaban al tanto de esa extraña herencia de longevidad en los Audley.

—¡No creas! Estoy pensando, muy seriamente, que mi esposa ha venido a este mundo con el único propósito de romper con el legado familiar ¡Va a llevarme a una tumba temprana!

—¡A otro con ese cuento! —Le dio un puñetazo en el hombro en el preciso momento en el que se efectuó el disparo de largada. Rufus siguió la carrera sin perder detalle de la yegua de Leopold—. Conozco muy bien tu posesividad y tu celoso afán de protección... Hasta ahora, Pandora era la única que hacía relucir esa faceta tuya. —Rufus se quitó el sombrero, se peinó el cabello con la mano. Se restregó los ojos. Pese a lo que veía, continuaba entreteniendo a Leopold—. ¡Ja! Quién iba a pensar ... —Le entregó el sombrero a su amigo—. Ten, sostén esto... —Se inclinó sobre la baranda. Hizo palmas al aire. Saltó una vez, dos—, que la cazafortunas, en realidad, era una caza... una caza...

—¿Una caza ...qué? —Pensó que no lo había oído por los gritos en derredor.

—¡Corazones! ¡corazones! —dijo mientras daba saltos frenéticos. Estaba eufórico, por lo visto, el caballo al que había apostado ganó.

—No digas tonterías... —Lo miró de soslayo. No paraba de saltar, reír y palmear al aire—. ¿Ganaste? —le preguntó y giró para comprobar el resultado final. Se había ubicado lejos de la bocina por la que relataban la carrera. Ojos que no ven y oídos que no escuchan, ¡perfecto para él!

—¡No, tú ganaste! —le cogió el rostro entre ambas manos. Lo sacudió—. ¡Pandora ganó!

—¿Pandora ganó? —Miró hacia la meta. No, no podía ser verdad—. ¿Pandora ganó, estás seguro? —En ese momento vio cómo colocaban en el cuello de la yegua la corona de flores—. ¡Pandora ganó! —gritó con la misma euforia de Rufus. Saltó la valla, se lanzó a la pista, ¡joder, correría él también hasta la meta! Se detuvo cuando recordó que no podía hacerlo, sus pies no podían pisar la pista. Tenía que respetar el protocolo e ir a la plaza central donde desfilaban los ganadores. Volvió a saltar la valla, abrazó a Rufus, lo besó en la mejilla, y escaló las gradas pasando por entremedio del público al grito de—: ¡Pandora ganó!, ¡ganó! ...

Nunca se sintió tan feliz como ese día. Sentía que el corazón se le iba a hacer pedazos, se rompería para dejarle lugar al nuevo corazón que crecería en su reemplazo... Sin duda, uno mucho más grande.

Unos minutos antes...

Tal como le habían informado, en la caseta a su derecha, la número cuatro, se encontraba Thor, un purasangre de pelaje color negro azabache. En la caseta izquierda, la número seis, estaba Rembrant, un semental imponente de pelaje color cobrizo con unas crines perfectamente trenzadas. Se lo notaba un poco inquieto, a diferencia del otro. Pandora inclinó su cabeza y parte de su cuerpo hacia la caseta cuatro. Greta supuso que la yegua prefería el estado calmo de este antes que el disruptivo comportamiento de su otro compañero de pista.

—Te agrada Thor, ¿verdad? —le habló en tono confidente. Como si fuese una charla de chicas—. Te lo reconozco, es guapo... tienes buen gusto. —Tanto el semental como su jinete estaban en perfecta armonía y sincronía de movimientos. No le dispensaron ni una mirada ni una palabra. Mejor para Greta, quería evitar toda interacción posible.

—¡Ey, tú...chisst, muchachito nuevo! —El jockey de Rembrant tenía otros planes.

Greta maldijo por dentro. Carraspeó, fingió un tono grave de voz, y respondió:

—¿Qué? —le habló, pero no lo miró.

—¿Cómo te llamas?

—Muchachito nuevo... —le respondió y lo hizo reír.

—Dime, muchachito nuevo, ¿estás a la altura de esa montura? —Se refería a sus habilidades como jinete de carreras, no todos las tenían—. ¿Le harás honor a Bowes?

Aunque ella y Pandora detestaran al hombre, este tenía buena fama como jockey. Si la yegua no ganaba, no era por él, sino por la incapacidad del animal. ¡La falla era de la yegua!

—No... —respondió entre dientes apretados. Luego finalizó con un susurro—: espero que no. —Acarició a Pandora, la sola mención del hombre la había inquietado más. Greta mantuvo su tono de susurro, se acercó al oído de la yegua, y le habló—: Apenas hemos tenido tiempo para conocernos, lo sé, pero quiero que confíes en mí tanto como yo estoy dispuesta a confiar a ti. Sé que adoras a Leopold, él también te adora, puedo ver el brillo en sus ojos cuando te ve... ¿Sabes?, las cosas entre él y yo no han iniciado bien, por mi culpa, lo reconozco. Por eso estoy haciendo esto, para equiparar la balanza. Estoy segura de que entre las dos podemos hacer que sus ojos brillen mucho más, ¿qué te parece?

—¡Ey, muchachito nuevo! —la interrumpió el jockey de Rembrant—. Te lo advierto ¡No te cruces en mi camino!

El bullicio en derredor y el nerviosismo en los caballos le indicó que la carrera comenzaría en segundos.

—Lo has oído, Pandora, no te cruces en su camino e intenta que él no se cruce en el nue...—Dispararon al aire como señal de largada—, nuestro... —finalizó en cuanto Pandora se lanzó a la carrera.

El relato de la carrera fue épico, la yegua que solía salir última de su caseta, por primera vez, salió a una cabeza de distancia con respecto al caballo favorito del público, el ganador de siempre, Thor. Al llegar al cuarto de milla estaban a la par, dejando atrás a sus otros competidores. Rembrant no fue más que la sombra de Pandora.

Cabeza a cabeza, así recorrieron los últimos trescientos metros, y en los últimos ciento cincuenta metros, el resultado esperado por el público comenzó a tomar otro rumbo.

—¡Vamos, esa es mi chica! —arengó Greta a Pandora mientras elevaba su trasero lo más alto posible para aliviar el peso sobre la montura. Aflojó las riendas, tiró de ellas lo justo y necesario para mantenerse firme—. ¡Demuéstrales de lo que eres capaz! ¡Sí! —gritó con el brazo en alto cuando cruzaron la meta.

Con una distancia de medio cuerpo, Thor, cruzó la línea después de ellas. Su jockey le extendió la mano para estrecharla cuando estuvo a su par. Greta extendió la suya. ¡Vaya apretón recibió!

—Felicitaciones... Felicitaciones por no hacer honor a Bowes —le dijo entre risas—. Esta preciosura merecía su reconocimiento, bienvenido a la pista, muchachito nuevo —finalizó y se alejó cuando le entregaron el aro de flores como galardón de primer puesto. Era el momento del triunfo de Pandora, no lo opacaría.

Greta buscó a Leopold entre la multitud de espectadores. Los ánimos generales eran de gran desconcierto y entusiasmo. Quizás ella no fue consciente del espectáculo que dio, pero todos los demás sí. Hablarían por días de esa carrera. De Pandora, de su dueño... Lord Leopold Ferdinand Audley VII. También hablarían de Greg Lanley... de los Lanley de Wiltshire. ¿Wiltshire? ¡Nadie conocía a alguien de ahí hasta ese día!

Bendito tú y tu altura, Leopold Séptimo, dijo para sí Greta cuando logró divisar la cabeza de su esposo en medio de la marea de cuerpos. Sus labios tenían una sonrisa de punta a punta... Alzó el brazo al aire y lo sacudió a modo de saludo para ella. Greta hizo lo mismo. ¿Estaban a mano?, ¿las cuentas de sus errores estaban saldadas? No, pero era un principio. Un nuevo principio...

Con cada paso que Leopold daba en dirección a Greta, la sonrisa de felicidad en su rostro se borraba más y más. Mutaba a un gesto de espanto...

El «¡Pandora ganó!» también mutó. Se transformó en un: ¡Mierda, Pandora ganó! Y Pandora no tenía que ganar. Bueno, sí, ese era su mayor anhelo, que su yegua ganara. ¡Mas no ese día!... en esa carrera, con ese jockey a cuestas. ¡No con su esposa vestida de hombre!

De un segundo a otro, Leopold palideció.

Apartó a cuanto hombre se le cruzó en el camino. Parecían dispuestos a ir a congraciarse con la yegua ganadora. Brindarle sus disculpas, decirle, perdón por no confiar y no apostar por ti, te tendremos en cuenta en la próxima carrera. Leopold se adentró a esa marea de apostadores y admiradores de caballos con una sonrisa bien falsa en el rostro. Daba un paso... un empujón, una sonrisa. ¡Hazte a un lado! Recibía una felicitación, agradecía y, un empujón, sonreía. Así llegó hasta Greta y Pandora.

—Felicitaciones... —le dijo con dientes apretados manteniendo su falsa sonrisa. El sudor de minutos atrás regresó a él. Festejaría el triunfo cuando estuvieran muy lejos de ese lugar, cuando Greta luciera su falda, como la lady que era. Le estrechó la mano ante la mirada atenta de los presentes. Era lo que correspondía hacer.

Greta se agachó para susurrarle al oído.

—Tus felicitaciones parecen condolencias, ¿no estás contento? —Los ánimos de festejo en Greta también se esfumaron. ¿Adónde había ido a parar su sonrisa deslumbrante de segundos atrás? La quería de vuelta.

—Lo estaba... hasta que recordé que nuestra premisa de supervivencia era mantener el anonimato. —Greta saltó de la montura y se ubicó a su espalda, procurando resguardo—. Por lo visto, la costumbre no piensa abandonarte jamás... —Acarició a Pandora y cogió las riendas para guiarla a las caballerizas.

—¿Qué costumbre? —Greta avanzó al resguardo de su espalda. Jugar la carta de la timidez era la única alternativa que le quedaba. Estrechaba una mano cada tanto, y recibía alguna que otra palmeada en su hombro.

—La de complicar todo... —exhaló con fuerza una vez que estuvieron lejos del grupo de gente—. Una vez que dejemos a Pandora en su cuadra asignada, diriges tus botas hacia el carruaje, a prisa y sin pausa, ¿de acuerdo? —Greta asintió, él tenía que resolver los asuntos administrativos vinculados a la carrera y obtener la certificación de primer puesto—. Me esperas allí dentro y no asomas la nariz ni aunque sientas que el mundo se caiga a pedazos, ¿me has entendido? —Greta negó con la cabeza. Se acomodó la boina, tiró hacia abajo la visera para ocultar más su rostro. En especial sus cejas que confesaban que decoraban unos ojos femeninos y no masculinos—. ¿Qué no entiendes? —Se ofuscó Leopold, no era momento para lidiar con su actitud desafiante—. No seas terca, por hacer lo que

siempre se te antoja terminamos en este tipo de situaciones... —Greta carraspeó, movió su mentón—. ¡¿Qué?!

—¿A quién le hablas? ¿a Pandora? —La voz de Rufus lo alcanzó por detrás. Es más, el muy maldito lo cogió por el cuello—. ¡Déjala ser terca si así lo quiere! ¡Ha ganado con esa terquedad corriendo por sus venas! —Soltó su cuello y lo sacudió. Sí, Rufus continuaba eufórico. No había ganado ni un solo centavo, le había apostado a Thor, sin embargo, exclamó—: Nunca me sentí tan feliz de perder una apuesta... ¡Hay que festejar!

—No, no es necesario —se apuró a responder Leopold.

—Por supuesto que es necesario —intervino Oscar Fox, había llegado a la par de Rufus. La presencia del entrenador fue el motivo de la negación anterior de Greta, presentía que el hombre le impediría llevar a cabo el plan de escape propuesto por su esposo—. Más de un año esperando este triunfo, y contra todos los pronósticos ... ese triunfo ha llegado este día, ¡lo has hecho, muchacho! —Le encestó un puñetazo en el hombro a Greta. Esta gimió, ¡joder que dolió!—. ¡No sé cómo, pero lo has hecho! —Oscar amagó a intentar quitarle la boina, deseaba restregarle el cabello con ganas, como quien lustra a un trofeo de plata. Leopold se interpuso entre ellos y Greta—.¡Esto debe celebrarse con una ginebra en mano!

—Está bien, pero solo con una ginebra, ¡solo un vaso de ginebra! —Leopold alzó su dedo índice como si con eso estableciera un límite inquebrantable. Conocía a Fox y a Rufus, no desistirían del festejo. ¡Con justa razón, era el primer triunfo! ¿Quién en su sano juicio pensaría que él se negaría? Iba contra los principios fundamentales de Leopold. Tampoco podía excluir a Greta... Greg, al fin de cuentas, el triunfo venía de su mano y de su desempeño en la pista. No se trataba solo de Pandora, sino de Pandora en perfecta armonía y coordinación con su jinete—. ¡Un vaso de ginebra para Greg! No quiero que sus padres me echen la bronca después...—Gesticuló ante los hombres un evidente: «es solo un crío».

Sí... ¡Ja! Un crío si lo mirabas con un ojo. ¡Era tiempo que alguien le enseñara a beber!

La cantina Mclaren estaba a rebosar, Rufus se había encargado de hacer correr la voz por todo el hipódromo: ¡Nos vamos a celebrar a lo de Mclaren! ¿Quién se suma?

¡Pues todos! La mayoría eran unos buenos para nada que gastaban la fortuna familiar en apuestas, vicios, y mujeres. ¡Cualquier celebración les servía! Era como la insignia de su camaradería, cuando se trataba de festejo: Uno para todos y todos para uno.

—¡He dicho que solo un vaso! —exclamó Leopold, estaba a dos respiraciones del pánico absoluto. ¡Greta había tragado su primer vaso de ginebra con un sorbo rápido y profundo! *Haré de cuenta que es medicina, de las amargas, y la beberé de un trago,* le susurró ella—. ¡Suficiente! —dijo anteponiendo su brazo al siguiente vaso que Rufus le ofreció.

—¡Déjalo ser, se lo ha ganado! ¡Bebe Lanley, tú puedes! —intervino Milton Rosebery, uno de los amigos de parranda de Leopold. No había estado presente en el hipódromo, pero recibió la noticia por parte de uno de sus empleados, y, sin pensárselo dos veces, se dirigió al punto de encuentro. Así que allí estaba, con la mejor botella de whisky de la cantina en mano. Sirvió una medida en un vaso y se la entregó a Greta—. Ten, bebe un buen whisky, hazte hombre —rio a carcajadas y los hombres en las mesas contiguas palmearon sobre la madera para instarlo a beber. Los vítores repitiendo su nombre no tardaron en hacerse presentes. Ella cogió el vaso con manos temblorosas, miró a Leopold de reojo—. ¿Esperas aprobación de tu jefe, muchacho? —Greta asintió.

—¡Y lo bien que hace! Aprobación denegada... —dijo con un tono de autoridad que nadie consideró real. ¡¿Leopold Audley?! Buen chiste, rieron. Continuaron vitoreando su nombre.

¡Lanley! ¡Lanley! ¡Lanley!

—¡Por los Lanley de Wiltshire! —clamó Greta poniéndose en pie y alzando el vaso como brindis. Sorbió antes de que Leopold siquiera reaccionara. ¡Joder! Casi lo escupe. Golpeó el vaso vacío en la mesa y se limpió la boca con la manga de la chaqueta.

Leopold la sentó a la fuerza barriendo su tobillo con su pie por debajo de la mesa. Por supuesto se tambaleó antes de que su trasero regresara a la silla. Pero no pasó a mayores porque él la sostuvo por la espalda, aprovechó la maniobra para susurrarle al oído:

—¿Pretendes regresar a casa ebria?

—No lo sé, pregúntaselo a ellos.

—Entonces, sí, volverás ebria... ¡mierda! —gruñó por lo bajo. Ideó un rápido plan—. Hagamos lo siguiente, acepta todo lo que te den, solo así se tranquilizarán... con disimulo, cuando nadie te vea, desliza el vaso hacia mí, yo lo beberé por ti...

—O sea, tú regresarás ebrio a casa...

—¡Por favor, cariño, el principiante aquí eres tú!

¿Ebrio él? ¡Jamás!

¡Lanley! ¡Audley! ¡Lanley! ¡Audley!

Conclusión: Los dos llegaron ebrios a casa. Por suerte, nadie los vio.

Capítulo 12



¿Por qué buscas otro jockey?, no entendemos lo sobreprotector que eres con este. ¡Ni siquiera lo has dejado beber como un hombre! No se hará nunca hombre si lo cuidas como a un niño...

Los reclamos de sus amigos resonaban en la mente de Leopold y le provocaban jaqueca. Lo peor era no poder defenderse sin delatar la *trampa* que había hecho. ¡Que habían hecho! Porque la condenada de la ranita con la que estaba casado era cómplice. ¡Más que cómplice!, era la autora intelectual del delito.

Sus zancadas lo condujeron a las caballerizas. ¿Y qué encontró? A su delicada ranita vestida de flores supervisando *sus* caballos. Esa muchacha haría de él el primer Audley en morir joven.

—Buenas tardes, milord —lo saludó, haciendo énfasis en el *tardes* del saludo. ¡Estaba de pie desde los primeros rayos de sol ¿y osaba acusarlo de llegar tarde?! ¿Ella? ¿que, cuando él se fue, dormía con el trasero al techo, los almohadones desordenados a su alrededor y su mano... su mano...?

Su mano sobre el pecho de él.

Había sido en el revuelo de la noche, no le otorgaba ningún significado a ese toque, pero... Suspiró, resignado, pero se había sentido bien despertar con el contacto humano. Desde la noche que llegaron ebrios, la columna de cojines se hacía más baja, los cuerpos se acercaban el uno al otro y, cada vez más, la distancia física se acortaba como lo hacía la emocional.

Sacudió la cabeza y entró a las caballerizas.

—Buenas tardes, milady. ¿Qué la trae por aquí a estas horas? No quisiera que se me acuse de mal esposo, seguro que las damitas de buena cuna aprovechan el tiempo después del almuerzo para leer o bordar o no sé...

—¿Sabe mucho usted de damitas de buena cuna? —Leopold ladeó la cabeza, no caería en la provocación. Greta había tensionado demasiado los hilos de la paciencia de su esposo y estaba por llegar al límite—. ¿Por qué no estaba aquí esta mañana, milord?

Las cejas de Leopold se arquearon. Greta se sonrojó, había sonado como un reproche celoso.

—Porque estaba con una de mis amantes, claro —respondió él. Se acercó a la cuadra de Pandora. Junto a la yegua había un banquillo que usaba Greta para estar a la altura del animal. Notó que en la mano de su esposa aún pendía el cepillo, se había encargado ella misma del cuidado de la montura. Eso le agradó, pero estaba demasiado enfadado para agradecerlo.

De todos modos, el enfado remitió cuando vio que Greta bajaba la mirada y buscaba esconder que las palabras de Leopold la habían herido. Realmente creía que había estado con una amante. ¡Maldición! La idea le desagradó a él también.

Leopold sintió un irrefrenable deseo de acariciarle el rostro redondeado, de mejillas llenas, y pedirle que alzara esas larguísimas pestañas negras hacia él. No lo hizo, no por falta de deseo, sino porque... ella no estaba lista. Se recordó que nadie la había cortejado jamás, que pese a lo irritante que era, también era inocente... Se recordó, sobre todo, que él le prometió mantenerse lejos de ella y lamentó las estupideces que era capaz de decir cuando estaba cabreado.

—Estaba buscando tu reemplazo, Greta... —confesó, resignado, y con un deseo latente en su cuerpo. Un deseo nuevo, porque no se centraba en su polla sino en un espacio entre el pecho y el estómago. Un calor distinto, como el de comer su comida preferida un día frío de invierno.

—¿Mi reemplazo? —El pánico atravesó su rostro, Leopold sonrió. Tontamente había dado por hecho que ella había presenciado los derroteros de su mente.

—Como jockey...

—¡Ah! —El alivio de ella volvió a causar en él ese extraño calor, solo que ahora en lugar de ser reconfortante, empezaba a sentirse como un puñal ardiente. Un médico lo diagnosticaría como acidez estomacal.

Mejor no pensar. Y para eso, qué mejor que Greta, quien era capaz de romper cualquier burbuja romántica.

—Espero que esta vez lo elijas con mejor ojo que el anterior. ¿Sabes?, creo que lo conveniente será que yo esté presente en la selección de jockeys. —Se subió al banquillo para retomar la tarea de acicalar a Pandora.

Y el fuego en Leopold terminó de alejarse por completo de su miembro y viajó a su garganta.

—¿Tú elegirás *mi jockey?*

—El jockey de Pandora.

—¡Mi yegua!, ¿o debo recordártelo?

—Tu yegua a la que *tu anterior jockey* golpeaba a tus espaldas... Confías demasiado en la gente, Leopold.

—Empezaré a practicar la desconfianza contigo. Dame el cepillo.

—No. Es fundamental que yo me vincule con Pandora, y la mejor manera es que ella sepa que yo la quiero y la cuido. Así ella me quiere y me cuida en la carrera.

¡Tenía razón!, claro que tenía razón. De hecho, era lo que él había intentado con Bowes aquella fatídica mañana.

—Y por eso mismo es que no debe acostumbrarse a ti —le dijo, cogiendo el cepillo; ella no soltó el mango, y así quedaron los dos, tirando del adminículo, como dos perros labradores de un palo—. Tiene que vincularse con el nuevo jockey.

—¿Y quién es el nuevo jockey? —preguntó ella, tirando para su lado.

—Aún no lo encontré —respondió él, tirando para el suyo.

—Por eso, no perdamos tiempo —dijo Greta y acercó el cepillo a su pecho.

—No vas a volver a correr —remarcó él, haciendo lo mismo hacia el suyo.

—No harás a tiempo a encontrar otro que forme vínculo con Pandora... —Tiró con tanta fuerza que se golpeó con el impacto. Trastabilló. Leopold soltó el cepillo para cogerla en brazos. Sintió el cuerpo de Greta en sus brazos y la furia empezó a parecerse demasiado al deseo.

¿Por qué demonios tenía una boca tan perfecta?, ¿y qué artista había decidido contornear su naricita? Si algún día tenían un hijo, esperaba que naciera con sus rasgos y no con...

La soltó espantado. Greta cayó con el trasero sobre el heno. Él solo retrocedió como si su joven esposa fuese una brasa ardiente.

¿Hijos?, ¿había pensado en hijos con ella?

Otro paso atrás. Otro. Otro.

—Leopold, no sé qué demonios te sucede —dijo ella, poniéndose de pie y sacudiéndose el heno—, pero sabes que tengo razón. Seguiremos buscando jockeys juntos, mientras, no creo que halles a alguien mejor que yo para el trabajo. ¡Ya lo he probado!, ¿qué más necesitas?

—Que seas hombre —respondió él.

—Pues no puedo hacer nada con respecto a eso, ¿verdad?

—Ni yo... —masculló él. Dio un paso al frente, esta vez le arrebató el cepillo sin contemplaciones, y se dispuso a cepillar a Pandora—. Los caballos son importantes para mí, Greta.

—Lo sé, por eso, déjame ayudarte.

—¡Pero es que no me ayudas!, lo complicas. Lo complicas todo...

—¿Qué complico?

Él no podía responderle sin delatar el tormento interno. Lo complicaba todo con su presencia de ranita saltarina, con su pasión por los caballos que era compartida, con su mano que en las noches lo buscaba para sentirse menos sola y hacerlo sentir a él más acompañado...

Sí, lo complicaba todo.

—Sabes que, si nos descubren, será un escándalo.

—No parecían importante los escándalos antes.

Porque antes estaba solo... porque antes no arrastraba personas inocentes, solo involucraba gente que conocía los riesgos.

—Una cosa es mi reputación y otra, los caballos.

Ella no lo contradijo, ni siquiera ladeó la cabeza, como si lo dicho fuera un sinsentido. No... Greta sonrió.

—Me gusta que te gusten los caballos, que demuestres esa sensibilidad con los animales.

—No te tendría que gustar nada de mí, ¿recuerdas?, soy tu horrible esposo, el *Peor es nada* con el que te casaste para no morir sola.

Ahora sí rodó los ojos.

—Primero —alzó ella un dedo—, no es el primer rasgo de ti que me gusta. Ya remarqué la sinceridad. Y segundo... eres tú el que está decidido a odiarme por mi... mi decisión...

—Unilateral decisión.

—¡Eso! —Levantó las manos en gesto de rendición—. Eres tú el que está decidido a mantener el rencor, yo en cambio...

Los labios de Greta se cerraron de golpe, como si la idea hubiese sido más rápida que las palabras y hubiera tenido que apresurarse a cerrar las compuertas de sus labios para que no saliera de ella una confesión: ella estaba dispuesta a darle una oportunidad real a ese matrimonio.

Leopold la miró con espanto. Retrocedió de nuevo, alejándose como si Greta tuviera la peste. Pero, peor aún, exponiendo su sentir. No era desprecio, cada vez que se alejaba de ella no era por repulsa, era por... ¿deseo?

—Seguiré buscando un jockey que no golpee a Pandora —dijo, ya en el límite entre las cuadras y el aire libre—, uno que pueda vincularse con ella como lo haces tú. Que no la golpee, que entienda que, si el caballo no se divierte, no es un juego, es maltrato. Tú... Tú has lo de siempre...

—¿Cuidar de ella por si debo volver a correr?

—No, salirte con la tuya —murmuró él, ya lejos de allí—. Porque sé que no encontraré al indicado antes de la próxima carrera.

Enhorabuena, Greta... pensó, buscando distancia, has conseguido ganarte a Pandora...

Y ponerle las riendas al libertino. Le faltaba aprender que él funcionaba igual que su yegua, no bastaban las riendas ni las fustas, con él debían divertirse los dos. Solo así sería un juego, solo así se domaba a un libertino.

Era de suponer, con la suerte que caracterizaba a Leopold esos últimos días, que no hallarían un reemplazo a tiempo. Y como suele pasar con las suposiciones basadas en observaciones racionales de los hechos, tiene sustento en la verdad.

En el caso de Leopold Ferdinand Audley VII esa verdad cobró su total esplendor el día de la carrera. Había alcanzado a hacer su preselección de jockey y reducirla a dos candidatos.

Charles Thomson y Ringo Mars.

Thomson era en extremo cuidadoso con los animales y, además, su estatura y peso eran los de un niño. Sus modos también. Podría haber sido perfecto, sino fuese por... Greta.

Su ranita saltarina le sonrió con esa condescendencia tan suya y le sugirió a su esposo que hiciera las entrevistas en las caballerizas, de modo de observar a los candidatos en su zona de confort.

—Es que los despachos de los condes pueden ser algo intimidantes —dijo la muy taimada, y vaya uno a saber por qué demonios Leopold accedió. ¡Hasta lo consideró una buena idea!

Tenía que recordar que de la cabecita de su diminuta esposa solo brotaban una clase de ideas: las peligrosas. Porque cuando condujo al jockey a las caballerizas descubrió algo que su esposa había adivinado sin ponerlo a prueba.

A Charles Thomson le daban miedo los caballos.

—¡¿Un jockey con miedo a los caballos?! —exclamó Leopold, dando la entrevista por finalizada. El hombre intentó defenderse. Con su altura y complexión conseguía pocos empleos, pero prometía que podía superar su miedo.

No tenían tiempo de tratar las fobias del pequeño hombre. Así que pasó al segundo, ignorando por completo la sonrisa satisfecha de su esposa y mucho más su comentario:

—No eres buen juez de carácter, Leopold. De verdad... —Él la ignoró, dio un rodeo, e hizo señas de que pasara el siguiente.

—¡Ni se te ocurra reírte, Greta! —la reprendió al ver al jockey. Ringo Mars era perfecto, amaba los animales, Pandora lo adoró en cuanto lo tuvo cerca. Los demás caballos también. Los gatos y perros del condado se acercaron a él, ¡hasta las ardillas perdían el miedo para estar cerca del mágico Ringo Mars! Era la reencarnación de Deméter, la diosa griega de la naturaleza...

Pero pesaba no menos de cien kilos.

—No me reiré —prometió ella—. Además, no intentaba ser crítica contigo —dijo en su defensa.

—¿Ah, no? —Arqueó las cejas—. Pues lo sonaba.

—En absoluto. Has oído el refrán «el ladrón juzga a todos por su condición».

—Pues no... ¿Sabes mucho de refranes?, ¿y qué se supone que significa? ¡Yo no soy ladrón!

—Significa que eres confiado porque tú eres de fiar y piensas que todos son como tú. Es un halago.

—¡Es un atributo por completo inservible!

Greta puso los ojos en blanco. Era la segunda vez que intentaba halagar a su marido fallidamente. Por eso se ahorró el siguiente cumplido, el que pujaba en sus labios cuando Leopold sentenció:

—Señor Mars... está contratado. Como segundo ayudante de cuadras; como jockey, en cambio....

—Lo sé, pero tenía que probar suerte —dijo Mars. Se estrecharon las manos y Greta sonrió satisfecha por el carácter justo de su esposo. Y, sobre todo, porque se había quedado sin alternativas.

—Entonces, ¿correré de nuevo? —preguntó ella, persiguiendo a Leopold por los jardines del condado.

—Eso está por verse.

«Eso está por verse». No había sido una expresión de duda, sino un presagio de futuro. Porque eso fue exactamente lo que se vio en la siguiente carrera.

Tras repetir la maniobra de vestirse en el carruaje, Leopold y su enigmático jockey llegaron a las caballerizas del hipódromo. Las gradas estaban llenas, era una de las carreras más importantes, y entre los presentes se hallaban sus amigos. Una panda de libertinos y apostadores que ahora dejaban sin miedo sus libras a la suerte y el criterio del líder de la manada: lord Leopold VII.

Hasta hacía unas semanas, su posición de cabeza de grupo había sido puesta en juego. Casado con una damisela de buena familia, lejos de sus amantes, empezaba a perder el encanto para sus granujas amigos. Pero ya no. Su reputación volvía a estar en alza gracias a los caballos, esperaban que se convirtiera en el rey de las apuestas y así, recuperar un poco de su reputación de hedonista.

Nada de esto le importaba demasiado a Leopold, y el cambio lo tomaba por sorpresa. Como bien le había dicho a Marjorie en su encuentro, el riesgo es un aliciente siempre y cuando no hay tanto qué perder. Y él tenía mucho que perder.

Su caballo. Su pasión. Su esposa... No había lugar para su reputación de libertino.

No sabía cuándo había sucedido, pero empezó a preocuparse por Greta. Su pequeña ranita no parecía medir riesgos, vivía al límite, no pensaba en las consecuencias. Si un día deseaba casarse, allí iba a pescar un libertino. Si un día se le pasaba por la cabeza correr carreras de caballos, allí estaba...

Alguien debía cuidar al mundo de ella, y a ella de sí misma. Y poco a poco esa responsabilidad se le hacía carne, pero, sobre todo, le hacía sentir bien. Tenía al fin una meta, no era probarle a los demás nada, era proteger a su diminuta esposa de los riesgos a los que ella misma se exponía.

—¿Dónde está Pandora? —preguntó Greta, mientras caminaban por entre las caballerizas. Los especímenes allí dispuestos eran magníficos, aunque en pensamientos de Leopold, ninguno superaba a su yegua.

Al igual que ninguno de los jockeys superaban a *su Greta*. La muchacha tenía piel con los animales, no tanta como Mars, pero casi.

—¡Si Mars pesara cincuenta kilos menos! —se lamentó.

—Ay, ya... Si mi tío no tuviera bigotes y se llamara Lucinda, no sería mi tío, sino mi tía.

—¿Otro refrán? —Ella lo observó como si Leopold fuera un inocente muchacho sin mundo. Él entornó los ojos—. Como sea, chitón. Que tu voz te delatará.

—Es una excusa para que me calle.

—También. Mataremos dos pájaros de un tiro, tú no te delatas y yo no termino con jaquecas. ¡Chitón!

Greta frunció los labios con exageración. Hizo un gesto como diciendo: «¿Así está bien, milord?». Él la ignoró y siguió avanzando hasta la cuadra de Pandora. ¡Y vaya sorpresa no grata se llevó! La habían colocado junto a Thor, el semental de Capell.

Y...

—¡Lord Audley, qué gusto verlo antes de la carrera!

... lord Capell estaba allí. Por instinto, y porque sí, ya se había tomado a pecho lo de proteger a su esposa, la empujó detrás de su cuerpo antes de avanzar y estrechar la mano de su competencia lo más firme que fue capaz.

Agradeció que llevaba los guantes de montar, porque tenía las palmas sudadas.

—Ca... Lord Capell —carraspeó—. ¿Qué hace aquí? —La voz le sonó algo fina. Capell arqueó las cejas.

—Lo mismo que usted...

«¿Infiltrar a su esposa como jockey?, ¿poner en riesgo el nombre de la familia?, ¿romper todas las reglas del hipódromo?...»

—¡Ah! Comprobar a su caballo. Claro —concluyó, soltando el aire aliviado. Capell asintió lentamente con la cabeza.

—En efecto. Y viendo cuán hermosa es su yegua, milord. Es realmente un animal magnífico.

Leopold dejó de lado el pánico y se centró en el halago. Cada vez que hablaban bien de Pandora, él hinchaba el pecho como un padre orgulloso.

—Thor también es magnífico, y lo sabe.

—Claro, pero ya no es un niño. Es todo un muchacho que se ha ganado su retiro... —Capell acarició el hocico de Thor y el animal se frotó, feliz. Leopold hizo lo mismo con Pandora, y la respuesta fue igual.

Greta los observaba sin hablar. Tanto que aún llevaba los labios fruncidos, al punto que le saldrían arrugas en el bozo. Capell se dirigió entonces hacia Pandora, y Greta se admiró del buen trato que este tenía con el animal.

Y, en especial, de la respuesta de Pandora.

La yegua parecía posar ante el lord. Como si se tratara de un eximio pintor que fuera a retratarla. ¿Es este mi mejor perfil?, ¿o prefiere este? La confianza del animal demostraba que Capell era de la misma filosofía que Leopold: si el animal no se divierte, no es un juego para todos, es maltrato.

Pero lo más bello era ver cómo Pandora, tras ser observada y admirada por el lord, se volvía a su dueño con un comportamiento de niña buena. Adoraba a Leopold y Greta lo sabía bien, los animales al ser tan puros eran perfectos jueces. Veían con el corazón y, lo que observaba de Séptimo le gustaba.

Ella también empezaba a verlo con los ojos puros del corazón. Ya no se fijaba en su nariz ni en su cuerpo delgado, sino en sus gestos: en el modo en que sonreía, en la forma en que se retiraba el cabello que, rebelde, caía sobre su frente. En su andar firme, como si siempre llevara prisas. En el trato con los animales. En la búsqueda incansable de un lugar en el mundo.

Mirar a Leopold con el corazón era adictivo. También peligroso, porque los ojos de Capell se fijaron en ella con suspicacia.

—Usted debe ser el excelente jockey que lord Leopold halló. ¿Me pregunto dónde encontró este derroche de virtudes?

Ella iba a contestar, Leopold la fulminó con la mirada.

—Sí, ell... él es mi jockey y... ehem... un hombre nunca revela sus secretos —dijo, para evadir la pregunta. Capell sonrió.

—Hace bien, o probaré ir a la misma cantera para buscar uno por mis medios. ¡Pero qué descortés de mi parte! —exclamó—. Es que no me he presentado. Henos aquí, hablando de caballos y olvidando las formas. —Le palmeó la espalda a Leopold—. Supongo que usted, más que nadie, sabrá perdonar el descuido y entender nuestra pasión. Lord Capell, a sus servicios.

A Greta el hombre le cayó tan bien y sus modos tan caballerosos, que olvidó el papel. Se inclinó para hacer una reverencia.

Unos dedos le pellizcaron el trasero. Se enderezó de golpe, apretando los glúteos. Quiso volverse hacia Leopold y decirle que nunca vuelva a hacer eso, pero en cuanto su cuello empezó el movimiento, otro pellizco le picó el trasero.

—Greg Lanley, un gusto... —dijo entonces, con la voz más ronca que pudo. Extendió la mano, sin darse cuenta de que lo hacía con la palma hacia abajo, esperando el beso en el revés que los caballeros le daban a las damas.

Otro pellizco y la mano giró noventa grados. Capell la cogió en la suya. Y un nuevo pellizco la obligó a apretar esa mano con firmeza.

¡Iba a matar a Leopold! Al demonio los ojos del corazón, no volvería a bajar las defensas con él. Ahora ardía de vergüenza mientras estrechaba la mano del lord.

—Bueno, cumplidas las cortesías —dijo el hombre con una enigmática sonrisa—, me retiro a las gradas. Le desearía suerte, milord —agregó en dirección a Leopold—, pero ya sabemos que en el juego se desea como en el arte. ¡Mucha merd! Además, empiezo a pensar que la suerte ya le ha sonreído.

—Y yo que pensaba lo contrario —masculló Leopold. La carcajada de Capell lo hizo fruncir más el ceño.

—Va a ser que al final sí me gane en todo. Milord... *Señor*... —Hizo una reverencia y se marchó.

Greta le golpeó la mano a Leopold que aún estaba en su trasero. Él le dio una nalgada, para que mantuviera las formas hasta que el lord se alejase por

completo. Ella volvió a sacarle la mano de un golpe. Empezaron a pegarse suavemente, como los niños con un juego de manos.

Capell se volvió un segundo, ellos compusieron un gesto inocente. La mano de él en el trasero de ella, la de ella retorciendo la muñeca de él. Ambos brazos ocultos por los cuerpos demasiado pegados para ser empleado y jefe. Capell solo contuvo la sonrisa.

—¿Crees que sepa? —preguntó Greta, cuando al fin lo perdieron de vista y pudo deshacerse de la mano tibia de Leopold en su trasero. Solo quedó el recuerdo de su tibieza y la extraña sensación de ausencia en su piel—. ¿Que se haya dado cuenta?

—¡No!, ¡claro que no! —respondió él, nervioso—. Estamos a salvo. Además, será tu última carrera.

—Eso dijiste la anterior —murmuró ella. Con la certeza de que su esposo mentía. Correría más carreras y... y Capell sospechaba sobre su secreto.

Capítulo 13



Una vez más, por una cabeza, Pandora superó a Thor y ocupó el primer lugar. Leopold había observado la carrera desde un lugar privilegiado, cerca de las vallas que separaban las gradas de la pista. Se apresuró a correr hacia su caballo y esposa, con la intención de alejarla antes de que sus amigotes tuvieran de nuevo la brillante idea de festejar.

¡Fracasó!

—Demonios, el universo complota en mi contra —masculló. Sus colegas corrían por las gradas como posesos, para escándalo de las damas que habían asistido a esa importante carrera. Greta, por su parte, no conseguía alejarse de la línea de llegada.

Si bien había logrado lo que Bowes no, que Pandora encontrara en las carreras un entretenimiento para su cuerpo lleno de energía, la contrapartida era que la yegua estaba convencida de que *jugaba* con Thor. Como dos cachorros, se rodeaban, olían y acercaban sus fauces.

Otros jinetes se valerían de las fustas para alejar los caballos. No esos. Capell daba las mismas órdenes que Leopold: ¡Nada de maltratos!

De pronto la escena se le presentó absurda. Él rodeado de falsos amigos, que lo adulaban siempre y cuando pudieran valerse de su dinero y reputación, pero que, si decidía llevar su matrimonio a otro nivel, es decir, al que lo llevaban todos los Audley, no volvería a verles ni un pelo.

Más allá, dos caballos jugaban felices, mientras que los demás eran arrastrados a las cuadras y algunos hasta serían castigados por los errores de sus dueños y jinetes. Y él era partícipe de eso.

Tenía dos opciones, convertirse en el rey del juego y plantar sus normas, cosa que veía muy difícil, o retirarse y entrenar caballos con sus métodos no violentos, así no le diera dinero ni... reputación.

Pandora y Greta, sin proponérselo, le enseñaban día a día una lección. Cuando quieres algo, y lo quieres de verdad, te importa tres pimientos el qué dirán. Pero eso no implicaba arruinar la imagen de su esposa, exponerla a las lenguas viperinas que ya la castigaban por el escándalo en torno a su matrimonio.

Claro que solo a ella. Él había cumplido su parte, nadie esperaba que un hombre contuviera sus *impulsos*, bastaba con los mantuviera lejos de las buenas damas o cumpliera su responsabilidad. Por lo demás, todo perdonado. En cambio, Greta... ella estaría siempre bajo la lupa social. ¡Y ni siquiera podía defenderla sin exponer a otra víctima inocente! A Greta la juzgaban por su aspecto, por cómo vestía, por su falta de linaje, por haber *arrastrado* el buen nombre de su tío, por no ser lo suficientemente bella, ni rubia, ni angelical, por haber *cazado* un futuro conde siendo, en el fondo, una plebeya. Si supieran que, además, paseaba su respingón trasero vestido de pantalones ante los ojos del hipódromo completo, la condenarían al ostracismo social.

Con la certeza ya insoslayable de que su misión en la tierra era proteger a su ranita saltarina de los problemas en los que ella misma se metía, se abrió paso entre sus amigos y se acercó a la yegua.

—Venga, Pandora, a seguir jugando en la cuadra... —le ordenó a la yegua y cogió las riendas del caballo. Greta bajó de un salto. Thor relinchó, molesto porque le quitaran a su *amiga*—. Hasta que no pongas un anillo en su casco, no puedes tocarla —le dijo al caballo de su competidor. El jockey se rio, pero por fin pudo dominar la montura sin hacer uso de ningún objeto de fuerza—. Es una dama, ¿sabes?, aunque se comporte un poco salvaje.

¿Hablaba de Pandora o de Greta? Su esposa sonreía y acariciaba el pelaje sudado de Pandora. La yegua caminaba moviendo sus ancas seductoramente hacia el semental. ¡Tendría que estar atento al celo o armaría una bien grande en las cuadras!

Cuando casi lo habían logrado, atravesado las caballerizas para que Greta corriera a esconderse, Oscar les cruzó el camino.

—¡Hay que festejar! —exclamó sin dejarlos avanzar.

—No, hay que cuidar a Pandora.

—Desde que te has casado eres un aguafiestas. Parece que esa pequeña fiera sí sabe lo que hace, ¿eh? —Codeó a Greta en busca de complicidad, ella frunció el ceño.

—Deja a mi esposa lejos de esto —gruñó Leopold, y consiguió rodearlo. Oscar le pasó el brazo por los hombros a Greta.

—No le hagas caso, tú ven con nosotros, que a ti no te han castrado como a nuestro viejo semental.

—Es mi jefe... —gruñó Greta por lo bajo, intentando no delatar su voz aguda.

—Es un jefe horrible, ¿verdad? Pero al menos ahora gana dinero.

—Gre... —carraspeó—, ¡ven aquí, muchacho! Como bien has dicho, soy tu jefe, a mí respondes.

Greta se acercó fingiendo ser sumiso. Cuando llegó a su lado, le gruñó.

—Disfrutas de darme órdenes, ¿verdad?

—Solo un poco...

No pudieron continuar la charla ni escabullirse, Oscar no solo se había acercado, posando sus brazos en la madera de la cuadra, sino que todos los demás se sumaron: Lord Albert Meltmore, el honorable (no tan honorable) señor Rosebery, el adinerado Neil Ronald, y claro, Rufus, que estaba eufórico ante su nueva apuesta ganada.

Pandora comenzó a sentirse incómoda, olía el nerviosismo de su dueño y soltaba el aire por sus grandes orificios. Greta pasó la mano para calmarla.

—Tenemos que festejar, ¡venga, hombre! —clamó Meltmore. Era el peor de ellos, prefería las prostitutas antes que las damas, porque a diferencia de Leopold, el juego de seducción le aburría. Buscaba la mera satisfacción, y mientras más rápido llegara a ella, mucho mejor.

—¿Pueden irse de la cuadra? ¡Ponen nerviosos a Pandora! —masculló Leopold.

—Joder con Séptimo —agregó Ronald—, ya hasta se parece a su padre. —Soltó una burlona carcajada. Greta no pudo contenerse, y apenas impostando la voz, dijo en defensa:

—¿Qué hay de malo con Leopold Sexto? —Su esposo la miró, sintió que volvía a respirar bajo la ira. Eso mismo se preguntaba él, ¿qué tenía de malo su familia? No era un libertino porque quisiera escapar de esa suerte, sino porque

quería llegar a ella, como decía su abuela, con la mayor experiencia a cuestas. Porque... porque una vez que encuentras a la indicada, también hallas el sentido, y todo el mundo necesita andar errante por un tiempo para valorar después lo bueno.

¿Cómo podría él entender que Greta era la horma de su zapato si no se probaba muchos zapatos equivocados?

—¡Pues que antes de condenarme a pasarme la vida cogido de las narices por mi esposa, me dejo disparar en un duelo! —rio Meltmore.

—Será en un duelo con un chulo —gruñó Leopold—, porque hasta donde yo sé, a los únicos hombres que puedes ofender es a ellos. No tienes demasiadas agallas.

—¡Ooooh...! —bramó Oscar—, han despertado al gallito. —Se metió dentro de la cuadra, él acostumbraba a estar cerca de Pandora. Abrazó a su amigo y le revolvió el cabello con el puño. Leopold se deshizo del agarre—. Venga, dejaremos a tu esposa en paz. Tú, si quieres, no follas y sigues así de cascarrabias. Pero no arrastres a tu jockey al celibato... Es malo para los cojones.

Intentó golpear donde el jockey tendría los cojones. Al ver el movimiento, la furia y el instinto tomaron el control de Leopold. Le cogió la mano desde la muñeca y se la retorció. El grito de Oscar puso a Pandora en alerta y se encabritó. La cuadra era demasiado chica, Greta intentó contener al animal mientras Leopold empujaba a sus amigotes fuera de allí. Cuando Pandora bajó los cascos, los brazos de Leopold ya estaban en la cintura de su esposa y la alejaban del peligro.

—¡Joder con ese animal! —gruñó Meltmore—. ¿Sabes? Puedes ser todo lo gallito, aguafiestas y domado que desees, Audley, pero si me sigues tocando los cojones, me las pagarás, por muy compañero de juerga que hayas sido todos estos años.

Leopold dio un paso al frente, no tenía intención de retroceder. Greta hizo lo único que se le ocurrió: le pellizcó el trasero como él había hecho antes, asegurándose de cubrir su brazo detrás del cuerpo masculino. Eso lo detuvo en seco, se volvió hacia ella con el entrecejo fruncido y los ojos lanzando chispas.

Poco a poco, el verdor de su mirada recuperó el tono musgo que lo caracterizaba.

—Nos vendrá bien un poco de fiesta —dijo Greta, de manera conciliadora. Podía pasar otra borrachera, ya luego diseñarían una nueva estrategia para esquivar a los libertinos.

—¡Eso! —Oscar arengó, feliz. Temía que las pullas lo dejaran sin empleo. ¿Quién otro sería tan permisivo con él?

Leopold cogió a Greta de la muñeca y la arrastró hacia la cuadra. A sus espaldas, los amigotes seguían con las burlas.

—Deja al niño divertirse...

—Te estás volviendo un amargado...

—¿Qué demonios haces? —masculló Leopold, cubierto por la madera de la cuadra. Debían hablar en susurros, pero no le preocupaba la estampa que daban al mundo, porque Greta quedaba tapada por completo por la puerta. Ambos acariciaron a Pandora por los dos flancos—. No puedes exponerte tantas horas, se darán cuenta...

—Meltmore es vengativo, Leopold —dijo Greta, llegando a las ancas del animal. Se miraron por encima de ella y siguieron las caricias de regreso a la cabeza—. Te ha amenazado...

Se miraron por debajo de la cabeza de Pandora, él inclinado, ella a toda su altura. Retomaron la caricia por lo largo del animal.

—¡No ha hecho tal cosa!

Una vez más en las ancas, se miraron.

—Rayos, Leopold... —La mano de Greta viajó por el pelaje de Pandora hasta el medio de su cuerpo—. Sé que intentas cuidarme al mantenerme lejos de ellos, ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo?, ¿por qué no puedo cuidarte?

Las palabras de ella le dieron de lleno en el pecho.

La mano de Leopold hizo el mismo recorrido. Se encontraron las dos en el medio de Pandora, con sus dedos medios tocándose apenas.

—Porque yo no estoy en peligro.

—Sí lo estás. Ya te lo he dicho, juzgas a todos como iguales, crees que Meltmore es tan caballero como Capell, que nadie haría daño gratuitamente porque tú jamás lo harías, que todos se manejan por tus códigos... Pero no es así, Leopold. Si no vamos a la fiesta, te golpeará donde más te duele...

Sus manos, sin dejar de rozarse, subieron por el lomo de Pandora hasta su cuello. Allí se enredaron entre dedos y crines. Meltmore buscaría, en el mejor de

los casos, descalificar a Pandora. En el peor... era mejor no pensar.

—Bien... una juerga más... ¡Pero la próxima conseguiremos evadirla!

Ella le sonrió. Aprovechó que Pandora los cubría para acariciarle el mentón con ternura.

—Estás tan serio y responsable que hasta pareces un Audley —bromeó.

—¿Eso sería tan malo?

No pudo responder. Rufus abrió la puerta de la cuadra, ansioso por marcharse e iniciar algún juego de cartas. Aún se sentía con suerte.

—¿Vamos? ¡Perderemos las mejores mesas!

—Perderemos las mejores prostitutas —corrigió Meltmore.

Greta infló el pecho, juntando valor. Leopold soltó el aire, afrontando la resignación. Condujo a su esposa vestida de hombre al siguiente antro de perdición, sin imaginar que en la cabecita de ella también bullía un temporal.

¿Sería tan malo parecerse a un auténtico Audley? No, en absoluto. Greta empezaba a sentirse como Rufus, con la suerte a su favor, había apostado al mal menor y empezaba a sospechar que se llevaría el premio mayor. Lord Leopold Ferdinand Audley VII podía ser un libertino... o podía ser el golpe de suerte que haría saltar la banca del amor.

En esa ocasión no fueron a beber, eso sería demasiado fácil. En cuanto los carruajes viraron, Leopold supo que estaba jodido... muy jodido. Y que Greta tenía razón. Meltmore era vengativo.

Era imposible adivinar por qué el ensañamiento, pero estaba seguro de que aquella maniobra tenía como fin atacar el reciente matrimonio del heredero del condado. Posiblemente se debiera a que se sentía desplazado, a que Leopold ejercía en Meltmore el mismo influjo que Capell en Audley: el de poner en manifiesto que aquella vida no tenía demasiado sentido, ni demasiados placeres.

Y a nadie le gusta despertarse de golpe. No hay quién no se levante de mal humor si lo sacan de un sueño a los sacudones. Así que ahí estaba Meltmore, haciendo un berrinche de niño, y ellos... atrapados en el medio.

—¿Dónde vamos? —preguntó Greta al ver que cambiaban de camino. Esperaba ir al mismo lugar que la vez anterior.

—Solo te diré... ¡Deja de ayudar! —gruñó Leopold como respuesta. Cada vez que Greta *salvaba una vida*, se veía envuelta en una situación escandalosa. Marjorie: matrimonio; Bowes: carreras... Pandora: ¡Prostíbulo!

Rufus estaba demasiado entusiasmado para prestar atención a algo más. Rosebery, a su lado, solo se concentraba en no vomitar. Había llevado una petaca a la carrera y, desde entonces, había empinado el codo sin control. Se dormiría antes de pagar cualquier servicio. Eso era bueno, un testigo menos. En el otro carruaje, el que marcaba el camino, iban los demás.

—¡Acusas a la persona equivocada! —se defendió Greta con un murmullo entre dientes—. Soy la víctima de esta situación.

Leopold dejó a un lado el enfado ante esa declaración, solo fue capaz de arquear las cejas y mirarla con la cabeza inclinada. Greta se mordió el labio y decidió que sería mejor, por unas horas, mantener el pico cerrado. Iba a contentarse con los logros de esa noche, ganar la carrera y conseguir al fin congeniar con Leopold, que se vieran como aliados.

En la oscuridad forzada del carruaje, se permitió observarlo de nuevo. Con ella no empleaba ese encanto afectado de libertino, no le regalaba el amor de una noche. A ella le había entregado algo más genuino, su complicidad. Compartía con ella algo que no desaparecería con la salida del sol, como era la pasión por los caballos.

El último pensamiento que la asoló antes de que el carruaje fuera iluminado por las farolas callejeras del antro de perdición fue que su tío tenía razón, ahora que caminaba a la par de Leopold, aun cuando no eran un matrimonio *real*, no podía contemplar la posibilidad de un futuro en soledad. No imaginaba sus días sin las pullas, sin los enredos, sin despertar a su lado con una montaña de cojines deshecha y sus cuerpos, cada vez, más cerca, buscándose el uno al otro.

Rufus y Rosebery bajaron uno con la ayuda del otro, Leopold cogió la mano de Greta y la detuvo un segundo. Al tirar de ella, sus rostros, por fin, quedaron igualados en la oscuridad. Rara vez sucedía, por la diferencia de alturas.

—Escúchame... pase lo que pase allí dentro, niégate a ir con una meretriz. Di que tienes sífilis o ladilla... ¿vale?

—¿Qué es la sífilis?

—¡Joder!

Era demasiado inocente. No podía entrar a ese lugar. No, no y mil veces no. Se inclinó hacia el cochero para indicarle que diera la vuelta y al demonio con todos, pero Meltmore asomó su cabeza y, burlón, preguntó...

—¿Piensas huir, Audley? —Tiró de Greta fuera del carruaje, tomándola casi de rehén. Leopold no tuvo más alternativa que seguirlos.

—No pienso huir. ¿Sabes, Meltmore?, estás demasiado obsesionado conmigo, creo que te hará bien follar. O cualquiera pensará que estás enamorado de mí. —Lo rodeó con un brazo y lo acercó con fuerza. Le dio un sonoro beso en la mejilla. El lord se deshizo del agarre con unos fuertes forcejeos, mientras los demás se reían a carcajadas—. Eres un celosín...

—Y tú un títere de tu esposa —gruñó.

—Celoso, celoso —cantó Ronald, burlón. Leopold rio, había conseguido que, de ahora en más, cada vez que Meltmore se metiera con su esposa, se mofaran de él por ser un celoso. Y como nada peor para un libertino que una burla sobre su masculinidad, el lord dejó el tema allí e ingresó al antro dispuesto a probar su hombría.

Antes de atravesar la puerta, sintió el codo de su esposa incrustarse en sus costillas. Sus ojos azules, que se veían negros en la oscuridad de la calle, brillaron divertidos.

—Lo has hecho bien, Séptimo.

—Ahora es tu turno de hacerlo bien, Ranita.

—¿Ranita?

Leopold se sonrojó apenas, jamás había delatado que así la llamaba en su mente, que tenía un apodo solo para ella. No necesitó dar explicaciones. Cuatro manos atravesaron el umbral del antro, los cogieron a los dos de las solapas y los arrastraron al interior.

Greta quedó pasmada ante el salón que le dio la bienvenida. Jamás había estado en un espacio así. Le costaba creer que ese lugar se hallaba en Londres, en la misma ciudad recatada que ella conocía, de tés rígidos, corsés más rígidos y normas... ¡más rígidas! Detrás de la fachada de una ciudad que se alzaba como el faro moral del mundo, que condenaba los despropósitos de Francia o la ostentación de Austria, bullía una vida subterránea, más sórdida por mantenerse en las sombras.

Unas cortinas con arabescos separaban la antesala del espacio principal. Las voces, risas y chillidos los obligaban a gritar para hacerse oír. En el tumulto de cuerpos, una mano firme la guiaba con disimulo. Sentía la palma de Leopold en la espalda baja, el calor de su piel atravesando las capas de tela. Lo voluptuoso del lugar empezaba a surtir efecto en ella, la seducía, y empezó a odiar su disfraz.

En la sala principal estaban dispuestas varias mesas, Rufus no tardó en sumarse a una y olvidarse del mundo. Eran mesas de juego, en la que los crupieres eran damas, como ella, vestidas de caballeros. Con la salvedad de que no disimulaban ser mujeres, llevaban los labios con carmín y el cabello recogido con un moño bajo para que pudiera calzarse el sombrero de copa. La ropa era más ajustada que la de los hombres, develando las curvas femeninas. Otras mujeres acompañaban a los clientes, estas estaban allí para la recreación visual y para prestar sus servicios.

En un escenario, al fondo, rodeado de un par de borrachos, la mujer más hermosa que Greta hubiera visto en su vida cantaba una sensual canción con su voz de contralto. Junto al escenario, algo oculto, por la gran escalera caracol, un hombre tocaba el piano.

—¿Lo ves, Leopold? ¡El muchacho necesitaba esto! Por poco babea... —dijo Rosebery. Greta estaba mirando el techo, figuras sensuales estaban pintadas en este. Era la recreación de orgías romanas.

Las pinturas la hicieron sonrojar, no pudo evitar preguntarse si esas posiciones sexuales eran posibles en la vida real. ¿Podría ella poner la pierna a esa altura del hombro de Leopold y que su pelvis...?

Un leve empujón la sacó de sus cavilaciones.

—¿Qué?

—Que jugaremos a los naipes —dijo Leopold, con el ceño fruncido. No recordaba una vez en la vida que ese espectáculo de cuerpos le hubiera generado malestar. Ahora lo hacía. No porque fuera un mojigato, sino porque ese espectáculo de sensualidad empezaba a rivalizar con el que su mente no dejaba de proyectar a modo de fantasía.

Quería a su esposa entre sedas coloridas, entre manjares exóticos y melodías sensuales. Quería a Greta solo para él, para el deleite de sus sentidos. Le picaban

los dedos del deseo de quitarle el maldito gorro, extender su cabellera oscura y tomarla en brazos, hasta igualar sus alturas, y darse con ella un festín.

E iniciarla a ella en esos placeres.

Convertirla en su libertina personal, en su amante perfecta... En su única amante.

Greta ya era su esposa. Empezaba a ser su amiga. Convertirla en su amante sería el último paso para caer en una red de la que no podría escapar. Ni querría. En la red en la que vivían felices los demás Audley hasta los cien años.

Fueron a una mesa. En cuanto se sentaron, Meltmore se acercó y lanzó un par de fichas. Ronald ya estaba junto a la cantante, observándola embobado mientras bebía más de lo que su hígado podía soportar. Rufus ya había perdido en dos rondas de juego.

—Venga, cariño —le dijo a la crupier—, entrégale buenas cartas a mi amigo, que es desafortunado en el amor. Mientras... —Tiró de Greta—, yo llevaré al niño a conocer los placeres de una dama.

—No, gracias... —murmuró ella en un susurro.

—Claro que sí. ¿Has estado alguna vez con una? ¡Leila, ven! —llamó a una de las cortesanas. Una mujer rubia, de perfectas curvas de reloj de arena, caminó sinuosamente hacia ellos—. Leila es la mejor, te enseñará tan bien que le quitarás el puesto a tu jefe.

Greta trató de recordar qué le había dicho Leopold. ¿Piojos?, no... ¿Tifus? Tampoco. Soltó lo primero que se le vino a la cabeza, una verdad a medias.

—No tengo dinero.

Meltmore se echó a reír.

—¡Pero muchacho, nosotros invitamos! Tú nos has hecho ganar una fortuna. ¡Es más, debería pagar Audley!

Greta miró en todas las direcciones, buscando una salida.

—No quiere, Meltmore. Ve tú, que te hace falta descargar, y déjanos a nosotros con nuestros naipes...

—¡Rosebery! —llamó Meltmore—. Ven, que Leopold está en aguafiestas.

Rosebery se acercó, llevaba su brazo sobre otra de las mujeres. Reía feliz mientras bebía directo de una botella de champán. Le hizo a la dama abrir la boca y derramó la bebida entre los labios. Luego dejó que unas gotas cayeran sobre el cuello de la mujer y hundió allí su boca para lamerlas. Leopold fingió

buscar algo para tapar el espectáculo ante los ojos de Greta, no lo consiguió, cuando pudo mirarla, notó que la muchacha estaba roja como una fresa madura.

Meltmore se echó a reír con más fuerza.

—¿No ves que si lo proteges seguirá comportándose como una damisela virginal? ¿No quieres ser un hombre, muchacho?

—Ya soy un hombre —dijo ella—, no sabía que se podía elegir.

La respuesta le resultó graciosa al lord y del todo correcta a Leopold. Él no había sido más hombre con mil mujeres de lo que lo sería con ella sola.

—Leila... —Meltmore deslizó más de una libra en el escote de la dama—, haz que el niño sea tan buen amante como jockey.

Leila le sonrió a Greta, le guiñó un ojo, tranquilizándolo por su inexperiencia. Le tendió la mano, pero antes de que la pudiera coger, Leopold puso una libra más.

—Esto es para dejarlo en paz.

Leila cerró la mano en torno al dinero, sonrió con más sensualidad y se acercó al oído de Leopold. Greta ardió más, pero no de vergüenza, sino de celos. Sin embargo, el rubor abandonó su rostro cuando oyó lo que la prostituta tenía para decir:

—Si lo que necesitan es *mantener las apariencias* yo puedo acompañarlos a la habitación y luego marcharme. Nadie tiene por qué saber lo que hacen dos caballeros cuando se apagan las velas.

—¿Qué hacen dos caballeros? —preguntó Greta, sorprendida. Leopold se mesó el cabello, desesperado. Su esposa no sabía lo que era la sífilis ni la homosexualidad. ¡Y él la había llevado a un burdel!

Leila rio, pero no desistió. Pocos clientes pagaban tanto por un servicio.

—Lo que haremos... —exclamó Leopold, como si viera la luz al final del túnel —, es un trío. ¡Eso es!

Leila aceptó con una sonrisa. Greta lo miró sin entender, ¿trío de qué? ¡Cada vez era todo más complejo! Lo único que ella sabía de sexualidad era lo que los animales le habían enseñado. No había tenido ninguna mujer que le explicara qué sucedía entre marido y mujer. De todos modos, confiaba en Leopold, así que asintió. Se puso de pie, Leopold también. Pero Meltmore no lo dejó estar.

—¡Ni de coña! Créeme, muchacho, no quieres que él esté presente. Se robará el servicio completo y a ti te dejará con el amor propio de un papel mojado...

A Greta le ganó la curiosidad.

—¿A qué se refiere, milord?

—¡A que él follará, la dejará satisfecha, y tú apenas podrás aplaudir desde las gradas! —intervino Rosebery—. Confía en lo que te decimos, ningún hombre quiere compartir la alcoba con lord Leopold VII.

—¿Y las mujeres? —preguntó.

—Oh... ellas quieren siempre...

—Gre... Greg... —masculló Leopold, sintiendo la culpa invadir cada célula de su ser—. No caigas en la provocación.

Hizo un gesto de que regresara a los naipes. Sus amigos aprovecharon el estupor del *muchacho*, su gesto confundido —no podían imaginar que fueran celosos— y cogieron a Leopold entre los dos, impidiéndole ir con su esposa.

Greta analizó la situación y supo que estaba atrapada, Leopold tenía razón, poseía un don para meterse en problemas. Leila le susurró:

—No temas, lo que suceda en la alcoba quedará entre nosotros.

Y con esa frágil promesa, se volvió hacia la cortesana y accedió a comprar sus servicios. Esperaba que su oferta se mantuviera en pie cuando le develara la verdad.

Subieron por la escalera caracol, Leila era más alta que ella. Lucía un vestido de gasa vaporoso, con lazos al frente, fácil de quitar y poner. En la planta alta se hallaban varias habitaciones, pero en el corredor también se encontraban algunos divanes y rincones en los que caballeros y damas se acariciaban en juegos preliminares.

Greta comenzó a sentir un calor ardiente. Las novelas de folletín no relataban esas cosas, las damas se desmayaban de la emoción ante los besos de los caballeros y ellos, enseguida, pedían la mano sin pérdida de tiempo. Allí, ante ella, el espectáculo era otro. Las bocas se abrían, las lenguas danzaban y las manos viajaban por debajo de las telas.

Leila abrió una puerta y la invitó a ingresar. Dentro había un amplio diván con varios almohadones, cortinas brillantes y un intenso olor a incienso que buscaba tapar uno de fondo: el de las pasiones de demasiados cuerpos que pasaron por allí.

Antes de que cerrara la puerta, Greta vio que Meltmore y Rosebery tiraban de Leopold escalera arriba. Los oyó decir:

—Tenemos que escuchar, quiero asegurarme de que no he echado a perder mi dinero. —La declaración del lord hizo a Greta palidecer. Leila cerró la puerta tras ella.

—Tranquilo, muchacho, pueden escuchar, pero no pueden ver. Lo que suceda aquí quedará entre tú y yo.

—¿Lo promete?

—Lo prometo... —Leila le extendió la mano.

—Leopold le pagará un extra por su discreción —agregó, sentándose en la única silla que vio en el lugar.

—Entonces, ¿eso sucede? Al famoso Casanova le gustan los muchachos... No sería el primero...

—¿A los hombres les pueden gustar los muchachos?

Leila rio, su mirada denotó confusión.

—¿No es eso lo que sucede?

—Creo que no —respondió Greta, igual de confundida.

—¿Tú no eres su amante?

—¡No, y al parecer soy la única que no conoce las dotes amatorias del gran Leopold! —gruñó, enfadada. Esa extraña sensación que solo podía definir como celos regresó a ella. Sabía cómo era Leopold, incluso lo conoció con una de sus amantes, ¿y ahora tenía el descaro de sentirse molesta por ello? Pues parecía que sí, que no era capaz de dominar esa opresión extraña que la asaltaba cada vez que pensaba en su esposo con otra mujer. De pronto, sintió un enorme alivio en poder hablar. En dejar el papel y soltar su pesar.

—Perdona... No estoy entendiendo qué sucede.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. La voz de los borrachos atravesó la madera.

—¡Empiecen de una vez! —dijo Rosebery—, que no quiero esperar aquí toda la noche.

—Pues no lo hagas —respondió Leopold—, puedes irte ya. Todos podemos irnos ya.

Un par de ruidos secos le hizo suponer a Greta que los amigos habían conseguido contener a Leopold una vez más. Se pasó las manos por la cara,

frustrada.

—No soy su amante, soy su esposa —le confesó a Leila. El rostro de la mujer mostró todos los matices del desconcierto posibles en el universo.

—¿Cómo...?

—¿Cómo es que no ha pasado nada entre nosotros? Pues porque lo obligué a este matrimonio y está enfadado, me ha dicho que no me tocará un pelo. ¡Y sabes qué! Él cumple sus palabras —soltó apresuradamente. Se puso de pie y comenzó a caminar por esa extraña alcoba—. Y me parecía un perfecto acuerdo. Hasta... Hasta... Hasta hoy. —Suspiró—. Todo esto está muy, muy mal...

—No le preguntaba por su intimidad, milady... —El milady sonó extraño en ese lugar, le recordó a Greta la magnitud del embrollo—, sino cómo terminó vestida de hombre en un burdel.

—¡Ahhh! —exhaló, aliviada—, eso es más fácil de explicar.

—¿Lo es?

—Claro. Él necesitaba un jockey porque yo casi mato al anterior y me ofrecí a reemplazarlo temporalmente y ahora estamos en serios problemas.

—Veo... —No, no lo veía. Era la situación más ridícula que jamás hubiera oído y, sin embargo, de tan ridícula solo podía ser verdad. Nadie sería capaz de inventarse una mentira tan inverosímil.

Otro golpe en la puerta.

—¿Quiere contarme lo demás? —Leila se sentó en el diván—. Aunque no lo crea, milady, escuchar es mi principal trabajo. El sexo es el complemento, pero aquí vienen los hombres solitarios, los que necesitan más un abrazo que un orgasmo. Así que la discreción está cubierta en la tarifa.

Greta se mordió el labio inferior. Miró hacia la puerta con pavor.

—Si me descubren, él también estará arruinado y será mi culpa.

—¿Le importa su esposo?

—Sí... —reconoció. Le contó la historia, lo que hizo por Marjorie y cómo eso la condujo al matrimonio con Leopold—. Pero podría haber escapado, fingir un compromiso y romperlo después... No lo hice... Lo atrapé, como todos en la sociedad dicen.

—A veces el corazón reconoce lo que necesita mucho antes que la razón, milady. No se casó con él porque le daba lo mismo cualquiera, o porque al menos fuera honesto, o simplemente para sacarse el asunto de encima. Se casó

con él porque así lo quería... ¿Y sabe qué? —dijo la sabia mujer, que tantas historias de amor truncas había escuchado en su vida—. Él también. Podría haber desafiado a su familia... es el único heredero, a los Audley no les hubiera quedado más remedio que perdonar cualquiera de sus ofensas. Aun así, decidió seguir con este matrimonio. Y ahora son cómplices...

—En un delito.

—Creo que no llega a delito —Leila hizo un gesto con la mano, restándole importancia—, no se pueden romper las leyes que no están escritas. Dudo que alguien haya puesto en las normas que un jockey debe ser hombre sí o sí. Lo dieron por hecho, porque ¿qué mujer estaría tan loca como para hacerlo?

—Yo... —rio Greta.

—Fueron cómplices ante el marido de esa tal Marjorie, ahora ante una estratagema... Les falta aceptar ser cómplices en la vida y ya serán un matrimonio más real que la mayoría. Aunque no fol... hagan el amor.

Greta flexionó las piernas contra su pecho y las rodeó con sus brazos. Posó el mentón entre las rodillas y miró a Leila. Le brindó una tenue sonrisa, algo nostálgica. Otro golpe en la puerta la hizo rodar los ojos.

—¿Está mal que sí quiera hacer el amor?

—¿Conmigo? —preguntó Leila. Greta se sonrojó.

—¿Eso también se puede?

Leila rio.

—Es usted demasiado dulce e ingenua, milady. La fruta más dulce y tentadora para un libertino. ¡Claro que se puede! Pero ahora entiendo que no se refiere a mí, sino a su esposo.

—Pensé que solo las amantes deseaban. Las esposas lo hacían por obligación —confesó ella.

—Se puede follar por obligación, pero hacer el amor... eso es siempre por deseo.

—Ojalá tuviera más experiencia, quisiera saber lo que usted, así podría seducir a un eximio libertino y hacerle romper su promesa, a él que nunca falla a su palabra.

—Milady... en el arte del amor, los dos son principiantes. Con usted él hará el amor por primera vez, con usted él se entregará a una única mujer por primera vez.... Y por usted... por usted romperá una promesa por primera vez.

Otro golpe y fue Leila la que rodó los ojos.

—No se cansarán —murmuró Greta, resignada.

—Entonces, les daremos lo que vienen a buscar. —Leila le extendió la mano y Greta se la cogió—. Me agradó lo que hizo por... ¿Cómo se llama la mujer?

—Marjorie.

—Por Marjorie. Lealtad femenina. Permítame ser instrumento de justicia y devolverle el favor. Suba al diván, milady. —Greta se sentó, pero Leila la instó a ponerse de pie. Se subió a su lado—. ¿Alguna vez saltó en la cama cuando era niña?

—Sí, claro —dijo Greta, sonriendo.

—Pues, saltemos.

Se pusieron a saltar y los resortes del diván crujieron sin parar. Al otro lado, los golpes cesaron, fueron reemplazados por gritos de festejos y arengas.

—¿Lo creerán?

—Lo haremos épico. —Leila cogió un cojín y se lo entregó a Greta, cogió otro y comenzaron una guerra de cojines. Con eso se agitaron, sudaron y se despeinaron—. No se asuste con lo siguiente —advirtió la cortesana, sin aliento por las risas contenidas.

—¿Qué?

La mujer se puso a gemir, a gritar de fingido placer. Las exclamaciones al otro lado no tardaron en hacerse oír. Greta se retorció de la risa, mientras recibía, ya sin poder protegerse, los impactos del cojín de Leila.

Escuchó a Meltmore decir:

—Al parecer te ha quitado el podio de mejor amante, Audley... —Y apenas pudo contener las carcajadas.

Leila terminó su espectáculo con un hondo quejido y se dejó caer junto a la lady.

—No dude en hacer llegar la factura por su servicio al condado, Leila, ha hecho un trabajo impecable —dijo Greta, aún sin aliento.

—La cuenta está saldada. Tiene mi discreción, milady, fueron las libras mejor ganadas de mi carrera.

Aguardaron unos segundos más, hasta ponerse de pie y disponerse a abrir la puerta. Antes de terminar de girar el pomo, Leila agregó:

—Vaya a por su cómplice y no sienta más culpa, nadie doma a un libertino, son ellos los que deciden cuándo termina la carrera y a quién le entregan las riendas.

Tras la puerta, los dos granujas reían a carcajadas. Leopold, en cambio, estaba pálido como el papel. Greta pasó por su lado y lo provocó:

—Tenías razón, es divertido ser un libertino... —y lo dejó atónito en el descansillo de la escalera.

Capítulo 14



Podía ser muy divertido ser un libertino, pero ellos eran, ante todo, un lord y una lady. Herederos del condado de Suffolk.

—Oh, no, hasta aquí llegué —dijo Laline al llegar a la casa del condado. Se quitó los guantes con énfasis y los dejó en la bandeja que le tendía el mayordomo. A su lado, lord Quinto hizo lo mismo con su galera y extendió el bastón—. Me he quedado sin voz tratando de explicar lo inexplicable.

Judith se acercó de inmediato, sentía el peso de la culpa. Al fin de cuentas, sabía que el motivo de enfado de Laline era su hijo.

—¿Tan duro ha sido?

—¡Durísimo!

—Hemos conseguido que se apruebe un plan de alfabetización general para la población, pero ahora debemos debatir el presupuesto —dijo Quinto. Su esposa cogió uno de los guantes de la bandeja y lo golpeó con él.

—¡No hablamos de eso! Nos referimos a tu nieto...

—Oh, eso... —El hombre sonrió y avanzó por el vestíbulo—, pues sí. ¡Todo un éxito! Me han preguntado si planea vender caballos.

—¡No hablamos de eso! —repitieron las mujeres a coro. Jaqueline, que estaba en la sala, se sumó a la conversación con un poco elegante grito.

—Vengan aquí, que mi oído no es el de antes.

Los tres involucrados acataron la orden sin chistar. El salón estaba iluminado y la dama de compañía de la condesa leía una novela con su melodiosa voz. La mujer cerró el libro marcando la página y se mantuvo en silencio, más

interesada en el cotilleo que en las andanzas de Emma Woodhouse de Jane Austen.

—¿Qué ha hecho mi bisnieto?

—Ha ganado muchas carreras, su reputación está por las nubes —explicó Leopold V. Sonrió satisfecho.

—Sí, su reputación está por las nubes —masculló Laline—. El problema no es lo que ha hecho, sino lo que no ha hecho.

—Una vez que sus andanzas no van de faldas... —lo defendió el único hombre en la sala.

—Oh, ese niño me sacará canas tempranas —se lamentó Judith, dejándose caer en un sillón de estilo francés. Hizo sonar la campanilla para pedir el té, el de ella con lavanda, o los nervios la matarían.

—Ya no es un niño, Judith —remarcó Laline.

—Ya veo lo que sucede aquí —intervino Jaqueline, se enderezó entre los cojines—, han impactado los dos inconexos mundos: el de los hombres y el de las mujeres. Nuestro benjamín ha ganado la aprobación masculina con sus caballos, pero la completitud del desprecio femenino por no ser un buen esposo.

—¡Exacto! —exclamó Laline—, y a quien le han ardido las orejas es a mí. ¿Podía esa sesión en la cámara de lores durar menos? Mientras más tiempo se tomaban ustedes en el debate, más tiempo pasé yo expuesta a las lenguas viperinas de las matronas londinenses.

Leopold V compuso un gesto apenado, entendió entonces que, mientras él por fin recibía palmadas de honra en su espalda por una nueva generación exitosa de Audley, su esposa padecía. Se puso de pie y fue hacia la bandeja de bebidas, le sirvió un brandy y lo calentó en sus manos antes de extenderlo a su esposa. Cuando la dama cogió el vaso, las manos se rozaron y, por un instante, se evaporaron todos los problemas.

—Gracias, cariño.

—A ti, por mantener el fuerte social mientras yo estaba en la cámara.

—Lo importante —intervino Judith— es remediarlo. ¿Qué dicen, Laline? ¿Qué frente debemos afrontar?

—Las matronas me han sugerido que la reina no está contenta...

—¿La reina? —Las tres mujeres, que eran firmes como robles, palidecieron.

—Sí, ya saben lo que ella piensa del matrimonio. —La reina tenía un matrimonio sólido y feliz, y consideraba que esa era la piedra fundamental de una sociedad también sólida—. No le agrada la idea de que la querida sobrina de Sir Landford esté encerrada en el campo, sin procrear próximos herederos, mientras el responsable de proveer a la familia y a la corona ronda las carreras y las fiestas como un soltero.

—Tan como soltero... —dudó Jaqueline, que algo se olía. Tanto tiempo sin poder hacer las actividades de antaño, había desarrollado una capacidad superior de observación. Y había notado que Greta no deambulaba como una mujer *desocupada*, ni mucho menos como un alma en pena que aguarda a que su esposo regresara de sus juergas.

—Como sea, debemos ponerles fin a esos rumores —sentenció Judith—. Mientras Séptimo estaba soltero se le perdonaban estas cosas, pero ahora... ahora la reina tiene razón. Tiene una responsabilidad con su esposa.

Sirvió el té con sus modales perfectos y extendió una taza a cada uno. Laline apartó el brandy, ya más calma, y aceptó una bebida acorde a esa hora del día.

—Me suena a que tienes una idea, ¿no es así, Judith? —preguntó Jaqueline.

—Claro. —La mujer se puso de pie—. Le escribiré a lady Anne Archer y le pediré, por nuestra vieja amistad, que extienda su invitación a los recién casados.

—¿Crees que Séptimo aceptará asistir a otro de esos eventos decorosos? —cuestionó Quinto, dudoso. Las mujeres se echaron a reír.

—¡Claro que aceptará! Yo me encargaré de eso... o, mejor dicho, Sexto —agregó en un murmullo. Sabía que su esposo estaba en el despacho, con el administrador. Seguro necesitaba un descanso, distraer la mente, relajarse con su esposa y... acceder a extorsionar a su hijo si no aceptaba las condiciones sociales impuestas.

Bajó el escote unos centímetros antes de abandonar la sala. Siempre era un gusto y un placer convencer a su marido de abrirse a la vida social. Greta ya descubriría esa hermosa dinámica y, estaba seguro, serían tan felices como lo era ella.

—Tienes que ir a la fiesta de lady Anne Archer —anunció Leopold VI a su hijo.

El más joven de la familia estaba, como era de esperarse, en las caballerizas. Greta también, pero la muchacha se encontraba con Aquiles, uno de los caballos de tiraje, que sufría de una contractura. Mientras que él se hallaba junto a Roma, la hembra que había traído a Pandora al mundo. La yegua estaba algo mayor y mañosa. Mars le había advertido que el animal estaba aburrido, sufría el equivalente a la crisis de los cuarenta en los seres humanos, era demasiado joven para retirarse, pero demasiado mayor para correr como su hija.

La presencia de Leopold la había animado, y en esos momentos la preparaba para salir a hacer unos ejercicios divertidos de equitación.

—Bueno —respondió Séptimo de inmediato, sin pensarlo mucho, sin ningún tipo de objeción.

—¡Y no podrás escapar de esta, porque tu madre...! ¿Qué has dicho?

—Que claro, iremos —dijo Leopold VII. Su padre entornó los ojos.

—¿Qué tramas?

—¿Quieres que vaya a la fiesta o quieres pelear? Porque tal vez Roma no sea la única con una crisis de aburrimiento...

La verdad, sí quería pelear un poco. Podía ser que se quejaran de su hijo, pero debían reconocer que era divertido tenerlo entre ellos. Discutir un poco, equiparar energías. De lo contrario, la vida sería demasiado monótona. Con dinero, poder, influencia... ¿Qué problemas podrían desafiarlos?

—Claro que quiero que asistas, pero me sorprende tu fácil acceso.

—Vale... hagamos esto. ¡No iré, tengo cosas más interesantes que asistir a un evento lleno de matronas estiradas y viejos verdes, que simulan su deseo de meterse bajo la falda de las debutantes! Al menos yo soy honesto.

—¡Claro irás! Tú madre quiere que asistas y le estás haciendo pasar las de Caín.

—¿Y eso es mi culpa o es culpa de la sociedad que pone en mí sus expectativas?

—¡Las dos!, pero no dejaré que tu madre sufra las consecuencias. ¡Si no asistes, disminuiré tu asignación!

—Y ahora me extorsionas... —Fue su turno de entornar los ojos.

—No es extorsión, es responsabilidad.

—De ser así, no me dejas más alternativa que asistir, ¡pero que sepas que voy con el peor de los ánimos!

—Lo mismo da, mientras vayas —finalizó Sexto.

—Bien.

—Bien —enfatizó su padre.

Se miraron unos segundos. Asintieron con la cabeza. Habían cumplido con su papel, él se había resistido, su padre se había impuesto y habían pasado un buen momento.

—¿Quieres ir a montar? Roma necesita ejercicio —invitó el menor.

—Claro —y su padre fue a preparar su montura.

Greta, que había observado el intercambio, sonreía y negaba con la cabeza.

—¿A qué evento tenemos que ir?

—A uno que acalle los rumores sobre nuestro matrimonio —explicó Leopold. Greta se acercó a Roma y ayudó a su esposo a terminar de colocarle la silla.

—Sé cuánto odias esos eventos, lo siento.

—Yo no. Era hora que lo hiciéramos... —Le rodeó las manos que aferraban las correas, le alzó el mentón y la miró a los ojos—. Hemos estado muy preocupados por mi reputación y tú me has ayudado, ahora soy respetado por mis caballos, por mi pasión... es hora de hacer lo mismo por ti.

—¿Y cuál es la reputación que debo forjar? —intentó bromear, pero la voz le salió ronca. Cuando Leopold la miraba así, como si la hallara hermosa, tentadora, ella olvidaba el pacto hecho, la promesa de no tocarse jamás.

Leopold le apartó un mechón de pelo de la frente, lo colocó tras su oreja. La reputación de su esposa debía hacerle justicia; si la sociedad la veía como empezaba a verla él, ya no dudarían de la capacidad de Greta de robarle el corazón a un libertino.

Sintió cómo se le aceleraba el corazón, cómo ese órgano de su pecho golpeaba en sus costillas buscando escapar y acercarse al de su esposa, reposar a su lado, donde pertenecía.

—La reputación que tú desees —dijo, en cambio—. Dime cuál es tu pasión y yo seré tu cómplice, como tú has sido la mía.

Cómplice... La misma palabra que había usado Leila. Cuando sean cómplices en la vida, ya serán un matrimonio más real que la mayoría.

—Entonces —susurró ella—, que esa sea mi reputación, que todos sepan que somos cómplices.

Leopold volvió a acomodar el mechón detrás de la oreja de Greta, siguió el movimiento por su mentón, hasta llegar a la barbilla. Bajó su rostro para besarla...

—¿Séptimo? —lo llamó su padre, con el caballo listo. Leopold apartó su mano, frustrado. Greta soltó el aliento contenido, también frustrada. Se sonrieron.

—Voy.

Sus miradas quedaron atadas unos segundos más. También allí eran cómplices, de ese momento trunco, de la llama de ese nuevo deseo que nacía en ellos, del nuevo pacto que empezaba a forjarse carrera a carrera.

Lady Anne Archer era una matrona de temer. En el buen sentido de la palabra. Era quien regía, casi como una vocera, de la reina misma, la moral de la época. Por eso había sido la elección de Judith, quien, junto a su esposo, y sus suegros, acompañaban a la reciente pareja en su presentación oficial en sociedad.

El carruaje de los Audley se detuvo con suavidad frente a la imponente residencia de Lady Archer.

—¿Lista? —le susurró Leopold a Greta, antes de que se abriera la portezuela y empezara el espectáculo. Ella sintió que el estómago le daba un vuelco, no habían diseñado un plan con su esposo para la fiesta. Solo habían hablado en las caballerizas, y ella había dicho eso de ser cómplices. Luego, el tiempo voló y no pudieron conversar sobre las implicancias de esa petición.

Trajes de bailes, peinados, preparativos, una misiva a tío Oliver —invitado también— para tranquilizarlo sobre su felicidad... El torbellino de una vida social que no le apetecía demasiado la había absorbido, alejándola de su pasión compartida con Leopold: los caballos.

Ya era completamente consciente de las consecuencias de sus actos. Del arrebato que la llevó a convertirse en su esposa. Leopold era un heredero de un condado, y, sin pretenderlo, ese matrimonio repentino lo había empujado a ocupar su lugar prematuramente. Entendía el rencor que él pudiera tenerle, pero algo en ella se encendía, ardía en su interior... el deseo de hacer funcionar esa unión.

—Lista —respondió a él y a la línea de sus pensamientos. Lista para hacer de este matrimonio uno real.

Leopold le sonrió, cogió su mano enguantada y la ayudó a descender, lo hicieron envueltos en el fresco aliento de la noche londinense.

La mansión se alzaba como una joya neoclásica en medio de Mayfair, con columnas blanqueadas por la luna y amplias ventanas que destellaban por las luces del interior. Detrás de los cristales vibraba la crema y nata de la sociedad, con sus ojos curiosos dispuestos a dar veredictos... a condenar o salvar a los miembros.

Leopold estaba dispuesto a ganárselos, no serían ellos distintos a sus conquistas anteriores. Debía seducirlos, adorarlos, hacerlos sentir importantes por una noche. Obsequiarles su atención y dejarlos satisfechos.

Greta se lo merecía. Estaba cansado de fingir enfado, cuando nunca había estado cabreado con ella en realidad. Podía enojarse con la hipocresía de la sociedad, con los esposos crueles que, luego de maltratar a sus esposas, lo acusaban a él de mancillarlas. Con las reglas que les impedían a dos amantes quererse una noche, que aplaudían el sufrimiento y condenaban la felicidad. Pero jamás con Greta. Ella había hecho lo correcto al salvarlo de sus propios errores... en las caballerizas y en las carreras. Era injusto que pagara el costo del desprecio social.

Apenas puso pie en los escalones de mármol, el sonido dulce de cuerdas y piano acarició sus oídos. No una melodía impuesta, sino una conversación musical, fluida y encantadora, que anunciaba el tono de la noche: reglas. Dos lacayos, impecables en sus libreas negro y dorado, abrieron las puertas con precisión ceremoniosa.

El salón principal —el corazón palpitante de la fiesta— los envolvió con una oleada de luz cálida y aromas delicados. Cientos de velas se reflejaban en candelabros de cristal, y la luz danzaba sobre el terciopelo de los cortinajes color borgoña, como si la misma pasión vibrara en las paredes. Grandes jarrones de porcelana francesa rebosaban de lilas, gardenias y rosas de té, su fragancia mezclándose con el leve toque de pomelo y sándalo del perfume de las damas.

El suelo era de parqué lustrado, tan brillante que uno podía ver su reflejo en él. A cada lado del salón, mesas decoradas con manteles de encaje fino sostenían copas de champán y bandejas con pastelitos de limón, frutas confitadas y bombones de chocolate traídos de Bélgica. En los balcones altos, músicos

vestidos con frac tocaban con expresión reverente, creando una cortina de sonido que parecía hacer latir el aire.

Lady Anne, la anfitriona, se movía por el salón como una reina no coronada. Su vestido, de satén color amatista con un corsé bordado en plata, la envolvía como una segunda piel. Cada paso suyo estaba marcado por la cadencia de sus tacones y el leve crujir de las sedas. Su cabello, recogido con un moño trenzado con cintas de color lavanda, brillaba bajo la luz de las arañas. Cuando giraba la cabeza para saludar, lo hacía con una gracia tan natural que parecía más una escena de teatro que un gesto casual.

Las damas presentes eran una sinfonía de telas y colores. Lucían vestidos de gala de la última moda parisina, en tonos marfil, verde esmeralda, azul noche y rosa empolvado. Los escotes eran recatados o audaces según el temperamento de cada una, pero todas llevaban guantes hasta el codo y collares de perlas o diamantes que brillaban como rocío sobre la piel. Los abanicos no eran solo adornos, sino una extensión de sus miradas y sus intenciones; se abrían y cerraban en códigos secretos de coquetería y reserva.

Los caballeros, por su parte, vestían levitas perfectamente ajustadas, chalecos bordados y corbatas de seda anudadas con esmero. El negro dominaba, pero era interrumpido por pequeños destellos: un reloj de bolsillo de oro, una rosa en la solapa, un anillo de sello heredado. Caminaban con la elegancia adquirida tras años de instrucción, aunque algunos —como Leopold— mantenían una leve rebeldía en los ojos, se reconocían como libertinos que mantenían las formas por el bien común.

La conversación fluía como el vino espumoso, con risas bajas y frases medidas. Cada palabra, cada gesto, estaba envuelto en una coreografía de buen gusto y tensión social. En un rincón, una baronesa contaba anécdotas del último baile en el palacio de Kensington; en otro, un joven poeta recitaba con fingida timidez versos propios a una dama cuyo esposo se entretenía con una partida de whist en la sala contigua.

Había algo en la manera en que todo estaba dispuesto, como si cada detalle, desde la posición de los espejos hasta el aroma del té que se servía en la terraza, hubiera sido elegido para provocar emoción. No era sólo una fiesta; era una escena cuidadosamente escrita por una mujer que entendía el poder de los sentidos.

Lady Anne, al verlo, sonrió de ese modo tan propio de ella, algo sarcástica, como si supiera que había conseguido obligar al libertino. Avanzó hacia los Audley, el vestido ondeando suavemente como si flotara sobre la madera.

—Lord Audley —dijo con una voz que parecía hecha para los salones, extendió la mano para que los caballeros la besaran en orden de importancia. Primero el mayor, luego el siguiente y, por último, Séptimo. A él le transmitió el reclamo—: Me temo que llegan tarde... —Incluyó a Greta con la mirada en ese plural. No se refería a el horario de la fiesta, sino al tiempo de la sociedad. Todos los ojos estaban puestos en ellos, expectantes de alimentar chismorroteos con esos dos.

Leopold se inclinó, besando el dorso de su mano con una reverencia medida.

—Nunca he creído en la puntualidad —respondió—. Solo en el momento adecuado.

Ella chasqueó la lengua.

—Me alegra que consideres mi fiesta el momento adecuado, de más está que diga que espero un comportamiento impecable.

—Mi comportamiento siempre es impecable —bromeó él—, aunque no sea siempre impecable para las mismas personas.

La matrona rio. Aguardó la reverencia de las damas y siguió con los demás invitados. Leopold acompasó su caminar junto a Greta. Su esposa estaba hermosa con ese vestido azul, lejos de los enormes volados que no la favorecían. Los colores vibrantes, en cambio, resaltaban su esencia rebelde y los cortes más sencillos, dibujaban su figura femenina sin ir en desmedro de su escasa estatura.

—¡Tío Oliver! —Sir Lanford se unió a los recién llegados y, al ver a su sobrina radiante, exhaló aliviado.

—Sir. —Leopold hizo una reverencia.

—Espero poder disfrutar de un baile con mi sobrina —pidió el hombre.

—Pero solo uno —dijo Leopold—, hoy no me siento generoso.

Bajó la mirada hacia ella, y Greta se sonrojó hasta la raíz del cabello. Era aparentar, ¿verdad?, era crear una reputación. No había algo real en esa mirada ardiente, en la forma en que la devoraba con los ojos.

—Bien, con uno me bastará.

Los invitados comenzaban a moverse hacia el jardín de invierno, donde las luces colgaban de los árboles como luciérnagas domesticadas. Una orquesta más

pequeña tocaba valses vieneses, y algunas parejas ya se deslizaban por la pista de baile como sombras entrelazadas.

Mientras avanzaban, los murmullos crecían. Las miradas femeninas se posaban en Leopold, buscaban una señal del libertino de que ellas serían las elegidas esa noche. Él mantenía su mentón en alto y su paso firme. Saludaba con la elegancia de los demás Audley, como un recordatorio de que estaban ante un heredero del condado de Suffolk.

Tío Oliver llevó a Greta a la pista, la hizo girar antes de volver a cogerla en brazos y danzar entre las demás parejas. Leopold se aseguró de seguirlos con la mirada, mientras bebía con delicadeza champán y mantenía conversaciones superficiales con los conocidos que se acercaban a entregar sus respetos.

—Greta, tantos rumores me han hecho envejecer... Yo, que te empujé a este matrimonio, temo de mi buen sentido común.

Greta sonrió, lo tranquilizó al ritmo de la melodía.

—No tienes de qué preocuparte, tío, Leopold es un gran compañero —Lo buscó entre los fracs. Si confesara en qué era un buen compañero para ella, su tío sufriría un infarto.

—¡Cuánto me alegro!

—Más yo. Debo darle la razón, ahora me resulta difícil pensar en la soledad.

Él hombre le besó la frente antes de regresarla con su esposo. Percibía la honestidad en Greta, el brillo que la rodeaba y también una nueva madurez. Lo que no notaba, porque con tantos años sin pareja había perdido la práctica, era lo que sí veían los otros Audley... que la muchacha mostraba la timidez de una debutante, no la seguridad de una mujer casada.

Greta no estaba siendo tratada como una esposa esa noche, sino cortejada como una damisela.

—Ahora eres mía —le susurró Leopold cuando Tío Oliver la dejó a su lado. Le arrebató el carné de baile, y Greta rio tratando de alcanzarlo. Tarea imposible con la diferencia de alturas—. Nada de saltar, ranita, no te lo devolveré. —Lo guardó en la chaqueta de su frac, con los invitados como testigos, como una declaración de principios.

La atmósfera mutó a su alrededor. Los Audley sonrieron, satisfechos... ¡Al fin!, parecían clamar sus labios curvos. Los demás... Los demás estaban pasmados.

—Te tomas muy a pecho mi reputación —le dijo ella.

El rostro de él cambió de matiz. Al demonio su reputación, no lo hacía por la sociedad y sus estúpidas reglas, lo hacía por él...

—Un baile, milady... —La invitó.

—¿Tengo otra alternativa? —coqueteó ella.

—¡No, claro que no!

Al siguiente vals se sumaron las otras dos parejas Audley. Pero los ojos seguían a una sola. Lady Anne estaba más que conforme, observaba al libertino y lo aplaudía por el resultado de esa noche. ¡Ya nadie hablaría del escándalo!, ni dudaría de lo sucedido en las caballerizas. La forma en que el lord miraba a su esposa parecía clamar en la sociedad: Estuvimos alejados porque las sábanas nos tenían cautivos.

—Nunca he creído en la puntualidad... Solo en el momento adecuado —repitió la lady con una sonrisa—. ¡Vaya pícaro!

Algún día ocuparía el lugar que le correspondía en la cámara de lores y demostraría sus dotes políticas. De momento, era joven. Ya había superado su etapa de hedonista, ahora debía gozar de la de recién casado...

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró lady Esther a sus espaldas. Anne se volvió.

—Cualquiera que supiera sobre el alma humana, milady —respondió la anfitriona—. Lord Leopold ya gozó de las mieles de las fiestas, no llega a los brazos del matrimonio con la sensación de insatisfacción que lo hacen otros hombres. Entonces, cuando se atan a una mujer, lo hacen a sabiendas de que es la indicada.

Unos metros más allá, ajenos a lo que los demás murmuraban, Greta y Leopold enfrentaban una nueva pieza de vals.

—Creo que ya has cumplido tu rol, Leopold.

—Sí, eso también creo yo —le susurró, haciéndola girar una vez más.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Por la misma razón por la que he hecho todo desde que te conozco, Greta... —La detuvo, las parejas casi tropiezan con ellos, pero ellos solo podían mirarse el uno al otro—. Porque quiero. Puedo usarlos de excusa, decir que fueron las reglas las que me obligaron... y ahora decir que son las habladurías las que me empujan a tenerte en brazos... y luego decir que es que todos los jockeys del

mundo son un desastre lo que me lleva a correr el riesgo de disfrazarte cada carrera y tenerte como mi aliada... mi cómplice... Pero lo cierto es que he hecho cada cosa porque he querido. Al igual que tú, ¿verdad?

—Al igual que yo... —Sintió que la emoción le anudaba la garganta. Un sueño que jamás creyó tener, que ni siquiera imaginó, se le hacía realidad. No eran un matrimonio de conveniencia, ni circunstancial, ni el menor de los males... Era real.

Bailaron toda la noche, descansando apenas unas piezas para tomar limonada —sus estómagos no aceptaban una gota más de alcohol— y conversar con los demás invitados.

Cuando las velas empezaron a agotarse, los Audley decidieron que era hora de regresar. La conversación en el carruaje era animada, pero el aire estaba cargado de esa expectativa que solo rodea a los enamorados.

Se despidieron en el vestíbulo y Leopold y Greta, por costumbre, obviaron sus ayudantes de cámara.

Él la desvistió lentamente, revelando su piel y deteniéndose en cada detalle. La ayudó a quitarse las horquillas y deshacer el peinado. A colocarse el camisón y los dos se detuvieron antes de recoger los cojines y armar aquel absurdo muro que los separara.

Leopold la acercó a él, la cogió como si fueran a bailar un último vals, lejos de las miradas y sin más música que el latir de sus corazones. Le dio un beso lento en la frente y soltó el aire, frustrado, aceptando el dolor del deseo que lo quemaba.

—Sé que dijiste que no me tocarías... —dijo Greta, al verlo resistirse.

Él rio con una carcajada.

—No es por esa absurda promesa que hoy no haremos nada. —Leopold leyó la decepción en el rostro de ella y la risa dejó de ser burlona, para ser de dicha. Greta lo deseaba; él, que había seducido a cientos, era dichoso de haberse granjeado el deseo de ella—. Aún no. Ya no soy un libertino que obsequia una noche, ahora soy un esposo que entrega todas las noches que le quedan. —Le cogió el rostro desde la barbilla—. Esta noche fue el cortejo, porque a las damiselas se las cortejan... porque yo, con mi obrar, te arrebaté esto. Los bailes, las citas, la construcción de un anhelo que se eleva ladrillo a ladrillo... —Bajó la boca y, con fuerza de voluntad, le besó la nariz en lugar de los labios—. Pero no

me creas un hombre paciente. La próxima, mi ranita... la próxima no te escaparás.

—¿Por qué me dices ranita? —preguntó Greta, casi sin aliento. Sentía la piel vibrar en cada lugar que clamaba por las caricias de Leopold. Ya no se sentía insegura, pronto entendería: la expectación era el mejor aliciente.

—Mmm... no esperarás que revele todos mis secretos en una cita, ¿verdad? Ya veré si algún día te lo confieso. Ahora, a dormir... que bailar es más agotador que cabalgar el día entero.

Greta estuvo de acuerdo. Fueron a la cama, y sin los cojines de por medio, sus cuerpos no tardaron en buscarse entre sueños para dormir enredados, entregados a la promesa de mil noches más en los brazos del otro.

Capítulo 15

Fingir estar algo demente se estaba convirtiendo en el nuevo deporte favorito de la condesa. Cada vez que Séptimo y su pequeña mujercita se presentaban a la hora del desayuno juntos, era señal de que desaparecerían de la faz de la tierra por las siguientes siete u ocho horas. ¿Qué hacían? Nadie se atrevía a preguntar. Menos Judith, su cordura colapsaba cada vez que imaginaba escenarios mentales con esa extraña pareja de tórtolos.

—Lo que sea que hacen, lo hacen juntos. —Así dio por finalizado el asunto Jaqueline. Como cada día, disfrutaban de un refrigerio en los jardines después del almuerzo: limonada de granada. ¡Oh, una delicia!

Laline y Judith no paraban de darle vueltas al tema, hacían presunciones delirantes. Los imaginaban en los lugares más remotos y turbios de Londres, haciendo negocios clandestinos.

—¡Claro, porque también pueden ir juntos a la horca! ¡Qué romántico! —Laline resultaba ser la más extrema de las tres. En realidad, era ella la que alimentaba los delirios de Judith.

—¡Qué la boca se te haga a un lado! —Judith se persignó.

—Déjense de tonterías, ¿acaso no están felices de que el matrimonio funcione? Yo sí. —La condesa había tenido sus dudas al principio, y esas dudas le hicieron presión en el pecho. Desde hacía días que había vuelto a respirar con tranquilidad, pues veía en ese par a una dupla perfecta—. Me sorprende que piensen que Leopold sea capaz de salirse del camino correcto... siempre fue, es y será un buen niño —dijo alzando el mentón con orgullo, su bisnieto era «su» joya de la corona.

—Madre, te olvidas de que todo Londres lo ha señalado de ... de... —carraspeó Laline. Miró a Judith, en sus ojos estaba escrita una adelantada disculpa por lo que iba a decir—, de libertino.

—¡Libertino mas no un sinvergüenza! Un honorable libertino. —Lo defendería hasta su muerte.

—Madre, ¿no estás intrigada de lo que esos dos esconden? —Judith se mordía las uñas ante la desesperación de no saber lo que sucedía. Se había encontrado con lady Bruce en una de sus visitas a la modista, entre charla va, charla viene, le preguntó sobre las visitas de Greta a su hogar. Leopold era el que la acompañaba. ¿Visita? No veía a Greta desde el día de su boda, le respondió. Desde ese instante, la inminente locura se convirtió en la única alternativa mental para Judith, estaba al borde del cataclismo.

—A ver, dime, según tu cabecita... ¿Cuál es el peor escenario de todos? —la instó a hablar, era tiempo que exorcizara esos demonios mentales. Judith se estaba ahogando en un vaso de agua.

Judith miró a Laline, las dos habían arribado a la misma conclusión. Y las dos lo dijeron a coro:

—¡Qué la convierta en una libertina!

La condesa se echó a reír a carcajadas, tanto se rio que se atragantó con su saliva por no hacer una pausa para respirar.

—¡Por los cielos! ¿Estamos hablando de la misma muchachita? La nueva lady Audley es más inocente que nosotras tres juntas a su edad... Por favor, ¿qué piensan?, ¿que va a los antros de Londres a embriagarse con su esposo?

—¡Sí! —exclamaron las mujeres. Laline fue la que continuó— El señor Craig —El mayordomo de la familia se había convertido en el espía por excelencia de las ladies, les brindaba toda la información posible— nos ha dicho que en más de una ocasión han regresado a la casa de madrugada, la última vez, sosteniéndose mutuamente...

—Y la ropa de ambos olía a cigarrillo y alcohol —susurró Judith con la vergüenza haciendo presión en su garganta. Tuvo que beber limonada a la fuerza para recuperarse de la sensación.

—Yo no confiaría en el olfato del señor Craig... —El hombre estaba por cumplir los sesenta años, pero carecía de la predisposición a la longevidad de los Audley, así que su sexta década no era tan agraciada ni benévola con él, le fallaba

el oído izquierdo y apenas podía leer la letra pequeña de los periódicos. Desconfiar también de su sentido del olfato tenía una base sustentable para la condesa. Además, no quería alarmarse innecesariamente. Quizás, el joven matrimonio visitaba esos teatros clandestinos en el bajo Londres, si era sincera, de ser ella más joven, también iría—. Dime, ¿la has visto siquiera sostener una copa de champán a tu nuera? —Judith hizo memoria, en la fiesta de Lady Archer solo la vio beber limonada. Negó con la cabeza. La condesa dio por finalizado el debate—. Entonces dejen los delirios para las noches febriles...

¡Y lo era! El delirio más grande pensado. Leopold llevando a su esposa a sus antros nocturnos. Lady Greta bebiendo como marinero en altamar ¡Por favor, imposible!

***

—Desde ya te lo digo, Greta, tu límite de hoy son dos ginebras y como mucho un coñac ¡Nada de whisky!

—Lo dices como si fuese tan fácil, Leopold... —Le dio la espalda para que él le desabrochara el vestido. La habitual danza de cambio de ropa dentro del carruaje daba inicio—. ¡No es mi culpa, es de Rosebery, está empecinado en que lo acompañe en cada trago!

—Lo sé... —confesó con resignación. Deslizó las mangas del vestido por sus hombros con una gentil caricia—, siempre ha sido un capullo en esos aspectos, pretende que todos caigan al abismo junto a él. —Bajó la pechera del vestido hasta su cintura y continuó con el descenso de la prenda en su totalidad. Desnudar a su esposa comenzó a ser un asunto de completa normalidad entre ambos. La desvestía y, luego, la vestía. ¿Cuántas veces ya? Había perdido la cuenta. La labor principal quedaba en sus manos, su ranita se ocupaba de lo fundamental, mantener el equilibrio dentro de ese carruaje que se movía de un lado al otro cuando avanzaban por las calles adoquinadas de Londres. El descenso del vestido se extendió hasta sus piernas arrastrando consigo las cuatro capas de enagua. Corsé, pololos, medias de seda y botines. Así estaba su esposa ante él. Reconocer que ese era su mejor momento del día era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Además, Meltmore no me quita los ojos de encima —dijo ella cuando salió del centro de ese círculo de telas amontonadas en torno a sus piernas. Tomó asiento en la butaca opuesta del carruaje, quedó enfrentada a Leopold—. ¿Lo has notado? —lo interrogó con la mirada. Que él simplemente se limitara a fruncir el ceño indicaba un gran y fastidioso «sí». Greta apoyó su botín entre las piernas abiertas de su esposo, este aflojó su cordón y se lo quitó. Hizo lo mismo con la media, la parte favorita de Greta, pues sentía el tibio contacto de las manos de su marido contra su piel. Él enrollaba las medias con pura maestría, con una caricia de sus dedos que iniciaba a mitad del muslo y finalizaba en el tobillo. Cuando terminó con su pierna derecha, posó la punta de su botín izquierdo para que hiciera lo mismo—. Creo que el otro día vio cuando intercambiamos los vasos por debajo de la mesa. —Esa era la estrategia cuando les servían una medida de whisky, Leopold bebía la suya, y, con el mayor disimulo, le cambiaba a Greta su vaso vacío por el suyo lleno. Así era como él terminaba bebiendo el doble. Aunque no siempre les funcionaba. Para tranquilidad de Leopold, su esposa estaba desarrollando una maravillosa tolerancia al alcohol.

—Sí, yo también me he dado cuenta de lo mismo... —Una vez finalizado el trabajo de las medias. Le entregó el pantalón blanco a Greta. Ya no era necesario colocar las medias dentro de las botas de montar, Leopold había mandado a hacer unas botas de caña alta a la medida correcta de su esposa—. Pero no creo que piense que intercambiamos bebidas. —Una vez que ella se enfundó en el pantalón, él le colocó un par de calcetines y la ayudó a calzarse las botas—. Sospecha de algo... —concluyó con desagrado. Abrió sus piernas tanto como le fue posible, y palmeó el espacio vacío entre estas. La invitaba a sentarse en ese lugar que, para las mujeres que fueron sus amantes, era un lugar de privilegio. El cobijo de sus piernas y brazos era un pequeño paraíso momentáneo para muchas. Sin embargo, para su esposa era un lugar... cotidiano. Como si le perteneciera. Con cada día y cada noche a su lado, con su simple presencia, con su fiel compañerismo, llenaba un vacío que ni él sabía que tenía.

—¿Crees que ha descubierto mi identidad? —dijo buscando ese tibio cobijo entre sus piernas. Su trasero rozó el sexo masculino y los cuerpos no se repelieron como lo hicieron la primera vez. Esa primera vez cargada de bromas forzadas y pujas infantiles, el único recurso que les sirvió para ocultar las sensaciones que se provocaban mutuamente. Ahora, las sensaciones eran mil

veces más profundas, tan profundas que no hacían a sus cuerpos reaccionar, sino a sus corazones. La promesa flotaba en el ambiente, la de que la próxima vez no habría lugar para cortejos, sino para la seducción. Los corazones latían calmos, al mismo ritmo y en perfecta sincronía... Algo imperceptible hasta para ellos mismos.

Leopold aflojó las cintas del corsé, habían descubierto que la clave para ocultar sus senos no se hallaba en este, sino en las vendas de protección perfectamente colocadas. Greta alzó los brazos y él comenzó a envolver su torso.

—No, porque su interés no está en ti... sino en mí, en la forma en que me comporto contigo. Como si estuviera dispuesto a atraparme en una falta. —Meltmore quería que Leopold regresara al lugar que siempre ocupó a su lado, como un igual, con dinero, título y desprestigio social, detestaba que su fama de libertino quedara opacada por sus triunfos.

—¡Meltmore no es más imbécil porque no tiene tiempo! —exclamó Greta compartiendo el mismo fastidio interno que Leopold—. ¡Tiene la «falta» justo frente a sus ojos y no la ve!

—Uno ve lo que quiere ver, Greta, ese es el común error de todos. Meltmore, Rufus, Oscar... y los demás, han decidido verte como Greg Lanley. No te distinguirían en medio de una multitud de hombres. —Cogió la segunda venda, siempre colocaban dos para mayor sostén y tranquilidad de Greta. Era imposible evitar los festejos posteriores a la carrera, y los festejos siempre traían consigo palmadas a su espalda que las aflojaban.

—¿Y tú? —Volvió su rostro a él. Había finalizado con el vendaje—. ¿Tú me distinguirías en medio de una multitud? —Greta debía reconocer que, pese a estar satisfecha con el vínculo que estaban conformando, el hecho de sentir que no despertaba en su esposo el mismo deseo sexual que sus amantes comenzaba a aplacar sus sentimientos. De ella serían todas las noches, no solo una bañada de pasión. Era fiel a su promesa, la cortejaría primero, como merecía, y ¿la tocaría después? Desde entonces, él jugaba el juego de seducción sin pasar al siguiente nivel. La conocía... ¡Hasta había aprendido a trenzarle el cabello!, pero nunca iba más allá. Y justo eso era lo que estaba haciendo en ese preciso momento, separaba su cabellera con delicadeza en tres partes iguales.

—¿Yo?... Me preguntas si yo te distinguiría. —Leopold sonrió. No fue una sonrisa que nació para ella, sino para él, una sonrisa nacida del propio

reconocimiento. Ni la miró al hablar, sus ojos estaban puestos en la fina labor del trenzado—. Vestida de hombre... vestida de mujer... o sin ropa, da lo mismo, te distinguiría en medio de cualquier multitud, Greta. —Que su cuerpo no reaccionara, o, mejor dicho, que pudiera mantenerlo a raya ante la cercanía del de ella ponía en manifiesto una verdad que ya no podría cuestionarse: la deseaba, pero no con locura, sino con toda la fuerza de su corazón. Después de tantos años de libertinaje, de puro anhelo y satisfacción carnal, desear de esa manera a alguien era jodidamente maravilloso. Sus ojos fueron en busca de los de su esposa, el brillo en los iris de Greta le confesaron lo que su boca callaba: ella no quería esperar más. ¡Al demonio!, se dijo a sí mismo y la besó en el hombro.

—¡Atrevido! —le dijo entre risas. Todo su cuerpo había vibrado con el simple roce de sus labios. No quería ser evidente ante él. Hacerse la ofendida le resultó la mejor opción para ocultar su disfrute.

—¿Tú me tratas de atrevido? —Era mejor llevar la conversación por ese terreno, de lo contrario, la volvería a besar, en su otro hombro, después en su cuello y, de ahí, trazaría un camino directo a sus labios—. ¿La mujer que puede beber media botella de ginebra en menos de un minuto?

—¡Rufus apostó a que no podría hacerlo! —exclamó en su defensa.

—¡Lo hubieses dejado ganar, mujer!

—Tú me has dicho que siempre pierde, y, justamente por eso, no quería hacerle perder la costumbre de perder —dijo alzando los hombros. Leopold aprovechó el momento de la charla para cubrir su torso semi desnudo con la camisa.

—Bueno, como sea, de ahora en más, desiste de toda apuesta... más hoy, si ganamos.

—¡Vamos a ganar! —proclamó Greta.

—Si las condiciones se dan, ganarás... si no, no lo fuerces, ni a ti ni a Pandora. —Llevaban un total de seis carreras ganadas, ya se daba por satisfecho. En algún momento tenían que ponerle un punto final al asunto y los triunfos hacían que hallar ese punto fuese cada vez más difícil para ambos. ¡Y también para Pandora! Parecía dispuesta a correr hasta el fin del mundo con Greta a cuestas—. En especial hoy, la distancia es de una milla...

—Lo dices como si la diferencia fuese mucha, son seiscientos metros más —dijo con un ademán al aire de su mano. Había terminado de abrochar los botones de la camisa. Solo restaba su chaqueta distintiva. Todas sus carreras comprendieron pistas de quinientos y mil metros de distancia. Carreras cortas. Una carrera de una milla era un nuevo desafío tanto para ella como para Pandora.

—Seiscientos metros pueden hacer mucha diferencia. —En un abrir y cerrar de ojos, si el animal era exigido en demasía podría desgarrarse—. Confío en tu criterio.

—¿Es verdad lo que me ha dicho Oscar? —lo interrogó luego de colocarse la boina con visera. Ya estaba en la piel de Greg Lanley... actuó como tal. Regresó a la butaca enfrentada a la de Leopold.

—¿Qué te ha dicho?

—Que, si ganamos esta carrera, clasificamos por puntos para la próxima carrera... el Gran Premio de Londres —Leopold asintió—. Y que, si clasificamos dentro de los primeros dos puestos en el Gran Premio, podemos participar en el «Ascot Gold Cup» en la próxima Royal Meeting. ¿Es así? —Era puro entusiasmo, sentía hormigas en el trasero de solo pensarlo. La Royal Meeting se realizaba una vez al año en el hipódromo Ascot y convocaba a toda la familia real y a los máximos exponentes de la nobleza. El simple hecho de participar era un honor digno del máximo galardón. Los mejores purasangre participaban del evento.

—Tranquila, tranquila... —Se vio en la obligación de aplacar el espíritu de triunfo de su esposa. Era muy arriesgado presentarse en la Royal Meeting, si es que siquiera lo lograban. De hacerlo, tendrían que buscar a otro jockey. Algo que había dejado de hacer semanas atrás. Pero no se lo dijo con esas palabras, prefirió—: de una carrera a la vez, sí... de un salto a la vez, ranita —finalizó con un susurro.

—¿Ranita?, ¿has dicho ranita otra vez? —Aún no le había confesado el origen de ese apodo.

—No, no lo he dicho —rio Leopold.

—Sí, lo has dicho.

—¡Que no!

—¡Que sí! El oído no me falla.

—Pues te ha fallado ahora.

—Imposible...

—No, muy posible...quizás el disparo de largada te está afectando, ranita.

—¡Lo has dicho de nuevo!

—No.

—¡Sí!

Continuaron discutiendo hasta llegar al hipódromo. Así como Rufus no debía perder la costumbre de apostar a la peor opción de todas, ellos no estaban dispuestos a perder la suya... la de discutir por cosas sin sentido. ¡Siempre sería el condimento favorito de ambos!

Capítulo 16



Ni bien llegaron al hipódromo fueron recibidos por Oscar. Que no estuviera a la espera en las caballerizas era indicio de que el hombre tenía información relevante que compartir.

—Tengo noticias... —le dijo a Leopold en cuanto éste descendió del carruaje.

—No lo dudo. —Se acomodó la chaqueta y se colocó el sombrero. Extendió la mano a Greta para ayudarla a bajar sin inconvenientes. Ella le clavó una mirada fulminante y se lanzó fuera del carro con un ágil salto.

Los roles parecían propensos a invertirse, al principio, era él quien le remarcaba sus actitudes femeninas por sobre las masculinas. Tiempo pasado para Greta, ahora finalmente se apropiaba de su rol, cuando era Greg, lo era con letras mayúsculas. Pero en los últimos días, Leopold parecía ser quién se había olvidado de su papel, pese a la chaqueta y los pantalones que ésta lucía, la trataba como una dama en una cajita de cristal.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella con la típica altivez masculina. Lo bueno de las salidas de festejo con los amigotes de Leopold, era el aprendizaje. Así comenzó a dominar el lenguaje verbal y corporal masculino—. ¿Son noticias buenas o malas?

—Buenas. —Oscar analizaba el asunto desde el beneficio de Pandora y del equipo—. Capell ha retirado a Thor de la carrera por una repentina molestia en la pata trasera del semental.

—Entonces no son buenas noticias —exclamaron Leopold y Greta en perfecta sincronía. Pensar en el sufrimiento del animal les provocaba congoja a ambos. Oscar frunció el ceño.

—Quizás no lo son para ellos, pero sí para nosotros, conseguirás el primer puesto sin mucho esfuerzo —argumentó con lógica el entrenador.

—¿Has hablado con Capell? —En ese momento a Leopold le preocupaba más el estado del animal que las probabilidades de triunfo—. ¿Qué tipo de lesión lo ha afectado? —Esperaba que no fuese una lesión de ligamentos, solían ser muy dolorosas.

—Nada preocupante, solo una leve inflamación en la articulación; Capell prioriza la carrera del Gran Premio por sobre esta, eso es todo. —Oscar los cogió por los hombros y los hizo caminar ¡Vaya par de samaritanos! En vez de festejar por adelantado, se preocupaban por el bienestar de sus contrincantes—. Es una resolución estratégica... de estar en su lugar, yo haría lo mismo para preservar a Pandora. —La realidad era que todas las victorias que el semental atesoraba en su historial le otorgaban el privilegio de clasificar para el Gran Premio de Londres. Si el animal tenía la más mínima molestia, retirarlo de una carrera sin mucha más trascendencia que una ganancia y puntos de clasificación sin relevancia era una buena decisión. Pandora tenía que ganar sí o sí para poder clasificar. En consecuencia, eran excelentes noticias para ellos y, no tan malas, para Capell y su equipo—. Lo único que sí debo de reconocer es que a Pandora no le sentará bien la noticia... Bóreas reemplazará a Thor en la caseta cuatro.

—Pandora lo detesta —reconoció Leopold. Eso haría que la yegua se sintiera incómoda. Era un joven semental que vivía encabritado, quizás porque su jockey hacía uso y abuso de la fusta. En fin, la culpa no era del animal, pero... Miró a Greta de soslayo. Ella le pellizcó el brazo con disimulo para tranquilizarlo.

—Si me permiten, voy a adelantarme... creo que esta carrera requiere de una charla previa —dijo y se lanzó a la carrera para procurarse unos momentos a solas con su compañera de triunfos. Era fundamental una conversación privada entre chicas.

La conversación entre chicas se alargó hasta el momento de la salida. En cuanto el disparo resonó en el aire, la calma y la concentración de ambas se esfumaron por completo. Bóreas abandonó su caseta dando una coz de despedida con su pata trasera izquierda. Tanto Pandora como Greta tuvieron que mantenerse en su sitio para no recibir el impacto. Fue cuestión de segundos, pero esos segundos de demora hicieron que salieran últimas.

Los gritos de decepción y decepción del público llegaron hasta los oídos de Greta, tan fuertes que ni el viento los pudo aplacar. Por primera vez sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y en las riendas. Había dado por hecho que ganaría, y ahí estaban ahora, a un cuerpo de distancia del anteúltimo caballo por un contratiempo inesperado. Sin duda, Bóreas y su jinete recibirían una sanción por la conducta del animal, pero eso no borraría el triunfo de quien fuese el ganador.

¡Mierda! No solo los espectadores exclamaban furiosos ante la inminente pérdida de las apuestas, ella también resopló furiosa a la par de Pandora. Si no ganaban, no podrían participar en el Gran Premio de Londres... y si... y si... ¡Mierda, grandísima mierda!

Las palabras de Leopold, casi como si hubiesen sido un mensaje predictivo, resonaban en su cabeza: «No lo fuerces». Ni a ti ni a Pandora.

¿Cómo no hacerlo, cuando veía que el mayor sueño de su esposo se desmoronaba con tanta facilidad? Había un extraño temor en ella, uno que la tenía en vilo con una tensión nunca antes experimentada. ¿Y si el deseo de Leopold desaparecía si perdía? ¿Y si lo que estaba creciendo entre ellos, ese sentimiento de compañerismo y lealtad que estaba a punto de extenderse a las sábanas y a la intimidad, se hacía trizas con la derrota?

Por una milésima de segundo, se vio tentado a usar la fusta contra las nalgas de Pandora... Necesitaba ganar como diera lugar. No quería perderlo a él, no quería perder.

¡Por los mil demonios! Fue el reclamo que se hizo a sí misma. Y, en una milésima de segundo, regresó a la realidad, lejos de sus pensamientos. Allí no había temor alguno. Tampoco en su corazón. El vínculo que estaba construyendo con Leopold iba mucho más allá de esa pista. Las derrotas y los triunfos se compartirían.

—Dime, Pandoram es tu elección, ¿quieres demostrarles quién eres?

Si Pandora pudiese expresar sus pensamientos con palabras, su respuesta habría sido: ¿Quién soy ?, ¡quiénes somos!

Pero como no podía plasmar en palabras esa fuerza propulsora que la guiaba por dentro, fueron sus patas las que lo hicieron. Corrió como nunca antes, traspasó a Peak, que ocupaba el anteúltimo lugar, luego a Tritón... Greta se elevó sobre la montura y... ¡Joder! Volaron...

La ventaja de la pista, al ser una carrera larga de una milla, era que la meta se hallaba a unos cuatrocientos metros de la curva. La curva era su ventaja, en ella podría traspasar a los demás. La mayoría de los jockeys se amontonaban en la línea que daba al pulmón de la pista; no se abrían camino por la línea más externa, la cercana a las gradas. Hacia allí se dirigieron Pandora y Greta. Sin caballos que se pegaran a su montura para disminuir su trote, sin obstáculos que taparan su visión y que no le dejaran ver la meta. Porque para Pandora eso era lo importante: ver la meta. Eso encendía los leños ardientes en su pecho, su interior se transformaba en hoguera, en puro fuego de conquista, y cabalgaba como si no hubiese un mañana.

Rembrandt ocupaba el primer puesto, seguido de Bóreas y Sísifo, que competían por el segundo lugar con una distancia mínima de media cabeza. Quizás por eso no vieron el rayo que pasó junto a ellos... Quizás cayeron en la cuenta de su error cuando los gritos del público los pusieron en alerta. Al diablo el segundo puesto, ahora competían por el tercero.

Cuando tuvo el segundo puesto asegurado, guió la montura al centro de la pista. Fue un movimiento equivocado, no por un motivo estratégico o competitivo, sino porque no consideró la traición de su oponente. Lewis, el jockey de Rembrandt, obligó al semental a cruzarse en el camino de Pandora con una fusta, lo que hizo que la yegua tuviese que reducir el ritmo de su trote para mantener a salvo a su jinete. Un movimiento brusco para eludir un choque entre animales haría que Greta saliera disparada de la montura.

—¡Malnacido! —gruñó Greta entre dientes. Sin más alternativa, espoleó a Pandora para indicarle que todo estaba bien y que ella estaba bien asegurada en la montura.

La indicación física, y en especial la maldición lanzada al aire, fue lo que hizo que la yegua reaccionara. Recuperó el ritmo y la distancia mínima perdida. A menos de cien metros de la meta, igualó a Rembrandt. En los últimos treinta metros, lo superó por media cabeza. El sonido de la fusta golpeando el lomo de Rembrant fue un doloroso incentivo tanto para el semental como para la yegua. Cuando Pandora cruzó la meta con casi una cabeza de diferencia, continuó corriendo unos cuantos metros más. Rembrant se detuvo por una maniobra brusca de su jockey. Esa era la verdadera diferencia en la victoria: no los centímetros de más o de menos, sino el hecho de correr en libertad. Cuando la

única meta es tu propia conquista, el descubrimiento de tu nuevo límite, alcanzarla se convierte en un disfrute, no en una dolorosa obligación. Finalmente, a unos cien metros de la meta, la yegua se detuvo... Greta se recostó sobre el cuello de Pandora y se quedó allí descansando. La acarició y le susurró:

—Eres hermosamente única, ¿lo sabes?

Pandora resopló y golpeó contra el suelo el casco de su pata derecha. Sí, si pudiera hablar, su respuesta hubiese sido:

Por supuesto que lo sé... ¡Vamos por mi corona de flores!

Pandora obtuvo su corona. Su masaje y cepillado. Y su dosis extra de manzanas y zanahorias. ¡Lo merecía todo! Mars quedó a su cuidado, incluyendo el traslado de regreso a las caballerizas del condado. Para la yegua, el día había finalizado.

En cambio, para Greta... no, mejor dicho, para Greg Lanley, el día recién estaba en pañales.

El pacto entre marido y mujer fue, él se encargaba del whisky, ella de la ginebra. Cuando se trataba de whisky, Greta se emborrachaba rápido, no así, Leopold. Lo mismo sucedía con la ginebra, pero al revés. Ella salía bastante indemne de su consumo, cosa que no sucedía con él. Además, esta no era de agrado de Leopold, detestaba el enebro. Greta había vivido los últimos años de su vida rodeada de enebro salvaje, quizás por eso le resultaba más fácil de tolerar. El coñac, por ejemplo, era de mutuo dominio. ¡Vaya, qué hermoso es el matrimonio, ¿verdad?! Conocer todo el uno del otro... En especial, el límite de embriaguez.

—¡Esta noche se celebra con vodka! —proclamó Rosebery golpeando la mesa con una botella de vodka importado.

¡Mierda!, exclamaron las miradas de Greta y Leopold mientras mantenían una conversación silenciosa entre ellos. Contrario a todas las otras ocasiones de festejo, en esa, optaron por sentarse en lados opuestos de la mesa. Frente a frente. Pretendían no darle margen de sospecha a Meltmore, que no les quitaba el ojo de encima cuando estaban sentados uno al lado del otro.

—Gracias, prefiero la ginebra —dijo Greta con su mejor imitación de voz masculina.

—¡Al demonio la ginebra! Hoy se festeja como es debido ¡A lo grande! —Rosebery tomó asiento en la silla contigua a Greta, y comenzó a llenar los vasos.

La ginebra solía ser la bebida más económica dentro de la lista del catálogo de consumición. Una bebida sin clase social distintiva, hasta los obreros de la fábrica la bebían. En cambio, un buen whisky o un buen vodka era para los que tenían otro poder adquisitivo. Como ellos... Y que el mundo lo notara. O en su defecto, los otros visitantes de la cantina.

—Creo que nos estamos adelantando en los festejos... —Leopold recibió su vaso con desgano, no por él, sino por Greta, el vaso de ella estaba rebalsando—. El Gran Premio amerita este tipo de celebración... —Hizo referencia a la próxima carrera.

—¡Joder contigo, Audley!, ¡estás cada vez más aguafiestas! —Meltmore se valió de la oportunidad y tomó asiento junto a él. Lo palmeó con fuerza en la espalda y chocó su vaso con el suyo para obligarlo a beber a modo de brindis—. Tú también, pequeño lamebotas... —le dijo a Greg, siempre le echaba en cara lo mismo, que andaba tras su jefe como un cachorrito indefenso. ¡Y de indefenso, claramente, no tenía nada! En la pista de carreras era una jodida fiera que no paraba de ganar. Cada logro suyo ascendía a Leopold un peldaño más arriba en la escalera del prestigio social—, ¡bebe de una vez!

Greta acercó el vaso a sus labios, dudó antes de tomar. ¡Al diablo! La bebió tal como lo hizo Leopold, de un solo trago. ¡Mierda! Tosió, la garganta le quemaba, parecía que había bebido lava ardiente. Meltmore rio a carcajadas. Las mejillas de Greta se enrojecieron al instante.

—Es tu primer vodka, ¿verdad? —interrogó Rosebery. Greta asintió. Más tarde, en la intimidad del hogar, le confesaría a Leopold su opinión: No, el vodka no era de su agrado.

—Pues, aquí tienes tu segundo, muchacho —dijo Meltmore, rellenó su vaso.

—Déjalo beber lo que quiere... —le susurró Leopold a Meltmore con un tono de orden camuflado en su voz.

—¿Qué te apetece, Lanley? —preguntó Meltmore con ánimos de burla. Poco le importaban los deseos del muchacho. Cada día comenzaba a fastidiarle más su presencia, Audley no era el mismo desde que se había casado y desde que ese maldito crío apareciera para reemplazar a Bowes. Uno, dos triunfos... ¡Vale, lo aceptaba! ¿Tantos? Mmm, no le gustaba el cambio de escenario tan abrupto. Prefería al antiguo jockey, este era de hábitos más turbios. Con el nuevo había que andarse con cuidado.

—¿Qué me apetece? Me apetece un estofado. ¡No he comido desde la mañana! —Era habitual que los jockeys no comieran previo a la carrera para estar más livianos. Tal vez fue consecuencia del vodka con el estómago vacío, pero la acidez estomacal en Greta era bestial, deseaba con toda su alma un trozo de pan. ¡Solo uno!

La respuesta tomó a todos por sorpresa. Era un detalle que solían pasar por alto, bebían y bebían como si eso fuese un alimento esencial para ellos.

—¡Y si Lanley quiere un estofado, estofado tendrá! —exclamó Oscar que recién se sumaba al grupo de brindis—. ¿Mclaren, tienes algo que llene el estómago y no la vejiga? —le preguntó al dueño de la cantina. El hombre informó con un grito: Pan y tocino—. ¡Pues tráelo, hombre! —Hizo a un lado a Rosebery y se sentó junto a Greta—. Has hecho un excelente trabajo hoy, Lanley, incluso ante las adversidades traicioneras de los demás. —Estaba molesto y feliz en partes iguales. Se había demorado porque se tomó tiempo para hablar con la junta evaluadora de las carreras. ¡Se debía respetar el reglamento!

—¿Qué te han dicho? —indagó Leopold. Ocultaba su fastidio con mucha discreción. El maldito de Lewis puso en riesgo lo más valioso que tenía: su esposa. Reconocerlo fue como sentir una punzada en el corazón. De esas que duelen pero que, a la vez, te recuerdan que estas vivo. ¡A la vida hay que vivirla!, y se vive en compañía. Leopold había hallado la suya. Por primera vez estaba a gusto con la carga genética que llevaba a cuestas, ¡bendita longevidad familiar! Pensarse con Greta las siguientes seis o siete décadas de su vida le resultaba una maravillosa idea.

—Bóreas ha sido penalizado por tres fechas —informó Oscar. El caballo no podría presentarse en las próximas carreras—. En cuanto a Lewis y Rembrant, les han quitado los puntos de clasificación... —Se sirvió una medida de vodka, bebió, y finalizó—, pero no los suficientes. —Fox esperaba que los penalizaran también y quedaran excluidos del Gran Premio de Londres. La quita de puntos no fue suficiente para llevar a cabo su deseo. Tenían un historial de triunfos al igual que Thor.

—La próxima me adelantaré a las jugarretas de Lewis... —se apuró a responder Greta al ver las expresiones de insatisfacción en Fox y Leopold.

—Es que ahí está la cuestión, no debes de adelantarte a ninguna jugarreta, ranita... —dijo sin darse cuenta de que no estaban en la intimidad del carruaje.

Tanto él como Greta palidecieron.

La música de piano de fondo y el bullicio generalizado del antro nocturno hizo que el amoroso apodo con el que la llamaba no llegara ni a los oídos de Fox ni Rosebery.

—¿Qué has dicho? —El oído de Meltmore estaba pegado a Leopold, pero no había oído bien. ¡Mierda! Su atención estaba puesta en la conversación de la mesa contigua, era más importante saber sobre la nueva incorporación femenina del prostíbulo cercano que conocer las sanciones directivas del hipódromo.

—Que... que no debe adelantarse a ninguna jugarreta —Apenas balbuceó al principio, luego habló con una seguridad incuestionable, como si nunca hubiese dicho «ranita»—, es una competencia, y como tal debe ser justa, de acuerdo con las normas.

—Dijiste otra cosa después de jugarreta...

—No, no dije nada más porque me interrumpiste. —Le sirvió otra medida de vodka y se sirvió otra para él con la intención de distraerlo. Para su suerte, la mejor distracción de todas se hizo presente—. ¡Rufus! —lo llamó alzando la mano para que ubicara rápido la mesa en dónde estaban. Este se acercó cargando en brazos cuatro botellas de champaña. En la cantina no se vendían, pero como consideración a la clientela habitual, ante determinados festejos, permitía el ingreso de bebidas.

—¡Basta de vodka y ginebra! —proclamó Rufus—. Hoy invito yo... —Hizo una reverencia ante Greta—. Gracias, Greg Lanley, de ahora en adelante voy a profesar tu religión.

—¿Cuál?

—La del triunfo y la riqueza. —Descorchó una botella y bebió del pico. Estaba exaltado como un niño luego de comer una docena de pasteles—. Reconozco que me has hecho sudar hasta la raya del trasero cuando saliste último hoy... mi cielo se nubló —volvió a beber del pico—, pero luego, a mitad de la carrera, me devolviste el atardecer... —Hizo otra reverencia.

—¿Cuánto habías apostado? —preguntó entre risas Rosebery mientras descorchaba otra botella.

—¡Todo... absolutamente todo! Si me hubiesen permitido apostar mis calzones, también lo hubiese hecho —rio a carcajadas. Desde la segunda carrera

que apostaba a Pandora y Lanley, y había ganado. No paraba de apostar. No paraba de ganar. Era una racha casi épica para él. Era el hombre más feliz de la tierra. Tomó asiento al otro lado de Greta. Lo abrazó por arriba del hombro. Casi la acogota—. Gracias a ti y a Pandora, pagué mis deudas... ¡Gracias infinitas para ti, mi querido amigo!

—Si tan querido es, déjalo de acogotar... —Leopold se incorporó y separó los cuerpos con brusquedad.

—Maldición, Audley, deja de meterte en los asuntos de los demás y regresa tu trasero a la silla. —Meltmore tiró de su chaqueta y lo forzó a sentarse. Cogió una botella de champaña y se la entregó—. ¡Haz los putos honores!

—Ten, esto es para ti... —Rufus acercó la botella a la boca de Greta. Sin mucha más alternativa, sorbió del pico—. Y esto es para ti... —Deslizó por la mesa un manojo de billetes en dirección a Leopold.

—No es necesario —Leopold le devolvió el dinero—. Solo intenta no gastarlo en un abrir y cerrar de ojos...

Finalmente, la bandeja con pan y tocino se sumó al festejo. Como un perrito hambriento, Greta devoró su primera tajada de tocino. ¡Sí, feliz festejo para ella y su estómago! Comer le otorgó el beneficio del silencio, los hombres continuaron con sus charlas entre trago y trago, y ella se dedicó a tragar todo lo que estaba en el plato. Era un buen recurso, pensó. ¡Rayos, porque no lo implementó antes! Si hasta Leopold se mostraba más relajado sabedor de que su esposa no se estaba bebiendo media cantina. ¡Y él tampoco! La idea de llegar a casa sin malestar ni principio de embriaguez le parecía maravillosa.

—Ahora que pude pagar la deuda de mi apartamento, tu piso de soltero vuelve a tus manos, Leopold... —comunicó Rufus creyendo que le estaba dando una buena noticia.

—¡Enhorabuena, desgraciado! —Fue una buena noticia para Meltmore. Palmeó la espalda de Leopold—. ¡Por fin puedes volver a las andanzas, Audley! ... ¡A follar como corresponde bien lejos de la nariz de tu esposa!

Greg... Greta... se atragantó con el pan. Alzó la mirada sobre el borde de la gran rebanada que sostenía en sus manos en busca de la expresión de su esposo. ¡A ver qué cara pones, mi amado libertino!

—Puedes quedártelo... —respondió bebiendo de una de las botellas de champaña—, no lo necesito.

Greta mordió el pan para disimular su sonrisa.

—¡Sí que lo necesitas! —dijeron a coro Meltmore y Rosebery—. Deja de comportarte como un maldito hombre fiel, todos los aquí presentes te conocemos muy bien... —Se miraron, miraron a Lanley. Meltmore fue el que continuó—: Bueno, puede que tú no, pero tu jefe es un adorador del cuerpo femenino. Los adora en todas sus formas y colores —bromeó al punto de la exageración—. Es más, era nuestro referente, su brújula... —Hizo un gesto con su cabeza señalando la entrepierna de Leopold—, esa brújula era nuestra guía, dónde esta se dirigía nosotros íbamos sabiendo que no nos llevaríamos ninguna decepción.

—Lo que dices hace referencia al tiempo pasado, Meltmore. De ahora en más, deberás seguir a tu propia brújula. —Se acomodó el cuello de la camisa y la chaqueta. Cada vez más se sentía un verdadero Audley, los valores familiares pesaban más que cualquier otra cosa. Hacer honor a ellos se estaba convirtiendo en su estandarte principal, en especial, en lo referido a amar y respetar a su esposa.

—No digas tonterías, nadie te cree capaz de resignarte a un solo cuerpo. —Meltmore chasqueó la lengua desgano. Le quitó la botella, bebió—. Dicen que todos los traseros lucen igual a oscuras, por eso nosotros follamos a la luz de la vela, para deleitarnos con nuevos traseros a diario... —rio, fue una risa con los primeros tintes de embriaguez.

Rosebery ya estaba ebrio, se había bebido más de la mitad de la botella de vodka, una champaña, y tres vasos de ginebra.

—¡Creo que soy incapaz de reconocer el trasero de mi mujer a oscuras... también a la luz de las velas! —rio a carcajadas—. Sinceramente, me da lo mismo mientras abra sus malditas piernas para mí.

—¿Cuánto tiempo llevas casado, Rosebery? —preguntó Greta. Quería elevar una plegaria al cielo en nombre de su esposa, quizás la oyeran, y le otorgaran la viudez temprana.

—Tres años...

Greta tuvo una extraña epifanía... ¡Bienaventurados sean los Casanovas! Pues estos estaban dispuestos a amar el cuerpo de una mujer con pasión y dedicación. Los Leopolds existían porque existían hombres como Rosebery, Metmore y Carnegie. Aun así, «su» Leopold ya estaba fuera del mercado. Lo

sentía por las demás damas necesitadas, pero él era suyo. Solo... bueno, solo tendrían que cerrar esa parte del trato. Una pendiente entre ellos.

—Tres años y no conoces el cuerpo de tu esposa... —dijo por lo bajo Leopold, mirando de soslayo a Greta que había dejado de comer.

—Lo dices como si fuese un pecado —le reclamó Meltmore—. ¿Sabes dónde están sus senos? —le preguntó él.

—Sí, aquí... —respondió Rosebery llevando sus manos a la altura de su pecho.

—¿Su trasero?

Rosebery se levantó, giró y les mostró a ambos el suyo. Lo sacudió.

—¡Aquí! —rio a carcajadas.

—Ahí tienes, conoce lo suficiente... —Volvió su rostro a Leopold con satisfacción. Luego volvió a mirar a su Rosebery—, lo demás no te lo pregunto porque no quiero que sea una excusa para que te acaricies la polla.

Todos se echaron a reír, menos Greta y Leopold.

—Pues, es una pena que creas que solo se trata de unos senos y un trasero... —alegó Leopold. El cuerpo de una mujer era un gran cofre de tesoros, explorarlo como era debido era una habilidad que solo desarrollaban los verdaderos conquistadores. Meltmore, Rosebery solo iban a la búsqueda de su propia y banal satisfacción.

—¡Algo me dice que el trasero y los senos de tu esposa no valen ni un céntimo! —Meltmore halló la burla perfecta. Greta, que había bebido un sorbo de champaña, se atragantó y tosió. Oscar palmeó su espalda a modo de ayuda. Fue peor, escupió la bebida.

—No voy a hablar del trasero de mi mujer con ustedes. —La conversación estaba traspasando el límite de la vulgaridad para Leopold, no le agradaba que Greta oyera esa cantidad de sandeces—. Ten... —extendió por sobre la mesa su pañuelo para que ella se limpiara la boca.

—Mmm... me sumo a la sospecha de Meltmore. —Rosebery se dejó invadir por la intriga—. Nunca nos has ocultado detalles de los traseros...

Rufus, pese a estar al borde de la embriaguez profunda, pudo notar la expresión tensa en el rostro de su amigo. Desde que se había casado no hacía ni la más mínima mención de su esposa con él. Al principio, Rufus creyó que su silencio se debía al desagrado que sentía. Detestaba a su mujer, una mujer que le habían impuesto a la fuerza. Con el paso de las semanas, entendió que su

silencio nacía de un profundo deseo de protección. Y cuando hay deseos de protección... ¡Estás jodido! Tu corazón tomó las riendas de esa carrera.

—¡Mclaren, este antro me provoca tristeza! ¿Dónde está la condenada música? —gritó Rufus. Consideró prudente interrumpir la charla con su grito y cambiar el clima del lugar. Desde hacía un buen rato todo era un calmo barullo y carcajadas ocasionales. A esas horas, la mayoría ya estaban borrachos.

—¡Si quieres música toca el condenado piano tú mismo!

—¡Pues eso mismo haré! —Se incorporó, tambaleó. Dio dos pasos, trastabilló y se dio de bruces contra el piso.

Estrellarse contra el piso no había sido el plan original de Rufus, pero cumplió con su función: poner fin a la charla... y a la noche.

—Suficiente... —dijo Leopold, abandonó su lugar en la mesa para asistir a su amigo—. Los festejos ya han sido suficientes —dijo una vez que estuvo en cuclillas junto a Rufus. Lo ayudó a levantarse. Rufus reía por su torpeza. También babeaba. Este se abrazó al torso de Leopold como si fuera un madero en medio del mar—. Fox... Lanley —Aprovechó la oportunidad para rescatar a su esposa. Por supuesto, hizo una actuación digna de un premio, puso su mejor voz de mando—, suficiente para ustedes también. La próxima carrera no se ganará sola, mañana hay mucho trabajo que hacer. —Hasta lució ofendido y todo. Era su obligación poner orden, ¿verdad? Greta también merecía un galardón por su excelente actuación: acató la orden al instante, pero lo hizo llevando consigo una botella de champaña en mano—. ¡Lanley... deja la condenada champaña! —le gritó con enfado.

Ella volvió a acatar, apoyó la botella en la mesa, saludó con un mudo gesto de cabeza, y fue tras los pasos de su esposo... No, no, de su jefe. ¡Mantente en tu personaje!, se recordó.

Capítulo 17



—Lo siento, no te gritaba a ti, le gritaba a... —La culpa le agrió la garganta a Leopold. Su ranita no se merecía ningún grito, aunque este fuese fingido. En todo caso merecía vítores.

—Lanley —completó Greta una vez que estuvieron a solas. La comodidad e intimidad del carruaje les permitía a ambos relajarse en mente y cuerpo. En especial ella, que estaba agotada, con los músculos agarrotados por la tensión vivida durante la carrera. Se quitó la boina. La punta de su trenza cayó sobre su hombro. Se reclinó contra el respaldar, su espalda demandaba un refugio acolchonado para descansar—. Lo sé, si te soy sincera, cada vez más me acostumbro a ser Lanley. —Elevó las piernas hasta que las suelas de las botas encontraron soporte en la butaca opuesta que estaba vacía. Viajaban ambos del mismo lado, hombro contra hombro. Se cruzó de brazos y recostó su cabeza contra Leopold—. Así que no te contengas, puedes hablar del trasero de otras mujeres delante de mí —dijo con bostezo incluido—. Te diría que puedes hablar del mío también, pero no lo conoces —rio con desgano. Leopold percibió la extraña tristeza en sus palabras.

—Te equivocas... ¿te has visto dormir por las noches? —le reclamó él con un chasquido de lengua.

—No, se me hace un poco difícil hacerlo —volvió a bostezar.

—Pues yo sí, y tu trasero amanece al mismo tiempo que el sol en nuestra habitación.

—Nuestra recámara da al oeste —lo miró de soslayo. Desde ahí no veían al amanecer en sí, el sol emergía por el horizonte opuesto.

—Por eso mismo lo digo, en reemplazo al sol, yo tengo el privilegio de contemplar tu trasero. —Greta le propinó un suave golpe en el pecho.

—¿Miras mi trasero cuando duermo? —Se giró a él para mirarlo al rostro, pese a la escasa luz dentro del carro, a esa distancia tan mínima, podía ver sus expresiones.

—Déjame corregirte, ¡tu trasero me mira a mí! —Alzó el dedo índice para poner énfasis—. Sabes... —Agachó su rostro para susurrarle al oído—, creo que reacciona por puro instinto.

—Claramente reacciona por instinto, comparte la cama con un libertino, debe de sentir el peso de la obligación...

—¿Qué obligación? —cuestionó con una inesperada estupefacción. Frunció el ceño.

—La de estar a la altura de la situación.

—¿Qué situación? —volvió a cuestionar. La imitó en posición, se volteó sobre el asiento para quedar enfrentados.

—La de agradarte... —Se encogió de hombros con resignación—, la de gustarte, la de tentarte. ¿No es así como se conquista a un libertino?

—Semanas atrás te hubiese respondido que sí... —Enredó los dedos de su mano a los de ella. Atrajo su mano hasta sus labios. Besó la cara interna de su muñeca y la sintió estremecerse. Depositó otro beso en el mismo punto sensible. Greta acercó más su cuerpo al de él—. Ahora no me creo capaz de dar una respuesta. Tú has arrojado por la borda todas las estrategias de seducción conocidas por mí. Tú has convertido a este libertino en un perfecto fracaso... en un gran fiasco. —Llevó la unión de manos a su pecho, hizo presión allí, así podrían sentir la vibración dentro, ese latir acompasado, sin deseos de arrebato y descontrol. Era una calma sobrecogedora y a la vez ardiente. La clase de fuego que calienta tu sangre a la temperatura exacta, la clase de calor que te mantiene con vida—. Tú me has transformado en un maldito principiante de nuevo... —Apoyó la frente sobre la de ella—. El que no se cree capaz de estar a tu altura soy yo, Greta. —Exhaló a centímetros de sus labios.

—Me has dicho que no eres un hombre paciente, sin embargo, conmigo pareces haber adquirido una paciencia casi sobrenatural... —le reprochó ella. Le había prometido que la próxima vez no escaparía, pero desde entonces, esa ocasión parecía escapar de ellos. Siempre sumidos en enredos, no tenían tiempo

para la pasión. Su sangre se calentó, su corazón latía a su mismo ritmo, y la inexperiencia que él decía que volvía a sentir era verdadera en Greta. Aun así, estaba dispuesta a ser la primera en lanzarse al abismo de sus brazos.

—No es paciencia, es cobardía... —Exhaló de nuevo y esta vez su boca liberó también un ronco gemido—. He besado muchos labios, quizás demasiados, pero... pero te juro que no sé... en verdad no sé cómo besar los tuyos, Greta. —Si hubiese más luz dentro de ese carruaje, Greta hubiese podido ver el sonrojo en sus mejillas. Nunca en su vida había sido tan sincero.

—Yo no he besado ninguna boca... —le dijo cogiendo su rostro entre manos.

—Lo sé, ¡joder que lo sé! Por eso es por lo que... —Que no me atrevo a besarte. Por eso he buscado los momentos más inoportunos para hacerlo, sabedor de que nuestros labios no se unirían. Porque quiero que mis labios sean únicos para ti... para los dos. Porque quiero demostrarte lo que siento por ti con un beso. Si es que eso es posible... ¡Mierda, por qué esos pensamientos no podían transformarse en palabras!

Por eso es por lo que...

Y fue ella quién lo besó. Fue el primer beso de Greta. En cierta forma, también fue el primer beso de Leopold. La primera vez que él era besado... de esa manera. ¡Mierda! ¿Así que eso sentían las mujeres? Porque él sentía que se derretía como granizo bajo el sol del mediodía. Era un especialista en hacer que las mujeres se sintieran amadas con besos y caricias. Aun así, la sensación nunca fue correspondida por su cuerpo hasta ese momento. Hasta esos labios...

Greta abandonó sus labios y retrajo su rostro para observar el de él. Le sonrió con adoración, como quién mira al tesoro más preciado de su vida. Lo volvió a besar. Una vez más, Leopold se mantuvo estático, permitiéndole a su dulce esposa explorar sin miedo; se dejó invadir por sus labios hasta que no pudo más y abrió los suyos para darle la bienvenida. La cogió por la cintura con sus brazos y pegó su cuerpo al suyo. ¡Al demonio todo! Comprendía ahora que la experiencia vivida en otras bocas y con otros cuerpos lo había preparado para ese momento. Invadió su boca con la lengua, recorrió su interior con un gentil movimiento, se deleitó con las notas de champaña en su saliva y finalmente se unió a la de ella. Juntas emprendieron una danza erótica. No había más lugar para la calma, aunque el sentimiento fuese el más puro y noble de todos, nunca

vence y prevalece contra el deseo, este siempre arde en la piel, quema tanto que la única alternativa de supervivencia es arrancarse la ropa.

—Espera...—Fue Leopold el que interrumpió el beso de manera abrupta—. Creo que te estás precipitando —susurró sobre su boca. Greta parpadeó—, yo... yo no soy esa clase de hombre —continuó con un tono de sensual broma. No quería que ella pensara que él la rechazaba. De hecho, su erección era la confirmación de su triunfo. Pero, no, no le haría el amor como si fueran dos amantes clandestinos—, no estoy acostumbrado a este tipo de ... —carraspeó, alzó una ceja— comodidades.

Era más que su esposa, era su compañera, hablaban un lenguaje que solo ellos entendían. Con gestos, miradas, sueños y deseos secretamente compartidos. ¡Qué bello cuando uno encuentra a alguien que interpreta el lenguaje de nuestro auténtico ser!

—Perdón... —Greta se sumó a su juego. Podrían tener un poco más de paciencia, la comodidad se encontraba a unos minutos de distancia. Pero bueno, ya que Leopold interpretaba el papel de damisela, ella interpretó el suyo—, me dejé ganar por el arrebato, en mi defensa, fue la fragancia de tu piel la que me hizo enloquecer... —Sí, había aprendido del mejor.

Leopold rio a carcajadas. Pese a querer mantener las formas, la sentó sobre su regazo. Greta sintió la erección bajo sus nalgas y restregó su trasero adrede.

—¡Eres malvada! —exclamó conteniendo las ganas de desvestirla con los dientes.

—No, esto es ser malvada... —cogió de nuevo su rostro entre sus manos y lo volvió a besar.

—Sí, sí...la ranita más malvada de todas —dijo entre exhalaciones.

Tú puedes, Leopold. Tú puedes... Fue lo que se repitió hasta llegar a la casa.

Llegaron con la luna en lo alto, se escabulleron por los corredores como hacían cada noche tras una carrera, solo que, en esa ocasión, la complicidad no era en el delito, sino en el amor.

Leopold cerró la puerta tras ellos y, con la destreza adquirida entre amantes y escapadas, la desvistió con premura. Él también se quitó las prendas con la misma eficacia. El cuerpo de ella ya no guardaba secretos para Leopold, conocía

los lunares, las marcas, la forma en que su trasero se redondeaba o sus pequeños senos se erguían. Sus ojos conocían el terreno, era hora de que sus manos hicieran el resto.

Para Greta, en cambio, la desnudez de Leopold era una novedad. Su cuerpo delgado, alto, no carecía de una musculatura ágil, unos tendones firmes que lo hacían moverse como un felino.

Ella era la presa. Una presa de lo más dichosa.

Desnuda, quedó tendida sobre la cama. La luz plateada de la luna era lo único que develaba las curvas de ella y las sombras de él. Los cojines, que antaño los dividieron, esa noche eran cómplices.

Leopold nunca había estado con una virgen, pero se valdría de sus conocimientos para hacer de esa experiencia, la más placentera de Greta.

Así se creaba a una libertina, era el secreto de los Audley, no necesitar a más mujeres porque hallaban en la suya a la compañera perfecta en el placer.

Apenas podían hablar, sus bocas no se separaban, los besos eran más importantes. Greta merecía explorar, saborear cada sensación, descubrir qué hacía irresistible a un hombre como Leopold, qué había hecho a todas esas mujeres correr el riesgo por un segundo en sus brazos. Ella no necesitaría arriesgarse, él sería siempre su lugar seguro.

Leopold cogió uno de los cojines y lo puso bajo el trasero femenino, consiguiendo el ángulo perfecto de su pelvis. Quería saborearla, abrirla con su lengua, danzar en el centro mismo de su placer, pero eso quedaría para otra ocasión. No solo no pretendía asustarla, sino que tampoco se sentía capaz de dejar de besarla en los labios. De compartir con ella ese acto que es tan profundo, tan propio de los amantes, que es el único que no venden las meretrices.

Fueron sus dedos ágiles los que la abrieron, los que buscaron los puntos del placer y la humedecieron hasta sentirla lista. Luego fue su cuerpo, ansioso, el que ocupó el espacio entre sus muslos; se sustuvo sobre los antebrazos, para poder mirarla a los ojos todo el tiempo y para jamás aplastarla con su peso.

Su pequeña ranita, tan frágil en apariencia, tan fuerte en espíritu.

Se adentró centímetro a centímetro. Greta mantuvo sus párpados abiertos, anclados en la mirada de su esposo, hasta que lo sintió completo dentro de ella.

Ese instante tan placentero la impulsó a cerrar los ojos, a dejar que las sensaciones la invadieran.

Suyo, suyo, suyo...

Él aguardó en su interior, quieto, hasta que supo que ella se había adaptado a la invasión, entonces comenzó a moverse. Estocadas lentas, profundas, que estimulaban cada centro de placer en Greta.

A la joven esposa, el deleite la tomó desprevenida. La forma en que se formaba su placer, como una gran pendiente que te invitavba a lanzarte de ella...

Y que, si no lo hacías, te empujaba.

Porque así se sintió su orgasmo, como una caída libre, pero sin miedo. Una caída que te infundía la certeza de que podías volar.

Su clímax arribó con un suave gemido, un arqueamiento de espalda y unos espasmos que la obligaron a aferrarse a Leopold como si su vida se fuera en ello.

Él la contuvo, la pegó a contra él, y solo cuando sintió el último espasmo, la acompañó a volar.

¡Bendita sea la longevidad Audley! ¡Mil veces bendita! Podría hacerle el amor a su esposa por el resto de su vida. Empezando por esa noche...

Los gemidos de Greta borraron de su memoria todos los gemidos del pasado, crearon una nueva sinfonía, única e inigualable. Una que él haría resonar entre sus brazos cada vez que ella lo deseara. Desde ese día en adelante, sus labios, sus manos... solo recorrerían la piel de su esposa.

Cualquier otro cuerpo que no fuese el de ella quedaría en el olvido.

La redondez y suavidad de su trasero jamás sería una anécdota para contar.

Sus senos, pequeños y turgentes, jamás serían un entretenimiento para su boca. No, debían de ser venerados como dioses. ¿Sus besos, sus caricias... serían suficientes? ¡Maldición! Tendría que hallar nuevas formas de exploración para honrarlos como merecían.

Y la tibieza de su interior... Debería de ser comparada con las profundidades del infierno. Porque sí, entre sus piernas se hallaba el ingreso al inframundo, uno que lo hacía arder en cuerpo y alma en cada ocasión que la invadía, que la profanaba con sus lentas y profundas embestidas. A la vez, ese maravilloso infierno, se transformaba en paraíso cuando descansaban del gozo compartido uno en brazos del otro.

—¿Cómo te sientes? —Le acarició los labios con la yema de su pulgar. Con las mejillas sonrojadas y con la frente perlada por el sudor, era cien veces más hermosa. Satisfecha y feliz, así deseaba verla siempre. Aun así, necesitaba saber sus sensaciones. Había sido en extremo cuidadoso. La había estimulado con sus dedos y la había hecho retorcerse entre las sábanas con la danza de su lengua. Se lanzó a la conquista de su interior solo cuando la humedad de su sexo se lo permitió. Fueron las reacciones de su cuerpo, sus gestos, los gemidos contenidos y las exhalaciones profundas los que le marcaron el ritmo de sus penetraciones. Confiaba en que el dolor de la primera vez había sido tolerable para ella.

—Siento que la única fuerza que sostiene mi cuerpo son tus brazos... —confesó con apenas un hilo de voz. ¿A dónde había quedado la tensión de sus músculos? ¿a dónde fue a parar el agotamiento?

Depositó un beso en su frente. La abrazó aún más. Apenas había espacio de separación entre sus cuerpos desnudos y sudados. Suspiró.

—¿No hubo dolor? —Le acomodó un mechón de su frente detrás de la oreja. Ella negó con una sonrisa en los labios—. Lo que sea, puedes decírmelo... hoy, mañana, siempre.

—¿Lo que sea? —Él asintió. Se miraron en silencio por unos segundos. Había tantas cosas que hablar entre ellos. Habían saltado un montón de casilleros en ese tablero de juego. Es más, habían empezado a jugar de atrás para delante. No, ni siquiera eso, eran un maldito caos de emociones. Detestarse fue la artimaña de subsistencia para ambos—. No eres el peor de los males...—fue su forma de confesarse. Expresar lo que su cuerpo y su corazón sentían era más difícil de lo creía, no bastaban dos palabras tan simples como «te amo» para ello—. Eres la mejor decisión de mi vida... aunque lamento no haber pedido tu permiso antes de tomarla —La tristeza repentina se coló en medio de ese instante de felicidad.

—Si me hubieras pedido permiso, te lo habría negado... y esa, sin duda, hubiese sido la peor decisión de mi vida —le acarició la mejilla. Rozó sus labios con los suyos—. De ahora en más, tú tomarás todas las decisiones, ¿de acuerdo? —Apartó con sus dedos la lágrima que abandonó el rostro de Greta—. ¿De acuerdo? —repitió con dulzura esperando una respuesta. Ella le obsequió una nueva sonrisa—. Tú sabes mejor que yo lo que necesito... ¡Ni siquiera sabía que te necesitaba! —proclamó—. Y mírame ahora, contigo en mis brazos. ¡Me atrevo a decir que fui un libertino porque no sabía que era capaz de ser un esposo!

—¡Mi esposo! —reformuló ella con orgullo.

—Ahí tienes, no cualquier esposo... ¡tuyo! Solo tuyo. —Deshizo el abrazo por unos segundos, tomó un poco de distancia de su cuerpo y extendió su mano a ella—. Creo que es un buen momento para hacer las paces, ¿qué opinas?

—Opino que todo termina siendo un pacto entre nosotros —Greta le estrechó su mano.

—Tienes razón... y espero que así sea hasta que la muerte nos separe.

Era el momento perfecto para reformular sus votos matrimoniales.

—De acuerdo, hasta que la muerte nos separe... sin importar que sean veinte, treinta o cincuenta años más.

Votos matrimoniales y verdaderos sentimientos... sí, era el momento perfecto.

—Sin importar la cantidad de años que sean... prometo amarte hasta el último día, Greta Lanford de Audley.

—Prometo amarte hasta el último día, Leopold Ferdin...

—Con Leopold es suficiente —La interrumpió ansioso—. ¿Ya puedo besar a mi esposa?

—Sí, ya puedes besar a tu esposa —se abrazó a su cuello—. Besarla y todo lo demás... —le susurró al oído. Con su pierna, atrajo la pelvis de su marido a la suya.

En la intimidad de la habitación, entre esas sábanas, con besos, caricias y gemidos compartidos, finalmente se convirtieron en marido y mujer.

Capítulo 18



¡¿El Gran Premio de Londres?! Merlin Bowes no salía de su estupor, ni mucho menos de su enfado. En la cantina las bromas estaban al día, había quedado al fin en claro que el problema nunca fue Pandora ni Lord Audley... ¡El problema era él!

Como solía pasar, el ego era inmensamente proporcional al tamaño físico en los hombres, y el ego de Bowes era descomunal. Un ego que ahora se desplomaba ante un enemigo desconocido. ¿Quién cojones era Greg Lanley? Nadie había escuchado de él en los ambientes de caballos, Leopold VII lo había sacado de la nada, como un mago saca un conejo de su sombrero, y de pronto el enigmático hombre estaba en boca de todos.

Pero, aún así, nadie sabía nada de él. ¿Dónde vivía?, ¿de dónde era?, ¿dónde se había formado? Era un enigma. Mientras a Leopold la suerte le sonreía más y más, a Bowes la vida se le presentaba como una gran bola de nieve cayendo montaña abajo. Haciendo más y más grande su capacidad destructiva: deudas que se amontonaban, pérdida de respeto, falta de empleo...

Solo un hecho podía cambiar su suerte, y era que el lord, pese a su gran fortuna y a su éxito inesperado, buscaba otro jockey. ¿Por qué? era la pregunta que resonaba en todos lados.

Sin empleo, cabreado como estaba y con su enorme ego en envase pequeño dañado, una única cosa lo mantenía en movimiento. Develar el misterio en torno al heredero del condado de Suffolk.

Con esa idea en mente, se calzó la gorra, montó su viejo caballo y se dirigió a las tierras del condado. Sabía que, con tantos criados y empleados a jornada, su

ir y venir pasaría desapercibido.

De todos modos, tuvo la cautela de atar el caballo a una milla de allí y hacer el último tramo a pie. Las tierras de los Audley eran amplias y prósperas, otrora habían sido fértiles y labradas por campesinos que le pagaban la renta al señor feudal a cambio de protección. Ahora, esas laderas se mantenían gracias a otros negocios y los habitantes que quedaban tenían sus huertas y gallinas para uso personal, sin pagarles a los lores ni un penique. Se sostenían de otra manera en esa nueva dinámica social; las grandes casas traían prosperidad a través del comercio y los contactos, y los habitantes comunes proveían con su producción a escala local. Los huevos, la leche recién ordeñada, las frutas y verduras frescas terminaban proveyendo a la gran casona del condado.

Las cosas cambiaban y los más aptos se adaptaban. Los Audley entre ellos. Leopold, el jockey lo sabía, estaba convencido de que, luego del tren, el siguiente paso serían los carruajes y coches de postas. Que la mecánica reemplazaría los caballos y que tenerlos ya no sería una necesidad, sino un gusto. Y ya empezaba a adaptarse a ello con sus caballerizas. Cuidaba a los animales como a un buen amigo y no como a un instrumento, y eso le había costado el puesto a Bowes.

Rumiando sus pensamientos de venganza, Merlin atravesó las líneas de la casa del condado sin alertar a nadie. Mucho menos cuando se adentró en las caballerizas, que siempre eran un hervidero de gente.

Otra característica que le jugaba a favor era que ese hervidero de gente era bastante ruidoso. Leopold no era un lord estricto, sino un libertino —aunque se rumoreara que estaba reformado—. Era un hombre que disfrutaba del trajín, de las risas y las formas disolutas. Las criadas iban y venían con los cuencos llenos de frutas y verduras para los caballos, sin dejar de reír y cotillear sobre cualquier tema. Los hombres que herraban y confeccionaban los artículos de talabartería para los animales, lo hacían entre bromas y apuestas. En ese ir y venir, los caballos estaban felices, mansos ante el buen trato que recibían.

Pero a Bowes solo le importaba hallar a alguien. El tal Greg tenía que estar ahí, ¿verdad? Así lo disponía Leopold. ¡Así había perdido él su empleo! Por el afán del heredero de que todos sus empleados *hicieran migas* con los caballos. El nuevo jockey tenía que estar con Pandora, generando un vínculo, como decía Audley.

Caminó seguro hasta la cuadra aledaña a la de la yegua y se subió a un cubo para ver al otro lado. Para su sorpresa, no había ningún jockey, sino la misma lady Greta que lo había desmayado.

La mujer cepillaba a la yegua mientras le hablaba en voz suave y le decía cosas bonitas. Leopold se hizo presente y Bowes se agachó, aprovechando su baja estatura para quedar cubierto.

—Diría que te estaba buscando —dijo Leopold—, pero siempre supe dónde estabas.

—¿Dónde más, si no?

—En nuestra cama, donde deberías. Tendré que ponerme estricto contigo...

—¿Tú, estricto? —preguntó ella, en tono juguetón.

—¿Quieres verlo?

Bowes se arrastró lejos de la cuadra, con las mejillas ardidas tras presenciar ese intercambio. Sin contar con los sonidos posteriores. Allí no estaba la respuesta que buscaba, pero no se rendiría. Había un lugar en el que el maldito Greg Lanley se presentaría sí o sí: el Gran Premio de Londres. Allí sería donde lo enfrentaría...donde dejaría en claro que, pese a su estatura, nadie se metía con Merlin Bowes.

No había encontrado un jockey, incluso ahora, con la fama granjeada, parecía imposible hallar un profesional que se adecuara a sus normas. La única era Greta, la mujer a la que no había buscado y, sin embargo, el destino había puesto en su camino. Su amiga, su cómplice... su amante.

La besó con ardor, antes de dejarla ir momentáneamente.

—Tenemos que evaluar la posibilidad de no hallar al indicado antes del Gran Premio —dijo Greta, con el aliento entrecortado. Las manos de Leopold la acariciaban por encima de la tela, se mantenían alejadas de cada rincón secreto, alimentando la expectación.

—Tenemos que evaluar la posibilidad de no correr...

—¿Y rendirnos tan cerca de la meta?

—¿Eso crees que haremos, rendirnos? Ven... —La sacó de la cuadra y la condujo por el patio de las caballerizas. Una calesa esperaba a por ellos, dentro, una canasta para picnic con limonada, queso, frutas y pan.

—¿Adónde vamos? —Greta se subió con ayuda de Leopold, que no desaprovechó la oportunidad de retener las manos más de lo debido en la cintura, ni de rozarla accidentalmente con el brazo.

—A disfrutar del día, a continuar con el cortejo.

—Creí que luego de... —Sus mejillas ardieron. Luego de consumar, de ser un matrimonio en todos los aspectos.

—Claro que no, un libertino siempre será un libertino, cariño —bromeó él—, la diferencia es con cuantas amantes ejerce su rol. Como tú eres la única, serás víctima de mi asecho seductor a diario.

—¡Vaya condena la mía!

—Tú solita te la has buscado. —Leopold subió y cogió las riendas de la calesa. Un chasquido de lengua le bastó para ponerla en marcha, no necesitó usar ningún instrumento. Parecía conducir el coche con la comunicación mental entre hombre y animal. Retomó entonces la charla pendiente—. No nos estaríamos rindiendo, Greta, nosotros ya hemos ganado.

Era cierto, y Greta así lo creía. La absurda sensación de miedo a perderlo o a que su unión se debiera solo al éxito, había desaparecido. El motivo por el que Greta quería correr esa última carrera era para obsequiarle a él la victoria, la tan merecida victoria.

Se detuvieron bajo un alto árbol, unas ardillas curiosas se acercaron a ellos mientras disponían el mantel y los manjares sobre el pasto. Él le extendió la mano y la invitó a sentarse a su lado. Había descubierto el éxito de los matrimonios Audley, era elegir a su amada cada día, seducirla como si fuese el premio de una noche, amarla como si fueran a morir mañana y empezar la mañana siguiente, en una eternidad feliz de repeticiones dichosas.

Vive la vida como si cada día fuera él último, y elige ese día como si fueras a vivirlo por siempre. Y si a Leopold le dieran a elegir una mujer para compartir su existencia, no podría haber optado por una mejor. Por esa ranita intrépida que lo había *cazado*, para liberarlo al final.

¿No era el amor una hermosa ironía?

—Sí, hemos ganado —reconoció Greta, aceptando los besos de Leopold. Se estremeció al sentir que él soltaba unas gotas de limonada fresca en su escote y se inclinaba a lamerlo. Perdió el hilo de sus pensamientos, hasta que recordó lo que quería decir—. Pero no es justo...

—Yo creo que esto es bastante justo —jugueteó él. Soltó una uva en el valle entre sus senos, el corsé formaba un montículo perfecto en el que dejar reposar la fruta para luego ser recogida por sus dientes. La acercó con su boca a la boca de Greta, la instó a robársela, a usar la lengua para apropiarse de la uva retenida. El roce los hizo gemir a los dos.

—Me refiero a... a... —Leopold le hizo alzar las piernas, aprovechando su escasa estatura, le quitó el zapato sin inmutarse y comenzó a descender con la mano por su tobillo, pantorrilla... — a que las mujeres tenemos poco para ofrecer...

—Tú tienes mucho para ofrecer... como un buen perfume o el más letal de los venenos... vienes en envase pequeño, pero con mucha potencia —bromeó él, besando la pantorrilla enfundada en una media de seda.

—¡Me haces perder en lo que quiero decir! —se quejó ella, intentó poner distancia.

—Y ahora me halagas... —La aferró por la cintura y la atrajo hacia él—. Pero no lo suficiente, me quedaré satisfecho cuando pierdas también el habla.

—Aguarda a que diga lo que quiero decir...

—Mmmm. —La cogió por el trasero enfundado en enaguas y la apremió para que lo rodeara con los muslos.

—Tú puedes brindarme casas, joyas, vestidos, ¡hasta los más hermosos caballos! ¿Y yo?, ¿qué puedo darte yo para demostrarte que te quiero? La carre...

La boca de Leopold selló la de Greta. Bebió de esa confesión con sabor a limonada, de esa declaración de amor. No eran dos románticos, no se decían cosas dulces, pero sus acciones clamaban lo que las bocas callaban.

—A ti, Greta —le dijo. Era un seductor seducido, esas simples palabras calaban hondo en él. ¿Qué puedo darte?—, cada vez que me eliges, me haces el hombre más rico y afortunado del mundo. No necesito más. Y sí, por mi posición puedo darte casas, joyas, vestidos y caballos... y podría decirte que lo que más ansío es darte mi corazón, pero sería una mentira. Eso ya lo tienes, me lo has robado, y no fue a voluntad... —Le sonrió con picardía, la sonrisa se desvaneció en un beso—. Lo que sí deseo darte como prueba de lo que siento es protección. Cuidarte de las lenguas crueles de la sociedad y de los riesgos a los que tú solita te expones.

—No correré riesgos...

—Greta...

Eran una fuerza imparable contra un objeto inamovible. Las palabras sobraron, los besos tomaron el control. Con el sol en lo alto, la naturaleza como testigo, volvieron a amarse. A unir sus cuerpos.

Greta se entregó por completo, sin reparos, libre como era. Leopold supo que era como él, un ser al que no había que domar con fustas y riendas, sino hacerla partícipe del juego. Enseñarle las reglas y solo disfrutar de verla jugar. Él le había enseñado sobre el placer, y ahora ella era una alumna ejemplar, pronto sería una eximia amante. Su amante, la que elegiría cada día hasta el final de su longeva vida.

Pero también supo que no podía detenerla, Greta estaría junto a Pandora en el Gran Premio de Londres. Porque ser libre, hacer sus reglas y obsequiarle a él ese espíritu indómito era su forma de gritar al viento «te amo» y pedir con el mismo clamor «ámame así, como soy, intrépida y loca».

¿Y cómo se ama a una loca si no es locamente?, se preguntó Leopold, mientras la conducía a la cima del placer una y otra y otra vez antes de permitirse él llegar al clímax.

Para ella, correr, era mostrarle su amor, y dejarle correr, era, para él, la prueba de que aquello era recíproco. El Gran premio de Londres siempre fue su destino, uno que se forjó una noche en que ella lo salvó, no de un duelo, sino de la soledad.

Capítulo 19

El Gran Premio de Londres había llegado y, como era de esperarse, Leopold no tenía otro jockey. Ya no estaba seguro de si lo buscaba o si se aferraba a esa locura con su esposa porque era el hilo que los había unido.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró, mientras intentaba mantener a raya el deseo en el carruaje. Acercó a Greta a medio vestir contra su pecho y la ajustó las vendas con más cuidado del que empleaba siempre, acariciando en el proceso cada retazo de piel, besando cada lunar y marca que hallaba en el camino. Suspiró.

—¿Quién hubiera dicho qué? —preguntó ella, alejando la mano masculina de sus zonas más sensibles—. ¡No hagas eso, o no podré montar!

—Mmm, tal vez esa sea mi idea. —Greta rodó los ojos. Ya habían llegado hasta allí, no quería rendirse tan cerca de la meta, ni terminar esa absurda aventura. Ella lo instó a que siguiera con lo que tenía para decir—. Quién hubiera dicho que soy un nostálgico...

Terminó de vestirla y llegó lo que para él era la peor parte: cubrirle el cabello. ¡Un completo sacrilegio!

—¿Y qué te genera nostalgia?

—Lo mismo que a ti... terminar con esto. —Le alzó el mentón desde la barbilla y la besó con suavidad en los labios—. Tendremos que buscar otra actividad escandalosa, pero no iremos a la Royal Meeting.

—Lo sé... —Greta suspiró. Esa última carrera tenía sabor agridulce. Para ella también significaba el fin de una aventura, la más grande a la que se hubiera lanzado jamás. Una aventura que tenía por premio el corazón de su marido, un

matrimonio que comenzó accidentado y una pasión compartida con un hombre que los unía más allá de un papel o una alianza.

El futuro entre ellos siempre tendría los mismos condimentos: pullas infantiles, caballos y pasión. Pero ya no se llevaría a cabo en las pistas de los hipódromos, ni en los salones de juegos de mala muerte. Encontrarían otra puerta de escape, otro escenario, mas no ese.

El corazón se les encogió a ambos. ¡Había sido una locura!, era increíble que hubieran llegado tan lejos, pero había sido la más fantástica de las locuras.

Se miraron a los ojos y se dijeron todo sin palabras. Asintieron a la par.

—Una última vez —y como promesa, la sellaron con un beso. Con los alientos agitados más por la expectación y los nervios que por una pasión insatisfecha, esa había sido saciada por la mañana, se separaron y reacomodaron sus vestimentas.

Leopold lucía frac, a diferencia de otras veces, porque su lugar sería cerca de las gradas, junto a sus pares lores. No podría estar cerca de Greta hasta la salida, como en ocasiones anteriores. La sociedad demandaría la presencia de la nueva sensación de la temporada.

—Hoy vuelve Thor, Pandora estará tranquila —le recordó Greta, o *se recordó*, para serenarse. Para desterrar esa molesta sensación de nostalgia. Pandora podía volver a las pistas, si hallaban al jockey indicado, compartiría más minutos con Thor... la historia no tenía por qué terminar para la yegua igual que para ellos, sin embargo, ese nubarrón de tristeza parecía pintar cada pensamiento de gris. También Pandora tendría una última carrera con Thor alguna vez, una despedida. Suspiró.

—Sí, todo saldrá bien. Y hoy no podrán arrastrarnos a ninguna fiesta extraña...

—Lo único extraño será que tu esposa no esté en las gradas y luego aparezca, radiante, en los festejos.

—Yo me encargaré de la mentira, no te preocupes —aseveró Leopold.

—¿Qué no me preocupe? ¡Tú eres un pésimo mentiroso! Deberías dejarme a mí la historia.

—¡¿Tú?! ¿Que cada vez que intentas salvar a alguien terminas en un enredo peor? ¡De ninguna manera! Yo me encargo.

—¿Y qué dirás?, ¿que me retrasé eligiendo mis joyas? ¡La gente pensará que soy una tonta!

—¿Y tú qué excusas blandearías?

—¡Náuseas matutinas, por supuesto! —expuso ella. Leopold palideció.

—Oh, no... No, no, no... Con eso no se bromea.

—Pero es que de ese modo me justificarán y... —Alzó el dedo victorioso—, no harán preguntas. Cualquier indagación sería incómoda y de mal gusto, si no estoy encinta, sería una vulgaridad remarcarlo y... —Sus mejillas ardieron. Leopold abrió los ojos, espantado—. ¡No, no! Aún no hay señales de nada...

—¿Greta?

—Lo prometo. Aún no... no... Pero ¿ves lo que te digo? —cambió de tema abruptamente ella—, ni siquiera nosotros nos atrevemos a decir las cosas por su nombre...

—¡Embarazo! Em-ba-ra-zo. Embarazo. Heredero. Bebé en camino. Niño, parto...

—¡Suficiente! Nadie te hará preguntas si aludes al malestar femenino y con eso nos basta.

La discusión les ayudó a liberar tensión y a llegar al hipódromo sin mayores altercados. Y, en especial, apartar esa sensación que los apretujaba. Ese fin de ciclo.

Arribaron a la parte trasera del hipódromo. Era un mundo de gente, pero, por regla general y exigencia de los expertos —Audley y Capell—, nadie podía molestar a los animales. Una vez que Greta atravesó la puerta de las caballerizas, estuvo a salvo de las miradas extrañas.

A Leopold el corazón le latía acelerado por el miedo. En las ocasiones anteriores, sus dos mundos tenían pocas razones para colisionar. Los que conocían a Greta de los salones no visitaban los hipódromos, y sus amigotes de juerga lejos estaban de los salones.

El Gran Premio de Londres era otro cantar. En cuanto Greta se perdió en las sombras de las caballerizas, los lores lo arrastraron a conversaciones banales...

—Milord, ¿al fin va a desterrar a Capell? —preguntó uno.

Leopold se abrió camino, un reportero se le acercó, podía reconocerlos por sus dedos manchados de tinta y por la capacidad de escribir en una libreta, caminar, hablar y esquivar gente al mismo tiempo. Podría admirar sus

capacidades, si no fuese porque últimamente la prensa poco tenía que ver con la verdad y mucho con la difamación.

—¿Desterrar a Capell? —rio—. Se necesita más que ganar una carrera para conseguir tal cosa.

—¿Y pretende hacerlo? —preguntó el reportero—. Se dice que busca otro jockey, ¿por qué no este?

—No pretendo desterrar a nadie, aquí hay lugar para todos los hombres de bien que aman los caballos —respondió, escueto, y dio un rodeo. En las gradas, cerca del palco, su familia ocupaba los lugares asignados. Por una cuestión de edad, el conde y la condesa aguardaban en casa. Sintió que se le estrujaba el estómago, el mundo le daba vueltas, el barullo lo aturdía.

Buscó deshacerse de los brazos que buscaban estrecharlo, de las preguntas estúpidas en sus oídos.

Alcanzó a ver a quien buscaba, su gestor de apuestas. Necesitaba arrastrarlo lejos de ahí, de cualquiera que pudiera escucharlo. El hombrecito estaba acalambrado de tanto tomar notas.

—Milord...

—La casa no acepta apuestas —declaró Audley.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

Eso no significaba que no pudieran apostar por Pandora, sino que él no sería quien respondiera por parte de esas apuestas. Correrían por el hipódromo o por apostadores privados.

—¿Le pasa algo a Pandora?

—No. Ella está bien. De hecho, quiero ir a verla ahora mismo —declaró, cada vez más nervioso. Empezaba a comprender la magnitud del lío en el que estaban envueltos. Los ojos de toda la sociedad estaban puestos en ellos—. Distráelos...

—¿Entonces?, ¿por qué no...?

—Porque esto ya no es un juego, porque no se apuesta contra el destino.... —Miró hacia las caballerizas—. Porque yo ya gané hace semanas y hay que saber retirarse a tiempo, es lo que diferencia a un eximio jugador de un ludópata.

Con esa declaración en labios, se alejó. Luego quedó helado, un rayo pareció calcinarlo a mitad de camino entre las gradas y las cuadras. Estaba seguro... ¡Era él!

Era Merlin Bowes que se dirigía a las caballerizas. Merlin Bowes que... que conocía a Greta muy bien.

***

Merlin Bowes observó a su enemigo en las sombras. Estaba junto a Oscar, preparando a Pandora. Veía del maldito jockey solo la mitad de su rostro, nariz respingada y pómulos altos. Parecía un niño, tan delicado... Tan pequeño...

—Voy a constatar las salidas... ¿Estás tranquilo, verdad Lanley? —Le golpeó el brazo con bastante fuerza. El jockey contuvo el gesto.

—Mentiría si dijera que sí.

Oscar emitió una risotada y se marchó. ¡Era su momento! Cada Jockey estaba en su cuadra, cada animal con su corredor, sin más testigos. Merlin avanzó hasta la cuadra de Pandora y se adentró.

El animal se puso nervioso de inmediato, lo reconocía. Soltó el aire por sus agujeros. Greg, en cambio, no había notado la presencia. Por eso, sin cuidados, murmuró:

—Tranquila, Pandora, estaremos bien. —Y acarició al animal.

A Bowes le costó atar cabos. Se quedó paralizado unos segundos mirando a quien era más que un rival de trabajo. ¡Era la maldita bruja que le había lanzado una cubeta!

Esa voz suave, esos modos. ¿Cómo demonios nadie se había dado cuenta? ¿O sí? Tal vez todos le tomaban el pelo, quizás aquello se tratara de una terrible broma con el título: Veámosle la cara de idiota a Bowes.

La ira se apoderó de él, olvidó su plan de enfrentarlo y solo pudo exclamar.

—¿Usted? —y reír. Reír a carcajadas. ¿Una mujer corriendo el Gran Premio de Londres? ¡Una lady! No solo quedaría descalificada, sino que le quitarían todos los premios ganados—. Debería ir a prisión por lo que ha hecho.

Greta se volvió hacia Bowes, el hombre reía, doblándose por el estómago.

—No sé de qué habla... —intentó impostar la voz.

—No necesita fingir, *milady*... —dijo remarcando su título—, mucho menos cuando todos lo sepan. —La cogió de la muñeca con fuerza, pero no era corpulento, así que Greta pudo oponer resistencia. Clavó sus botas de montar en el heno de la cuadra. Pandora, ante el forcejeo, empezó a golpear con sus cascos

el suelo y a marcar territorio. ¡No tocarían a Greta si podía evitarlo! Ese golpeteo era la primera advertencia, no habría una segunda. ¡Usaría los cascos!

La situación empezaba a complicarse. Los caballos salían de sus cuadras, iban a la línea de partida. Greta forcejeaba. Pandora resoplaba.

Lo sabía, cada vez que intentaba enmendar una situación terminaba peor, pero ¡debía intentarlo!

—¿Le hará saber a todo el mundo que le ha ganado una mujer? Irá allí y dirá: ¡Miren todos, soy peor jockey que una damita de metro cincuenta! ¡ya quiero verlo! —Dejó de forcejear y avanzó contoneando las caderas.

El agarre de Bowes la detuvo antes de que abandonara la cuadra. La risa se le había cortado y la ira era total.

—Es usted una desgraciada, una malnacida desgraciada...

—Y una jockey mejor que usted. Ahora, si no le importa, Pandora y yo tenemos una carrera por delante. —Lo rodeó, dispuesta a regresar junto a la yegua y tranquilizarla. Pero Merlin había perdido los estribos, tal y como le pasaba cuando montaba. No podía controlar ni un caballo ni su carácter... ¡Ni siquiera su venganza estaba bajo control!

Desesperado, cogió las riendas de Pandora para evitar que se fueran. La yegua levantó sus ancas, Greta empujó a Bowes para protegerlo de la furia del animal, pero el hombre estaba fuera de sí. Le devolvió el empujón.

—¡Aléjate de ella o te mato! —La amenaza de Leopold llegó justo a tiempo. Bowes se volvió hacia el lord, su rostro estaba desencajado por el miedo.

—Irán a prisión por esto —dijo, con la voz temblorosa. Lo cierto era que no, no habían cometido ningún delito, porque, como bien había dicho Leila, la prostituta, no había una ley que impidiera a una mujer correr. Solamente habían dado por hecho que ninguna sería lo suficientemente osada como para hacerlo. Sería catalogado de un escándalo, claro, de haber quebrantado una regla moral, sin duda... Pero ¿una legal? Eso sí que no.

Eso no lo sabía Bowes, y, a decir verdad, no le importaba. En esos momentos, solo quería huir. Leopold dio un paso al frente, el calor de la respiración de Pandora le quemaba la nuca.

Se vio atrapado, el lord extendió la mano para cogerlo de las solapas. Lo que vendría después, solo podía imaginarlo. Pocas veces había visto esa furia en la mirada del hombre, esos ojos verdes convertidos en dos pozos negros de ira.

¡Era hombre muerto!

Hizo lo único que se le ocurrió: intentar escapar por la madera entre cuadras. Dio un brinco y saltó para trepar. Leopold lo cogió del fundillo de sus pantalones y Bowes pataleó desesperado.

Una de esas patadas le dio a Pandora, que alzó los cascos.

Otra le dio a Greta, que cayó de trasero.

Leopold vio su mundo desmoronarse lentamente ante él. Greta cayendo justo en el hueco en el que las patas de Pandora impactarían. Soltó a Bowes, que cayó de espaldas en el heno. Y, con las manos libres, tiró de Greta, arrastrándola lejos del peligro.

Pero no era un Dios Todopoderoso. No manejaba el tiempo ni podía moverse más rápido que la luz. Consiguió coger a Greta de la mano, alejarla un par de centímetros...

Le salvó la vida, sí. De otro modo, los cascos de la yegua le hubieran generado un golpe letal en la cabeza. Pero no la protegió de todo mal. Aunque Pandora adoraba a Greta y no tenía intención de hacerle daño, su cuerpo fibroso y la cuadra pequeña le jugaron un mal trago, y rozó con su pata herrada las costillas de Greta.

Greta no pudo siquiera gritar. El golpe la dejó sin aire. Terminó de rodar y, antes de que entendiera lo que sucedía, el cuerpo de Leopold cubría la totalidad del suyo. Había puesto su propia espalda como escudo, acunándola en su pecho.

Él apenas recibió un roce de las patas. Pandora estaba nerviosa, buscaba hacerse pequeña, culposa por el daño que les había hecho a sus dos humanos preferidos. Pero la mirada de ira de Leopold tenía a un único destinatario: Merlin Bowes que ahora permanecía de pie, tieso, como los animales que se hacen los muertos para escapar de sus depredadores.

Y Leopold se convirtió en uno. Como un león, se levantó lentamente, con movimientos suaves pero letales. Sus omóplatos se movieron como los de un felino, y antes de que Bowes pudiera reaccionar, tenía al lord arriba suyo.

Greta tardó en reaccionar, había sucedido muy rápido. En un momento estaba bajo los cascos de Pandora, al siguiente bajo el pecho protector de su marido. Se dio la vuelta sobre el heno y trató de separar a ambos hombres.

—No me digas que te importa su vida, esta vez no podrás salvarlo. ¡Ninguna de tus locuras podrá salvarlo! —amenazó Leopold al tiempo que le propinaba

golpes de puños en cada rincón que hallaba descubierto en el pequeño cuerpo del jockey.

—No es por su vida. ¡Es por la nuestra! Oscar viene hacia aquí, se debe preguntar por qué no estoy en la línea de partida...

La realidad comenzó a colarse poco a poco en la razón de Audley. El motivo por el que estaban solos, por el que nadie los había oído, ni ayudado, ni delatado para el caso. Estaban solos porque el mundo entero esperaba por ellos al otro lado de la línea de partida.

Los pasos de Oscar resonaron en las caballerizas vacías. Greta se encogió de hombros, confiaba en el hombre, era el único testigo y amigo de Leopold. Pero el lord pensaba más allá de su colega, analizaba cómo impedir el escándalo a gran escala. ¿Cómo lo sacarían a Bowes de allí?, ¿cómo anunciaría que no correrían?, ¿qué explicación daría?

En ese alboroto mental, hizo lo único que se le ocurrió...

—¿Sacarte las botas? —preguntó Greta, anonadada.

—Joder, Greta, ayúdame...

Primero actuar, luego pensar. Así habían llegado hasta ese punto álgido de catástrofe, no cambiarían de dinámica justo en ese instante, ¿verdad? Greta acató la orden y le sacó las botas. El lord se quitó también los calcetines.

Oscar se acercaba.

—No, milord.... ¡No, milord! —clamó Bowes.

—¿Lo vas a ahorcar?

—Algo peor...

Bowes pasó del alivio a la desesperación, cuando Audley le introdujo un calcetín usado en la boca y, con el otro, le amarró la improvisada mordaza.

—Mira que yo te amo, pero mi límite está en tus pies —se quejó Greta. La sola idea de tener un calcetín usado en la boca le generó la sensación de sequedad en la garganta.

—No tengo tiempo de iniciarte en el excéntrico arte erótico de los pies, Greta.

—¿A alguien le gustan los pies en el acto sexual? —preguntó espantada.

—Se pueden hacer muchas cosas —dijo Oscar, asomando su furibunda nariz en la cuadra—, pero no a segundos de que empiece la carrera. ¿Qué cojones haces, Greg?, ¿por qué coño hablan de pies?

—¡Demonios, Oscar! No ves que tenemos un problema aquí. —Leopold levantó al amordazado Bowes—. Este ha intentado matar a mi jockey...

—¿Y por qué le has sellado la boca en lugar de atado las manos?, ¿acaso lo quiso matar a mordiscos?

—Menos pregunta Dios y perdona. Ayúdame a sacarlo de aquí.

—¿Y la carrera?

—¡No habrá carrera, Oscar! —Leopold clavó sus ojos en Greta, en un segundo, un universo de emociones los atravesó. El golpe en las costillas, lo cerca que estaban de ser delatados ante la crema y nata de la sociedad, lo lejos que habían llegado—. No habrá carrera... siempre supe que esto se terminaría, solo esperaba... —Sacudió la cabeza—. No sé qué esperaba, sin duda no todo lo que ya he ganado.

Quiso extender la mano hacia Greta, brindarle una caricia, pero no pudo. Como bien había observado Oscar, no le había atado las manos, sino la boca a Bowes y él necesitaba usar las suyas para mantenerlo reducido.

—Saquemos a este idiota de aquí, entonces —propuso Oscar y, mientras Leopold lo cogía de los brazos, su amigo le aseguró los pies, y lo arrastraron fuera del lugar.

Capítulo 20



No habrá carrera... siempre supe que esto se terminaría, solo esperaba...

Las palabras de Leopold se clavaron en ella como puñales. «Siempre supe que esto se terminaría», sí, todo llegaba a su fin. Era la ley inalienable de la vida. Las cosas se terminaban y, muchas veces, no sabían cómo sería.

Tal vez la angustia, tal vez el recuerdo borroso de la pérdida de sus padres, la inquebrantable voluntad de tío Oliver de no dejarla sola —a sabiendas de que también él tendría una última vez—, la fortuna de haber hallado el amor cuando estaba dispuesta a conformarse con menos, la imprudencia e impulsividad...

O tal vez era el destino que la empujaba, como a Aquiles, a una última batalla signada. El alboroto al otro lado de las caballerizas indicaba que la carrera estaba por comenzar, que los caballos estaban en sus líneas y que todos se preguntaban dónde demonios estaba la bella Pandora y su enigmático jinete.

Con dolor, Greta se montó, le tocó apenas las ancas a la yegua y, sin más demoras, estuvieron en la línea de partida, en el instante preciso en que dieron la señal de partida.

Ella se inclinó sobre el lomo, Pandora apuró sus cascos. Thor estaba a su lado, como las veces anteriores. Sísifo, Rembrant y Tritón no tardaron en quedar atrás, al igual que los demás. El barullo de las gradas les llegó a los oídos, el traqueteo la zarandeó sin piedad y, lo que pensó que sería un simple dolor, se volvió una punzada insoportable.

La pista se volvió borrosa, las manos perdieron la fuerza, no pudo juntar los muslos para sostenerse en la silla. Empezó a perder la conciencia, pues su mente

solo podía enfocarse en el dolor lacerante que punzaba en sus costillas y no la dejaba andar.

Comenzó a deslizarse, lento, sin control, hacia un lado. El pie trabado en el estribo y ninguna fuerza para impedirlo. Era el fin... el inesperado fin...

Siempre hay una última vez, ella había querido hacerla épica por Leopold, pero iba a ser letal.

***

Cuando la señal de partida resonó en sus oídos, por costumbre, Leopold se volvió hacia la pista. Iba descalzo, sus botas habían quedado en las cuadras, y cargaba con un amordazado Bowes en dirección a la puerta de entrada. Volvió su mirada solo por la nostalgia, por ver una última vez esa pista que ya no compartiría con Greta...

Nada lo preparó para lo que sus ojos percibieron.

Greta y Pandora corriendo. Su esposa perdiendo el control, cayendo, incapaz de evitar el letal golpe.

Sus manos soltaron a Bowes que cayó de espaldas sobre el suelo, Oscar quedó petrificado, con los pies del hombre en las manos y la mirada atónita en su amigo, corriendo. El lord no perdió tiempo, no se percató de las piedras que le herían los pies, de los gritos de los espectadores, del polvillo de la pista.

Saltó las vallas que separaban la carrera de los presentes y, sin medir peligro, se adentró en la arena. Algunos caballos perdieron el control, el árbitro empezó a hacer sonar un silbato, marcando cada infracción. La carrera estaría anulada, pero a él nada le importaba más que llegar junto a ella. Greta se deslizaba hacia un lado, resbalando de la silla.

Se lanzó de rodillas, con los brazos extendidos para recibirla... Pero su acto heroico fue menos impactante gracias a Pandora.

Hay un equilibrio, un sentido de justicia que solo habita en la naturaleza, y que los hombres racionales son muy tontos para entenderla. Pandora, en cambio, era sabia. Le habían enseñado en cada carrera que, si no disfrutaban todos, no era un juego, era maltrato... y esa tarde, quien sufría no era un caballo al ser latigueado, sino Greta.

La yegua redujo el paso hasta detenerse y, con la gracia de una diosa, dobló sus patas delanteras y bajó las ancas. El cuerpo de Greta cayó en los brazos de Leopold, pero ya no con un impacto letal, sino con un suave desliz.

Y no era Pandora la única conocedora de esa justicia, Thor se detuvo, se negó a seguir, y, tan caballero como su dueño, dio la carrera por terminada. Los demás, en cambio, siguieron.

El público se dividió entre aquellos que, ansiosos por sus apuestas, seguían los caballos, y quienes, más atentos por los cotilleos, tenían sus ojos en el accidente.

—Greta... Joder, Greta —le dijo Leopold, desenredándola de las riendas y el estribo—. ¿Por qué has hecho esto? ¡Joder!, ¿por qué? ¿No entiendes que tú eres más importante que una puñetera carrera?, ¿que sin ti... solo sin ti sería un maldito perdedor?

—Leopold...

—Necesito una jodida buena explicación —clamó furibundo. Ella le acarició el rostro, no pudo creer que hubo un tiempo en que lo halló feo. Era perfecto.

—No quise asustarte... —Los ojos ya estaban en ellos, la carrera había terminado y ya se podía atravesar las vallas sin peligro de ser arrasado por los caballos. Hacia ellos se dirigía el mundo entero—. Es que... Leopold, uno sabe cuándo es la primera vez, pero no sabe cuándo es la última. Tengo presente la primera vez que te vi, la primera vez que te rocé, que te besé... que nos amamos... la primera vez que discutimos y la primera que nos reconciliamos. Pero nunca sabemos cuándo es la última. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cuando mis padres murieron, mis últimas palabras fueron «no quiero irme a dormir», solo eso. Lo dije sin saber que esa sería la última vez que los vería... Desde entonces, temo arrepentirme... desde entonces vivo como si cada abrazo, cada beso... cada carrera fuera la última. Bowes no tenía derecho a arrebatarte eso, Leopold. Prefiero mi herida, pero mía, que el mandato ajeno en una última vez. Nunca más arrepentirme...

—¿Y te arrepientes de algo, ranita?

—No. Lo más osado que he hecho fue casarme con un libertino y sé que, cuando miré hacia atrás, no habrá ni un vestigio de pesar. ¿Me perdonas?

—¿Perdonar? —Leopold la besó con ardor—. Amar es no tener que pedir perdón...

—Mmm, ¿crees que no puedo hacer algo reprochable? Porque hice muchas cosas malas, por ejemplo, ahora, todos nos miran y murmuran... Estamos montando un escándalo.

Él la puso de pie con delicadeza, la tanteó con las manos, asegurándose de que las heridas no fueran letales. La gente estaba a metros de ellos, pronto los alcanzarían.

—No me refiero a que no hagas cosas que me enfaden, sino a que jamás podré guardarte rencor. Tú me miras así, y cualquier ofensa queda saldada... ranita...

La cogió en brazos, el gorro de jockey cayó y su melena castaña se desparramó por su hombro y espalda.

—¿Me dirás por qué me dices ranita? —pidió ella, mientras le apartaba el mechón renegrido que caía por la frente masculina.

—Ya lo has dicho, uno siempre sabe cuándo es la primera vez. Y la primera vez que te vi, me pareciste una ranita vestida de rosa, dando brincos en el medio de un salón de baile. Quedaste grabada en mi mente y ahora sé que, si hay alguien a quien quiera ver la última vez que mis ojos exploren el mundo para saber que no he errado en mi camino, es a mi pequeña ranita. —La besó suavemente en los labios antes de sentenciar—: ¡Así que deja las locuras, que tienes que vivir a la par de un Audley y eso son muchos años! —La estrechó con más fuerza y abandonaron juntos la pista.

***

Las gradas eran un hervidero de murmullos. Los Audley, que algo se sospechaban ya, dieron un rodeo para aguardar a por la pareja entre los carruajes. Pero otros testigos estaban aún más pasmados que la crema y nata de la sociedad.

—¡Lo sabía! —exclamó Meltmore, señalando la escena.

—¿Sabías qué?, ¿que Audley era homosexual y amante de su jockey? —preguntó Rosebery.

—¡No! ¿Es que acaso no lo ven?

—Está besando a un hombre... —se impacientó Rufus.

Meltmore puso los ojos en blanco, luego se echó a reír.

—Puse a prueba cada una de las fiestas, intenté llevar a Leopold al límite para que confesara... Los muy taimados nos estaban viendo la cara de idiota —rio—, pero, por lo visto, ustedes lo son. Así qué... —Volvió a reír y saltó las vallas.

—¿De qué hablas? —Ronald lo siguió.

—¡Es su mujer!

—¿Qué? —clamaron todos a coro. Meltmore carcajeó. Sí, se había comportado como un capullo, pero era porque quería saber hasta dónde podían llegar esos dos con la mentira. ¡Si hasta le había pagado una prostituta! De recordarlo, la carcajada le hizo lagrimear. Entonces la cabellera de Greta salió de su gorro y la verdad quedó develada—. Debo reconocer que es divertido verles la cara, muchachos... —Se secó las lágrimas—, por los mil demonios...

—¿Y ahora a dónde vas? —preguntó Rosebery—. Si ya lo sabías, no necesitas constatarlo...

—Pues a ayudarlos a escapar, por supuesto. ¿O piensan que esa marea de gente los dejará llegar al carruaje sin inconvenientes? La pregunta es... ¿qué harán ustedes?

El grupo de libertinos se miró entre sí, asintieron y alzaron un brindis simbólico.

—¡Todos para uno y uno para todos! —y así los cuatro se unieron a Oscar y dispersaron la multitud, dejándole a los amantes el camino libre a la salida.

Antes de los reclamos, las explicaciones o cualquier charla que se debieran los Audley, el médico de la familia hizo su visita de rigor. Greta estaba bien, no había fracturas, pero si costillas lesionadas. Tendría que hacer reposo y no emplear el corsé por un mes, lo que implicaba la mejor de las noticias: ¡Nada de visitas! Nadie podía ver a una dama sin corsé, era inmoral... incluso para damas que habían cabalgado en pantalones, con el trasero a la vista de toda la sociedad londinense.

En cuanto a Leopold, el diagnóstico fue el peor y más grave... Una herida en la planta del pie. Según el médico, le bastaría con una venda y mantener la zona limpia, podía pisar. Pero... en opinión profesional del mismo Leopold, estaba convaleciente. Necesitaba que John lo atendiese a toda hora y el único lugar en

donde podía recuperarse era en la cama, con su esposa a su lado, recibiendo las atenciones propias de un moribundo como él.

Su tiempo de gracia finalizó a la semana. El conde los llamó para que comparecieran ante él con las pertinentes explicaciones.

En los jardines, Leopold IV estaba en su gran silla. A su lado, la condesa. Y detrás, las otras dos generaciones. Como si fuera un rey, Greta y Séptimo se inclinaron en respeto. El conde se echó a reír, ya sin poder contener el humor ante tanta solemnidad.

La condesa se sumó a las risas.

—No me divertía tanto con un escándalo desde los calzones rojos del marqués —dijo el conde. Jaqueline carcajeó.

—¡Oh! ¿Lo recuerdas? Pensé que nadie dejaría de hablar del pedo sordo en la ópera, hasta los calzones del marqués.

Eran los únicos en reír. Los demás los miraban anonadados.

—¿Milord...? —se atrevió a preguntar Leopold VII.

—Mi niño, ¿sabes de qué hablamos?

—Pues no.

—¿Lo ves? Nadie lo recuerda. Los Audley vivimos demasiado, los escándalos pasan y nosotros quedamos. Para cuando a ti te toque ser conde, los que hoy fueron testigos de tu desliz estarán muertos y, los que no, tan desmemoriados que apenas recordarán algo de lo sucedido. Pero tú... tú sí lo recordarás, ¿verdad? Siempre tendrás presente la complicidad con Greta, las carreras, la diversión y los momentos compartidos... ¡Eso, mi niño, eso es vida!

—Amén —coronó la condesa.

—Y tú, Greta, ven... —La muchacha se acercó, el conde le cogió una mano entre las cálidas y arrugadas de él—. Ya has aprendido nuestro secreto, mi niña. El ser humano es efímero, lo único seguro es la muerte. Nos puede matar una enfermedad, un accidente, ¡hasta otro ser humano! Morir es fácil... Morir de amor no tiene ningún secreto ni complejidad... ¡Ahh! Pero vivir de amor... Vivir de amor es un milagro. Esa es la secreta alquimia de los Audley, cuando juramos en el altar «hasta que la muerte nos separe», no es una promesa, es un desafío. Le decimos a la Parca que la tendrá difícil si nos quiere separar, de mi Jaqueline, de su Laline, de su Judith... —Miró a su bisnieto—, de tu Greta. —Liberó la mano

de la joven solo para coger con una la de ella y con la otra, la de Leopold—. Es hora de que hagan el verdadero juramento...

—¿Cuál? —preguntó Leopold.

—El que los hará un matrimonio Audley. —Las otras dos generaciones sonrieron, ellos también habían pasado por ese ritual—. ¿Juran amarse, desafiarse, sostenerse, acompañarse, hasta que la vida más larga les parezca corta?

—Sí, juramos —respondieron a coro, con las miradas unidas.

—Entonces, con el poder que me otorga ser el conde de Suffolk, los declaro... Marido y mujer Audley... ¡Puede secuestrar a la novia!

Leopold la cogió en brazos, entre risas, e hizo honor al juramento. Llevó a su novia a la alcoba para amarla por el resto de su vida.

Epílogo



Tres años después...

Cumplir ciento dos años era considerado un milagro para la mayoría. Para los Audley era solo un año más en el haber personal. Lord Leopold Ferdinand, el primero de ellos, le entregó al mundo su último suspiro al mes de cumplir los ciento ocho años, fue este el que inició esa extraña y sobrenatural tradición familiar. Los siguientes Leopold le hicieron honor. Leopold Ferdinand II, murió a los ciento tres años. Leopold Ferndinad III, a los ciento cinco. Lord Leopold Ferdinand IV, el actual conde de Suffolk, estaba dispuesto a romper el récord familiar, pues tenía a su lado a una compañera que pretendía pisarle los talones en la vida y en la muerte. Ese era el secreto detrás de la longevidad, hallar a la persona correcta con quién compartir tu vida... Por suerte, además de ser los favoritos de la naturaleza —esta los mantenía con vida tanto como ellos lo desearan—, también eran los favoritos del destino... ponía en sus caminos a la mujer adecuada.

Aunque el cuerpo y la movilidad no eran los de antes, el espíritu no se apagaba.

—Ponme un cojín más, mujer... ¡Pretendes que me retraten encorvado! —le reclamó el conde a su esposa.

—¡Si no quieres que te retraten encorvado, quédate parado! —Si de reclamos se trataba, el intercambio era un ida y vuelta en el matrimonio. Lady Jaqueline siempre ganaba la partida. De todas maneras, con la ayuda de su andador de caña, se acercó a su esposo con un cojín bordado con un colibrí, su favorito, de su uso personal. Se lo colocó a la altura de la cintura baja, y este pudo enderezar

la espalda sin molestias ni dolor—. Tu postura es la de menos, ¿te has visto el cabello? —Se lo acomodó hacia atrás con las manos, el conde la dejó hacer con su cabello lo que quisiera. Prefería prescindir de la ayuda de John, la caricia de su esposa valía más que el cuidado meticuloso de su asistente—. ¡Pensar que alguna vez te consideré guapo! —exclamó como quién confiesa su peor pecado.

—Es verdad, alguna vez lo pensaste, y yo hice uso de ese rapto de locura tuya para conquistarte... —le susurró mientras la miraba de reojo. Ella le acarició la mejilla, y él aprovechó su roce para coger su mano temblorosa y besarla.

—¡Vaya rapto de locura el mío! Todavía me dura... —Lo besó en la frente, desde la postura parada en la que ella estaba, si quería alcanzar sus mejillas o sus labios, debería doblarse y... ¡No, la cintura no se lo permitiría! Él cumplía ciento dos, y ella cargaba consigo sus noventa y siete años. Tenían que ser cuidadosos con sus frágiles cuerpos—. Gracias, mi querido conde, por permitirme un año más a tu lado... —le dijo con los ojos cristalizados por las lágrimas contenidas.

—No te pongas sentimental ¡Todavía estoy en la flor de la edad! Así que más te vale que tú también estés a mi lado —fue una advertencia. No le permitía marcharse antes que él, lo harían juntos, esa era la promesa que se hacían cada noche antes de cerrar los ojos.

—Por supuesto que estaré a tu lado... —Palmeó su rostro con suavidad—, pero no ahora —miró en derredor, chasqueó la lengua—. John, ¿dónde están los demás Audley? —le preguntó al asistente de cámara de su esposo. Estaba junto a la ventana contemplando a los otros miembros de la familia, todos estaban en el jardín, entreteniendo al... «legado».

Se podía oír las risas y los gritos...

¿Dónde está la abuela? ¡Aquí está!

¿Y el abuelo? Ahí está... ¡Ve por el abuelo!

¡No, es el turno de la abuela Laline!... ¡Ven aquí, cariño!

—John, ve y diles que es momento del retrato... Como que nos sigamos demorando —carraspeó el conde al ver que el retratista que había contratado para la ocasión cabeceaba dormido, llevaba más de dos horas a la espera de que la familia se reuniera—, se nos muere antes... —dijo por lo bajo entre risas. Jaqueline lo hizo callar con un gesto de su dedo, luego, rio con él.

El obsequio de ese año tenía como propósito atesorar en una imagen todo el legado Audley... algo que no se había hecho antes. El señor Ambrose era el retratista de la realeza, y el conde debió hacer usos de sus contactos directos con la corona para convocarlo en ese día tan especial. El bullicio repentino regresó a la vida al hombre, sacudió la cabeza... ¡Joder! Parecía que una multitud se acercaba.

—¡Por los cielos, Quinto! Acomódate la corbata... —Laline intentaba restablecer la buena imagen de su esposo. Tiró de su cuello, le ajustó la corbata, pasó sus palmas por las solapas de la chaqueta—. ¡Mira la pinta que traes! —protestó cuando le sacó una hoja de árbol del bolsillo delantero. Jugar a las escondidas con su nieto era comparable a ir a la guerra para el hombre.

—¡Ocúpate mejor de tu hijo! —le dijo al ver ingresar a Sexto al salón, estaba en peores condiciones que él. Se había manchado la botamanga del pantalón con lodo por jugar sobre un charco de agua que él mismo había hecho lanzando dos cubetas de agua en un improvisado pozo. ¡Solo para colocar un barquito de papel!

¡Dios santo, la maternidad nunca finaliza! No importaba que tu hijo tuviera cinco, veinte o cincuenta años.

—¡Sexto! Ve a cambiarte de pantalón, por favor —le suplicó.

—No gastes palabras, Laline, ya se lo he dicho. —Judith se había resignado, su esposo no perdería tiempo en esa tontería. Según él, la mancha de su pantalón era arte Audley—. Dice que se colocará detrás del conde... —Hizo un ademán al aire. La silla del conde taparía sus piernas, asunto resuelto.

Hacía allí se dirigió Sexto, tras su abuelo, a su izquierda. ¡Voilá, la mancha no se veía! Quinto lo igualó en posición, tras su padre, pero a su derecha. Los cuerpos de ambos dejaron un espacio en el medio para que este sea ocupado por...

—¿Dónde está Séptimo? —preguntó la condesa. El señor Ambrose estaba en pleno uso de sus facultades, recién despierto, era el momento oportuno, en breve huiría de esa casa alegando agotamiento mental. ¡Que los retrate Dios en persona! Adiós.

—¡Aquí estoy! —Séptimo se sumó a la reunión familiar trayendo en brazos a Leopold Ferdinand VIII—. Mejor dicho, ¡aquí estamos! —exhaló. Estaba sudando,

había corrido a su hijo por todo el jardín, el pequeño explorador no se cansaba de la vida al aire libre.

El conde estiró los brazos. Su momento favorito del día era cuando lo sentaba en su regazo. Alzarlo no era una posibilidad, como un buen Audley, con tan solo dos años, pesaba y tenía la altura de un niño mucho más grande.

—¿Crees que puedas con él? —cuestionó Séptimo. Su hijo era un diablillo inquieto, sin duda, lo había heredado de su madre. Igual de indomable que ella.

—Por supuesto que puedo, hasta mi último suspiro siempre podré... —Sonrió feliz cuando tuvo en su regazo a su tataranieto. Lo ubicó en su pierna izquierda. Para sorpresa de todos, Leopold Octavo se comportó como un auténtico heredero, se dispuso a mirar a la cámara con el mentón en alto.

El señor Ambrose se colocó detrás del dispositivo que tomaría la fotografía, si había entendido bien, era una foto que incluía a los descendientes del legado Audley. Las mujeres quedaban fuera del retrato.

—Por favor, ubíquese en su lugar, milord —lo instó a Séptimo a que ocupara el espacio vacío detrás del conde. Ni bien lo hizo, el hombre estuvo dispuesto a gatillar el dispositivo y capturar esa imagen para el recuerdo.

—¡Espere! —exclamaron todos los Leopold en perfecta sincronía.

—¡¿Qué?! —dijo luego del espanto experimentado por la abrupta interrupción.

—Falta un integrante más —le informó la condesa.

—¡Greta, cariño! —Séptimo alzó la voz, ¿dónde estaba metida su esposa y su...?

Su ranita adorada irrumpió en el salón caminando a paso lento. No venía sola, traía compañía, una pequeña mano iba cogida de la de ella. De un paso a la vez, de un paso a la vez, como una auténtica lady...

—Lo siento, pero aquí sí fue necesario un cambio de vestuario, ¿no es así, Leopoldine? —le habló a su hija. La niña rio. Siempre reía, quizás porque reconocía su increíble capacidad para las travesuras. Si Leopold Octavo era considerado indomable, su gemela era el epítome del salvajismo. Su hermano jugó en el charco de lodo, ella, directamente, se restregó contra este.

—¡Tata! —balbuceó Leopoldine cuando Greta la soltó y le permitió caminar sola. Sin más demoras, fue en busca del abrazo del conde y estiró sus brazos hacia él. Sexto, su abuelo, fue quién la ayudó a subirse al regazo del conde.

—Ahora sí, señor Ambrose, dispare... —ordenó el conde.

Un solo Audley por generación. Siempre un varón...

Pues, por primera vez en décadas, esa premisa familiar dejó de cumplirse. ¡Dos Audley! Y la primera en nacer fue una niña... ¡La niña preciada de papá! Ahora tenía dos ranitas a las cuales cuidar... y otro sapo al cual enseñarle a qué laguna ir a croar.

Cuando fueran grandes, les contaría la historia de una ranita vestida de rosa y de un libertino que vagaba sin rumbo por la vida. Les hablaría del secreto familiar, hallar a la compañera correcta para... ¡Vivir amando! Juntos y hasta el fin, amándose.

Serie Prometheus



Síguenos en las redes sociales

CUENTA OFICIAL DE SCARLETT O'CONNOR

/scarlettoconnores

Cuentas de Lune Noir

 /lune.noir.libros

 https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial

 /LuneNoir7

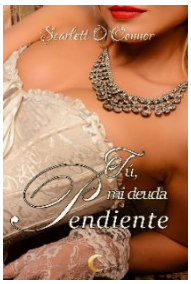
Icons made by: flaticon
https://www.flaticon.es/autores/freepik
www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.
https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir

Otras obras de Scarlett O'Connor

Serie Señoritas de Shakespeare



Tú, mi deuda pendiente



Serie Señoritas Americanas



Serie Señoritas británicas



Serie Familia Evans



Serie Floreros y Canallas



Serie Caballeros desdeñados



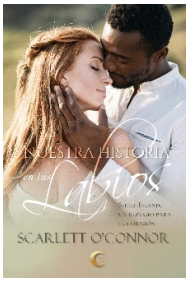
Serie Corazones de Escocia



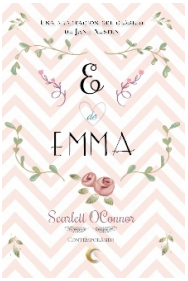
Contemporáneo

Serie Shell Island





Contemporáneo







Otras obras de La editorial Lune Noir

